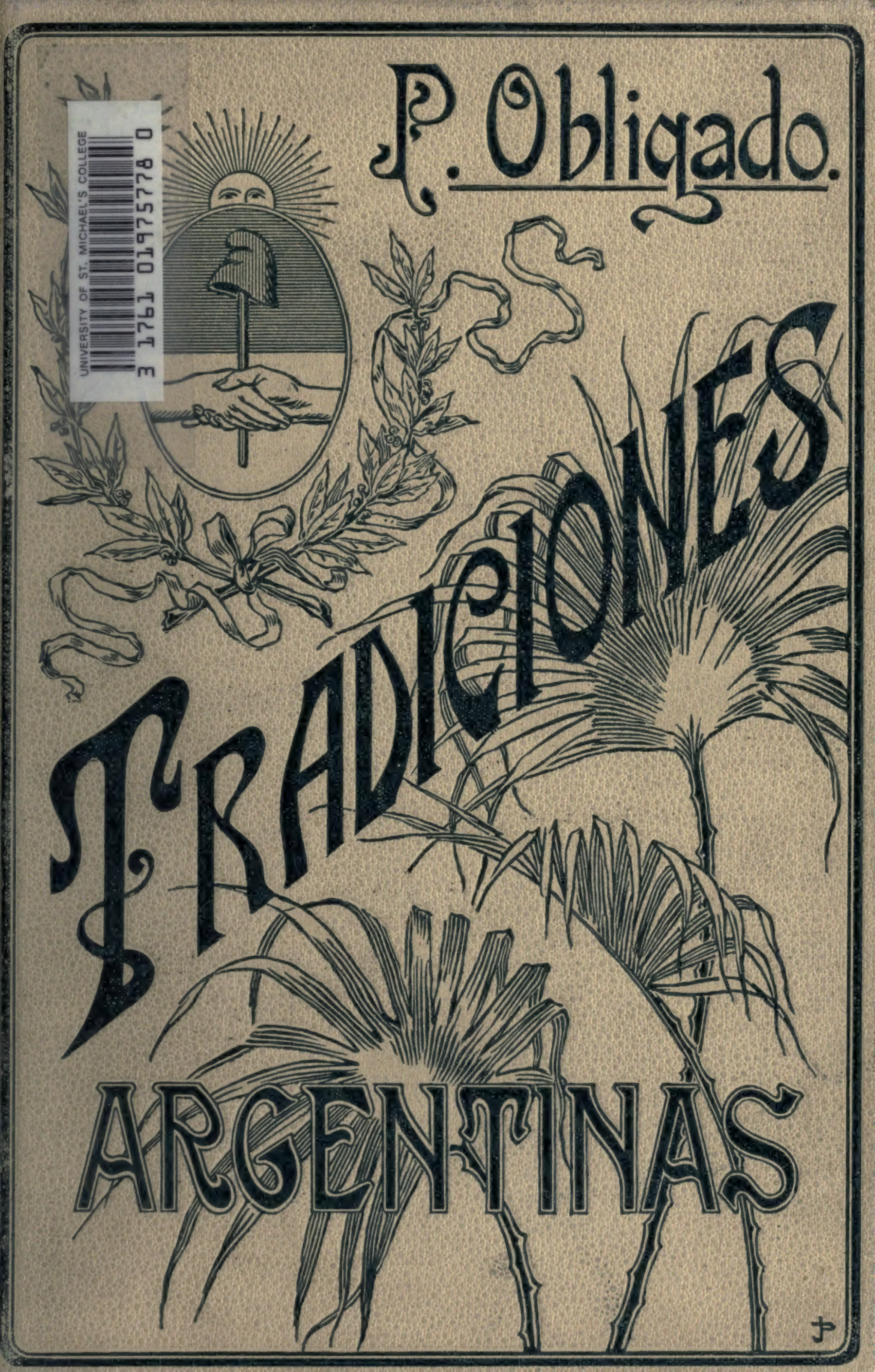
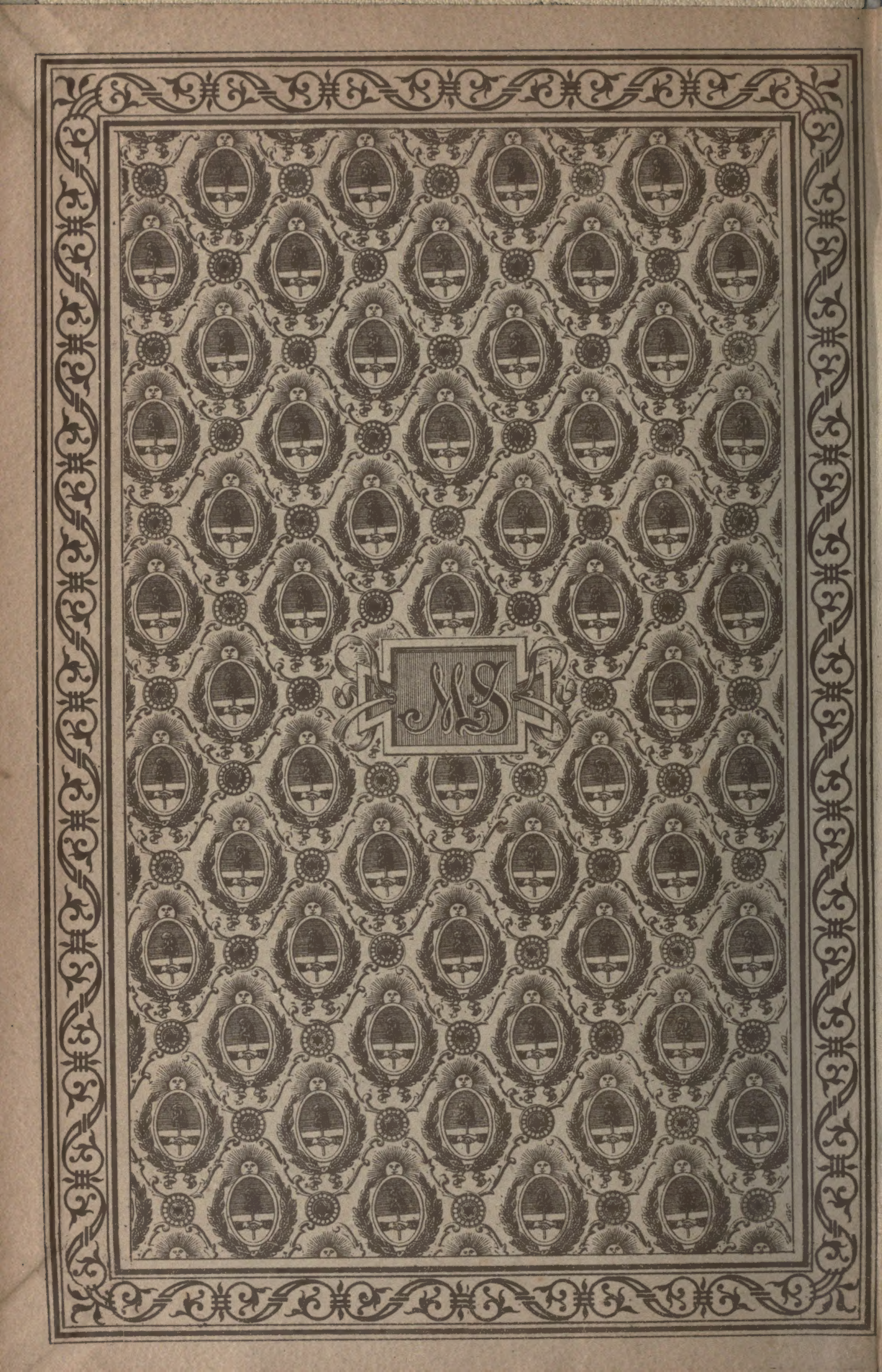

P. Obligado.
TRADICIONES
ARGENTINAS
UNIVERSITY OF ST. MICHAEL'S COLLEGE
3 1761 01975778 0

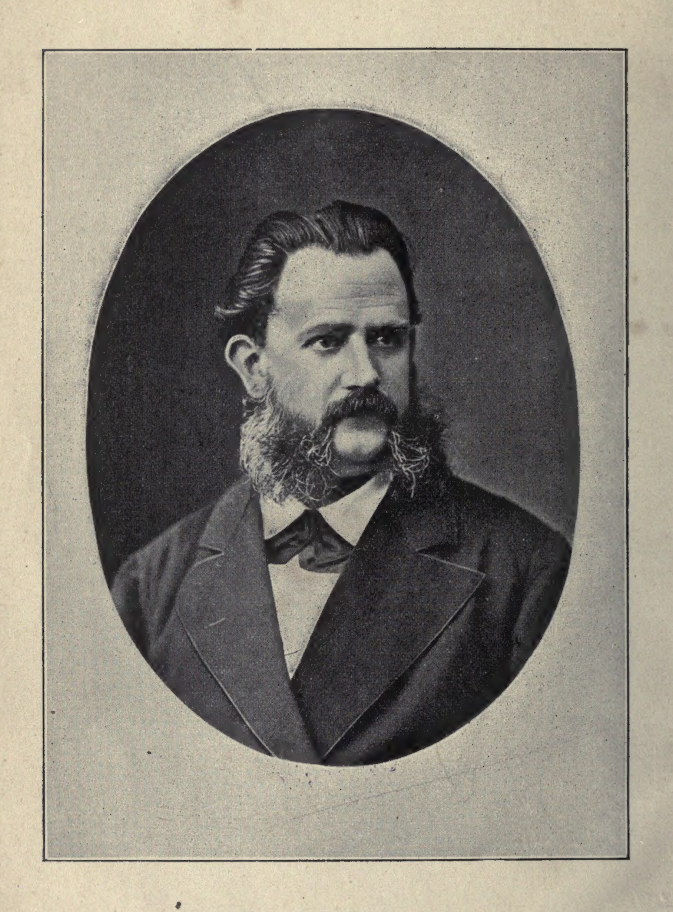

MS





TRADICIONES

ARGENTINAS



Doctor P. Obligado

TRADICIONES

ARGENTINAS

POR EL

DOCTOR P. OBLIGADO

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
ABOGADO DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

EDICIÓN ILUSTRADA



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1903

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Pocas palabras diremos en elogio del presente libro: su autor, el ilustre escritor argentino Dr. Pastor S. Obligado, se ha conquistado, desde hace tiempo, un puesto eminente en la literatura hispano-americana, y su fama literaria, traspasando las fronteras de su patria y aun las del Nuevo Mundo, ha sido sancionada por la Academia Española, que le eligió, no ha mucho, académico correspondiente.

El Sr. Obligado se ha dedicado especialmente á relatar las tradiciones de su país, desentrañando con raro talento de la esencia de las mismas lo verdaderamente útil é interesante, lo que más netamente revela el carácter íntimo de su historia, el modo de ser de sus habitantes, la razón de sus particulares costumbres; y por modo tan admirable ha realizado su noble empeño, que leyendo los capítulos de su obra se siente revivir el espíritu del pasado del pueblo argentino, se admiran sus gestas, se ven desfilar los personajes y los lugares con todo el vigor de la realidad y los sucesos se desarrollan ante nosotros con tal relieve, que no parece sino que el autor los ha presenciado y los ha vivido.

La labor del Sr. Obligado es altamente patriótica, y así lo ha reconocido la crítica argentina cuando ha dicho: «Puede estar satisfecho el escritor que, siguiendo las nobilísimas inspiraciones de Mazzini, no hace de su pluma el instrumento servil de su gloria y de su propia infatuación, sino que con espíritu religioso y con alto amor de patria la consagra y deposita como ofrenda pía sobre los altares de la verdad y del bien, destellando fulgores apacibles y bordando con puros matices las hermosas auroras que se alzan sobre el pasado de un pueblo noble, viril y animado del espíritu de Dios.»

Pero el libro que nos ocupa es algo más que una labor patriótica; si notable es bajo este concepto, no lo es menos desde el punto de vista literario. No es, por consiguiente, una obra que interesa exclusivamente á los argentinos ó á los americanos-latinos en general; interesa además á todos los amantes de la literatura española; y por la amenidad de los asuntos,

por lo curioso de los episodios que se relatan, por la gracia con que muchos de ellos están tratados, cautiva también á los que en el libro no buscan materia de estudio, sino un medio de solaz y esparcimiento, una lectura que agradablemente les entretenga: las TRADICIONES ARGENTINAS llenan por completo el precepto horaciano de instruir deleitando, y son, por tanto, una obra á propósito para toda clase de lectores.

Tenemos, pues, la seguridad de que el nuevo tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ha de satisfacer cumplidamente á nuestros suscriptores, y no vacilamos en afirmar que entre las obras más importantes que en ella hemos publicado merecerá figurar la del Sr. Obligado, á quien con razón se ha calificado de «el Ricardo Palma argentino.»

LOS EDITORES.



JUICIO LITERARIO

Á veces la historia suele padecer omisiones inexplicables, que son recogidas y salvadas por la *tradición,* ese eco simpático que, reflejando, resucita el pasado al exhibir sucesos y protagonistas de segunda fila, los cuales por su fácil asimilación hieren con vehemencia á la masa popular que les diera origen.

Así, en las noches tenebrosas del Océano, sea bajo la palmera que se abanica en el arenal abrasador, ó ya á la fresca sombra del *ombú* en la pampa solitaria—viajando á bordo de velero sorprendido por falta de viento en los trópicos, ora sobre la giba de tardo camello ó en el lomo de pisador encalmado,—el marino supersticioso, tanto como el árabe fanático, ó nuestro gaucho indomable, son gratamente abstraídos por el imán del cuentista de casos y tradiciones, el que, hermanando su fantasía á una memoria feliz, esmalta reminiscencias en pos de las cuales las horas con ligera danza, ahuyentando la monotonía, se deslizan placenteras é insensibles.

Como es sabido, en la primera edad del mundo los hombres no escribían; apenas conservaban el recuerdo de los hechos por la tradición oral, y cuando faltaba la memoria, era suplida con creces por una imaginación fecundísima y vivaz.

Esto demostraría que la tradición entra como parte esencial en las costumbres de los humanos, tan propensos á lo sobrenatural y siempre ganosos de escuchar y acoger con deleite lo extraordinario, lo maravilloso, aquello que, preocupando la imaginación, llena el alma de espanto. Por eso eran considerados los cuenteros de oficio, distinguiéndose por su traje bermejo en la corte de Florencia, y ha sobrevivido á los siglos lo que relata Virgilio de la noche infausta de Troya.....

Tal es el sujeto del libro digno de popularidad, á cuyo frente trazamos estas páginas.

Su autor, como en los que lleva publicados de índole semejante, es ya un especialista en el género de literatura que cultiva, el que, adelantando cada día, ha logrado dominar la materia, siendo bien conocido, no sólo en los países del habla americana, sino también en otros de ambos continentes, cuya prensa periódica y revistas literarias hace años reproducen con frecuencia ó vierten á su idioma, como un atractivo, las tradiciones bonaerenses, acompañándolas de los juicios más alentadores.

El doctor Obligado ha elegido por tema de las presentes, como de las anteriores tradiciones, episodios que podemos llamar nacionales, agrupados en acertadas síntesis, abarcando en sus páginas el Alto Perú (hoy Bolivia), Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay, provincias todas que integraban el antiguo Virreinato del Río de la Plata—vale decir, la patria vieja, grande, tal como la conocieron nuestros antepasados, como la soñamos los presentes y quizá puedan verla más tarde nuestros venideros.

Estas narraciones amenas y rebosando en interés dramático, á la vez que saturadas por el sentimiento criollo, revelan nuestros hábitos en el pasado, que es el objetivo que persigue y ha conseguido su autor al bordar la leyenda en la que nos hace asistir con curiosidad y misterioso encanto á escenas entretenidas de la remota época colonial, como á otras afligentes en la fatigosa gestación de nuestra vida autonómica.

Durante la larga travesía desde Madrid á Huelva, para concurrir al Congreso Internacional en Santa María de la Rábida, departiéndose de todo un poco, oímos exclamar á un compañero de cruda trasnochada: «¿Conque, según usted, su compatriota y mi amigo Pastor Obligado me considera como su maestro? Efectivamente, la lectura de sus numerosas tradiciones me proporcionó ratos agradables, demostrando también que ellas pueden ser cultivadas con éxito fuera de Lima, por una pluma que no está destituída de las galas del buen decir.»

Tal opinaba Ricardo Palma, reputado príncipe del ingenio y de quien se ha dicho con justicia que desde la mina escabrosa saca á la luz del mundo literario ese grano de oro sin liga que resplandece en sus Tradiciones con brillo insuperable.

Realmente, el exquisito coleccionador de frases, refranes y joyas viejas tenía razón al emitir aquel juicio benévolo, porque los libros de nuestro festivo *tradicionista* también nos hacen vivir en el tiempo que fué, con ese chispeante y malicioso estilo que roza apenas la epidermis de sus

personajes, sin ofender la moral ni las buenas costumbres—puesto que no introduce hasta el hueso el bisturí de la crítica, sino que, manteniéndose en una atmósfera de prudente ingenuidad, aumenta el mérito de sus cuadros sobre la retardada sociedad de antaño.

Por lo que hace á la presente serie ó *puñado* de tradiciones argentinas, como las llama el autor en su lenguaje pintoresco, es una labor concebida y llevada á término bajo un plan meditado, brindándonos en ella la rubia espiga sembrada con intención sana en campo exuberante y apenas explotado, la que deja al alcance de todos, después de animar con el soplo de su inventiva á hombres y hechos que pasaron, pero dignos de perpetua recordación.

La frase suelta y exenta de esa especie de anquilosis que se nota en otros congéneres, también es aventajada en gracia y en facilidad, dejando traslucir sus conocimientos en las apreciaciones que emite, no menos que su percepción estética.

Narrador feliz y oportuno, exorna y da realce hasta tener pendiente de su relato al lector, fingiendo á las veces candidez para interesar ó divertir; pero la claridad surge en él como un manantial de luz, haciéndole orillar las frases vagas ó conceptos poco determinados, y aunque refiera lo inverosímil, parece no serlo: tales son la maña, habilidad y primor con que lo hace, pudiendo repetir con el genial Hartzenbusch: «Mis tradiciones fueron escritas más bien para deleitar con la amenidad de la narración, que con la verdad de los lances.»

Es, pues, un hecho averiguado que la tradición desarrollada con destreza, cautiva y apasiona. Así, leyendo en Europa á un célebre catalán (Balaguer), de estilo tan sencillo como elegante, hizo surgir en nosotros y realizar el anhelo de ver en persona, entre otras, las ruinas imponentes del castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde residió doña Juana *la Loca* y acabó sus días Isabel *la Católica*.

Empero, nuestro compatriota sabe también comunicar ese fuego sagrado que se transforma en claridades de nobilísimo entusiasmo, al desempolvar las tradiciones de ese suelo, dueño de un pasado tan glorioso como es inmenso su porvenir.

Desapegado por temperamento y por sistema, de la pasión política que todo lo absorbe, sus gustos literarios le llevan á otro escenario, bien alto el confalón humorístico que simboliza su pluma original é innovadora y de cuyos puntos brotan equívocos y reticencias que dan forma seductora á su pensamiento. Así, de un chascarrillo popular, de una efeméride cualquiera, de un aniversario ó de un pasaje histórico poco dilucidado, sobre dichos ó hechos de hombres notables, el *tradicionista* nacional

urde con acentuado colorido narraciones que parecen cuentos de hadas, por más que tengan en el fondo su medula de verdad, ya recordando edificios ó literatos olvidados, bien exhumando soldados beneméritos, cuando no pone de bulto, siquiera sea de paso, nuestros últimos progresos.

Con el objeto único de salvar lo poco que va quedando de una época que ya se borra, nuestro autor, con los ojos y el espíritu fijos en la tierra amorosa del hemisferio republicano, escudriña el tesoro que guarda su tradición, y sin otra guía que el examen estudiados y sostenidos sus tipos, traslada al papel escenas y diálogos que conservan todo el sabor de la realidad, después de emplear, como el poeta latino, las horas fugaces de su existencia en adornarlos con las emociones más puras y más laudables.

De esa manera, tal vez en su totalidad, cuanto refiere ha sucedido, vale decir, tiene base de verdad; dando color y movimiento con las múltiples tintas de su paleta de artista de buena cepa á parábolas realmente edificantes, como, entre otras, la tradición que intitula *Cenas del obispo San Alberto*, aquel modelo de prelados por su saber y virtud evangélica, que alecciona á una *viuda honrada*, *pero que no tenía la puerta cerrada;* la del *Fiscal Catoniano,* al que ya en su decadencia admiramos de cerca, descubriéndolo en ella retratado de cuerpo entero; la del *Amor de rodillas*, en que figuran dos beldades, hoy desvanecidas, Marta Luján y Genoveva Corbalán, pertenecientes ambas á la primera sociedad de Salta; la de *El hombre que voló,* ó sea uno de los esforzados defensores de Buenos Aires en 1807, al que alcanzamos en la inopia más de medio siglo después de su doble hazaña; la de *El primer ferrocarril*, en cuyo corto viaje de ensayo *no se animó* á estrenar el tren ni la respetable Comisión Directiva que invitara al pueblo á presenciarlo; la de *El primer vapor* que mojó en estas aguas, etc., etc., todas á cual más interesantes, recreativas y de enseñanza moral, debiendo añadirse que las ilustraciones del texto representan con propiedad monumentos, lugares y otros objetos de que se ha hecho referencia en la tradición respectiva.

Por lo demás, cumple repetir, el autor es un antiguo ciudadano de la república literaria por los trabajos útiles con que la ha enriquecido siempre, conservando en su poder testimonios de aprecio de escritores y publicistas como Mitre, Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Villergas, D'Amicis, Quesada, Guido, Pellegrini (padre), Tobal, Esteves Seguí, Argerich, etc., razón que nos asiste para no cerrar estas líneas sin dedicar algunas más á su respecto, como un tributo de ajustada equidad á la constancia y patriotismo con que contribuyó desde temprano al afianzamiento del principio liberal en nuestro país, al propio tiempo que llevaba

adelante su obra de propaganda literaria en esta sección de la América, aun en circunstancias en que la indiferencia pública condenó á sus apóstoles á vegetar entre paredes de hielo.....

*
* *

Pastor Servando Obligado nació en Buenos Aires el 26 de octubre de 1841. Hijo del primer Gobernador constitucional de dicha provincia, durante cuya administración se consolidó el orden público, iniciándose la era de reformas materiales é intelectuales que dieron luego resultados admirables, es nieto del doctor Manuel Alejandro Obligado, que fué Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda, bajo el Directorio de los generales Álvarez Thomas, Balcarce, Pueyrredón, Rodríguez y Las Heras (1812-1822).

Dedicado á la carrera de sus antecesores, obtuvo en 1862 las borlas del Doctorado en la Universidad de Buenos Aires. Un año después, pronunciaba en el teatro de Colón, en presencia de los generales de la Independencia, su aplaudido discurso contra el bombardeo del Callao por la escuadra española, el que reproducido por la prensa local, lo fué también en París por Torres Caicedo en el *Correo de Ultramar*.

Aunque refractario á la política por sus inclinaciones que lo impelían á diverso teatro, como se ha dicho, sin embargo, cuando en momentos de peligro creyó afectada la vida libre y política de la patria, á la par de otros jóvenes de su generación, tomando una espada en sus manos de ciudadano, concurrió como voluntario, batiéndose en dos campañas en el interior de la República, y también á una guerra sangrienta provocada por el extranjero, siendo el corolario de tal situación que se alistara transitoriamente en la prensa militante, como colaborador, fundador ó corresponsal, ya en Buenos Aires, el Rosario ó Corrientes, en cuyos clubs vibró su palabra ante la multitud entusiasta y encrespada.

Propagandista de la educación pública desde 1864, luchó por su difusión, estableciendo escuelas en los cuarteles y hasta en el centro mismo de la pampa, á la vez que estudiaba otro problema, á saber: la reglamentación de la corriente de inmigrantes que afluía á nuestras playas—convencido de la trascendencia de ambos factores en el futuro nacional.

En 1871 emprendía un jira por Europa, Asia, África y América, la que duró tres años, siendo hasta entonces el primer argentino que diera la vuelta al mundo, dejando como jalón de aquélla su *Viaje á Oriente,* publicado en la época.

Cinco años más adelante, con motivo de su visita á la Exposición de

Filadelfia, sobre la que escribió otro libro en el que refleja sus impresiones *(Los Estados Unidos, tal cual son)*, recorrió las Repúblicas del Pacífico, siendo presentado á su prensa periódica y centros literarios por Vicuña Mackenna en Chile, por Palma en el Perú y por el insigne poeta *yankee* Longfellow en Boston—como ya lo fuera en España por Castelar, Alarcón, Castro Serrano, Campoamor, Zorrilla, Valera y otras notabilidades,—contándolo entre los peregrinos la Exposición de París en 1889—tercer viaje en que dirigió sus excursiones por Suecia, Moscou, etc.

Llevado á la magistratura de su país, inició varias reformas en el procedimiento legal con el propósito de que la justicia fuese rápida y barata.

Para resumir, añadiremos que el doctor Obligado fué, en diversas épocas de su vida, militar, periodista, viajero, secretario del Departamento General de Escuelas, Fiscal, Juez de primera Instancia, Municipal, etc., colaborador sin descanso en diarios, correspondencias y folletines de dentro y fuera del país, incluso la histórica *Revista de Buenos Aires*, en cuyas páginas ensayó el vuelo, dejando rastros de su pluma chusca, infatigable y fecunda, sin olvidar, por último, sus ciento y tantas *tradiciones* ya coleccionadas.

*
* *

Al dar fin á este esbozo relativo al inteligente modesto publicista que lo ocasiona, nos permitimos tomar de carta anterior del laureado Carlos Guido y Spano un pasaje en que le congratula sinceramente por su labor literaria con estas palabras generosas, que también hacemos nuestras:

«.....Mil plácemes por su libro que ha merecido ya tantos aplausos. Visito en compañía de usted lo que otros han ido abandonando en el camino y cuyo recuerdo se perpetúa en las narraciones vivas de su pluma amenísima. Volver la mente á lo pasado, equivale á duplicar los goces ó las impresiones de nuestra vida actual. Usted ha registrado los cofres de los abuelos fenecidos y ha encontrado en ellos joyas que, si no están de moda, conservan siempre su valor intrínseco, siendo no pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia. Gracias por la parte que puede corresponderme en la herencia común, inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas.....»

Angel Justiniano Carranza.



¿POR QUÉ BUENOS AIRES SE LLAMA BUENOS AIRES?

I

—¿Por qué á Buenos Aires llaman buenos aires?—preguntaba en su media lengüita llena de precoces ingenuidades una de las minúsculas tataranietas de nuestro tatarabuelo, doscientos años há llegado á la ciudad de este nombre.

—Porque así le pusieron—contestó un *Perogrullo* de esa tan numerosa familia esparcida por el haz de la tierra.

—Porque muy benéficos se respiraban á pulmón lleno la mañana azul de su primer día—agregó otro *Sábelotodo,* de los que creen no ignorar nada cuando menos saben.

—Porque llegando á esta ribera un Sancho, como su homónimo tras el Quijote, siempre tras su cuñado Mendoza, saltó á ella, exclamando: *¡Qué buenos aires son los de esta tierra!*, según lo inoculaba á golpe de palmeta nuestro dómine de palotes.

Mas, como la verdad verdadera no satisficiese etimologías tan inconsistentes, impulsados por instintiva inclinación á desentrañamiento de orígenes, salimos á rodar tierras y mares, emprendiendo viaje á lo desconocido, preguntando por puertos, calles y plazas á cuanto cronista, bibliógrafo y anticuario encontramos, por qué denominaron buenos los aires de ribera, en la que el pampero no consigue desterrar fiebres de todos los colores, que de cuando en cuando nos azotan.

Resultado de nuestro vagabundeo, he aquí la tradición más fundada que, como curiosidad de viaje, escribimos para vuestro solaz y nuestro entretenimiento.

. . . .

Desandando caminito por donde el Adelantado Mendoza adelantó hasta estos barrios, desembarcamos en el mismísimo punto de su embarque (Guadalquivir), frente á la Torre del Oro, que, maciza del brillante metal, pudo reconstruirse con el muy abundante del Nuevo Mundo en sus cabas apilado.

Todo varía en la faz de la tierra, como en la del hombre, y paciencia debe acopiar el viajero ó historiógrafo dado á seguir huellas del pasado, cuyos pasos resultan por lo general verdaderos pasos perdidos. La vieja barriada en Triana no forma ya antiguos suburbios de Sevilla, ni el árbol trasplantado por Colón se inclina sobre su ribera, que todo lo ha arrastrado la corriente del tiempo, más avasalladora que la de ese barroso primogénito del Darro. Apenas se tiene en pie (y en medio pie) ruinoso fragmento de bóveda, bajo la que oyeran la misa del buen viaje guerreros y navegantes, devotos al par que intrépidos, como Solís, García, Gabot, Magallanes, Elcano, quien primero circundó la tierra, Mendoza, cuya fué la primera planta civilizada sobre ésta.

Llegamos á la derruída ermita de *Santa María de Buenos Aires,* de donde saliera toda la marinería de Triana para el Plata; pero la imagen que le dió renombre, y legó el suyo en esta orilla, había desaparecido. Mientras seguimos husmeando su huella, he aquí un cuento, que bien resultar podrá cuento al caso.....

II

Cierta mañana del equinoccio de 1370, en que espléndido sol reverberaba sobre la azulada ribera del puerto de Cagliari (capital de Cerdeña), numerosos pilluelos y pescadores íbanse agrupando alrededor de una caja que la corriente arrojara á la lengua del agua, de donde esforzados marineros no consiguieron sacar. Guardacostas y transeuntes contemplábanla asombrados, cuando se oyó una voz del grupo:

—¡Inútil faena! Mientras no vengan los Mercedarios del convento de arriba, no la moverán, pues su escudo sella la tapa.

Llamados al efecto dos legos, alzáronla con la mayor facilidad, admirando, al abrirla, una hermosa imagen de la Virgen. Allí mismo, sobre la húmeda playa, á doble elección se procedió para darle nombre y destino. Proponían unos llamarle *Virgen del Agua, de la Piedad ó del Buen Aire,* á



Nuestra Señora de Buenos Aires, venerada en Triana Sevilla)
siglo XV.

la vez que el obispo la solicitaba para la catedral, los Mercedarios para el convento y el capitán para su nave.

Refería éste que en breve, pero horrorosa tempestad de la noche anterior, cuando dió orden de arrojar todo para aligerar la nave, hasta que esa misteriosa caja (cuya procedencia ignoraba) cayó al agua, no se habían serenado el cielo y el mar. Que á la mañana siguiente, deseando salvarla por ser lo único que flotaba, apresuróse á reembarcarla; pero la



Ultima vista recién sacada de la Avenida de Mayo, 1902 (Buenos Aires)

corriente le llevaba siempre adelante, y cual á imán irresistible seguía la embarcación sin que los mayores esfuerzos consiguieran hacerla derribar al rumbo de su destino (de Barcelona á Sicilia).

En la doble votación de aquel día de elecciones al aire libre, triunfando los Mercedarios del convento en la montaña, allí la subieron, y colocada en el altar de la entrada, *miserabile visum!*, sobre el altar mayor la encontraron á la mañana siguiente. La antigua Virgen de Cáller cedía su puesto á la recién venida, cumpliéndose la profecía del Padre Catalano, que cuando llegara una Virgen con ese nombre, en buenos convertiría los aires que infestaban los alrededores.

Otra tradición agrega que cierta devota en peregrinación á Tierra Santa, tocando en Cerdeña, visitó la Casa de la Madre de Dios, posteriormente denominada de *Bonaria*. Llevaba una pequeña navecilla de marfil para dejarla como exvoto en la iglesia del Santo Sepulcro. Sintiéndose aliviada de su enfermedad, y determinando concluir allí la pere-

grinación y sus días, presentó la ofrenda, y tan ingeniosamente suspendida fué, que la corriente de aire entre dos pequeñas aberturas le hacía girar de modo que la proa del precioso barquito permaneciera siempre hacia el rumbo que sopla el viento. Los marineros del puerto vecino tomaron la costumbre de ir á cerciorarse por la navecilla qué viento soplaba mar afuera, para aligerar ó retardar la partida.

De aquí provino, según el cronista Guimerán, denominarse *Nuestra Señora de Buen Aire* á esa iglesia.

III

Averiguado el origen de su nombre, su devoción entre marineros se explica naturalmente. El hombre, medroso por lo general, bien que raptos de audacia le impelan á desafiar lo desconocido, llegado el supremo trance se encomienda al que, juzgando más poderoso, pueda salvarle. Cuando el espíritu helénico se desvanecía, y luego la estirpe latina no invocó á Eolo, Neptuno y Plutón; cuando dejóse de creer que no eran los espíritus errantes de Cástor y Pólux lucecitas vagando alrededor de la nave en noches tenebrosas, simples fosforescencias de electricidad atmosférica en lo alto de los mástiles, ó fuegos de San Telmo; cuando después los más incrédulos exclamaban *¡Santa Bárbara bendita!* al primer trueno de tempestad, nuevas divinidades del Océano empezaron á reflejar en sus aguas. Banderas, flámulas é insignias, en mascarones de proa, esfinges de popa ó del alcázar, ostentaban á *Santa María del Socorro, la Virgen del Carmen, de Mercedes,* y en más profusión *Santa María de los Buenos Aires.* Donde no cabía un templo, se le erigió un altar, y oratorios, ermitas, capillas multiplicáronse con el número de sus devotos.

Aun cuando ya no andaban moros por la costa, no sólo en las de Italia, Francia, España, Portugal, en todas las del Mediterráneo hubo piadoso creyente que encendiera lámpara ante su imagen, que en muchas ocasiones fué verdadero faro celeste en las tinieblas. Ya en la época de Colón muchos constructores de bitácoras grababan esta Vírgen en el centro de la rosa de los vientos.

Desentrañando el origen que dió nombre á una imagen, náufraga en Cerdeña cuando ésta pertenecía á España, según lo refiere el Mercedario Sulís *(Notizie Storiche della Statua Miracolosa de Maria Vergine di Bonaria, che si venera in Cagliari, nella chiesa dei R. R. P. P. della Mercede)*, se complementa su tradición, por la que corre en las costas de Italia y España.

Refiérese que entre los marineros sardos que trajeron imágenes de

Santa María de Bonaria á España, vino Leonardo Gribeo, el que acompañó á Mendoza á su regreso del saco de Roma—de Génova á Sevilla y luego á Buenos Aires,—primer italiano que aquí llegó. En un naufragio, esta imagen de su devoción fué lo único que pudo salvar. (Con el nombre de su primogénito Lorenzo Gribeo señálase en el plano de esta ciudad—primitiva repartición que hizo Garay). Más tarde el náufrago agradecido la consagró en la primera iglesia á que entrara, y de la de Mareantes en Triana, despues de andar de la Ceca á la Meca, modernizada en sucesivos retoques, se custodia actualmente en la capilla del Palacio de San Telmo.

Cuando en la noche del 26 de octubre último, llegando paso por paso á los de su altar, ascendientes veinte escalones en su interior, al oprimir oculto resorte el capellán que nos ciceroneaba, iluminóse de pronto el precioso camarín, y levantándose el velo caímos de rodillas como subyugados bajo misteriosa impresión de esa suave ímagen tan llena de majestad y clemencia. Millares de chispas eléctricas fulguraban nimbo de azuladas estrellitas, cuyos reflejos en sus sonrosadas mejillas esparcían como un aire de bondad y atracción. Intimamente emocionados, rogábamos en ferviente plegaria no aparte nunca la Madre de Dios su protección á la tierra bendecida con su nombre.

IV

Tal es la tradición de la Virgen que tuvo en gran estima el ilustrísimo arzobispo Aneiros, que antes había por ella concedido tantas indulgencias el arzobispo de Sevilla Salcedo y Azcona, y aprobado su misa especial el arzobispo Castellano. Semejantes á la que hemos transportado, se encuentran aquí otras en San Miguel (Mercedarios), Oratorio de Ayerza, Sevilla y otras, como la muy hermosa, traída de España por el doctor Del Valle.

Si de la tradición pasamos á la historia, después de haber desempolvado numerosos papeles, sacristanes, anticuarios, pergaminos, bibliotecarios y americanistas, en el Archivo de Indias, la Biblioteca Colombina, la de San Telmo y otras (en cuanto por qué se adoptó su nombre en esta ciudad), he aquí lo que resulta con más fundamento.

Leímos sucesivamente en la información del teniente gobernador D. Francisco Ruiz Galán, 3 de junio de 1538, como en la descripción de esta ciudad (Archivo de Ingenieros, Madrid): «La ciudad fundada en los terrenos bajos á la entrada del Riachuelo de los navíos, bajo el glorioso título de *Santa María de Buenos Aires,*» y en la *Historia de los fechos*

de los castellanos, por D. Antonio de Herrera, década V, capítulo X: «Surgió el Adelantado Mendoza de la Isla de San Gabriel, descubrió un riachuelo de la otra banda de la isla, y allí comenzó á fundar un lugar que llamó *Nuestra Señora de Buenos Aires*.»

El erudito presbítero Serrano, director de la Biblioteca Colombina, agrega en su reciente descripción del Colegio de San Telmo: «La Universidad de Mareantes fundó hospital y templo en el barrio de Triana, bajo la advocación de *Nuestra Señora del Buen Aire*, ó *Buenos Ayres*, como se lee en algunas lápidas y documentos, título que cuadraba perfectamente á dicha cofradía, dado que sus miembros tenían en sus oficios encomendadas sus vidas y haciendas á la acción de ese elemento que había de llevarlos entre sus navegaciones á través de las aguas del Océano, y cuya devoción y título, muy en boga por cierto entre los marinos de la época del descubrimiento (pues llevaban su imagen todos los navíos), dió origen á la fundación de la populosa ciudad de *Santa María de Buenos Ayres*, capital hoy de la República Argentina, y DE CUYO TÍTULO NO ES OTRO SU ORIGEN, pues así lo quiso y fué la intención de D. Pedro de Mendoza, fundador del hermoso puerto conocido con dicho nombre.»

En su testamento la invoca, y en todo acto solemne, desde la provisión del primer gobernador de esta ciudad hasta en su codicilo, encabezando siempre sus documentos: «En el Real de Nuestra Señora Santa María de los Buenos Aires;» y pues que la tenía en tan alta estima como Patrona y Señora de sus empresas, invocándola en los peligros, con fuerza mucho mayor convence circunstancia tan repetida, y testimonios como los del Duque Tillez, Herrera, etc., que la atribuída á vaga expresión de personaje de segunda fila, pronunciada en español, transmitida por un bávaro y traducida del latín, al referirla Schmidel.

V

«La imagen de Nuestra Señora del Buen Ayre—leímos en el inventario de alhajas de San Telmo—es la misma que se trajo de la iglesia antigua que estaba en Triana, antes de la fundación de la Universidad de Mareantes, cuya fué su patrona. Escultura del siglo XVI, completamente transformada por la restauración que sufriera en 1625 de mano de Duque Cornejo. Era de medio relieve, y respecto de que se le hizo el camarín que hoy se demuestra, posteriormente se le formó toca, agregándosele el trono de nubes sobre que está. Su postura es sentada, mostrando en la diestra una nave, simbolismo del título y patrocinio; con la izquierda sueta el Divino Jesús y aparece sustentado de pies sobre su rodilla. Con-

serva, no obstante, agregados los rayos grandiosos de la hermosa cabeza, habiéndose librado de la colocación de ojos de cristal, como vulgarmente acaecía al convertir las imágenes en esculturas barrocas.

El último americanista español, Ximeno, que cruzó estas tierras, comenta que el pequeño barco y las coronas de la Virgen y el Niño obra fueron de plateros sevillanos en la primera plata que allí llegara de la región donde su más constante devoto levantó población con su nombre.



Ultima vista recién sacada de la plaza Principal (Buenos Aires)

En forma semejante, en cuanto á lo que dió nombre á esta ciudad, refiere nuestro erudito historiador López y el infatigable investigador señor Madero. Pero de cualquier modo, que no puede exigirse á este vivo eco del pasado que se llama tradición, como á la Musa severa de la Historia, documento oficial apuntalando cada uno de sus asertos (no por ser oficial menos mentiroso), comprobado queda con más fuerza que cualquiera de sus otras etimologías, que Buenos Aires se llama porque con tal nombre designábase la patrona predilecta de quien la fundó.

. . . .

Coronada por Pío IX en el quinto centenario de su aparición (1870), cantados sus milagros por el mismo representante de Dios en la tierra, eximio entre los líricos latinos de actualidad, León XIII, lo ha sido en más lenguas que las de Babel, y en árabe y en armenio, y en griego y en guaraní, del Alpes á los Andes, han resonado liras de oro en su alabanza. Su novena celébrase en Cerdeña y en Sevilla, y desde su primitiva ermita en Cagliari hasta la iglesia de Santa María de Buenos Aires, que virtuo-

sos Mercedarios vinieron á fundar en San José de Flores. Hoy, como cuando nos postramos al encontrar la imagen con cuyo nombre se levantó la primera población en el Plata, pediremos siempre toda prosperidad para ésta, y que bonancibles vientos soplen á los hombres de buena voluntad que de los cuatro extremos llegan á levantar su tienda de trabajo en las doradas playas de la patria amada.





EL FUNDADOR

I

El general D. Juan de Garay, fundador de la ciudad de Buenos Aires, llegó muy joven á América, con su tío D. Pedro Ortiz de Zárate, cuando éste fué nombrado Oidor en Lima y en la comitiva del virrey Blasco Núñez de Vela. Desde sus primeros pasos en el Nuevo Mundo (y ellos se prolongaron de Panamá á la Patagonia, diez mil millas de largo), ayudó con asombrosa actividad al general Núñez del Prado en las fundaciones de Tarija, Tucumán y Charcas. Reunido luego en ésta con otro de sus tíos, D. Juan de Zárate, siguiéronle confiando las más difíciles empresas, como al más resuelto entre los valerosos españoles, hasta nombrarle Zárate Alguacil Mayor de toda su gobernación cuando él fué elevado á la del Río de la Plata. Después de siete años en Santa Cruz de la Sierra, en el de 1562 arribaba á la Asunción del Paraguay, ya casado con doña Isabel Becerra y Mendoza, descendiendo luego el Paraná, para fundar San Salvador sobre el río San Juan, en la costa oriental del Plata.

Cuando Zárate, su protector, obtuvo el título de Adelantado, legó por testamento sus derechos al almirantazgo y gobierno de esas provincias á la persona que se casara con su hija, habida en doña Leonor Yupangui, de la casa Mango-Yupa-Yupangui, nombrando á Garay capitán general, teniente gobernador y justicia mayor con poderes para representarle. Mostróse el tío muy satisfecho de las fundaciones que llevó á cabo sobrino de tanta valía, muy principalmente con la de Santa Fe, emporio de los

trigales de la Argentina, que acertadamente llamó el viajero D'Amicis *vieja puerta de un mundo nuevo.*

Al instituirle Zárate su albacea, le recomendaba especialmente saliera en busca de novio para su Leonorcica..... ¡Y qué difíciles eran por aquellos tiempos encargos tales, por los que si bien apresurábanse á cargar con los legados, no siempre velaban por las legadas. De muy diverso modo Garay, honrado como vizcaíno, desde el primer momento salió á cumplir lo que á su lealtad se confiara.

II

Veinte abriles, floreciendo en la más radiante juventud, morena virgen americana, picante como chola, suave y modosita, llevando por dote un mundo, que entonces ni después fué insignificante accesorio, ¡cómo andaría la melonada bebiéndose los vientos por los pedazos de la Juanica! Descendiente de Inca, heredó título de Marquesa del Paraguay, primero de la cadena nobiliaria (corta por demás en el Plata) cuyo último anillo fué el pardo Roque, quien en vísperas de abolirse títulos en la República compró mil pesos de «Don,» quedando desde entonces apodado por el vulgo «Roque Don,» sin que llegara una sola vez á oirse llamar Don Roque.

Llevaba, pues, la hermosa Leonor en su canastilla, entre diversas bagatelas: la mitad de las casas de Chuquisaca, quintas, estancias, ganados y chacras en Charcas, un potosí en el Potosí, minas boyantes, siete mil ducados de renta en España, la gobernación del Plata y el referido marquesado, de extensión, así, así..... casi como desde el confín del Perú al fin del mundo, ó de América, que era por entonces el conocido como tal. ¡Si sería rica la niñita esa! A su lado las flamantes archimillonarias neoyorkinas de la República democrática, que sacan la moda de ir á comprarse marido blasonado, aparecen pobrecitas de solemnidad. Hasta el mismísimo virrey del Perú pretendía casar de propia mano su presunta ahijada, para lo que empezó por espantar entre el cardumen de moscardones un su primo, en previsión de ciertas primadas que anticiparse suelen. Pero el que estaba más cerca, Oidor, aunque algo sordo, con oído atento á cuanto rumorcito sobre la precudante susurraba, era D. Juan de Vera y Aragón, quien sin previa licencia á casorio llamóla, entre gallos y media noche, antes que otro gallo le cantara. Si por su bonitura guardar debía la novia bajo fanal, como frágil joya expuesta á quiebras, por los reumas y achacosas navidades de D. Juan, á dos anclas amarrado quedaba, y no pudiendo andar de la Ceca á la Meca, ni confiar á otro su mujercita, traspasó todas las prerrogativas anexas á sus títulos; y al recibir el tío la bendición



D. Juan de Garay

del cura, recibió el sobrino título de Adelantado, pues todo lo delegaba en Garay, menos el cargo de marido, que el de Zárate saboreando quedaba con los dulces de la boda, si bien casamiento tal entre Juanes no produjo Juanitos.

III

Y aquí nos permitimos corregir á los que ligeramente aseveran que tan desconocida es la tierra como la tumba de este Garay, descollante entre los célebres vascos de su nombre, á cuya antigua familia correspondió



Buenos Aires en la época de su fundación

por muchos años el segundo asiento cabe el venerando árbol de Guernica. En más de un documento repite que él nació por los años de 1528 en Villalba de Loza, pueblo sobre una altura, como su nombre corrobora, *garay*, altura en vasco (frontera de la provincia de Álava sobre la de Burgos, dos leguas hacia el Sur de la ciudad de Orduña). Refiere su propia exposición que á los catorce años se embarcó, con el referido Ortiz de Zárate, á quien ayudara en las poblaciones de Tarija y del Tucumán, «acompañando siempre *á mi costa* y *con mis armas* á los capitanes de Su Majestad.» Así lo asevera la relación de sus méritos y servicios, autos existentes en el Archivo de Indias, estante 1.°, cajón 6.°, legajo 47, que, entre otros muchos papeles viejos de que extrajimos diversas tradiciones argentinas, tuvimos más de una vez en nuestras manos en la antigua Lonja de Sevilla.

En ella consta que insistiendo en su propósito de abrir puertas á la tierra, publicó la población de Buenos Aires, en la Asunción, descendiendo el río Paraguay en una carabela, con dos bergantines (lanchones

grandes), bajeles y balsas, costeados de su peculio y no por las Cajas Reales.

Como tres de los anteriores pobladores con Mendoza, que le acompañaban, observaran á Garay no repoblase en el bajo del río para evitar inundaciones como las que destruyeron ranchos esparcidos bajo los talares de la costa en 1536, desde la boca del Barrancas subió la altura más inmediata, prefiriendo la elevada meseta comprendida entre las barrancas que por el Este y Nordeste dan frente al río de la Plata y á los bañados del riachuelo hacia el Sur, prolongándose el interior al Oeste. Dentro de esa área trazó el plano primitivo que ha servido de base á la actual ciudad. Abrió los primeros cimientos el sábado 11 de junio de 1580, día de San Bernabé—leíamos en el acta de fundación que bien puede llamarse la fe de bautismo de Buenos Aires, cuyo nombre tomó de Nuestra Señora de los Buenos Aires, patrona de navegantes, al pie de cuya imagen, venerada actualmente en la capilla del palacio de San Telmo (Sevilla), nos arrodillamos un día, implorando soplen por siempre buenos vientos de prosperidad para la patria amada.

IV

Bravo, honrado, inteligente, tesonero y de actividad asombrosa, diseminó poblaciones á lo largo de su dilatadísimo camino, desde el Perú hasta la Patagonia; y en las riberas del Paraguay y el Paraná, del Uruguay y del Plata, dejó indelebles las huellas de su paso.

Santa Fe, Buenos Aires, Villa Rica, no fueron las únicas riberas donde Garay supo fecundizar la simiente civilizadora. Entre otras muchas cosas buenas, él introdujo en la Argentina los primeros ganados bovinos y ovejunos, que forman aún su principal riqueza. Por su arrojo y natural ingenio y constancia llevó á cabo empresas tales, que otro alguno con mayores medios no alcanzara, empleando tanta energía para vencer al caudillo Oberá en las selvas del Paraguay, como ingeniosidades infinitas para atraerse las numerosas indiadas de las Pampas.

De su matrimonio dejó tres hijas, desposadas con otros tantos fundadores, tan progresistas como él: la primera con D. Jerónimo Luis de Cabrera, quien fundaba la ciudad de Córdoba del Tucumán el mismo día de San Jerónimo, en que Garay fundó Santa Fe (1572); la segunda con Vera, fundador de la ciudad de San Juan de Vera, de las Siete Corrientes, y la tercera con D. Hermandarias de Saavedra.

Su primogénito D. Juan desposó la hija de D. Cristóbal Saavedra. Por aquellos años un tío de éste, que no consiguió embarcarse para el

Nuevo Mundo por creérsele incapaz de llevar cuentas en Potosí, quedó en lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, escribiendo un libro, asombro de ambos mundos, que vale otro Potosí, pues veta inagotable es *Don Quijote*. Así resplandece en la historia argentina el nombre de Garay, no sólo como fundador de pueblos, sino también por la pléyade de fundadores que en pos de sus pasos dejara prosiguiendo sus huellas.

Seguido apenas de un puñado de valientes, funda pueblos, dilata fronteras, conquista el desierto y con humanos procederes atrae y somete más indios que otros muchos con bombardas y arcabuces.

Fué el ilustre general D. Juan de Garay quien más adelante llevó la civilización del Plata; y después de muchos años de afanes incesantes y trabajos infinitos, cayó víctima de emboscada de salvajes á orillas del majestuoso Paraná, en la laguna de San Pedro. Carácter abnegado, corazón generoso y desprendido en extremo, dejó por único tesoro el de su nombre inmarcesible, que se destaca con los más suaves y fúlgidos destellos, brillando como tipo de la hidalguía española y apóstol de la civilización de un mundo.

V

NOTA.— Nuevamente solicitamos del activo Intendente Sr. D. Adolfo Bullrich se apresure á inaugurar el monumento, por demás retardado, que la gratitud nacional debe á D. Juan de Garay. Él quedaría bien en la plaza Colón, solar del primitivo fortín. A no ser posible transportar piedra de sus montañas nativas, que al menos le rodeara el rojo ceibo y el sauce verde de las riberas donde murió, incrustando fragmentos de sus cuatro fundaciones para inscribir los nombres de sus valerosos compañeros que, copiados en el Archivo de Indias, dejamos aquí:

Don Juan de Garay, teniente gobernador, capitán general.—Rodrigo Ortiz de Zárate, alcalde ordinario.—Gonzalo Martel de Guzmán, ídem.—Alonso de Escobar, regidor.—Pedro Fernández, escribano público y de cabildo.—Alonso de Vera y Aragón, Enviado del Adelantado. —Cristóbal Altamirano.—Juan Basualdo.—Baltasar Carvajal.—Antonio Higueras.—Miguel Navarro.—*Criollos:* Antonio Bermúdez, regidor.—Rodrigo de Ibarrola, ídem.—Diego de Olabarrieta, ídem.—Luis Gaytán. —Pedro de Quirós.—Juan Fernández Enciso, procurador.—Pedro de Xerez, escribano público.—Juan Carvajal, vecino.—Pedro Franco ó Francisco.—Juan Domínguez.—Pedro Alvarez Gaytán.—Juan de España.—Pedro Hernández.—Juan Márquez de Ochoa.—Pedro Isbrains.—Juan Martín.—Pedro de Izarra.—Juan Rodríguez.—Pedro Luis.—Juan Ruiz.—

Pedro Esteban Ruiz.—Antonio Roberto.—Pedro de Medina.—Andrés Méndez.—Pedro Morán.—Hernando de Mendoza.—Pedro Rodríguez.—Jerónimo Pérez.—Pedro Sayas Espeluca.—Juan Fernández de Zárate.—Pedro de la Torre.—Andrés Vallejo.—Bernabé Veneciano.—Pablo Simbrón.—Ambrosio de Acosta.—Esteban Alegre.—Domingo Aramendia.—Sebastián Bello.—Francisco Bernal.—Miguel del Corro.—Alonso Gómez.—Lázaro Gribea.—Sebastián Hernández.—Domingo de Yrala.—Miguel López Madera.—Jerónimo Núñez.—Pantaleón.—Alonso Pareja.—José Sayas.—Antonio de Porras.—Ana Díaz.



Escudo colonial de Buenos Aires



AMOR FILIAL

(CRÓNICA DEL ÚLTIMO AÑO DEL SIGLO XVIII)

No debe criticarse como anacronismo fuera de tono que entre dos episodios del siglo XVI intercalemos escena en las postrimerías del XVIII. Impúlsanos á alternar con viejas tradiciones otras que no lo son tanto, el hacer más variada lectura de un libro que, aunque de mucha historia, en manera alguna pretende convertirse en epítome de la misma; bien que las tradiciones, lecciones son que nos lega el pasado. Es éste uno de los más antiguos episodios en que en nuestras viejas crónicas sociales figura un hijo de esta tierra (porteño de la plaza de la Victoria, como se decía antes de haber argentinos) y en que resaltan el sublime sentimiento de amor filial y el más puro por ser el primero.

Y sin más preámbulo, punto, respiro y sigo.

I

A ciertos hijos á la moderna, entre quienes el amor filial suele andar á caballo ó en petizo, y aun de carrera ó á escape, no estará de más recordar que antes del nivelador *tú* y *vos,* que todo lo iguala, tiempo hubo en que los retoños eran más apegados y respetuosos, y cómo algún hijo volvió desde el otro mundo, sólo por dar un abrazo á su madre.

Promediaba el pasado siglo, cuando con un puñado de *guineas* y muchos más de bendiciones de sus buenos padres, arribaba á estas playas desde las de Inglaterra el Sr. D. Pablo Guillermo Thompson, inglés de origen, y americano de profesión, al naturalizarse español, en la tierra

donde encontró su bienestar, perseguido por sus ciudadanos como irlandés católico, y por la desigualdad de las leyes de su país, como segundón.

Casó en ésta con doña Tiburcia López y Cárdenas, una de las más reales mozas de su tiempo, que lo fué *el año de los tres sietes*, primero del Virreinato, linajuda y hermosa por los cuatro costados.

Si el rubio hijo de Albión nació hablando inglés, sabía ella hablar francés, y con pronunciación ó timbre tan argentino como el de las *peluconas* de señor padre, cuando sus esclavos variaban la plata, al sacarlas de los zurrones y tirarlas con desprecio al montón donde se asoleaban, del que nunca faltó una. Tan real pareja hicieron, y tanto, pero tanto se querían, que otra espina no punzaba al inglés que la que otro fuera á poseer aquel saquito de virtudes y primores, floreciendo todo en una rama, como las sonrosadas mejillas de su Tiburcica.

Vino un hijo al mundo á coronar el amor de los dos atortolados. Pretendiendo el muy egoísta (por algo era inglés) que si la muerte rompiera el lazo, no otro Vulcano soldara la rota cadena, y para aliviarle en esa su ansiedad, un buen día, junto á la cuna del recién nacido, la cariñosa mujercita, quien sobre todo afecto tenía el de su muy amado, propuso otro segundo voto, como doble sello de amor y ternura.

—Te quiero tanto, pero tanto, tanto, tanto, mi buen Williancito, que si llego á perderte, yo no sé qué haré. Nos perderemos los dos. Si no pierdo la razón, caso que seas primero llamado á Dios, yo me llamo á claustro, para tenerte más cerca de mí á todas horas, que tu solo recuerdo me distraiga en la soledad y el silencio, rezando noche y día por tu bien. Te prometo y te juro que acto continuo entraré de monja.

—¡*Yes!* To te rejuro que en idéntica situación, pedazo de mi alma, al desprendérseme la tuya, en un hilo mi media alma quedará como alma en pena, vagando por los claustros de San Francisco!....

Más de un caso semejante recordamos en nuestras tradiciones: del teniente coronel D. Juan Antonio Argerich, posteriormente cura de la Merced; del Sr. D. Francisco del Sar, tonsurado á sus sesenta abriles; del cura Mota, y otros muchos; pero pocas, muy pocas, que cambiaran sus tocas de viudedad por las de monjío, cumpliendo así tan mal probablemente como el primero el segundo juramento.

II

Mientras tanto, iba creciendo y alargándose Martinico, único vástago de ese par de atortolados, y á los diez años fué enviado á educarse en Eu-

ropa (que los muy revenidos no tienen tiempo sino para quererse), donde aplicado y estudioso, obteniendo las mejores notas en sus exámenes, en el último año del pasado siglo, próximo estaba á salir de la Real Escuela de Marina con las más honrosas clasificaciones para seguir como cadete á la Armada española.

Cierto día nublado le llegó la infausta nueva del fallecimiento de su amado padre. Como las malas noticias nunca vienen solas, llegaba también la del voto fatal, con el que de un golpe quedara en doble orfandad. Entonces, sin vacilar, haciendo todo á un lado, libros, carrera, galones, porvenir y cuanto en el mundo tenía, decidió embarcarse, al descifrar las patitas de mosca de una su tía en lacónica posdata: «Si quieres abrazar á tu madre por última vez, apresúrate. Un doble voto unía á tus padres bajo solemne y mutua promesa, por el cual el superviviente profesaría en un convento.»

Por más que se apresuró el desconsolado Martín, en aquellos tiempos largo era el viaje. Pena infinita sintió sabiendo á su arribo que la madre querida hallábase enclaustrada ya de monja capuchina, bajo el nombre de Sor María Manuela de Jesús.

Desesperado y afligido, concentraba todas las facultades de su inteligencia en ingeniar algún medio de verla, cada vez que se alejaba del torno más tristemente acongojado, si por breves momentos llegaba á oir como eco de otro mundo la voz maternal. Tanto rondaba la manzana de San Juan, que las pisponas sanjuaninas de la vecindad empezaban á porfiar por cuál de ellas pasaba el buen mozo, cuando miraba al paredón, estudiando las costumbres de la casa, del convento y sus alrededores, y hasta los árboles, sin encontrar, no ya rama en que ahorcarse, sino gajo bastante resistente para saltar.

«Pobre porfiado saca mendrugo,» y después de mucho recapacitar, observando cuidadosamente los detalles del interior conventual, no faltó vecinita compasiva que le hiciera saber que el primer viernes de cada mes uno de los filántropos devotos mandaba traer de su estancia varias carradas de leña, que piadosos vecinos apilaban cerca de la cocina, introduciéndola por la puerta trasera de la huerta. Por otra de las donadas con olor á torno ó sacristía supo cuándo le tocaba el turno de semanera á la última novicia. Y con estos y otros detalles, que miradas de buen mozo enternecen corazones, de disfrazado devoto se introdujo, acarreando leña. No tardó la ocasión en sospechar lo que buscaba al través de velo caído ó mal velada toca. Por descubrirse novicia en quehaceres tan fuera de sus costumbres, ó presentimiento que al corazón del que ama siempre conmueve, ello es que en algo la reconoció. Sospecharla y correr á ella fué

uno, á cuyo cuello se arrojó conmovido, prodigándole las expresiones de su afecto y exclamando, loco de ternura:

—¡Madre! ¡Soy su hijo! ¡Abráceme! ¡Cuánto he corrido por llegar á sus brazos!

Y cuando el hijo apasionado, «Hijo querido de mi alma» esperaba oir, con frío ademán apartado, apenas percibió, helado en su turbación:

—¡Yo ya no tengo hijo! ¡Mi corazón ha muerto! No existo para el mundo. ¡Retírate!

¡Cuán grande sería la sorpresa del joven afligido, viniendo desde tan lejos á los brazos maternos que no le estrecharon, separado por su propia madre, con la expresión extática de la monja!

—«¡Mi corazón ha muerto!» ¡Oh! Esto es horrible. Los muertos no hablan. Su corazón late. Hijo de sus entrañas. En nombre del Dios bueno, ¿cómo puede rechazarme?

Estas y semejantes exclamaciones se oyeron al joven, que salía medio loco, huyendo y llorando sin consuelo.

III

Algunos años pasaron. Por largo tiempo resonó el incidente, y los comentarios se multiplicaban, admirando unas cómo había conseguido una madre virtuosa sobreponerse, logrando el fanatismo de la época matar el amor de madre que en todo tiempo estuvo sobre todos, elogiando otras el afecto entrañable de hijo tan cariñoso.

El héroe de esta aventura resumía en su persona los atractivos de una belleza física poco común, que realzaba la distinción de su rango, por lo que más de una estación fué el niño mimado en los estrados de nuestra reducida sociedad.

Entre las beldades de su tiempo descollaba cierta Mariquita detrás de alta ventana en la calle del Empedrado (que casi vivió un siglo, á dos equivalente, por la cantidad de benéficas obras que en pos dejara), á quien impresionó más que á otras la cantidad de amor filial del futuro marino-diplomático.

Acaso esta su primer virtud le abrió camino, pues la deducción se imponía: «Si tanto quiere á madre que le desdeña, cuánto adorará á corazón que le corresponda.» Y por estas y otras, la señorita María Sánchez Velazco quedó desde el primer día del siglo concertada novia, si no oficial, oficiosa, del oficial de Marina D. Martín Lorenzo Thompson.

Faltaba el rabo por desollar. Si el uno era simple teniente, aunque

la rica heredera no comprendía relación entre el amor y el interés, de distinto modo pensaba señor padre. Mas si ejemplo excepcional de amor filial fué el joven Thompson, cinco años de rigores paternales ó suegriles no hicieron mella en aquel corazón templado por el amor á toda prueba. Y como dueñas cuidaban de ella, y el proyecto de suegro sabía á qué atenerse en cuanto al saltaconventos, si bien aquí no había conspiración de vecindad ni aliado dentro de plaza, todo oficio juzgó bueno para llegar á la niña de sus ojos, hasta el de aguatero, bajo cuyo disfraz se introdujo. Así, cuando entró á la niña capricho por tomar baños fríos, aun fuera de estación, con sus dos flacos bueyes barrosos, pipa de aguatero sobre desvencijado castillo del que sonaba campanita colgada del arco, junto á imagen de la Virgen, oía el Sr. de Sánchez á su puerta todos los sábados, pero lo que no veía era el porqué la niña había de ir siempre á ver llenar su bañadera. Envidiosa vecina descubrió el ardid de que nuestro futuro capitán del puerto, antes de llegar al de sus amores, por refrescar sentimientos que le incendiaban, oficiaba de gallego aguador.

Fué este un otro de aquellos muchos que hicieron época: «Novio tenemos, convento habemos;» pues que al día siguiente de descubrirse el pastel, y que de estafeta ó correo suplía caneca vacía, de las dos que parecían no acabar nunca de llenar la tina, desde el día siguiente fué conducida la niña María á seguir sus baños en el convento. Tratándose de hija única, de peregrina belleza, de notables dotes intelectuales y heredera universal por añadidura de una de las mayores fortunas, oposición tenaz se levantó á enlace que no satisfacía ambiciones de padre inflexible.

IV

Cinco años sufrió el valiente mozo en el retortero. La novia fué depositada en Catalinas para que le olvidara; y su percundante, alejado del país.

Víctima de sus afecciones, diez años había sufrido la ausencia del amor materno, y otros cinco por la más vehemente pasión, que al fin vió coronada en el de 1805.

El gentil joven se hacía querer de todos por sus nobles maneras, habiéndose atraído la protección de los superiores y hasta la del mismo marqués de Sobremonte, ya virrey, y del comandante general de Marina, Huidobro. Persistiendo en su propósito, no tardó en ser ascendido á alférez de fragata en la Real Armada, nombrado después ayudante y encargado de la Subdelegación de Marina en la capital del virreinato.

Con una perseverancia que nada desanimaba siguió proceso; presentó en largo expediente las tablas de limpieza de sangre que exigiera su proyecto de suegro, D. Cecilio Sánchez de Velazco; pues, señor de muchos humos, ostentaba sobre el estrado, á la testera del salón, ovalado escudo de su antigua nobleza, oriunda de Granada, en cuyas armas figuraban los atributos más preciados en España. No era cosa, pues, de dar la mano de la más rica heredera al primer buen mozo pisaveredas que pasara por las de Florida. Mas como todo lo vence el amor, y no hay constancia que no obtenga premio, *gutta cavat lapidem*, las muchas gotas que de agua cayeron sobre el constante oficial de Marina cavaron en el pedernal de su suegro, y al fin, del convento salió su dicha, como en él se enterrara en vida la de su amor filial.

Por su aspecto, como hijo de inglés, por tal tomara á este rubio oficial la vanguardia de Liniers cuando al año justo de su casamiento (1806) salía de la chacra de su suegro en San Isidro, donde se refugiaron con su familia otras muchas, para avisar á los reconquistadores desembarcados en el puerto de Santa María de las Conchas lo desguarnecido de la plaza y sus escasas tropas.

. . . .

Años después, en que el coronel D. Martín Lorenzo Thompson coadyuvó á la revolución de la Independencia con cuanto tenía y valía, fué en el de 1816 enviado como primer representante de la Argentina, acreditado cerca del Gobierno de los Estados Unidos. En Filadelfia contrató el primer grupo de oficiales franceses, que más tarde se distinguieron en los ejércitos de la patria.

. . . .

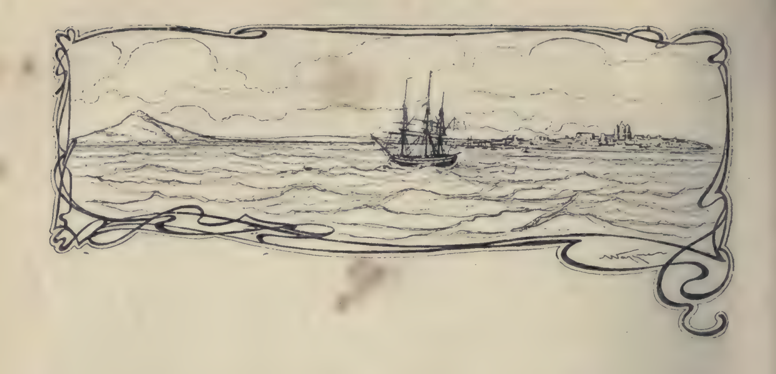
Y este hombre de natural tan amable y apasionado, como vehemente y expresivo, que hablaba con las manos (tal era la nerviosidad de su carácter), que amó á su madre hasta el delirio, á la compañera de su vida hasta la locura y á su patria hasta el sacrificio, se distinguió desde la Escuela de Marina en Madrid por sus estudios, y en la reconquista y la defensa contra los ingleses como militar: condenado á doble orfandad desde sus primeros años, muy niño alejado del hogar, y encontrando tras larga ausencia cerrados los brazos maternales, siempre errante, lejos de los suyos, consagrando á la patria todos sus servicios, esposo de una de las mujeres de más ingenio que recuerda nuestra sociedad, padre del afamado literato D. Juan Thompson (quien con nuestro Ventura de la Vega dejaron en España bien puesto el nombre argentino), tuvo la desgracia de fallecer á bordo, en viaje de regreso (1817), siendo su cuerpo arrojado al mar.

En aquellos tiempos un hombre al agua, aunque hubiera hecho grandes sacrificios, era verdaderamente *hombre al agua* en su recuerdo, quedando para siempre olvidado, como si el Océano inmenso sin huellas cubriera las que bien profundas dejaran sus pasos sobre la tierra.

Al par de sus servicios á la patria, vive en nuestras tradiciones este hermoso ejemplo de amor filial.



Iglesia de San Juan (convento de Capuchinas)



EL GOBERNADOR «MANO DE PLATA»

I

¿Conocen ustedes al general Pata-Gallina?—nos preguntaba cierto día en la Biblioteca de Lima nuestro ilustrado amigo D. Ricardo Palma.

«Fué la de ese nombre la tradición que más sinsabores me ha proporcionado.

»Desde entonces, proseguía, en todas mis crónicas disimulo cuanto es posible nombres y sobrenombres históricos de personajes que no siempre lo fueron; pero como, al fin, crónica es lo que relato, tan parecidos suelen encontrarse los aparecidos, que con harta frecuencia la nativa malicia pone los puntos sobre las íes, que usar suelo sin puntos, y héteme provocado el conflicto.

»Peliagudo oficio se va haciendo el de meterse en atolladeros por exhumar antigüedades.

»Pierda usted trabajo, tiempo y paciencia en desenterrar empolvados señorones, llenos de telaraña, vestidos á la antigua y hablados á la misma, que no reportará honra ni provecho.

»Apenas habrá familia en Lima á quien no haya recordado alguno de sus ascendientes por ella misma ignorados, haciendo resaltar, en honor al país, á la historia y á la moral los méritos ó los medios méritos de abuelos tan olvidados, dejando á sombra sus sombras, por aquella piedad mal entendida de que, respecto á muertos, sólo se debe recordar lo bueno.

»¿Y creerán ustedes que se me ha demostrado mucho agradecimiento?

»Eso sí, no faltó quien me recordara. ¿Para darme las gracias?

»No, para darme una paliza..... literaria, haciendo cera y pábilo de toda mi literatura, por no haber suprimido algún lunar, sin el cual faltaría el parecido (ó bellaquería tan sonada), que como eco del pasado repercute en la tradición.»

Todo esto contaba con su sal ática y gracia sin igual delante de Paz Soldán, Pardo, Gómez, Irigoyen, Guzmán, Calderón y otros periodistas, el poeta de las tradiciones, refiriéndonos la desazón que le causó cierto general de la Confederación Perú-Boliviana, llevándole ante el *Jurado* por encontrarse parecido á su general Pata-Gallina.

»Falsificador de la historia, que ambicionaba renombre, ultrajando el de muertos ó semimuertos, era de lo menos que se me tildara. ¡Chico pleito fué aquél!

»Pero, señor, me defendía, nada tiene que hacer usted con el general Pata-Gallina de mi cuento. Usted es un general de mucho mérito, que ha dado largos días de gloria á la patria, cuya casaca militar cuajada se halla de medallas, cordones y veneras, que ha hecho sudar la prensa con elogios á sus hazañas, y los papeles públicos.

. . . .

—»¿Qué? ¿Qué dice usted? Si en mi Departametno no hay papeles públicos, ni hazañas. Usted se ha querido mofar de mí, pintándome con defectos que no tengo, sin respetar mis canas, heridas y servicios, para costear, con la caricatura de mi figura histórica, la risa de sus lectores.

—»Semejanza alguna aparece entre un Vuecencia implume, en dos pies, y mi general Pata-Gallina, que nunca tomó el olor á la pólvora, que en cien combates lució por su ausencia, como el señor..... no lo ha hecho, cuyo nombre no se menciona en parte alguno. . . . . . . y. . . . .

»Y, como tanto me fastidiara ese buen señor, cansado de sus majaderías, tuve que pedir al Presidente de la mesa que hiciera exhibir en la prueba algo así como el cuerpo del delito, cuando un chusco gritó desde la barra:

—»¡Eso es!, ¿á ver á ver? Que saque la pata el señor general, á ver si es de gallina.

»Aunque algo serril, el cuzqueño escondía la suya en bota fuerte. El público se echó á reir, contaminándose los miembros del Jurado de la hilaridad de la barra, y no sin gran brega salí absuelto y sin levita.»

Ni pariente lejano del general Pata-Gallina es el que en las siguientes páginas recordamos.

. . . .

II

El gobernador *Mano de plata* no pertenece á la colección, digna más de un gabinete ortopédico que del Museo á cargo de nuestro erudito señor Moreno, ó de nuestra humilde galería, en que desfilaron el mariscal *Pierna de palo*, el general *Cabeza de mate*, el coronel *Mandíbula de plata*, y otros gloriosos inválidos, tan perseguidos por las balas como olvidados en la historia.

No hay que confundir este gobernador *Mano de plata*, teniente de Rey, plaza recién creada para la muy noble y muy leal ciudad de Buenos Aires, con D. Melchor Porto Carrero, que virreinó en el Perú y quien sustituyera con brazo del precioso metal el que perdió en la batalla de Harras.

Algo enamoradizo de beldades de azúcar rubia y canela debió ser, por lo mucho que le sulfuraba el cantarcillo populachero con que los muchachos de la Alameda de los Descalzos sabían saludarle en Lima:

«Al conde de la Monclova
le dicen *Brazo de plata;*
pero tiene mano de oro
cuando corteja mulata.»

Cuando *Mano de plata* llegó á las riberas de su nombre, *Brazo de plata* había salido de la tierra de la misma, sin llevarse ningún Potosí.

Rara-avis entre los virreyes del Perú, y quizá, quizá entre algunos gobernantes que le sucedieron.

. . . .

Eso sí, honrados á carta cabal, aunque uno arribara quince años después del otro, y otros quince gobernara cada uno por su lado, fué en lo único que se alcanzaron sus honradas y progresistas administraciones, dejando ambos numerosos testimonios de generosidad en obras fecundas, edificando al pueblo con su ejemplo.

Pero si balsa de aceite, en lo pacífica, parecía la época del conde de la Monclova, el reverso de la medalla fué la que tocara al mariscal de campo D. Bruno Mauricio de Zabala, quien con menos elementos hizo más.

Si el conde construyó los portales sobre la plaza frente á la suntuosa catedral de Lima, en que empleó *veinticinco mil* pesos de sus regalías, el Cabildo y el Palacio y otras muchas preciosidades, empezando en su tiempo las mejores edificaciones, aunque más pobretón nuestro goberna-

dor, no se limitó á embellecer esta capital, sino á levantar otra nueva desde sus cimientos, como la muy hermosa que hoy ostenta la joven República Oriental del Uruguay.

Después de abrillantar su descollante figura con hazañas singulares en las campañas de Flandes, Namur, Zaragoza y Gibraltar, á Zabala, que había perdido el de persignarse en Lérida, de valor de vascongado y tesón de lo mismo, le tocó hacer entrar en vereda á varios alcabaleros retrecheros y contribuyentes olvidadizos.

. . . .

El mismo año de su arribo á este Gobierno (1717), fué el primero de la terrible peste que alcanzó hasta Córdoba, recrudeciendo diez años después.

. . . .

Los indios se levantaron por varios puntos, y los portugueses, asomando las narices por sobre las murallas de la Colonia del Sacramento, íbanse extendiendo como mancha de aceite hasta quedar chatos por todas partes. Muy luego metió en un zapato á lusitanos y charrúas y hasta en dos á tobas, guaraníes y toda la indiada, así en la Pampa como en la Banda Oriental, en el Chaco y Paraguay.

Tras los salvajes se insurreccionaron los cristianos, y en pos de Antequera los comuneros, y antes y después mamelucos y paraguayos; y á pesar de las múltiples atenciones de tanta dilatada campaña, no descuidaba el adelanto de los pueblos en su honrosa y progresista administración.

. . . .

Y á este gran hombre que con su solo brazo metió dentro de la estrecha plaza de la colonia á contrabandistas y portugueses, echó á los que pretendían echar raíces sobre la hermosa bahía que muestra en anfiteatro á Montevideo, expulsó á Antequera, repuso á los jesuitas, dió á cada uno lo que era suyo, sembró de bienes la inmensa zona desde los confines del Paraguay hasta la Patagonia, y cuando, promovido al rango de teniente general, le vino el nombramiento para la presidencia de Chile, le llegó la muerte en Santa Fe.

III

Pero ante la crónica suntuaria de aquella época, mérito mayor que el haber decomisado doscientos mil cueros y ocho mil marcos de plata y embargado todos los bienes de la Compañía del Asiento en represalia de la usurpación de Gibraltar, aplauso más grande que por todo ello le fué discernido entre las damas de antaño por haber introducido, ¿qué les pa-

rece á ustedes?...., nada menos que el primer carruaje por cuyo modelo fueron construídos los que le siguieron.

Tardó en llegar la gente arrastrada á esta ciudad de pacíficos vecinos y modestas costumbres. Sabida es la real pragmática del Diablo del Mediodía, el más tirano de los Felipes, prohibiendo traer carruajes á estos sus lejanos dominios, ni fabricarlos en ellos.

Apenas se hizo excepción para el virrey y el arzobispo, empezando luego á introducirse como contrabando por algunos señores de campanillas en Lima, hasta que, cayendo con los años en desuso la prohibición en semi-corte de tanto fausto, no quedó tieso títere ó rico improvisado que no fuera arrastrado.



Primer carruaje de Buenos Aires (1726)

En tal dije de lujo arribó aquí al siguiente año de haberse declarado esta ciudad muy Noble y muy Leal, nombrándosele un teniente gobernador é investido al teniente general mariscal Zabala de más amplia jurisdicción.

¿Se prohibiría la construcción de carruajes tal vez por falta de maderas en esta América sin bosques, ó por falta de caballos, que en tierra de los mismos, escasos los reputaba Su Majestad para el servicio del Estado? En aquellos tiempos, que hasta la carroza real era tirada por mulas (en la Coronada Villa), aquí se boleaba un potro, dejándolo tirado en medio del campo, para sacarle sólo un par de botas de las patas.

Costumbre era en nuestros campos por aquellos tiempos, de cualquier paisano en viaje, acercarse al palenque en el primer rancho del camino, á pedir prestado un caballo por llevar aplastado el que montaba. No se prestaba, pero se le daba, no uno, sino otro más de tiro, y seguía, cuando seguía; pues repitiéndose el ofrecimiento de hospedaje, éste se prolongaba por días y aun semanas. Al terminar otra jornada, la misma escena se repetía, continuando de este modo hasta la estancia más lejana. Tales eran la franqueza y desprendimiento de nuestras sencillas gentes de campo, hasta que la malicia y el subterfugio vinieron á corromperlas. En este mismo país, donde un animal valía menos que sus patas, se ha llegado á pagar no ha mucho treinta mil libras esterlinas por el primer caballo del mundo, según el inglés que lo envió de Londres.

Hasta mucho después resaltaba á este respecto la aberración matemática de que la parte vale más que el todo. Cuando un buen caballo se pagaba en dos pesos, por cuatro no se adquirían sus herraduras.

Hasta doscientos años después de su fundación se pagaba en cuatro

mil pesos un excelente caballo en Lima, cantidad con la cual hace cincuenta años se adquirían veinte leguas de tierra á veinte leguas de esta capital.

Si se recuerdan las inmensas manadas que D. Juan de Garay encontró de las pocas yeguas dejadas por Mendoza, gemela en lo económica resalta tan inacertada pragmática de la otra salomónica inspiración de no dejar entrar ni salir cosa alguna de este país sino por Puerto Cabello, inmediato embarcadero, así como cinco millas.

Temor abrigaba Su Majestad en la paternal munificencia con que protegía á estos sus fieles vasallos, que llegaron á defenderle la casa mejor que soldado pago, de que se escapara algo á sus Cajas Reales por esta puerta falsa del Río de la Plata. A la postre, cuando más tapiaba portillos y ventanas, se le escapó el reino entero de Indias; que de tanto tirar, al fin se rompe la cuerda.

IV

Alto, grueso, de hermosa cabellera rizada, bigotillo retorcido, majestuoso talante, era el general Zabala uno de los más hermosos tipos de su época.

Faltándole el brazo derecho, que disimulaba su manga en cabestrillo, aparecía ello menos un defecto que real testimonio de su bravura. Mal gobernaba el caballo con la zurda, y andando á pie de Buenos Aires al Paraguay, ó de Misiones á Montevideo, cortos le hubieran sido los años de su buen gobierno para vueltecitas semejantes.

En previsión de tan largas jornadas, trajo consigo un pequeño volantín ó quisicosa, en nada semejante á las lujosas carrozas en la semi-corte de los Virreyes del Perú, arrastrada por una mulita barcina, con el negro que la montaba, y en ella recorrió su dilatada gobernación, sembrando beneficios por todas partes.

Y fué la segunda, según cuenta el cronista de aquellos tiempos, la en que el Podestá de la Rioja quiso exhibirse poco después por no ser menos, y le costó un ojo de la cara, no por cara (tosca confección doméstica), sino porque cruzando estrechas sendas de tanta arboleda, sin pedir licencia se entró una rama en la volanta sacándole un ojo. Al menos así lo cuenta el viajero italiano Cattaneo, que, como jesuíta de cepa, no tenía edad para mentir.

Y fué la tercera carroza en Buenos Aires. . . . .
. . . .

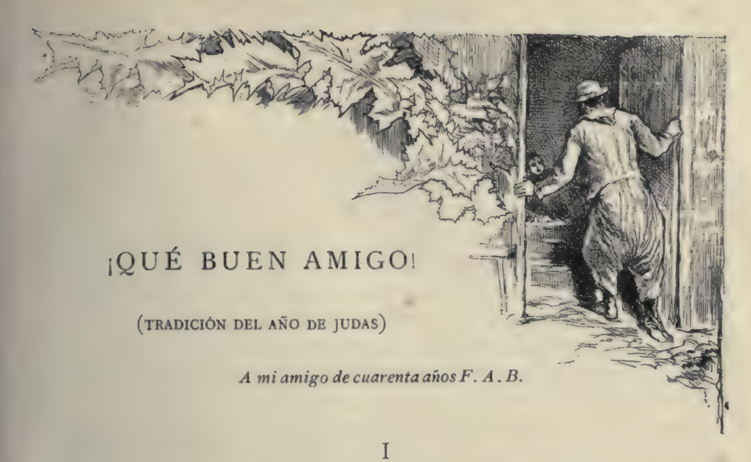
Mas cuenta sería de nunca acabar la de todas las que han rodado en

estas estrechas calles, sobre las que hoy cruzan treinta mil vehículos y doble número de cabezas huecas.....

Medio siglo después, otro gobernante, si no fundó ciudades como la de Montevideo, mandó traer lujosísima carroza de gala, cuyo coste superó en mucho al de la fundación de la hermosa ciudad vecina y los recordados monumentos que aún embellecen la capital de las limeñas.



La primera galera



¡QUÉ BUEN AMIGO!

(TRADICIÓN DEL AÑO DE JUDAS)

A mi amigo de cuarenta años F. A. B.

I

¡Ay, no tener un amigo!

¿Para qué sirve pasar una larga vida de honradez haciendo todo el bien posible á sus semejantes, desvelarse por sus hijos, sacrificarse por la patria, trabajar desde venir el día hasta el último, por cumplir sus deberes, si al fin de la jornada no queda un amigo?

Así se lamentaba, cual otros muchos que no se lamentan, un antiguo soldado de la provincia de Santiago, puesto en capilla (en las postrimerías del año 1813) para ser fusilado al toque de diana.

Delito de deserción se le atribuía, al que, en verdad, delito de amor paternal apenas podía llamarse.

Verdad que él había salido del campamento; pero galopaba, no hacia el enemigo ó por rehuir servicio militar; galopaba hacia sus hijos. Para vigorizar el ejército y evitar escaramuzas de los indisciplinados gauchos de Güemes, que, magníficos guerrilleros en vanguardia, no lo eran tanto en el estricto cumplimiento de Ordenanza, habíase dado la orden que todo soldado alejado del campamento sería pasado por las armas como desertor.

Agregadas á esto susceptibilidades levantadas entre los jefes de las divisiones que cruzaban las provincias de arriba, en marcha para el Alto Perú, y rivalidades del coronel Borjes con oficiales de Ocampo y Belgrano, no podían los subalternos de aquél perder la oportunidad, sino darse el gustazo de fusilar al primer desertor que caía en sus manos.

Todos los medios de petición hallábanse agotados. A la comisión de

notables siguió desairada la de sus principales señoras, y á ésta la de curas y cofradías, solicitando gracia por tan patriota y valiente soldado como Santiago Neirot.

Pero el inflexible jefe se mantenía en sus trece. La orden se había dado, y en capilla y confesado, con el práctico á bordo, el pobre reo liaba petates para el viaje que no tiene vuelta.

—¡Cómo ha de ser!—repetía.—Lo único que siento es no abrazar por última vez á la patrona y á mis pobres hijitos, pues aunque nadie tiene la vida comprada, no era así como yo debía acabar, sino de un metrallazo al enlazar algún cañón de los maturrangos. Este es el pago que da la patria. Dios ayude á la viuda. ¡Ay, no tener un amigo!....

Y en esto, interceptando la luz del miserable rancho, el corpanchón de un hombrazo más grande que una puerta asomó agachándose para entrar junto al reo.

Como en la conversación repitiera á éste lo antedicho, de que no sentía morir, pues que lo mismo era hoy que mañana para quien no ha hecho pacto con *la pelada*, sino el no poder ver á sus hijos, cuyo techo divisaba, contestóle el amigo, tan noble y abnegado como él:

—Por esto, no; para eso estamos los amigos, y se me ocurre una cosa. Dígale al padre que lo auxilia, proponga al coronel quede yo de personero hasta su vuelta, consintiendo ser fusilado en su lugar, caso de que usted no regrese á la hora. Si consiente, salte en mi caballo á cumplir su deseo, que ¡á qué diablos sirven los amigos sino para sacar de apuros en trances como éste!....

Sea que le impresionara tan extraña propuesta, ó que supo el caritativo franciscano tocar el corazón del jefe, ello es que una hora después se divisaba flotando el poncho del gaucho, á galope en dirección al rancho blanqueado, que á lo lejos aparecía como vislumbre de la última esperanza.

II

Era al caer la oración, en una tarde triste, cuando ya entre dos luces metió la cabeza un emponchado por la ventanita trasera, sorprendiendo cuadro de lástimas, ayes, llantos y gemidos que le partió el corazón, el mismo corazón que no tembló cuando leyeron su sentencia.

De rodillas ante una tosca imagen de San Santiago, entre dos velas amarillentas, cuyo pábilo ennegrecido humeaba, vió á su hermana con sus cuatro hijitos, rogando al Santo de su pueblo por la salvación del padre en capilla, mientras que en otro rincón más obscuro se ponía su mujer, á

quien recién se le anunciaba la tremenda desgracia, el escapulario del Carmen, descolgándolo de la cabecera de la ancha cama de su buen compañero, para llevárselo como único consuelo en su pobreza.

Oyendo entre llantos y padrenuestros la voz de la mayorcita: «Tata Dios: salvá á mi tatita,» al buen paisano, subiéndole el dolor que se liquida con los jugos del alma, dos lagrimones como garbanzos se le cayeron. Luego, reponiéndose un poco, dió vuelta y con disimulada entereza entró diciendo:

—Aquí estoy con ustedes; todavía soy vivo. ¡Vengan mis pedazos!

—¡Jesús! ¡Mi Dios!—gritó la mujer al persignarse toda espantada.

Ánima bendita que anda penando creyó de pronto. «Lo habrán fusilado ya, y su sombra vagando alrededor de sus hijos viene á reconvenirme no haber corrido en su auxilio.» Acababan de darle la noticia que ya podían contarlo por muerto. Fuése poco á poco disipando el espanto de las criaturas por la impresión del aparecido, reconociendo la sonrisa cariñosa del viejo padre, que avanzaba abriendo los brazos, cual la gallina extiende sus alas para cobijar sus polluelos, y al sentarse sobre la cabeza de vaca, toda una ponchada de criaturas fué oprimida fuertemente, como pocas veces, sobre un corazón honrado.

Sentando sobre las rodillas á los más chicos:

—Vengo—dijo—á despedirme de todos y darles el adiós.

—Yo te ocultaré donde nadie pueda descubrirte—agregó la mujer creyendo que habría logrado escaparse y venía en fuga.

—No es eso, hija, sino que mañana debo llegar temprano al otro mundo. Lo único que sentía era no despedirme de ustedes, no verlos más. Como la última gracia nunca se niega al sentenciado, me han concedido esta; pero no puedo faltar una hora á la fijada, porque despacharían á mi buen amigo Ciriaco, y tan bueno como no suelen encontrarse dos en la vida, pues que su abnegación llega hasta exponerse á que le fusilen en mi reemplazo.

Amontonándose esposa, hermana, hijos, le estrechaban con efusión entre lágrimas y abrazos, rogando por todos los Santos se escondiera, que huyera bien lejos; después galoparían hasta el fin del mundo por juntársele.

—¡Imposible! Mi palabra está empeñada. ¿No comprenden ustedes lo que es un amigo que se ofrece á morir por otro? ¿Cómo puedo traicionar la confianza de mi compadre, y la misma palabra del capellán que intercedió por este mi último gustazo de venir á verlos?

—Pero si no se han de animar á fusilar á ño Ciriaco, tan buenazo; no ha hecho nada para que lo maten—decía la viuda, ó casi viuda, ya de rebozo negro.

—¿Que no? ¿Y qué he hecho yo, y sin embargo me fusilan? No saben lo *malazos* que se han puesto ahora con la *redota*. Cuatro tiritos á mi compadre, bien pegados, sin perjuicio de reservarme otros cuatro para cuando caiga, y la felonía de haber dejado colgado á mi amigo tan generoso, remordimiento que me perseguiría sin poder dormir, llevando la muerte sobre el corazón, por los pocos días que pudiera substraerme á lo inevitable. No, ¡yo no soy felón! Mejor es morir como hombre, que nunca hice asco á la muerte. Vamos, hablemos de otra cosa. No entristezcan el mate, que está muy sabroso, y alcánzame otro *verde*, mi china.

Luego de repetirles que no se afligieran y consolarles, él, que más consuelo necesitaba, en lugar de llorar, «encomiéndenme á Dios, les dijo, y vamos á rezar juntos á la Virgen y mi Patrona del Carmen.»

Hincados padre, madre é hijos ante la ennegrecida imagen de San Santiago, no le pedía un blanco caballo como sobre el que se le representa, más ligero que el pampero, para salvar de un galope hasta más allá del confín de una tierra, en que se colgaba á sus valientes defensores, sino que se encomendaba al Santo de su pueblo para que salvase su alma pecadora.

Y un poco más tranquilo, después de pedir el auxilio del cielo:

—Se me ocurre una cosa—agregó mirando al Santo, como si de él le viniera la inspiración.—Yo no puedo faltar á mi palabra; pero si mi Dios me protege y no he de morir aún, oye bien lo que te voy á decir, mi hijo. Mañana tempranito, vos, Perico, como más gauchito, te vas en el parejero de mi compadre y le dejas con la rienda alzada lo más cerca que puedas detrás del banquillo, que si Santiago me ayuda, me salvaré. Pero hasta entonces silencio y entereza, que con lágrimas no se saltan malos pasos.

III

Y así refieren los viejos de aquellos tiempos no sabían que admirar más: si la abnegación del amigo, exponiendo espontáneamente su vida en un hilo, ó la palabra empeñada del sentenciado, á la que ni un momento pensó faltar.

Pero este doble ejemplo de nobleza, de abnegación, de amistad, no fué bastante á contagiar en tan generosos sentimientos el empedernido corazón del coronel. Y cuando había impartido la orden de que se llevara adelante el fusilamiento del leal amigo, apareció á todo galope el sentenciado, y desmontando á la puerta del rancho que hacía de capilla, dió un ponchazo al caballo para que enderezara á la querencia, regalándole esa única prenda á su amigo con su último abrazo, y deslizándole tres palabras al oído, se preparó á bien morir.

Nuevos empeños de frailes, monjas y notables habían fracasado como los de la víspera, y los aplausos de la multitud que se apeñuscaba, con que fué recibido el recién venido, esclavo de su palabra, volviéronse llantos y sofocos del mujerío, viéndole salir entre cuatro sayones y el capellán, exhortándole con el crucifijo en la mano, caminito del banquillo, bien corto para que se creyera que la fusilatina iba de verdad.

Cual si misteriosa prevención hubiera combinado á los tristes circunstantes, sólo del lado que divisó á poca distancia el parejero había cancha abierta, interceptando grupos de paisanos curiosos los otros costados.

Y así, mientras solicitaba por el oficial de tiradores al que mandaba el cuadro, que no era cuadro, según los diseminados soldados que lo formaban, que se le concediera como veterano dar las voces de mando en su ejecución, al desprenderse de la chaqueta que daba al sargento, en un momento de distracción, admirando todos la entereza de este valiente, rápido como relámpago corrió hacia el caballo que los centinelas no observaron, y cuando éstos intentaron atajarle el paso salidos de su sorpresa, ya había saltado sobre el parejero en carrera hacia el monte, sin ser alcanzado por ninguna de las balas de unas cuantas carabinas. La mayor parte de los de caballería tropezaban con mirones, que parecían estar en el secreto de abrir cancha al que el pueblo quería salvar, estorbando á los ejecutores de la terrible sentencia.

De esta suerte escapó del banquillo el que no creía en la amistad, y sin embargo fué el amigo de última hora quien salvara su vida exponiendo la suya.

El valiente veterano de Salta y Tucumán Santiago Neirot burló así el banquillo, y á milagro del Santo de su nombre, devoción de familia y Patrono del pueblo de su nacimiento atribuyóse, pues que la inspiración del ardid de su fuga le vino cuando, hincado y absorbido en la oración, estaba mirando el caballo blanco de la imagen por su buena madre heredada.

IV

Pero la persecución siguió. El irascible coronel no era hombrecito de dejarse burlar por ningún santiagueñazo. Y sabiendo que el amor á la familia fué su virtud predominante, le seguía á sol y sombra, rodeando su rancho de espías.

Algunos años pasaron, y cuando creía el matrero que estaban cansados de perseguirle entre enmarañados algarrobales, atraído por el imán irresistible del cariño, cierta claroscura noche que rondaba la nidada, á galope

tendido salió un felón de los que pastoreaban, sin resultado, á la irresistible semiviuda.

Vuelto á caer por segunda vez, fué condenado á muerte. Lo más granado de la sociedad de Santiago se desgranaba en pedidos, comisiones y empeños. Señoras tan principales como las de Navarro, Rueda, Iznardy, Santillán, Achaval, Iramain, Ibarra, Alcorta, Gondra, Carranza, Taboada, Olaechea, Gallo, Gorostiaga, Vieyra, Frías, Orgaz, Lascano y Unzaga, volvían desairadas.

—De esta no escapa el buen hombre—murmuraban sus amigos.—No hay ya esperanza de salvarle, ni *malacara ó plateado* tan ligero como el del santo de su devoción.

Habían apartado de los alrededores todo animal de cuatro patas, excepto el que á tal se parecía, ordenando la bárbara ejecución del veterano de la Ciudadela. El último caballo que partió á escape fué el *propio* que á la estancia del vecino más influyente despacharan en su busca, tentando el postrer empeño.

—Pero, coronel—le decía éste,—no es el modo de atraerse popularidad, ni es posible fusilar á un valiente por pena ya prescrita. Usted no puede dejarse dar lección de humanidad del generoso paisano que ofreció su vida por la de su amigo.

Y en este sentido seguíale trabajando por tocar sus nobles sentimientos.

Encontrábase ya algo quebrantado por las repetidas súplicas de tanta belleza santiagueña, y media noche era por filo cuando, al sonar la primera del año de la Independencia, rendido al fin y fatigado por tantos empeños, se ablandó un poco el jefe.

—Bueno, amigo—contestó medio retobado;—concederé á la amistad lo que me había propuesto no ceder á nadie, y de este modo seguirá la relajación en la disciplina, y sin ella no hay ejército posible.....

V

Bien se ha dicho que un buen amigo es en la vida la más grande dicha, pues que tan sublime afecto desinteresado que conforta y sostiene, ese otro *yo* en el que encuentra el hombre complemento de su ser, hace que la amistad de dos hombres de bien sea el vínculo más fecundo en bellos frutos. Los sencillos vecinos de aquellos seculares *místoles* y *patay* en que naciera el primero que habló en *quichúa* y en inglés (general Taboada) poco eran dados á lectura de clásicos y poco ó nada sabían de Tirteo y Pritóo, Aquiles y Patroclo, Pelópidas y Epaminondas; pero sí sabían de amistad, que más sincera se usaba por aquellos tiempos de menos engaño.

En la celebrada fábula de Pacubio ignoraba el rey quién de los dos era Orestes, y Pilades decía que él era, para morir en su lugar, y Orestes aseguraba muy de veras que era él, como así era cierto. Aplaudían los espectadores, siendo fingido, y comentándolo el elocuente Cicerón, agrega: *¿Qué harían si fuese cierto?*

¡Llorar!, como lo hicieron sencillos corazones emocionados por espectáculo semejante, pero real aquí. El corazón humano palpita por los mismos sentimientos generosos bajo toda latitud, y lágrimas sinceras fueron el mejor aplauso en esa doble abnegación.

Tan seguro quedaba Iramain de que su amigo no le dejaría colgado, como Neirot de que este su compadre dejaríase fusilar en su reemplazo. Vencido por tanta hidalguía, el enérgico jefe de la reserva en Santiago, á pesar de su omnímoda autoridad, no pudo contrariar la voluntad unánime de la noble población de esa capital.

El escéptico poeta inglés, desencantado de la amistad, exclamaba en sus postrimerías, al caer sobre aquella misma ribera del Ática: «¡Amigo! Ven, mi perro.» Pero por ese mismo tiempo, Cástor y Pólux tuvieron sus mejores imitadores á través de la inmensidad y de los siglos en Neirot é Iramain, comprobando una vez más estos humildes gauchos, entre los algarrobales de la provincia quichúa, que sobre todas las zonas el corazón humano late con igual nobleza.

¡Bendita, santa amistad, en época tan versátil, en que si bien todos desean tener un buen amigo, pocos, muy pocos son los que se deciden á serlo verdaderos!





SUEÑO REALIZADO

I

No es difícil soñar lo que deseamos, sí lo es más realizar lo deseado. De ansias de atrapar la fortuna henchidos, llegaban todos y cada uno de los que á esta América llegaban. Si ninguno volvió desairado fué porque no volvió, no porque se satisficiera de fortuna, que mayor ansiaban cuanto más se acrecentaba.

La actividad, la energía, la perseverancia en el trabajo, la confianza en los propios esfuerzos resultan verdaderos milagros, más cuando *llovían milagros,* pues como tal apreciaban cualquier hecho singular nuestros sencillos labradores en aquellos buenos tiempos.

Y con esto basta y sobra para explicar del modo más natural un hecho que el fundador de San Isidro atribuyó á milagro del mismo.

. . . .

El domingo 15 de mayo de 1698, camino de las Cañitas seguía cierto capitán de esta guarnición, y saliendo de Montes Grandes, llegó á la cima de la barranca que domina el bosque alegre, antes que las célebres cacerías de patos á cañonazos en sus riberas mancharan su verdor y su alegría, como la reputación de algunas damas que acompañaron en sus meriendas al virrey galante.

Fatigado iba el viajero, cuando acercándose á un coposo espinillo cuya sombra invitaba al reposo, mandó á su guía Antonio que tendiera el recado allí, mientras pasaban los caballos.

Y como su último pensamiento fuera sobre riquezas que en aquella hermosa comarca beneficiaría el labrador perseverante, con idea tan fija como si dormido siguiera su visión, continuó soñando sobre el mismo tema que despierto le impresionara.

A poco de empezar su intranquila siesta, despertó de pronto sobresaltado y sonriente, saboreando delicioso ensueño de riquezas. Color de rosa era éste, y hasta las doradas aromas que ligera brisa desprendía, lluvia de gotas de oro antojábansele cayendo del misterioso árbol de la fortuna.

Hincándose bajo el frondoso ramaje, hizo solemne promesa á San Isidro, patrón de su pueblo y cuya conmemoración era aquel día, de levantar una capilla para que no carecieran de misa los labradores del pago, si su sueño de riqueza llegaba á realizarse. Mientras mandaba ensillar al vaqueano, grabó una cruz con su largo cuchillo de monte, siguiendo viaje hacia el Puerto de las Conchas.

Era ese activo español D. Domingo Ascasuso vecino de la coronada villa, quien de regreso de los tercios españoles en Flandes, desembarcara en estas riberas con su luciente espada por única fortuna.

El gobernador Herrera le había confiado instrucciones para el alcalde de las Conchas, con objeto de apresar en su puerto dos goletas, expedidas de contrabando por nuestros celosos vecinos portugueses de la colonia del Sacramento. Decomisadas á tiempo, fueron de espléndidos resultados para autoridades y apresadores; y doscientos doblones correspondieron á quien condujo tan oportuno aviso; por lo que, colgando su espada, abrió una pequeña tienda frente á la puerta atraviesa de la Catedral.....

II

Transcurrido algún tiempo, recibió de una casa de comercio, corresponsal de otra de Lima, seis cuñetes de tachuelas doradas para tachonar sillones de baqueta. Gran sorpresa tuvo cuando, al abrir el primero, le encontrara lleno de oro, y de espaldas cayó al relumbrar lo mismo en el segundo. El sueño de la lluvia de oro bajo el aromero de las barrancas se realizaba.

Llamado el vendedor, destapó por sus propias manos los restantes, en que tachuelas de cobre sólo aparecieron. Hechas las investigaciones del caso, contestó D. Juan Palomares con fecha 6 de junio de 1702, principal de la casa de Lima, á su corresponsal García en ésta, que él no tenía la culpa de la mistificación. No apareciendo otro con mejor derecho al hallazgo, previa conferencia con el cura de la vereda de enfrente sobre el milagro de los clavos, guardó el oro por aquello de que «á quien Dios se

la diere, San Pedro se la bendiga,» donando los clavos (el producto de cuatro barriles) limosna á la iglesia, en la que, desde su trastienda, oía misa cuando salía en el altar transversal frente á su mostrador, calle hoy de San Martín.

Y así como aquellos doscientos doblones con que se premió su oportuno aviso del contrabando decomisado le sirvieran de habilitación para tienda que prosperaba en tan santa vecindad, estos polvos, sin ser los de la madre Celestina, trajéronle el recuerdo de su sueño, y fué una angosta y larga zona (trescientas varas de ancho por una legua de fondo, desde la lengua del agua) los primeros que adquirió allí, hasta el presente llamados «terrenos del Santo.»

Con sus propias manos empezó el honrado D. Domingo á labrar la tierra, las vísperas de los días de su nombre, cuando al cerrar cuentas de semana llegaba á paso de mula hasta Montes Grandes.

Así un año y dos transcurrieron, acrecentando rápida fortuna, extendiendo sus negocios y labranzas, sin hacer memoria de la segunda parte en el sueño de la lluvia de oro.

A renovar ésta llegó una tarde el fiel asistente Antonio, cierto día de días de su antiguo capitán, y en los recuerdos de viajes y aventuras vino el de la promesa de capilla al Santo Patrón de su pueblo, y entonces, reprochándose su desmemoramiento, activó diligencias para darle inmediato cumplimiento.

. . . .

Del amarillento papelito carcomido que las ratas de la curia respetaron en el archivo á cargo del cartulario de Su Majestad, Francisco de Angulo, extractamos lo que sigue:

«El 5 de octubre de 1706 se concedió licencia al capitán D. Domingo Ascasuso para la fundación que solicitaba de una capilla en el pago que llaman de Montes Grandes, con objeto de que los vecinos pobres logren el bien de tener misa los domingos y días de fiesta, disponiendo erigir y labrarla en el lugar de su chacra poblada, por ser el comedio del pago, fundando un capellán de misas *ad perpetuam*. Para que tenga quien les socorra en sus necesidades espirituales, funda una capilla de dos mil pesos de principal, sobre fincas ciertas y seguras, con el gravamen de veinte misas. Donando (agrega) la dicha capilla á mi referida chacra, de cuyo fruto gozarán los capellanes el interés de dicho principal y demás emolumentos que produjese su asistencia. Me nombro y elijo por tal patrono durante los días de mi vida, y para después de ellos, elijo á mis hijos y sucesores. Item: nombro y señalo por primer capellán al licenciado Fernando Ruiz, y después de su fallecimiento, llamo á la dicha capella-

nía á mis hijos y sucesores, y en su defecto, á los de los parientes más propincuos míos, y por falta de todos, á los hijos del capitán senador Delgado, vecino de esta ciudad. Deseo que se le celebre fiesta al señor San Isidro en su día (15 de mayo) perpetuamente para siempre jamás, haciendo fiestas solemnes con repiques de campanas y procesión, sacando el Santo en andas alrededor de la capilla, pidiéndole el buen suceso de las mieses, y cosechas del año.»

Agradecemos de paso vivamente al ilustrado Sr. D. Manuel Aguirre, uno de los más antiguos vecinos y benefactores del histórico pueblo de San Isidro, el documento transcrito, que hace cuarenta años hizo copiar de los empolvados protocolos á cargo del escribano Conde expresamente para nosotros.

. . . .

Hasta el presente las piadosas vecinas se oponen á sacar las nuevas imágenes obsequiadas por el Sr. D. Domingo Marín, siendo las primitivas, San Isidro con el arado y la de su mujer Santa María Cabezas, las que procesionan alrededor del templo, cumpliendo la voluntad del fundador. Gran placer nos dió ver filantrópicas de tan reconocida piedad como las señoras Isabel Armstrong de Elortondo, Enriqueta Lezica de Dorrego, Mercedes Castellano de Anchorena y Rosario Peña de Bosch, llevando sobre sus hombros la imagen de Santa María en su última procesión.

III

Alzando las miradas al cielo, por todas partes nos revela la naturaleza el Omnipotente Hacedor, despertando los dones que recibimos ese sentimiento innato grabado en lo más profundo de nuestro ser, moviéndonos á su reconocimiento; y esto que forma el eslabón invisible de la religión congrega á los hombres, pues cierto es que la primera piedra de toda sociedad fué un altar. Así alrededor de la agreste ermita nació un pueblo. Los labradores esparcidos por esas lomas no tuvieron centro hasta que el sueño de una tarde de verano convirtióse en hermosa realidad. Sobre el tronco del árbol en que Ascasuso soñara su fortuna, levantó el primer altar, y ensanchada la capilla por las necesidades del vecindario, el 15 de mayo de 1730 se inauguraba una más larga iglesia de bóveda, que estrecha ya á su vez, y dentro de su propio perímetro, se bendice hoy el hermoso templo gótico, en la ejecución de cuyos planos (de Ducán y Packennam) tan hábil participación ha tenido el activo é ilustrado ingeniero don Santiago Brian.

Así aquella iglesia votiva dió vida á un pueblo, que no lo era antes de

su erección. La fertilidad de su suelo produjo las más abundantes cosechas *del renombrado trigo de la costa,* y lo bonancible de su clima le acrecentó, á punto de que hubo época en que las familias de más auge se disputaban un palmo de las «tierras del Santo.» Desde Medrano hasta Punta Chica, tras los fundadores y la numerosa descendencia de Marquez, Espeleta, Rúa, Alvarez, por todo lo largo de la costa y sobre sus hermosas barrancas, florecieron las antiguas chacras de Beláustegui, Sánchez, Uriarte, Sáenz Valiente, Pueyrredón, Anchorena, Pelliza, Alfaro, Azcuénaga, Marín, Ibáñez, García Zúñiga, Cano, Llavallol, Sorondo, Parravicini, Arana, Aguirre, Carreras, Santa Coloma, Pacheco, Vernet, Escalada, Wright, Medrano, Obarrio, Elizalde, Soriano, Cazón, Bilbao, Milberg, Castro, Elortondo, Insiarte, Justo, García, Crisol, Palma, Rolón, Lezica, Gómez, Becar, Haedo y otras que vinieron á reemplazar la baja casa chata de teja colorada, rodeada de anchos corredores á los cuatro vientos, por espléndidas mansiones de recreo: verdaderos palacios, como los de Bosch, y magníficos parques, como el del Sr. D. Juan Esteban de Anchorena.

Alrededor de su primitiva iglesia floreció el pueblo de San Isidro, que al presente, y aun después de haber dado vida á otros centros, *Villa Martínez* y Pueblo *Mitre,* en los sesenta y cinco kilómetros cuadrados que restan á su partido, de sus diez mil habitantes, mil doscientos niños concurren á sus escuelas.

. . . .

Más que el «Ombú de San Martín,» á cuya sombra platicara éste con Alvear y Pueyrredón, sobre el mismo tronco en que Belgrano meditaba sus planes en las vísperas de mayo; más viejo que «Ombú de la Espera,» hasta donde llegaban alegres cabalgatas de las que iban á esperar sus *cuyos,* cuando en la tarde de los sábados venían cayendo alegres puebleros, son los «tres Ombúes,» que á espaldas de la iglesia prestaron sombra amiga á tiernos coloquios, en la hora en que la luna llena se levanta majestuosa y espléndida sobre el horizonte inmenso del Plata, como subiendo á sorprender dulces misterios de amor. Ultimo representante de una raza que se extingue, como sus congéneres del bosque alegre, cae desfalleciente, ya sin savia, después de doscientos años, el inmenso espinillo dentro del amplio patio de la casa del Sr. Anchorena, al mismo tiempo que sobre el tronco de su gemelo, calle por medio, se alza la tercera iglesia donde el generoso y caritativo capitán español fundó la primera.

¡Y he aquí para muchos incrédulos el verdadero milagro! Que un activo capitán español, llegado en busca de fortuna, la soñara rápida y cuantiosa al arribar á América, el sueño era de todas las siestas en cada uno

de los que del otro mundo llegaban á las regiones del Plata, pues convencidos venían de tropezar con mina boyante al desembarcar. Tampoco gran milagro fuera que de la tierra del oro vinieran polvos de lo mismo, en algún cambio subversivo, que transbordo en contrabando no figuraba en papeles, libros ó conocimientos. Verdadero y mayor milagro puede, sí, reputarse el que, en época de tanto indiferentismo religioso, realiza la iniciación de la piadosa señora Mercedes Aguirre de Anchorena, como las activas vecinas de la comisión que preside, habiendo levantado en dos años ese bello templo, que deseamos cobije por otros doscientos, así al humilde labrador, como á cuantos confían en la religión de la Cruz que extiende sus brazos amparando á todos.





CUENTO DENTRO DE UNA CAMPANA

I

Hoy se corona el hombre más poderoso de la tierra.

¿En su vasto dominio y con tanto poder, creerán ustedes que no le tiene para hacer lo que cualquier simple mortal en achaques de corazón, ni para elegir su media naranja?

El actual emperador, que se casó no sin vencer montañas de dificultades, más altas que las de Balkanes, lo hizo frente al lecho mortuorio de su padre, quien para despejar el paso anduvo apartando más de dos pares de hermosas bailarinas, prendidas como alacranes á sus faldones.

Ese mismo padre moribundo, si llegó á ser emperador por carambola, tampoco tuvo independencia para elegir su cara mitad. Por sus calaveradas y otras hierbas fallecía prematuramente, extenuado en la aurora de su juventud, el primogénito del emperador Nicolás, cuando en sus últimos momentos escribió á su hermano: «Puesto que por mi muerte dejo á ti la corona más poderosa de la tierra, te pido, buen hermano, que antes de ella tomes á quien como ninguna otra te ayudará á llevarla.»

Corona inesperada, y mujer lo mismo, enviado todo en un lote de Niza á San Petersburgo, debía pasar esta última por Dinamarca ante aquel prudente suegro de la Europa monárquica, como ha venido á resultar el decano de los reyes desde aquella isla microscópica.

Al abuelo del joven soberano que hoy se corona le sucedió algo parecido, como á su bisabuelo y tatarabuelo; y tan vieja es la costumbre de que los emperadores de Rusia, con todo su poder, no lo tienen para pasear á

solas, ni para elegir mujer, que cual eco lejano resonando dentro de su gran campana, la tradición que en el interior de ella se nos contó comprueba lo mismo desde trescientos años atrás.

Por esto, al ver pasar al anterior soberano de la Rusia sobre el puente en que los nihilistas hicieron volar á su padre, oíamos decir á otro turista francés:

—¿En qué se parecen los czares á los sentenciados?

—En que sólo pueden marchar entre doble fila de soldados.

Malo se está poniendo el oficio de emperador, pues que si el actual vaciló tanto como su padre para llegar á coronarse en la antigua Roma de los moscovitas, fué sin duda porque al padre como al hijo y al abuelo, igual número de trenes hicieron saltar en ese caminito.

He aquí la tradición que nuestro guía tradujo no ha mucho dentro de la gran campana de Moscow, al salir del Kremlim, donde á estas horas se corona Alejandro III.

. . . .

Antigua era la costumbre de que los czares eligieran esposa entre las doncellas pobres de la baja nobleza, siendo éstas conducidas por sus madres á palacio. Presentadas á la czarina madre, se las hospedaba en el gran salón que acabábamos de visitar, quedando cada una sola con la doncella que llevaba sus vestidos de noche.

A mitad de ésta, el czar Miguel Romanoff, fundador de la actual familia imperial (en 1616), acompañado por su madre, vino á recorrer la doble fila de lechos, en dos rangos extendida: la candidata á novia en uno, y su doncella en más baja tarima á sus pies.

¡Y qué de hermosas cosas llegaría á entrever el muy ducho á través de holandas, encajes y pieles de Rusia, que encubrían á medias vírgenes temblando, menos por el frío ó rubor, que de zozobra y ambición á una corona poderosa, capaz de deslumbrar á la Eva menos tentada.

¡Poco era el cambio para la que se acostaba simple doncella y despertara reina de todas las Rusias!

Terminada la interesante incursión nocturna, grande fué la sorpresa de la czarina Marta interrogando á su hijo por el resultado de su elección, al contestarle con toda ingenuidad:

—Madre, ninguna de las nobles es de mi gusto. Prefiero la sierva de la última tarima.

Azorada, sin dar crédito á lo que oía:

—Reflexiona—le dijo la czarina—á qué extremo podría llegar el orgullo herido de los príncipes y boyardos por tal desaire. Vuelve á una segunda y más detenida inspección entre dos luces, para ser mejor ilumina-

do. Antes que aparezca el sol debo anunciar al patriarca cuál es la elegida.

—Salga el sol por Antequera (nuestro *cicerone* era el cónsul de España en Moscow), tras el Volga ó sobre el Neva, antes ó después de su salida, puedes anunciarla. Mi elección es irrevocable.

—¡Hijo amado! Mira á lo que te expones; sólo has visto doncellas á media luz. Que ésta se aumente, abre bien los ojos, y también las ventanas, al aclarar el día.

—Aunque se abran todas las cortinas, holandas y muselinas, no desisto. He obedecido á la voluntad de Dios y á la tuya en aceptar una corona que con asaz frecuencia curva bajo su peso la cabeza que la lleva. No osaré ir contra tu deseo; siempre fuiste mi consejera y mi sostén. Obraré según tu voluntad, pero sobre el corazón no se manda, y jamás el mío consentirá en amar á otra. Es mi destino ser siempre desgraciado. Perdí mi primera esposa al mes de serlo, y hoy se me aleja la de mi elección. No es la más hermosa, pero sí la que tiene cara de más buena, la belleza del corazón. Siempre he dado oídos al mío; nunca me engañaron sus presentimientos. No es de alto rango, lo soy yo. Es pobre, yo soy rico: nos complementamos. Ella es desgraciada, y en esto somos iguales. Recuerda, madre mía, cuánto he sufrido y cuánto he sido perseguido desde la cuna—exclamó llorando.

¡Qué corazón de madre puede resistir ante las lágrimas del sér querido!

—¡Oh, mi hijo bien amado!—contestó la czarina.—¿No he sufrido yo también? Mi marido se extinguió en tierra extraña. ¡Cuántas veces he visto levantadas las armas sobre ti! La Providencia te ha protegido reservándote para gobernar esta tierra. ¡Que la voluntad de Dios se cumpla! No iré yo contra tu deseo. Toma por esposa la que tu corazón elija.

Informándose sobre ésta, resultó parienta, aunque lejana, de la noble doncella que acompañaba, hija de gentilhombre venido á menos y retirado á labrar la tierra en la de su nacimiento.

II

A la mañana siguiente, Eudosia, la elegida, ya con las reales vestiduras, fué introducida al departamento del czar, donde éste le llamó su novia ante Dios, y la futura suegra *su hija muy querida*. El clero de todas las Rusias elevó plegarias al Rey de los reyes, que abate el orgullo de los hombres y eleva la virtud desconocida.

Sobre la plaza roja los habitantes de Moscow aclamaron entre vítores y aplausos la real pareja, y después del Tedéum, en esta misma iglesia de cuya torre cayó la campana que referimos, las hijas de los príncipes y bo-

yardos vinieron á presentar sus homenajes á la real novia, besando su cruz. Toda confusa, no permitió se le besara la mano, adelantándose á abrazar cordialmente á cada una de las jóvenes que con ella habían concurrido de todas las provincias del imperio. Su lejana parienta y *orgullosa señorita* llegó la última. Temblorosa y deshecha en lágrimas se arrojó á sus pies, exclamando:

—¡Oh, mi soberana! Olvida los malos tratamientos que te habré causado. ¡En nombre de Dios, perdóname!

Esta la alzó diciendo:

—Tú también perdóname si por mi mal servicio te he irritado alguna vez. ¡Que Dios te acuerde el perdón!

Tocante fué la escena á la llegada de su padre el anciano Strieschief desde su aldea de Molaisk, donde le encontraron los enviados del czar guiando personalmente su arado. Él y la czarina Marta, después de salir á recibirle, dejaron al padre y á la hija librados á las naturales expansiones, pensando que en los palacios, como bajo todo techo, las caricias paternales son el primer bien y la primera riqueza de la vida. El padre, conmovido, tomó su modesta Eudosia por la mano, y ambos se arrodillaron ante la imagen de la Madre de Dios.....

Toda confusa y llorando se arrojó en brazos del honrado anciano.

—¡Padre!—le dijo,—jamás había pensado ser la novia del czar.

—Dios lo ha querido—le respondió;—Él es quien desde la cabaña te conduce al palacio, y el que cambia la pobreza y la miseria en honor y en gloria. Dios te ha predestinado. No olvides darle gracias; es sólo por estos actos por los que es dable llorar. ¡Qué gracia habría en ser grande solamente por el nacimiento, si nuestras acciones son bajas y sin grandeza! Sé fiel de corazón á tu esposo; no seas orgullosa con nadie, visita á los desgraciados, socorre á los indigentes; recuerda que tú has sido pobre y desgraciada antes que Dios, el padre de las huérfanas y protector de los pobres, te guardara para amarles, y que Él te pedirá cuenta de las lágrimas de los pobres y de cada suspiro de infeliz que tú hayas desechado. Recuerda lo que has sido y lo que eres, sobre todo; que es de Dios de quien recibes todo esto. No olvides su misericordia, guarda sus preceptos, parte todo lo que tengas con los pobres; ellos son tus hermanos, y no oprimas á nadie, cuando tú misma fuiste desgraciada. Recuerda que toda grandeza terrestre no es sino vanidad, y que una sola palabra de Dios te puede hacer volver á la nada. Sólo en él reside el poder.»

. . . .

Tal fué el cuento dentro de una campana, que nuestro guía nos refirió. Como es de suponer, la campana de Moscow no es campanilla de bolsi-

llo, pues por ser la más grande hasta hoy, se llama la *Reina de las campanas*. Fundida en 1733, en la aleación de sus metales hállanse bronces de cañones de todas las naciones que la poderosa Rusia sometiera. De seis metros de altura y otros tantos de diámetro, pesa doscientos cuarenta y seis mil quinientos kilogramos. Desprendiéndose del campanario de la iglesia de Iván Velick, se rasgó, saltando un gran bloque. Posteriormente alzada sobre pedestal de mampostería, se suben cuatro escalones para penetrar en ella por el boquete abierto al romperse en su caída. El viajero se encuentra como en una pieza de gruesos muros de bronce de veinte metros cuadrados, amplitud mayor que la de los dormitorios de muchos hoteles.

Al salir de ella nuestro ilustrado cicerone Mr. Bawer, cónsul de España en Moscow, nos hizo notar, entre la infinidad de nombres grabados en el interior de la reina de las campanas, bajo el nombre del duque de Osuna, embajador de España allí para la coronación de Nicolás I, el de Villanokoff, apellido del célebre teniente de la guardia argentina D. Benigno Villanueva, cuyas hazañas durante la guerra de Crimea le hicieron ascender hasta general del ejército ruso, y de quien el general Paz hace honroso recuerdo en sus *Memorias*.

El día de la coronación de Alejandro III no encontramos mejor augurio para saludarle que los deseos de que sea digno émulo del fundador de su dinastía, el Miguel de nuestro cuento, quien en su largo reinado de treinta años esparció las mejores semillas. Él, ante todo, daba oídos á su propio corazón, siguiendo sus nobles inspiraciones, pues que en las heladas estepas de la Rusia, como en las ardientes riberas argentinas, en todas partes el corazón del hombre es su destino.

. . . .

Sin creerse como el fatuo que declaró en Francia «el Estado soy yo,» grandes servicios prestó á su patria: consolidando el poder de la Rusia, abriendo sus puertos al comercio europeo y desplegando actividad sin igual, echó las bases de obras que impulsaron la civilización en tan vasto país. De aquí puede decirse que la Rusia vino al mundo, ó se reveló ante las naciones «cuna de los czares» que fundaron la unidad de la antigua Rusia: lo fué entre ellos la de Pedro *el Grande*, reformador del imperio, á quien dió nueva capital en la que con su nombre fundara: «Ciudad de Pedro.»

Al salir del Kremlin tan amado de los rusos, parecíanos haber encontrado dentro de su histórica campana algo como un eco de su antigua gloria, allí donde el águila protectora fijó su nido en medio de las verdes colinas, cubriendo, al desplegar sus alas gigantescas, toda la Santa Rusia.

Muchos son los rusos que ya han arribado á esta lejana ribera en busca de lo que allí no encontraron. Esperamos que un día no lejano pueda

desde el Kremlin gritarse: «Ya no *la vida por el czar,*» sino: «El czar pcr su pueblo!»

La joven Rusia sabe que si es poderosa la corona que hoy ciñe la frente de su soberana, hay otra más grande y esplendente tejida entre las bendiciones del pueblo, que sólo llega á obtenerla el que se sacrifica por él.

Post-scriptum.—Así como la Naturaleza en su desenvolvimiento suele presentar las más raras coincidencias, la historia supera en sus extraordinariedades las más exaltadas fantasías. Ya no una humilde campesina elevada al más poderoso trono, como en el origen de la familia Romanoff, sino una pobre esclava de abyecto padre nacida, que llegó á vender su propia sangre, es la mujer que hoy se sienta por segunda vez en el trono, rigiendo cuatrocientos millones de seres humanos. De esclava á emperatriz ha llegado la ilustrada Yin-Ling en el país de las maravillas. Citamos el hecho en comprobación de que no es fantasía lo que narramos, pues que en China como en Rusia pastoras y esclavas en más de una ocasión llevaron con dignidad el cetro.

Somos todos de la misma masa, y así en el uno como en el opuesto extremo de la tierra, no sólo en la República, el último puede llegar á ser el primero. El joven czar, que fué saludado en Cronstadt como una esperanza para la Francia, se presenta hoy como una esperanza para la humanidad. Después de dar mayor libertad á los siervos al inaugurar la inmensa vía férrea transiberiana, proponiendo el desarme de las naciones ofrece la paz, la deseada paz sobre la tierra.





LA IGLESIA DEL SUSTO

I

Entre las diversas enseñanzas que recuerda la historia de la manzana de San Telmo, no es la menos digna de recoger la de cómo aun deleznables sentimientos suelen producir resultados benéficos. Ocasiones hay que hasta de los males que nos afligen se extrae algún bien, cual de las negras entrañas del carbón brillantes que deslumbran. No creemos sea permitido hacer matar toreros por caridad, como no ha mucho en la plaza del Retiro, ni que loterías, bien sean de beneficencia, conviertan en jugadores á vagabundos ú ociosos; pero verdad es que del temor á un naufragio surgió la iglesia de nuestro cuento, la de Bernardinas en Salta y otras muchas iglesias votivas.

Ya por los años de 1605 señalóse esa alta barranca para hospital, y desde el de San Martín hasta el actual Patronato de la Infancia, en las transformaciones de la misma manzana hubo sucesivamente: cuna y escuela, taller de obreros, capilla, iglesia, residencia de novicios, hospicio, beaterio, manicomio, escuela de Medicina, sala de autopsias, cementerio, cárcel de menores, de mujeres, correccional y fábrica de cañones en el mismo lugar donde hoy juegan los niños sin madre.

Mal consejero es el miedo; pero lejos, muy lejos nos llevarían las deducciones de todo lo bueno á que ha dado margen.

. . . .

Fué el «San Telmo» uno de los más fuertes bergantines de la matrícula de Sevilla, que á los ochenta días de zarpar del puerto (Sanlúcar de Barrameda), recia pamperada luchaba por estrellarlo sobre las breñas del Brasil.

Tres días sin comer ni dormir no eran los menores sufrimientos del pasajero de cámara, pero sí mayores las tormentas del alma, que le enflaquecían más que el prolongado ayuno.

La verdad es que tenía de qué asustarse ese devoto de la Virgen cuando en su barco ensanchábase vía de agua durante la más hermosa tempestad: el palo trinquete caía astillado por un rayo, y el mayor seguía gimiendo al blandirse, amenazando quedar en dos, ó en medio palo. En lo crítico de la tempestad, mandó el capitán aligerar la nave, echando carga al mar, y al ir á arrojar el cajón de una imagen de talla, su dueño, abrazado á ella, pidió que no lo hicieran. Desesperado en su aflicción, rogaba á la Virgen de Betlem, á Nuestra Señora del Socorro, protectora de navegantes, á la Candelaria, á San Telmo, y encomendándose á todos los santos del cielo, hizo voto de construir iglesia si salvaba de tan inminente peligro. Poco á poco, empezando á serenarse su espíritu y el mar, divisó en lo alto del mástil ese luminoso meteoro eléctrico que corona de resplandores intermitentes las puntas más elevadas, llamado por los marinos *fuegos de San Telmo,* y que antiguamente creíanse los espíritus de Cástor y Pólux bajando alrededor de las naves.

. . . .

Sólo una formaron por mucho tiempo las manzanas entre las calles Defensa, San Juan, Colón y Comercio. El primitivo hospital, que el plano de Garay señala contiguo á la cuadra de Mercedarios, trasladado á la huerta de Betlemitas, alejóse luego á la residencia de novicios de los jesuítas; pero si éstos se desprendieron bien pronto de los enfermos, no así del terreno, que recién á su expulsión reivindicó el Estado. Enajenada con posterioridad su parte inferior, poseyóla hasta 1831 D. Tomás Fair, á quien la compró el gobierno. Años después, Rozas hizo donación de ella al doctor Lahitte, compensando sus gestiones diplomáticas sobre Tarija, que no reivindicó, vendiéndola luego éste. Después de la caída del tirano sobrevino pleito de reivindicación entre la municipalidad, que sostiene ser primitiva dueña de cuanto dentro del municipio se encuentra, y el gobierno, á quien se le desconocía autorización para vender.

Este breve *litis*, que apenas cuenta medio siglo, le mencionamos sólo como dato ilustrativo en la celeridad de la justicia, que sigue y seguirá por los siglos, no obstante la aprobación judicial que del remate se hizo de esa barranca. Aquí, de donde salieron los últimos jesuítas, llegaron las primeras hermanas de Caridad, coincidencia como la de que, empezando por cementerio de sus primeros habitantes, se haya transformado en cuna de inocentes, donde exclamaciones y sonrisas infantiles borran de la memoria lamentos de los que tantos años sufrieron.

II

En cuanto bajó á tierra el Sr. de Cevallos, dueño del buque y cargamento, como de otros dos más pequeños que navegaban en conserva, dejándoles anclados dentro del *Arroyo de las Canoas*, al pie de la barranca, en cabeza y descalzo subió, seguido de sus marineros, llevando el roto mástil á la capilla inmediata y arrodillándose á dar gracias por el milagroso salvamento. Consultando con el señor obispo la más pronta realización de su promesa, fué aconsejado que asociara su buena obra á la de los jesuítas, quienes, donándoles la imagen y limosnas ofrecidas, erigirían la iglesia votiva en esa residencia de sus novicios.

No terminada la construcción, fueron éstos expulsados, y muerto Cevallos á mitad de ella, aunque filántropos como D. Melchor de Tagle la proseguían, poco avanzaba de la primera nave de San José, hasta que fué nombrado síndico el Sr. D. Juan de Lezica y Torrezuri. Ese rico comerciante que al emprender viaje de regreso desde el Alto Perú, en la primera *Pascana* dobló su capital, pues en noche de trueno ganó á cuantos mineros allí pernoctaban barras, piñas, arrias, esclavos y muleteros, venía de fundar la iglesia en Yungas, reedificó en su tránsito la del Luján y concluyó aquí la de Santo Domingo. Fatigado por el trabajo, hallábase en su casa señorial de Filipinas, frente á esta última iglesia, cuando dedicó sus últimos años á la conclusión de San Telmo.

. . . .

No fué el Seminario de *Regina Martyrum* la única piadosa fundación que recuerda la filantropía y virtudes de nuestro primer arzobispo y su familia tan benefactora, como D. Ignacio Bustillo Cevallos, el abuelo de la Sra. D.ª María Gertrudis P. Cevallos, madre del doctor Escalada.

En 1797 se admitía por sus grandes beneficencias á esta iglesia al Sr. Sánchez Velazco, su esposa D.ª María Magdalena Trillo y su hija María, en la Hermandad de San Pedro Telmo, á pedido del Regidor Fray Julián Perdriel y Superior provincial Manuel de Torres, de esta provincia de San Agustin, Orden de Predicadores, según el viejo pergamino sobre nuestra mesa; y un siglo después hemos tenido ocasión de encontrar allí una de las más devotas tataranietas de Sánchez y también del Sr. Lezica (la linda Teode), ejerciendo obras de caridad en el mismo sitio que sus antepasados elevaron la cruz que extiende sus brazos protegiendo á todos.

Y aunque en estas como en muchas otras obras pretendieron los jesuítas llevarse la palma, sólo pusieron jesuítas, y por breve tiempo. No

habían transcurrido veinte años cuando todos ellos naufragaron en tierra durante la noche del 3 de julio de 1767. El secretario del gobernador Bucarelli, Verlanga, el mayor González, D. Domingo Basavilbaso, su yerno D. Vicente Azcuénaga, el cajero del gobernador, D. Julián Espinosa y la compañía de granaderos del Fijo, bajo la más furiosa tormenta de agua y granizo, llegaron á llamar á la puerta de la Virgen de Betlem, é indicándoles caminito de su expulsión, quedaron en belén los buenos padres.

El Sr. de Cevallos donó la hermosa imagen de la Virgen y dineros para la iglesia de la promesa. El gobierno de Salcedo amplió terreno para ello. Contiguo al hospicio y su capilla, el Sr. Tagle hizo construir casa de ejercicios; luego el Sr. Lezica, benefactor tan especialista en obras pías, como Pinelli, autor de planos de todas las iglesias de su tiempo, la concluyó. Todavía el Sr. Sánchez Velazco con tan cuantiosas limosnas cooperó, que le nombraron síndico perpetuo. Pero he aquí como un jesuíta cuenta á otro su mérito y servicios en la obra nacida por susto á un naufragio:

III

«No podían los jesuítas del primitivo colegio acudir á todas partes, *ni al alto de San Pedro,* que una profunda zanja dejaba cortado.

»Acertó á llegar de Europa, en 1734, D. Ignacio de Cevallos, caballero montañés, vecino de Buenos Aires, trayendo una copia de la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de Betlem que se venera en el hospital de Antón Martín en la corte de Madrid. Llegaba con designio de erigir una capilla en dicho *alto de San Pedro* en que colocarla, y fundar una capellanía para que auxiliara á los pobres. Aconsejóle el obispo que entregase la imagen á los jesuítas, quienes fundando en dicho sitio una residencia cumplirían el voto de Cevallos. Luego ellos le sugirieron que ofreciera una buena cantidad de dinero al contado, y otra mayor á su vuelta de España, adonde regresaba por las diligencias de su fundación. Solicitóse del obispo y del gobernador las licencias respectivas, donando ese gran solar de dos manzanas, y mientras se solicitaba del rey licencia para el colegio, fué erigido el hospicio. Escribieron á Su Majestad el gobernador Salcedo, el obispo Arregui y el Cabildo, de la ventaja del hospital, iglesia, colegio, concediéndose después de muchos trámites, por cédula del 17 de septiembre de 1746, que al hospicio se agregara un colegio.»

Pero la verdad es que la generosa piedad de D. Melchor de Tagle fué la que coronó la obra de munificencia del señor Cevallos, labrando á su

costa, contiguo al nuevo colegio, casa adecuada para ejercicios, y señalando fincas, cuyos alquileres costeaban los alimentos de ejercitantes.

. . . .

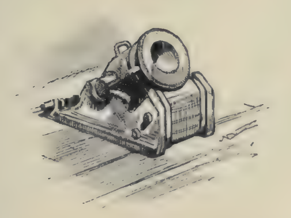
Justificado queda el título de esta tradición; la iglesia votiva que tuvo por origen un susto, aislada por las continuas inundaciones de terceros, amenazada por el desembarco de invasiones en el inmediato puerto, y víctima de incendio la nave primitiva de San José, todos los elementos obstacularizaron su ensanche, y ella, su manzana y barrio han pasado muchos años con el Jesús en la boca. Más de una generación vivió allí en continuo susto. El primer obús «Mangoré,» fundido en la sacristía, fué armado en batería sobre la cima de su barranca, temiéndose que atrajera el fuego de todas las escuadras, que arrasarían las casuchas diseminadas en sus laderas. El escape de más de un demente tapiadas tuvo puertas y ventanas muchas veces, y las repetidas fugas de criminales de los viejos claustros é inseguras prisiones (cárcel San Juan) dejaron sin una *blanca* á cuanta negra habitaba entre aquellos tugurios del bajo, viviendo blancos y negros pálidos de susto en susto, pues apenas hubo cólera, fiebre amarilla, epidemia ó peste alguna que no eligiera por foco aquel, de ninguna higiene, de locos, enfermos, presidiarios y pestilentes, en el mismo solar que la Caridad devuelve transformado en jardín de infantes.

Otra causa justificativa de la *iglesia del susto*, que continuamente inquietaba el barrio, fué el haber sido la primera á que se concedió «derecho de asilo.» Apenas hubo ladrón que no aprovechara de los que dormían á pierna suelta, con todo abierto, en largas siestas, para transportar sin la voluntad de su dueño cuanto á mano encontrara á los pajonales de la boca, y con frecuencia esos discípulos de Caco entraban atropellando perros y beatas madrugadoras que á la del alba concurrían, misa á que se veían obligados cuando la justicia venía pisándoles los talones. También continuos combates, bajo el simulado nombre de *elecciones*, tuvieron en sobresalto á los estudiantes de Medicina hasta el año del incendio, en que se le quemaron los libros al cura, por cual chamusquina todo mal nacido ó peor casado que dificultoso encuentra comprobación de partidas, declárase vecino de la parroquia, bautizado ó casado en época anterior á la desaparición de los libros parroquiales. Y en tan estrecho perímetro que espacio tuvo para tan múltiples instalaciones, lo hubo también para la fundición del primer obús por el ingeniero D. Angel de Monasterio. Antes que las doce Sibilas, colgadas hoy en la sacristía, presenciaran desde su alta galería las buenas obras de párrocos tan meritorios como el presbítero Fernández, víctima de su caridad durante la primera epidemia; el activo Flores, los ilustrados Duprat y Kiernan; en aquel recinto fué transformada en

obús la campana, rota de tanto repicar el primer día de gloria (12 de agosto de 1806), primera victoria del pueblo, en prevención del regreso de la escuadra española, cuyos buques bombardearon la ciudad en 1810.

Hoy la beneficencia transforma el antiguo *alto de San Pedro*, y hasta su viejo mercado se convierte en jardín: tan rápidamente prosperan en preparado terreno semillas de caridad caídas al pasar. Hasta la electricidad ilumina y aumenta el movimiento. Los tranvías subiendo y bajando continuamente las barrancas que limitan el viejo local historiado, llenan de vida y actividad barrio tan aislado ayer.

Los gentiles llegaron á deificar toda noble pasión, convirtiendo en semidiós al héroe que por ella descollaba. Así, al más fuerte denominaron Hércules; á la más bella, Venus; Marte al mejor guerrero; y levantaron templos á todas las virtudes: á la Piedad, la Clemencia, la Prudencia, á la Fortuna, la Esperanza, la Paz, la Concordia y la Victoria, y también á Belona y al Pavor. Bien que por aquellos tiempos que tradicionamos, el más redomado pícaro quería chancelar cuentas con su conciencia, elevando un templo, no al Hércules negro, Caco ó dios del robo, aunque sí con el producto de contrabandos; bajo esta consideración (edificaciones para ganarse la gloria), no es San Telmo la única *iglesia del susto*.



Mortero de fundición americana que existe en el fuerte



LA PRIMERA COMEDIA

(EL PRIMER TEATRO)

I

Pan y Circo pedía por muchos años el pueblo romano, y hoy en España sólo piden toros.

Podrán acostumbrarse á vivir sin pan; pero sin toros, sin la afición á sus corridas, no se reconoce ningún español de raza.

Las hijas de esta tierra, dignas descendientes, heredaron sus propios gustos; no clamaban por circo y toros, que en su *sensiblería* causas serían de soponcios; pero aunque el pan anduviera escaso, se apretaban la barriga por exhibirse bien *emperingadas* en teatritos de ocasión con cómicos de la legua.

Si nuestras abuelas no alcanzaron á convertir la vida de la colonia en perpetuo carnaval, á pesar de las sencillas costumbres de este pacífico vecindario, casi hicieron de ella una continua comedia.....

Tuvo lugar la representación de la primera en ésta allá por los años 1747, con motivo de la coronación de Fernando VI. Es decir, la primera en público, que en lo interior, en cada casa se representaba una comedia, por el prurito de aparecer fuera de ella cada cual más de lo que era, muy distinto de lo que hogaño se estila.

Doce jóvenes aficionados, entre los que se contaban algunos oficiales de marina, toldaron un hueco de la ciudad, que, en su macizo central, cada manzana contaba uno, si no dos.

Triple hilera de sillas, perniquebradas las más, alinearon para las señoras; toscas tablas figurando bancos, y suelo pelado como su pie, para mestizas y cuarteronas de tenteempié.

La vela mayor del buque figuraba como telón de boca, y en tan improvisado corral, no mucho más raquítico que el de la Pacheca, chulos y currutacas quedaron con la boca abierta, aplaudiendo, antes y después de media docena de loas y *versiadas* de confección doméstica, *Primero es la honra* y *La vida es sueño,* del padre Calderón.

Lo dado á comedias que fueron siempre nuestros abuelos y el entusiasmo de improvisados autores hizo recibir con aplauso delirante esa primera tentativa dramática.

Si rezongos de sacristía provocó, de sus rincones no salieron; que la muy noble y muy leal ciudad de Buenos Aires, que acababa de ser así declarada por el padre, no podía dejar de aparecer tal al celebrar la coronación del hijo.....

II

Cuando años después se trató de establecer el Teatro permanentemente, entonces sí se levantó polvareda por naves y confesonarios, subiendo hasta el púlpito, desde el que se le anatematizaba.

Oigamos lo que un padre de campanillas, ó más bien monigote ó sacristán de cencerro, entre dos sorbos del aromático *somomusco* de las Clarisas, atorándose, exclamaba:

—Escandalizado he salido de la celda á respirar un poco, cuando me han ido con el cuento de que hasta las familias más decentes asistieron anoche á esa Casa de comedias ó de farsas, equivalente á casa de escándalo entre histriones y faranduleras.

—Pero si su paternidad me permite—replicaba el más leguleyo de los contertulianos en la botica, frente á San Francisco,—todavía en la corte se representan los *Autos Sacramentales*, pasos y pasillos que Calderón, Tirso de Molina, Lope de Vega y otros padres de la Iglesia han escrito con tanto aplauso; pues tengo oído á la confesada del padre Brizuela, que en Madrid hasta su guía espiritual acudía á comedias después de toros y riña de gallos, y asomaba por el balconcito de los frailes (así llamadas las claraboyas más altas por ellos frecuentadas).

—Lo cual sólo prueba que los abusos y malas costumbres es lo que

únicamente se introduce en esta corte de aldea, no los buenos usos y altos ejemplos de la nobleza española. Como un mal trae otro en pos, tras la comedia, el sainete; anúncianse ya fandanguillos y hasta bailes de máscaras. ¡Dios nos asista! Pero si tal cosa sucede, entonces sí que trueno..... Al día siguiente subo al púlpito y oirán cosas.....

Y como lo dijo lo hizo: tronó, estalló, reventó, sulfurada su gruesa paternidad.

Al día siguiente, que en la Casa de Comedia se dió el primer baile público de máscaras, fray José Acosta, después de echar sapos y culebras contra la casa de corrupción de costumbres, predicó que todos los concurrentes á tales espectáculos se hacían reos de condenación eterna.

Verdad es que menos tardó en bajar del púlpito el predicador que en seguir caminito á la reducción de Recoletos, donde fué puesto en reclusión.

Mas no paró aquí el pandero.

Como al ordenar el gobernador Vertiz que se arrestara al que se había atrevido á censurar diversión tan honesta como ésta, que la propia Majestad había concedido, impuso que otro de la misma frailería predicara lo contrario.

Fué fray Antonio Olivares encargado del sermón de desagravio, quien en satírico y burlesco lenguaje declaró que, al fin, el «señor Baile podía contraer matrimonio con la señora Devoción.»

En cuanto llegó el chisme á la corte, y en aquella de Madrid al fiscal del Consejo de Indias, en su informe de 5 de marzo de 1774 dispuso que se le echara una reprimenda de padre y señor mío al frailecito número dos, quien desde la cátedra sagrada, faltando á sus respetos, habló de maridaje asaz burlesco, ajeno á la majestuosa gravedad del púlpito. Tuvo cola, pues, y larga bastante, la primera pirueta bajo antifaz.

III

Desde antes de inaugurarse el Teatro entre nosotros, suscitáronse mil y una trifulcas entre curas y sacristanes, confesadas y confesores, á punto de que, edificándose el primer teatro con centinela de vista, ni ésta evitó que le prendiera fuego maliciosa cañita de las voladoras que enviara traviesa campanera del vecino convento de San Juan.....

Y eso que el progresista virrey Vertiz, al inaugurarlo como una de las mejores escuelas para las costumbres, el idioma y la urbanidad, erigido en ciudad que carecía de otras diversiones públicas, destinábale á fuente de recursos para la infancia desvalida.

Pero no hubo tu tía. Si para los más adelantados:

«Es la comedia espejo de la vida;»

y su único objeto:

«Corregir las costumbres, deleitando,»

según los más profundos teólogos de la época, era el Teatro perversión de costumbres, exageración de sentimientos que llena de humo y malicia á todas esas cabecitas casquivanas, forjándose un héroe de comedia en cada pelapava de ventanillo.....

Así fué que cuando el Ferrari de aquellos tiempos, D. Francisco Velarde, primer empresario de teatros, se comprometió á edificar un coliseo de todo coste, semejante á los de España, solicitaba previamente que hasta que llegara la confirmación de Su Majestad se le permitiera hacer un galpón de madera, cubierto de paja, en la Ranchería, para que ayudaran al trabajo los presos en ella y su guardián le sirviera de custodia. Debía gastar más de nueve mil pesos y pagar dos mil anuales para el sostén de los hijos sin madre, á pesar de establecerse tan baja tarifa, que sólo le permitían cobrar entrada y asiento dos reales por blanco, y la mitad por los que no eran.

En la última temporada se ha cobrado únicamente nueve mil pesos por palco, equivalentes á como ciento ochenta mil reales de entonces. ¡Cómo aumentan placeres y miseria!

Alto tablado ó proscenio para representación; bancos para los hombres en el patio, y ligero techo que no siempre les preservara de lluvias; galería para las mujeres, aposento sin aposentaduría, etc.

Hubo aquí como en España una célebre Mariquita en el primer proscenio, como un otro Don Pepe, el de la *çazuela;* pues en las postrimerías del segundo teatro y por entre los bancos, gradas, barandillas, desvanes, cazuela, se vendían naranjas y confites entre palabras más melosas que caramelos sin papelito.

Callaba el cotarro á la salida de las guitarras; pero al caer de nuevo el lienzo, tras las loas, entremeses, pasos sacramentales que olían á chamusquina inquisitorial, volvían á oirse los gritos é imprecaciones del mujerío contra el ahuecador que apretaba mujeres en la jaula ó cazuela para meterlas más adentro, y cuando los llamados comediantes, á los que hoy artistas (y á quienes entonces ni se les daba el don), recitaban con gracia una tirada de versos, los mosqueteros gritaban *¡vítor!* en lugar de «¡bravo!»

Un farolito colgado en la esquina, posteriormente llamada de la Botica de los Angelitos, uno de los más antiguos edificios de tres pisos, Cha-

cabuco y Alsina, la barrica de alquitrán y una fogata, especie de San Juan permanente, en la opuesta esquina de Chacabuco y Moreno, eran las señales que anunciaban comedia las noches de representación, á más de cohetes voladores y el pregonero de bocacalles.

IV

Pero entre el teatro de la Ranchería, muerto en llamas la noche del 16 de agosto de 1792 por el malhadado cohete que se le escapó á una monja de San Juan, y el Argentino, hubo de haber otro, quedando en proyecto.

En 1804 se empezó á edificar el Coliseo en el Hueco de las Ánimas, así llamado entonces.

En el propio año construyóse el Argentino, y en 1832 se quemó el Coliseo sin haberse terminado, consumido por el mismo mal de llamas, que aquí como en todas partes enfermedad contagiosa es de teatros, pues el del Porvenir y San Martín no han sido los únicos chamuscados como San Lorenzo.

Otra coincidencia notable, por lo que parientes de afinidad aparecen los teatros de ésta á los de España, es la de que siempre propiedad de uno fué el terreno y de otro el comercio, surgiendo como tercero en discordia perpetua con cómicos y tramoyistas, propietarios y arrendadores, el empresario, llamárase Velarde, Olaguer, Pestalardo, Pezzi, Ferrari ó Almagro; y Plaza Montero, Fernández, Lanús, Cano, los dueños del solar.....

Si escasas fueron entre nosotros las producciones de teatros, que apenas se recuerda una que otra de Labardén, Rodríguez, Belgrano, Varela, Gallardo, Alberdi, Cuenca, Mármol y Gutiérrez, más por humorada escritas que como dramaturgos, numerosos han sido, por el contrario, los teatros que hoy por docenas cuenta esta tierra de tanta comedia.

Tras la Ranchería y el Argentino surgió el de la Victoria, y después Colón, Porvenir, Alegría, Variedades, Comedia, Politeama, Opera, San Martín, Zarzuela, Olimpo, Goldoni, Onrubia, Argentino, Doria, Nacional, Mayo, Rivadavia, Odeón, y casinos otros veinticinco y uno quemado (ó, con más propiedad, dos quemados).

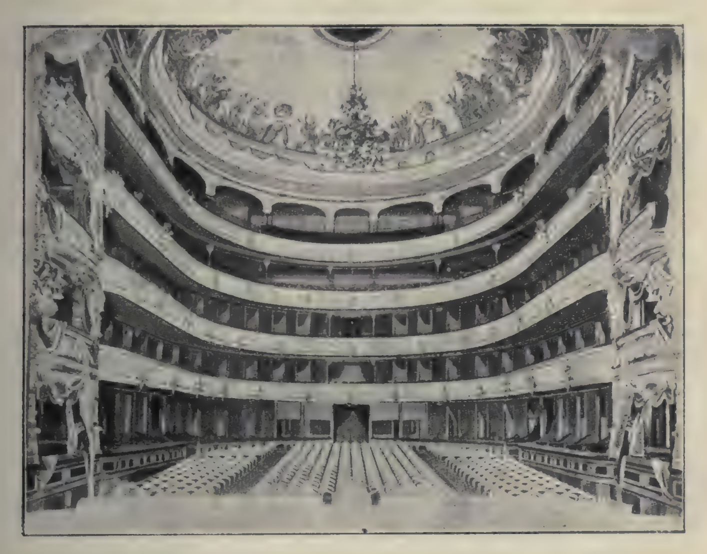
Actualmente los hay en español, francés, italiano y alguna temporada en portugués, inglés y alemán. . . . .

. . . .

Si bárbaros aparecen á la distancia los sermones del padre Acosta, que declaraba el siglo pasado feria de vanidad á esas reuniones de lo más selecto, de no mayor *intelectum* se clasificaría al padre sin corona que llegó

á hipotecar su única propiedad para abonar las más caras temporadas y aplaudir desde su palco á la Patti y á la Bernhardt, bien que digerieran tan mal sus hijitas el canto de la una como el francés de la otra.

Cien años distante, feria de vanidad llama igualmente travieso cronista la salida de la Opera actual. Exhibición de lujosos trajes y costosísimos



Sala de espectáculos del actual teatro de la Opera

tapados mal cubriendo profusión de perlas y brillantes en largo é interminable desfile, á espera del carruaje, porque este ostentoso adminículo indispensable es en toda casa, aunque no se tenga casa.

V

Del innato espíritu burlesco dado á descubrir el lado ridículo, parodiando ajenos defectos, nació la comedia, que representa de relieve escenas extravagantes en agudezas de ingenio, por lo que se repite que sólo la que hace reir es buena comedia.

La general propensión á la sátira graba más fácilmente enseñanzas, resaltando contrastes, en el buen teatro reputado la mejor escuela.

Sea que antes de Esquilo Themis la inventara, ó que á las fiestas de

Baco se remonte su origen, por lo que para ellas se construyó el primer teatro en Grecia (año 500 antes de J. C.), con anterioridad á los griegos, en la India y en la China hacía ya parte de sus diversiones públicas. Si de aquéllos la tomaron los romanos, su influencia la propagó en España, y ésta con sus usos y costumbres generalizóla en América; bien que la comedia española es genuinamente original por su índole.

Cierta tradición quichua recuerda que antes que los guaraníes, dirigidos por sus misioneros, representaran una de las mil ochocientas comedias de Lope de Vega, los antiguos peruanos, cubiertos con caretas de cuero, hacían farsas que eran toda una comedia.

Puede decirse que no han aparecido en el Nuevo Mundo herederos del genio de Shakespeare y Calderón; sin duda porque hacerse interesante, y llegar á dominar el teatro con el más profundo conocimiento del corazón humano, conmoviéndolo hasta las lágrimas, es la más alta expresión del genio, que, como todo privilegio, no es planta espontánea en sociedades modernas.

El oído y el gusto de tres generaciones se han educado y modificado en nuestros teatros, y empezando el primero bajo pajizo techo, luego bajo coliseo de dorados artesones, desfilaron bajo ellos brillantes constelaciones del arte, dejando oir la más alta nota lírica la Patti y Tamagno, como trágica la Ristori, Bernhardt, Rossi y Salvini.

Desde 1772 ¿cuántas pasiones se habrán desarrollado aquí, ante la influencia conmovedora de eximio artista interpretando un gran autor?

¡Cuántas oyeron, al compás de la armonía de la orquesta, el primer acento del amor primero de rubio moscardón que al lado de sensible virgen deseara más fuerte música, en *crescendo* sostenido, para que, indiscretos, no oyeran música del alma, que arrullaba otra alma!

Más que en viejos muros de teatros caídos quedaron grabados por largos años en la memoria de tres generaciones los nombres de Velar, Morante, González Quijano, Culebras, Cossio, David, Viera (argentino), Malpín, Godoy, Cáceres, Casacuberta, Lapuerta, que acompañan á la Guevara (argentina), Díez, Castañeda, Campomanes, Salinas, Navarro, Funes, Lapuerta, Candell, Cuello, Ortiz, Cordero, Jover, Fragoso y Enamorado, en la misma escena en que luego descollaron Torres, García, Delgado, Valero, Cubas, Calvo, Vico, Coquelín, Novelli, la Duclós, Carvajo y la Rosa.

Desde 1821 se oyó aquí ópera, en que fueron tan aplaudidos Rosquellas, Zamppani, Manzoni, Baccani, con la Anselmi, Tanni, Ricolini, Nina, Merea, la Pretti, Biscacianti, antes de vitorear á Tamberlik y Lelmi (que estrenó *Gismonda*, la primera ópera escrita en el país por el maestro Ma-

rotta), Aramburu, Stagno, Gayarre, en los mismos teatros en que la Dusse y la Judic fueron aclamadas.

. . . .

En 1895, el maestro Berutti hacía subir á la escena su aplaudida ópera *Taras-bulba*. Tres años antes, otro eximio compositor argentino, el señor Bemberg, cosechó aplausos con su original *Helena* en el Teatro Real de Londres.

VI

Y por fin de fiesta, ¿tendréis curiosidad, queridas lectoras, de saber quiénes acostumbraban ocupar los palcos en el primer teatro, parecido á galpón, como el de la Alhambra?

Aunque ha llovido algo desde entonces y no eran de moda los cronistas de teatro ni de *vida social*, si bien ella más íntima, sencilla y de confianza, sin los estiramientos y lujo de estos tiempos, que, desde bajar del lecho, exige prenderse grandes dormilones ó brillantes, por si llega visita fuera del día de visita; la casualidad, en un librero de viejo judío y anticuario, puso ante nuestros ojos al dorso de un *listín* de toros, sin duda escrito por alguno de los bisabuelos muy dados á sus corridas, la siguiente nómina:

. . . .

¡Cuán distantes nos encontramos de aquella primera tentativa de teatro en el de cuatro tablones, cerrando un hueco, respaldado por el paredón del fondo sobre la plaza; del *corral* improvisando con balumbas sobre pipas vacías su tablado en 1747; del que veinticinco años después tablones alzados sobre estacas formaban bancos y bretes más estrechos que los de actual caballeriza, á los costados como palcos, con sillas, cuando el negrito esclavo las llevaba á sus amos, separados de mirones que no dejaban ver, amontonados sobre palenque ó la valla de los parados!

A la trasera de ellos, la mulatita del coscorrón servía el mate, ó traían de la casa vecina humeante chocolatera de plata, como toda la vajilla de casas donde contrastaban cortinajes de damasco bajo viejos techos de caña y teja.

Ya en la época del tercer teatro, que Olaguer inaugurara, frente á la Merced (Teatro Argentino), á cuyo patio de doscientos asientos rodeaban veinte palcos altos, no fueron tan en boga tonadas y seguidillas como el fandango en los entreactos; pero todavía el negro del farolito anunciaba por calles y plazas, desde la de Toros hasta el barrio de la Ranchería, en su media lengua bozal, *Siripo y Maratón, El Tartufo y la Camila*, repi-

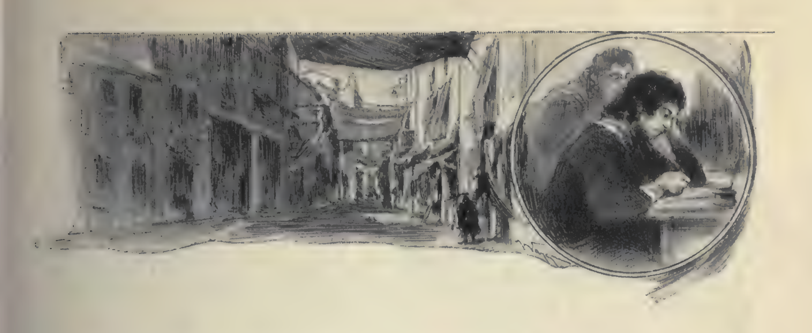
tiéndose como la pieza más en boga la que más entradas hacía vender en la reja; y tan aplaudidos como años antes, al anunciarse con estrellas de velas, lo habían sido *Las armas y la hermosura, Efectos de odio y amor*, al compás de las ocho guitarras por toda orquesta.

Siglo y medio más tarde de ese primer embrión de teatro, no ha terminado el magnífico de Colón, que alza sus techos soberbios sobre el mismo solar de que salió silbando la primera locomotora que anunciara con su estandarte de humo y llamas el progreso que ha esparcido á uno y otro lado de las veinte mil millas de su recorrido. En el Teatro de la Opera, improvisado en espera de la anterior, si bien todo forrado de terciopelo, adornando sus palcos más espejos que cuantos había en la ciudad en la época de un real la entrada, cuesta cien mil reales un palco por temporada.

A todo esto se dirá: ¿la lista anunciada se quedó en el tintero? No; pero publicada cuando esta crónica apareció como folletín en *La Nación*, la suprimimos para curiosidad de lectoras y no incurrir en la vanidad criticada, rememorando quiénes arrastraban más la enagua por aquellos buenos tiempos de Mari-Castaña.



Teatro de la Opera



POBRE EN ESPAÑA, RICO EN BUENOS AIRES

(CRÓNICA DEL AÑO 1737)

I

Es la sencilla historia de cómo un pobre se hizo rico y cómo seguir pueden hacerse ciento.

Antonillo, Antonio, D. Antonio, el Sr. D. Antonio de..... así fué creciendo y creciendo su nombre como su fortuna, sin milagro de ésta, ni privilegiado ingenio de aquél, ayudado el trabajo por su tesón, actividad y honradez; emprendedor cual pocos y activo como el que más. Como la receta es de la más sencilla aplicación, sin pedir privilegio la entregamos al que quiera practicarla.

De honrados padres, pero pobres, nació en Calañas el 22 de enero de 1737, en el solar de su bisabuelo, sobre el que aún existe con el número 14, bajo su balcón, calle *de la Quemada*, vieja casa de fachada color chocolate.

Doce años contaba apenas, cuando, huérfano de padre y no queriendo servir de peso á la madre, con la bendición de ella y de Dios salió á correr tierras en busca de fortuna; que si más de un tropezón halló en el camino, animoso y testarudo, topó al fin con señora tan esquiva, prendiéndose á su cola, que no largó á dos tirones.

Bajando iba de Calañas, caminito á Sevilla, cuando fatigado y mientras arbitraba medio de pasar el río, cuyo vado no daba paso, entró á encomendarse y rezar la oración del caminante en el pequeño oratorio de la Coronada.

Aliviado de cuerpo y de alma por el descanso y la plegaria en que pedía la protección de la Virgen para la pobre madre de que se alejaba, encontró, pasando el río Odiel, una recua cuyo conductor le invitó á saltar en la última mulita, llegando á la otra orilla sin mojarse. Fué este el primer beneficio que recibió de la Patrona de su pueblo.

El conductor de mulas, que por el mismo camino iba, cayéndole en gracia la animosidad de chico tan resuelto, invitóle á seguir juntos, lo que Antonillo no se hizo repetir.

A la oración de ese día, entregados los fardos y mercancías en Sevilla, habiendo recomendado el capataz á su principal al Calañesito que alzara en el tránsito, tuvo dentro de su escritorio el siguiente diálogo:

—¿Y tú para qué sirves?

—Para nada, señor—contestó el joven algo cortado.—Hasta ahora para poca cosa.

—¿Y en adelante, *D. Para-nada?*

—Para cuanto guste mandar. Soy muchacho resuelto.

—¿Sabes llevar libros?

—Nunca llevé otros que los de mi casa á la escuela.

—¿Tienes buen mostrador?

—Ni bueno ni malo, señor, pues sólo me acercaba á él para pedir la yapa.

—¡Pero sabrás al menos andar con las lámparas, fregar, atender al despacho de la parroquia!

—En cuanto á lámparas nunca me encontrará usted una, pues paso por muchacho muy limpio. Como no hay gallegos en mi pueblo, fregaba hasta hacer perder la paciencia á todas las brujas del barrio. Y en cuanto á la parroquia, ocurría á ayudar la misa mayor, cuando era bueno el garnache quedado en las vinajeras, aunque pocas veces quedaba. Por lo demás soy muy listo, y aunque poco ó nada sé, cualquier cosa que me enseñen, en todo lo que me ocupe, verá usted cómo doy cumplimiento.

—Ya veo que elogios no te han de faltar mientras vivas; pero en resumidas cuentas, ¿para qué sirves?

—Ya lo he dicho, señor: para cuanto guste mandarme; que un joven de bien, trabajador y honrado, dispuesto y con voluntad decidida, para todo puede servir y llegar muy lejos, como repetía señor padre, que en gloria esté.

—En verdad que avispado parece el rapazuelo, y voluntad se atraen sus contestaciones tan á pelo. ¡Lástima que no tenga en qué ocuparte por el momento!

—Bueno, señor, buenas tardes—dijo el joven dando media vuelta,

disimulando la contrariedad con que tropezaba en este su primer paso en falso en el camino de la fortuna que salía á buscar. No se le cayó el gozo al pozo, ni las ilusiones en la primer noche fuera de su casa, levantando sus castillos en España sobre los primeros mil duros que soñaba le habían de llover de alguna parte.

Retiróse cariacontecido en su abandono, acordándose por primera vez de la triste despedida en que dejara á su madre sola y llorando, al conceder con pena una separación quién sabe hasta cuándo; y fuése á despedir del único ser que en Sevilla conocía, dando el último beso en la frente á su paciente compañera de viaje, mansa mulita de paso, que en la cuadra rumiaba, y salió rumbeando planes, que entre mulas y muleteros consultaría sobre el mejor partido que había de tomar en su situación, repitiéndose sin desanimarse el refrancito de los muchachos de su pueblo: «Ayúdate, que Dios te ayudará.»

II

Y como al pasar por el zaguán, sobre el umbral de la puerta del escritorio, encontró al patrón discutiendo en alta voz con el arriero sobre cuenta y gastos de puentes y portazgos, cargas, arrías, descargas y alcabalas, por el mozo del ganado, y que el uno había pagado y que el otro no quería abonar, fuera justicia ó despecho, comentando la disputa que hasta la calle se oía, dijo Antonio al salir:

—Pues, claro está; el capataz tiene razón. Desde que ha traído doble carga de la que cada mula carga, doble comisión le corresponde.

—¿Y á ti, quién te mete, Juan Copete?—gritó el patrón airado al ver que la razón que á él le faltaba se la encontraban en la parte contraria.

—Mire usted, señor patrón, en estas cosas yo solo me meto, pues á dar la razón á quién la tiene me han enseñado en la escuela desde chiquito.

Y el principal, aunque fulo y coloradote por muchas cosas que él se sabía y callaba delante de los acarreadores de la frontera, más cuerdo encontró *comprimirse* ante la firmeza del rudo mayoral, que con frecuencia era todo su desempeño en mercancías de contrabando, ya algo amostazado por el desaire á su protegido, y que le alzaba el gallo, apoyado su reclamo por un chico tan leído, más cuando no perdía de vista el relumbrante naranjero de ancha boca, cargado hasta la misma, terciado sobre su calañés: por estas y otras razones, reflexionando un momento y cambiando de tono, agregó:

—¿Sabe que puede tener razón el muchacho? A ver, entra en el escritorio, toma la de ganso y saca la suma exacta.

—La tomaré, pero no necesito de más contador que éste que Dios da á los pobres.

Y recorriendo los dedos, añadió:

—Cuatro mulas de carga, á dos cargas por mula, suman ocho, y multiplicadas á ocho reales vellón cada una, hacen sesenta y cuatro duros, que suman cuatro onzas como ojos de buey, que corresponden á los ojos del capataz que tan bien ha conducido el ganado y sus pertrechos, sin destajo ni merma. Más ocho puentes, desde la frontera hasta el de Triana, y una entrada de puertas al pasar sobre el Guadalquivir, que cobra almojarifazgos, suman cuarenta doblones, sin peseta más ni menos.

Y escribió el resultado de su multiplicación.

—¡A ver! ¡A ver!—dijo el patrón asomando sus gafas sobre el papel.—Pero, muchacho, ¿esta letra es tuya?

—Y de usted también, si servirse de ella gusta.

—¡Pero si no tengo escribiente ni contador de tan buena letra en todos mis dependientes!

—Lo que quiere decir que no sólo en Sevilla escritores hay que no saben escribir, como el cartulario de mi pueblo, que él mismo no entiende lo que escribe.

Y recapacitando el provecho de tan hábil contador:

—Pues me quedo contigo, chico—agregó.

—O con mi letra, que todo es trabajar. A ello he salido, y de arriero ó escribiente, todo oficio es honrado.

—¡Cómo te achicas que no sabes nada, si tan hermosa letra no la gasta aquí ningún escriba!

—Sé sólo ser honrado, señor patrón, que mi madre me parió honrado, y en la escuela me han enseñado á dar la razón á quien la tenga, cueste lo que cueste.

—Pues con tales principios, bien pronto te abrirás camino. Está bien; quedarás agregado al escritorio. Ya veremos qué partido podremos sacar de ti.

—¡Y yo que pensaba sacar mejor partido!—murmuraba por lo bajo el joven, más entonado.

III

Poco tiempo calentó silla Antonio en aquel comercio. En cuentas y balances llevaba tan bien los asientos, el *mayor y caja* por partida doble, el *diario* y los auxiliares, todo al día, que cada vez su patrón más prendado quedaba por semejante adquisición; cuando pasados dos ó tres años, con-

cluído el balance de caja, satisfecho de los servicios de aquel joven á quien ya le había tomado cariño, le llamó á cuentas, interrogándole en tono de protección:

—Y bien, D. Antonio, ¿qué se propone usted?

—¡Hacerme rico, señor!

—Todo el que trabaja, á eso debe aspirar. Yo estoy contento con un dependiente tan puntual; pero aquí en esta casa, donde el giro es limitado, ¡hay tantos dependientes! Mañana es día de Año Nuevo y estoy satisfecho de su buen desempeño: ¿qué puedo hacer por usted?

—Darme la mano, señor.

—Las dos le daré de mil amores.

—No es eso, señor: con una manito de ayuda que usted me dé, ni necesito las dos, que yo con las mías me basto.

—¡Ah! Si eso es así, ¿en qué forma quiere que le proteja?

—Facilitándome viaje para el otro mundo.

—¿Pero, hombre, cómo? ¡Qué!, ¿tan desesperado se halla? ¿Tan joven pretende suicidarse? ¿O me pide usted que le pegue un tiro y, como rumboso andaluz, le compre caja y mortaja para tan largo viaje?

—Ni capa para el camino necesito, pero sí el pasaje que usted puede proporcionarme en el *San Ramón*, navío de esta matrícula, que apareja para las Américas y sale dentro de poco de Sanlúcar de Barrameda.

—¿Y ha pensado usted bastante lo que me propone?

—Y muy mucho, señor; que por lo mismo que á este llaman viejo mundo, creo que ya está un poquito gastado, y poco mundo es para tantos como los que pretenden hacer fortuna en él.

IV

El primer día del año 1765, un hombre joven, bajo, grueso, de ojos azules, sanguíneo, robusto, jocoso, derramando salud y sal andaluza en todos sus dichos, abría los cimientos de su primera casa en esta ciudad, en la primera cuadra de la plaza, contiguo á la tienda del Sr. González del Solar, propiedad después de D. Celedonio Garay, el amigo de su última hora, como que todavía en 1822 fué testigo del poder que para testar dejó á su hijo.

El que naciera pobre en Calañas en 1737, rico en Buenos Aires, salió de aquí cumplidas sus ochenta y cuatro navidades, para reposar en la vecina iglesia de San Roque, como uno de sus benefactores.

Pero la puerta del hogar que allí levantó, donde la puso se está, y al llamador subsistente con que llamaba el fundador de una de las familias

más numerosas, han seguido llamando hijos, nietos, bisnietos y tataranietos por ciento cuarenta años. El de 1580, su bisabuelo colocaba la puerta que aún hoy se ve en Calañas, bajo el número 14, calle de la Quemada, conmemorando el gran incendio en ese pueblito.

A poco tiempo de llegado en el mismo buque D. Juan Esteban Anchorena, el Sr. García Zúñiga, Garay, Gómez y González, por sus recomendaciones y buena conducta, como por su hermosa letra y hábil contabilidad, encontró colocación lucrativa.

Detrás del mostrador, aquí sí ya tenía buen mostrador, se puso en acecho de la Fortuna, por si pasaba. No mucho tiempo transcurrió en que no sólo pasara por su puerta, sino que se coló dentro, apareciéndosele primero bajo la forma de padre de tantas campanillas como fray Pantaleón García, nuestro primer orador sagrado, descendiente de una de las familias fundadoras, y de muy buena vista para descubrir los mejores en cada ramo.

Así transcurrido algún tiempo, y habilitado con los mil duros del dorado sueño, su antedicho guía espiritual le habilitó también con una de sus hacendosas primas, que valía mucho más.

V

A poco andar, D. Antonio, que nunca fué lerdo, y ya en mejor situación, con los mil duretes hizo *muchos mil duritos*, y con la prima de fray Pantaleón le dió muchos sobrinos, dejando hasta su quinta generación numerosa prole en amplio bienestar.

Largo por demás sería seguir paso á paso todos los de la fortuna de este ingenioso comerciante, cuya casa, como las de Escalada, Sarratea, Arroyo, Lezica y Aguirre, compraba tierras por leguas de leguas, como mandaba muladas al Alto Perú, de donde volvían cargaditas de oro y plata, y también de azogue.

Dependiente primero, empleado en las Cajas Reales como contador de Hacienda, rematador de diezmos del rey, que entonces se recogían en especie, fué adelantando, prosperando y adquiriendo campos baratos para depositar haciendas. Y así por su actividad incansable y honradez á toda prueba, á la vuelta de los años se encontró con capital que le permitió *variar* la plata. En cuanto á principios económicos, poseíalos tan anticuados y prácticos, que no son para contados. Moneda corriente es hoy, por ejemplo, creer que todo comerciante posee un capital mayor que en caja, en su crédito, y D. Antonio tenía por costumbre comprar todo al contado. Amigo de servir á todo el mundo, jamás dió su firma, ni pidió la de

otro. Vulgar corruptela es gastar el doble de la renta, y él observaba invertir sólo la mitad. Para él no había economía pequeña, y todo gasto superfluo lo creía inútil. Nunca detenía dinero sin redituar, y con tales principios, trabajando con actividad y acumulando con tesón, fué muy lejos, llegando á legar cuantiosa fortuna que puso á cubierto de toda contingencia su primera, segunda y tercera generación que alcanzó.

Previsor, como hemos dicho, compró y conservó cuanto hueco y esquina pudo, hasta ser apodado *El señor de las esquinas,* perseverando en su idea de conservar cuanto adquiría.

Creía que la subdivisión natural de la propiedad territorial presentábase más fácil y conveniente á la división testamentaria, valorizada por su simple conservación en el transcurso de una generación á otra, repitiendo este su principio económico, que *conservar* equivale á *valorizar*.

El remate de las haciendas correspondientes á diezmos de Cajas Reales le obligó á adquirir campos hacia los cuatro extremos, y cuando en 1782, por intermedio de fray Pantaleón Garcia, compró el Rincón del Canónigo Andújar, cinco leguas sobre el río Paraná por cinco de fondo, ya contaba en Arrecifes otra estancia con el Sr. Andrade, y diez años antes había comprado al Sur vastos campos en las Brujas.

Ingeniosa fué la adquisición de algunos de ellos. No tenemos noticia que indio alguno de la Pampa llegara á Rusia. Por ambos extremos hemos viajado, extrañándonos la coincidencia de la forma en que hasta el presente se enajena la tierra en algunas estepas moscovitas, por todo lo que se alcanza á caminar en un día.

Así defendiendo los indios la tierra en que nacieron, y teniendo por intrusos en ella á los españoles, en defensa del principio de propiedad, proponían á los más lejanos pobladores venderles la que necesitaran, y como el precio era ínfimo, los más prácticos estancieros convenían pagarles en yeguas aquellas que los indios decían pertenecerles.

VI

Antiguos hacendados, de los que no fueron los únicos López Osornio, Ramos, Anchorena, reconocen el origen de sus fortunas en pactos semejantes, sin que haya ejemplo que en invasión alguna se haya dado malón en tierras así adquiridas.

Encontrándose un día D. Antonio, del otro lado del Salado, con el Cacique negro, le preguntó qué área de campo le vendería.

—De sol á sol, hermano, por doscientas yeguas.

Y al día siguiente, galopando á la par, desde la salida del sol, el más

vaqueano de los lenguaraces con el no menos ducho de los capataces, fueron á detener riendas lejos, muy lejos del punto de partida.

—Hasta aquí no más, hermano—dijo el indio viejo y plantó estaca.

—Pero bien: este es el largo, ¿y el ancho?

—El de dos caballos.

—¡Otri! ¿Y cómo vamos á poblar estancia así?

—¡Esto diciendo Cacique y dando vuelta rienda!

No hubo más. Como el trato había sido doscientas yeguas por extensión alcanzada en el galope de un caballo, desde que se levanta hasta que se acuesta el sol, y éste se había dirigido de Norte á Sur, otras doscientas yeguas hubo de pagar para cuadrar el campo en segundo galope de sol á sol y de Este á Oeste.

Estas grandes áreas así vendidas sin *papel pintado*, dinero ó escritura, por los indios á los primeros pobladores de nuestra campaña, valieron más que las adquiridas ante cartularios de *ante mí y doy fe*, en cuanto al respeto en las invasiones de indios hasta el siglo pasado y después de título de posesión.

Y como aunque las autoridades subsiguientes no respetaran mucho título tan en el aire, afirmado sólo por el galope de un caballo, el del más antiguo ocupante fué sin duda siempre el mejor. Con el andar del tiempo, mucho se retacearon áreas sin límites fijos; pero la mitad de la mitad ó fracción cualquiera valorizada por la población ha sido el origen de muchas fortunas, contándose á la fecha así las más cuantiosas, no por el mayor número de fincas, sino por el de más leguas de tierra.

Mucho es lo que ha crecido la propiedad urbana, pero más ha centuplicado el valor de la propiedad rural.

Y como para muestra basta un botón, sobrará recordar que si la primera manzana que referimos sobre la plaza principal fué vendida por una yegua blanca y un traje de paisano hace tres siglos, noventa años há el valor de la legua al otro lado de San Borombón sólo era de veintiséis pesos, vendiéndose otras á diez y seis.

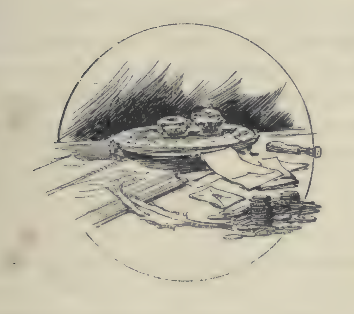
. . . .

Después de ciento treinta años, doscientos descendientes de ese progresista hacendado cuentan hoy su bienestar, resultado de aquellos primitivos mil duros que hábilmente sembrados produjeron innumerable cosecha.

Entre ellos hubo ministros, gobernadores, legisladores, magistrados, abogados, médicos, militares, sacerdotes, comerciantes, literatos, estancieros y estadistas que dejaron su paso honorable marcado en este suelo. Porque D. Antonio no fué un simple *pionnier*, sino también una inteli-

gencia despejada, alentada por la mejor voluntad de aprender y enseñar cuanto útil encontraba á su paso. Así dedicó á cada uno de sus hijos á diferentes carreras é industrias hasta enviar uno á paso de mula caminito á Chuquisaca, de cuya Universidad volvió con las borlas doctorales.

¡Cuánto alcanza el trabajo perseverante, impulsado por una firme voluntad! ¡Cuántos, como el Antonio Calañesito de nuestro cuento, pobres en España, son hoy ricos en Buenos Aires!




Campamento en las Lajas

BOCHORNO COMPROMETEDOR

«Una madre para cien hijos,» se dice; pero ¡ay!, ¡cuántas veces cien hijos no hacen el sostén de una madre! Así, cuando encontramos en nuestro camino alguna de esas esmeraldas color de la esperanza donde el amor resplandece, la recogemos para engarzarla en el precioso joyel de nobilísimos sentimientos que honran la humanidad y que felizmente no han desaparecido entre nosotros.

I

En una de nuestras más avanzadas fronteras aconteció el sucedido que referimos.

Hallábase en su modesta mesa de campaña, rodeado de los oficiales de la guarnición, el comandante de ella, cierto día sin sol de crudo invierno, cuando sacando una pequeña cigarrera con cantos y arabescos de oro, dijo al enseñarla á sus subalternos:

—En fin, no está de más que de cuando en cuando se acuerden de los olvidados que vegetamos en estos desiertos. Me acaba de llegar este obsequio de un amigo de la infancia.

Y pasándola de mano en mano por todas las que cortaban pan, llamaba la atención de unos la cincelada labor sobre la tapa, representando dos hermanos de armas espalda con espalda, defendiéndose en apurado trance, rodeados del grupo de indios que les sorprendiera en media pampa, y la de otros el monograma y dedicatoria: «A un amigo de treinta años.» El alférez recién llegado, que apenas contaba de vida la mitad de

esa larga amistad, como más curioso, olió cigarros que hacía tiempo no olía, volviendo el obsequio, concluída la ronda, á manos del dueño.

Siguió al churrasco criollo el clásico puchero, y al guiso con papas el dulce de zapallo y la conversación y la francachela entre buenos camaradas, sin traspasar la circunspección debida; pues por más franqueza que el jefe dispensara, no se olvidaba la subordinación y respeto hasta en los actos más familiares.

Al servirse el café con más sabor de achicoria que á Yunga, el comandante deseó celebrar el buen recuerdo, doblemente valioso por las mil reminiscencias que despertara, dando participación del contenido á sus camaradas. Pero, por más que registrara el bolsillo donde la guardara, no la encontraba; ni entre servilletas ó bajo manteles asomaba la muy perdida, y abarcando con mirada escudriñadora á los circunstantes, acentuó muda interrogación.

Como tocados por invisible resorte, los oficiales se pusieron de pie, dando vuelta á sus bolsillos, menos el alférez del extremo, quien, más colorado que un tomate, dijo sin pararse:

—Afirmo bajo palabra que no la tengo; pero yo no exhibo mis bolsillos.

No faltó quien comentara el denunciador sonrojo, dividiéndose opiniones, elogiando unos su entereza, murmurando otros al notar lo abultado del único bolsillo no abierto. El más adulón chismografió:

—Entre pura gente honrada la cigarrita no aparece.

Otro cuchicheaba al vecino:

—¿Se ha fijado que *el nuevo* siempre sale precipitadamente de la mesa?

Los más criticaron el proceder del alferez, sin que faltara quien añadiera:

—Me parece que ha hecho bien. Al fin no estamos entre jugadores de mala fe, donde al primero que se agacha achácasele la desaparición de la moneda caída.

—Si el jefe lo hubiera impuesto—agregó un tercero,—no vacío la faltriquera. Mera sospecha deprime. Pero ha sido tan espontáneo el movimiento general, que corajudo debe ser el alférez resistiendo la corriente, aunque no ha podido evitar que le salieran los colores á la cara.

—¡Al fin nuevo!—dijo el más antiguo.—Sabe Dios de dónde viene. Estos oficialitos que salen del colegio militar llegan al ejército con más humos que la locomotora, echando planes y planos sobre el papel antes que se les acostumbre la mano al sabor del sable y aprendan á tirar tajos y reveses en vez de líneas curvas y rectilíneas que nunca dieron el resultado de una carga de caballería á fondo.

. . . .

Los días pasaban y la tabaquera de cocodrilo exornada de oro y plata no aparecía. Ni que alguno de esos anfibios de laguna inmediata se la hubiera tragado. El subteniente seguía retirándose el primero, observándosele el bultito sospechoso en el bolsillo. Los concurrentes empezaban también á retirar sus asientos del suyo, haciendo el vacío hasta dejarle solo y aislado al último de la mesa.

Al alejamiento de compañeros fuése agregando el de la palabra. Algunas manos ya no se le extendían; otras oprimían fríamente la suya. El jefe nada decía, pero los subalternos decían demasiado, formándose atmósfera insostenible al sospechado.

Ya se tramaban sordamente murmuraciones contra el que, si para unos estaba convicto, para pocos era el oficial digno que inconscientemente había dado lección de delicadeza. Serio, silencioso, imperturbable, seguía él cumpliendo todas sus obligaciones, observando al pie de la letra la Ordenanza, en cuyo examen acababa de obtener *diez*, y alejándose precipitadamente con el bulto acusador.

II

Y en tanto no aparece la dorada cigarrera, que se había hecho humo antes de convertirse en tal su contenido, y en lo mismo el honrado ladroncito á quien se inculpaba su traspapelamiento, prendiendo un *puro*, echemos párrafo aparte hablando de bueyes perdidos; que tal parecerá recordar ese hermoso sentimiento de amor filial que tan escaso se va haciendo, como los diamantes del Cabo en esa lejana región donde al fulgor de los cañonazos de la más poderosa de las naciones, la más pequeña aparece al mundo dando ejemplo de amor patrio.

La antigua Roma, cabeza del mundo, antes que todos los vicios la prostituyeran, que toda virtud deificaba, levantó un templo á la Piedad en el mismo sitio de la cárcel, al través de cuyas rejas una joven madre prolongó la vida de su propio padre condenado á morir de hambre, visitándole cada día y sustentándole á sus pechos.

Escena en algo semejante dió origen á nuestra iglesia del mismo nombre (calle de la Piedad), alzada sobre los ruinosos cuartos de otra hija que se sacrificó por su padre, donde hoy relumbra á la mayor altura ampulosa. media naranja de templo que nunca terminará, según la profecía de los ingenieros Canales, que pretendieron enmendar la plana á su colega señor Pellerini.

Sin mencionar notables ejemplos que en el aniversario de la patria las piadosas damas de la Sociedad de Beneficencia presentan cada año al pue-

blo entre los premios de virtud al amor filial, recuerdan nuestras propias tradiciones el hijo que, loco de amor por su madre, vino desde Londres para darle el último abrazo, y encontrándola ya monja profesa, saltó las tapias de San Juan; bajo el disfraz de acarreadorde leña se introdujo en el convento, y al reconocer á la novicia al través del velo monjil, se desvaneció de ternura en los brazos maternales. También mencionamos ese otro pobre hijo demente que al saber la desgracia de su padre condenado al cadalso, del que escapó, recorrió toda la tierra argentina en su busca para llevarle el consuelo de su cariño; y que perdió la razón al entrar por una puerta en la casa de que los remordimientos hacían huir al padre por la opuesta, sin poder resistir la presencia de hijo tan amoroso.

. . . .

Allá por los años de 1861, encontramos sentada sobre las ruinas de Cayastá la última charrúa, vieja como su tribu y deshecha como ésta. Pasando del Uruguay con las chusmas que D. Fructuoso Rivera hacía seguir á su ejército desde la provincia oriental al Entre Ríos, vadeó luego el Paraná por Punta Gorda, siguiendo desde el rincón de Coronda, Colastiné arriba. En aquel año le fué presentada al general D. Venancio Flores, á la altura de la capilla Guadalupe, sobre Santa Lucía, bronceada indiecita de un rubio sucio tirando á hilacha de choclo, traída al campamento por los exploradores del coronel Carballo.

Allí llegó á reclamarla la *Reina de los Guaycurúes,* como llamaban cariñosamente á la hermosa santafecina Carmen Iturraspe por la generosidad con que protegía á las indias de la frontera de Santa Fe. Por más halagadoras proposiciones que se le hicieron, deshecha en lágrimas se desesperaba la joven indígena, exclamando en su aflicción:

—No quiero dejar de ser india. Vuélvanme á la toldería. ¿Quién va á cuidar de mi viejita? La abuela se va á morir, yo voy á morir, todos nos vamos á morir si no regreso pronto.

Siguiéndose escena tan patética dentro de la carpa del honrado general, que conmovido salió fuera, llamando al ayudante de servicio y ordenándole que la restituyera inmediatamente á la abuela en Cayastá, última representante de una raza desaparecida.

. . . .

Algunos años después, el capitán de caballería que llegara allí el primero, avanzó la línea de fronteras plantando su carpa entre ruinas de antigua reducción jesuítica. El ojo previsor de estos misioneros fué siempre acertado en la elección de las mejores posiciones, y alrededor de la caída cruz se esparce un pueblo floreciente, habiéndose fundado Reconquista, donde el capitán de antaño levantó su tienda. De allí prosiguió empujan-

do la marea civilizadora, dilatando fronteras y conquistas en el desierto hasta Resistencia, y en sus veinte años de gobernación en el Chaco sembró de pueblos sus riberas, descollando las colonias de Avellaneda, Víctor Manuel, Las Garzas, Ocampo, Las Toscas, Florencia, San Antonio, Resistencia y Timbó. Hermano del ilustrado coronel que fundara el primer regimiento de artillería de montaña al pie de los Andes, dilató el nombre de ese otro inolvidable marino que arribara el primero á Nahuel-Huapi, y en las fronteras más avanzadas hacia los cuatro vientos, el general obligado se creyó, como los soldados de su raza, á dejar bien puesto allí su nombre.

En una de esas fronteras ensanchadas por su esfuerzo, en aquella hermosa región donde el suave algodonero y la dulce caña florecen, y también sentimientos tan suaves y dulces, fué donde se produjo el sucedido que tradicionamos.

III

Ya los más atolondrados hablaban de pedir la separación del sindicado, con la única razón de *porque sí*, cuando el jefe llamó reservadamente á su alojamiento al taciturno, diciéndole:

—Usted no me ha tomado la cigarrera.....

—Señor comandante, lo he afirmado bajo palabra.....

—Ya lo sé; ¿pero tiene usted inconveniente en decirme por qué no quiso seguir el movimiento de sus compañeros que tan espontáneamente vaciaron sus bolsillos?

—Lo que de ningún modo demostraba que no pudieran ocultar la cigarrera en otra parte. ¡Aunque líbreme Dios de sospechar de ninguno de mis compañeros!

—¡Perspicaz es el alférez! No lo he llamado para apercibirle; menos para que delate á nadie. La cigarrerita ha parecido: le hablo paternalmente. ¿Quiere usted decirme por qué no imitó el ejemplo de sus compañeros?

—Ante todo por propio decoro, y también por otra causa. Si estamos solos, diré á usted lo que no hubiera declarado ante sumario.

Y mirando á todos lados como abochornado, agregó en voz baja y entrecortada, casi empapada en lágrimas:

—Tengo una madre muy pobre, que llegó á empeñar sus ropas para que yo concluyera la educación militar. Aunque la asisto con mi pequeño sueldo desde que empecé á ganar doce pesos en el colegio, muchos días falta el pan en su rancho. Desde que conseguí hacerla venir cerca del

campamento, le guardo la mitad de mi ración; cuando estoy franco, yo mismo le llevo algo. Feliz para usted el día en que recibió tan delicado recuerdo de un leal amigo; fecha fatal ha sido para mí, pues desde entonces no me ha quedado un amigo. Todos se me alejan. Pero el día antes le vi comer con tal ansiedad el pan más blanco que reservara á mi pobre viejecita sin dientes, que me parecía no quedaba satisfecha, por lo que entre dos rebanadas agregué otra de asado que abultaba más mi bolsillo. Ya ve usted, señor comandante, que para mis propios compañeros hubiera sido bochornoso sacar la cena escondida: preferiría sacar el sable por primera vez antes que dejarme registrar.

El comandante, que recordaba haber tenido también que socorrer en sus penurias á una anciana madre en la indigencia, se levantó conmovido á estrechar las dos manos del joven, volviéndose con prontitud para que no se percibieran dos lágrimas descendiendo á perderse en su enmarañada barba.

Aunque también he sido soldado, ya no recuerdo si la prescripción de la Ordenanza que castiga el agacharse al paso de las *silbaderas*, prohibe al jefe emocionarse ante un subalterno.

. . . .

Un bolsillo ladrón hizo sospechoso de tal al más honrado de los hijos, ejemplo de amor filial. Descosido el forro interior de la blusa militar, había caído la cigarrera al fondo. Inmediata investigación justificó la sinceridad del hijo bien amado como la situación afligente de la anciana madre, y que el bultito acusador en el pantalón del subteniente que se retiraba precipitadamente de sus compañeros, era el alimento en aquel pobre rancho cerca del campamento.

Comprobados estos hechos, el comandante volvió á llamar ante su presencia al pundonoroso joven, le hizo un obsequio y desde entonces asignó ración de soldado á la madre.

. . . .

Y contaba el comisario pagador de esos tiempos algo que honra el noble corazón del soldado argentino, tan exaltado en general, si irreflexivo ó atropellado en algunas ocasiones. Los que más le sindicaban fueron los primeros en ir á pedirle disculpa de murmuraciones infundadas. Desde entonces, cuando llegaba el comisario pagador con la caja zangoloteándose, y su deseada venida era esperada como la del Mesías, cada dos meses, cuando no tres, llevando la paga de uno, entregaba *treinta pesos* á la buena madre á quien todos habían declarado *la pensionista del regimiento*, hasta su muerte, que no tardó en llegar.

Recién entonces vino á saber *el último* que entre los oficiales, los mis-

mos que tramaban su separación del cuerpo, se impusieron como castigo á su impremeditación la *multa* de un peso mensual que por intermedio del pagador y bajo toda reserva le hacían llegar.

Como en este digno ejemplo de amor filial, ¡en cuántos otros casos las apariencias acusan!





LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

(SU TRADICIÓN)

¿Tuvo ó no torres la Catedral? Tantas opiniones en pro como en contra teníamos oídas en diferentes ocasiones, que al fin tentados fuimos por la rebusca del viejo papelito apolillado, origen de todas estas verídicas tradiciones.

Acaso no esté de más recordar cuántas catedrales hubo, quién construyó la primera, lo que cuesta una catedral, por qué se derrumbó, cuántos mitrados hubo y otros que, sin ser cuentos de sacristía, interesar pueden aun á los menos devotos.

. . . .

Antes de recordar la calle Rivadavia con su nombre actual el de nuestro primer estadista, la llamaron de la Federación, de La Plata, de la Reconquista y calle de las Torres. Como el camino de Barracas, salida al Sur, ésta, desde sus primitividades, fué extendiéndose hacia el Oeste, ascendiendo y ensanchando de senda á huella, carretera, calle, camino real, hasta la ermita de Nuestra Señora del Buen Viaje, en Merlo, como que por él se emprendía, si no siempre el del otro mundo, el del Alto Perú, no mucho más lejos por entonces.

Por más largo tiempo que de las Torres, fué esta calle de «el Martirio,» que largo y por muchos años sufrieron en ella nuestros buenos paisanos.

En cuanto asomaban en tropilla tres ó cuatro gauchos llenos de polvo y barro, quienes al dejar su tropa en los corrales entraban en la ciudad

medio boleaos á cumplir el encargo de su china, rodeábanlos mozos de tienda en una y otra esquina, *apeñuscándose* como moscas.

Acariciándoles unos el caballo, ofreciéndoles otros chapeados baratos, hasta limpialámparas de *lomilleros* y roperías había, que entre bromas y veras y abrazos y palmadas, entrábanlos en la tienda poco menos que á empellones.

Una vez en el mostrador, mareados con tal *gangolina,* explotados por la pillería de avispados tenderos, gauchos ignorantes, pacatos y cortados, pidiendo sólo un pañuelo para la *patrona,* salían cargados con puñal de cabo de plata, grandes *nazarenas*, calzoncillos *crivaos*, *chiripá* de paño onceno, bota fuerte y atado de *inservibilidades* y *chafalonería,* que no cabía en el poncho, pues patrones, dependientes y curiosos no raleaban la salida sino cuando habían arrancado la última yunta de columnarios de su ancho *tirador* de cuero.

Así, antes de ser metropolitana, fué esta Catedral matriz, iglesia mayor, capilla, oratorio, y desde primer altar alzado en el desierto, creciendo y elevando, se alargó con los años hasta grandiosa fábrica de sólida catedral.

Razón hubo para hacerle profundos cimientos, pues una, dos y hasta tres veces cayeron las edificaciones construídas sobre ellos.

¿Y se creerá que por pamperadas ó temblores?

No llegaba por antaño ni un mísero temblorcillo vergonzante de esos que ansía más de una ciudad en ciernes como pretexto al auxilio oficial de dos ó tres *milloncejos*.....

No llegaban los temblores, pero amenazaban llegar los abogados, temible plaga de golillas buscapleitos.

Desde que se trazara la primera planta de esta ciudad, se destinó un cuarto de manzana para la iglesia principal, donde aún existe.

Poco distante de ella se dijo la primera misa. El capellán de la expedición de Mendoza, fray Francisco de Triana, bajo el añoso ombú que sobre la barranca contigua á la de Lezama se alzaba hasta el principio del siglo, fué quien en una hermosa mañana de 1536 elevara la Forma Consagrada en el momento que, saliendo el sol tras el majestuoso Plata, vino á dorar la blanca Hostia, al postrarse sobre suelo argentino sus primeros adoradores.

Cuarenta y cinco años más tarde, en la capilla que se improvisó dentro del fortín, rodeado de palizada de una lanza de alto, D. Juan de Garay oyó misa en el Real, celebrada por fray Juan Rivadeneira, el 18 de junio de 1580, horas antes de embarcarse en la carabela *San Cristóbal* llevando á la Metrópoli la noticia de la repoblación de Buenos Aires.

II

En el año de Judas (13 del siglo XVII), considerando el ilustrado cabildo lo funesto que sería el arribo de tres letrados por los enredos que acarrean en los pueblos, acordó detenerles en el camino, prohibiendo su entrada. Si la iglesia ésta no cayó, sin duda fué porque la amenaza de letrados no pasó de amenaza, pero grietada y resentida quedó del susto.

Tres años después anunciaba ruina la primitiva iglesia matriz, por lo que en un cabildo reunido en la de San Francisco (febrero de 1618) resolvióse trasladar allí la custodia y adelantar quinientos ochenta y nueve pesos al carpintero Pascual Ramírez, de los mil cien pesos de á ocho en que se había contratado la obra de la nueva iglesia.



El Ilmo. J. Pedro Carranza, primer obispo y fundador de la catedral.

. . . .

—Hablemos claro—agregaba maese Pascual, introducido ante el cabildo.—No quiero que la tal iglesita me salga un clavo. Se me han de dar todos los que necesite, y las maderas y herramientas. No he de poner más que mis dos manos, que no tengo más, y los oficiales é indios carpinteros pagados por mi cuenta. Labraré y enmaderaré la dicha santa iglesia hasta que esté para ponérsele encima la caña y teja, cuando el gobernador Hernandarias ordene. No se me fije tiempo—seguía despachándose el andalucito,—que prometo no alzar mano de la obra, con dos oficiales españoles y nueve indios, hasta encañar y cubrir. Yo les pagaré el jornal, la ciudad les dará de comer, que indios muy tragones salen cuando por cuenta ajena aunque con boca propia comen.

Y como á pesar de todas sus dádivas (pedigüeño como pampa era el alarife), poco adelantaba la fábrica, en un otro cabildo, el alcalde D. Sebastián Ordinas propuso al año siguiente, como ya iban cuatro que se había caído la iglesia, que se entregaran todos los sobrantes de la anterior para activar los trabajos.

Y en ella, aún no concluída, se inauguraba el obispado, y fué por ende á catedral elevada, aun antes de haberse alzado sus techos, por el pontífice Pablo V, quien en 1620 concediera la erección del obispado del Río de la Plata.

Hasta entonces dependía esta iglesia de la diócesis del Paraguay.

El 19 de enero de 1621, el primer ilustrísimo D. Pedro Carranza consagraba en catedral la iglesia mayor, y el 12 de mayo del año siguiente pronunció el auto de erección, estableciendo las dignidades en su primer cabildo.

Dos religiosos también andaluces, muy hábiles en todas artes, llegaron con el carmelita Carranza, quienes enriquecieron y adornaron la episcopal.

III

Por sesenta años continuó su construcción, y aunque era la catedral que más duró, en 1752 se fué al suelo.

¿A que no adivinan ustedes por qué? Por los continuos pleitos, odios y rencores en que se hallaban este vecindario y comerciantes, alentados por abogados que, recalcitrantes como ergotistas, introdujéronse al fin.

¿Lo creen ustedes? Pues yo tampoco; pero obispo tan casuista como el Ilmo. Agramonte así lo afirma y ratifica al dar parte de que á las siete de la mañana del viernes 24 de marzo de 1752 cayó la catedral de esta ciudad.

La nueva, que sobre tales ruinas se alzaba, tardó más en hacerse que en deshacerse el frente por dos torres adornado.

Prueba de que éstas no sólo existieron en el modelo que el canónigo Segurola donó al Museo, encontramos en el viejo expediente de marras, mandando demolerse la fachada y torres de la catedral y construirse de nuevo.

Y como para destruir torres parece debieran haber sido construídas, testimonio irrefutable es de que las tales torres de la catedral existieron.

A pedido del mayordomo Sr. D. Manuel Basavilbaso, la comisión de ingenieros nombrada por el virrey dictaminaba que era forzoso demolerlas desde los cimientos y poner otro frontispicio que en altura, longitud y magnificencia correspondiera al cuerpo de la iglesia recién terminada.

El arquitecto Manuel Alvarez de Rocha, que dirigía la obra, defendió las torres de nuestro cuento, que al fin resultaron torrecitas de morondanga.

Pero el Sr. José Custodio de Saá y Faria, que tanto anduvo enredando la lista allá por Misiones, en cuestión de límites, más larga que la pared medianera de nuestros buenos primos de ultracordillera, como aquí dragoneando de arquitecto, logró hacer aprobar su proyecto y plano presentado el 6 de marzo de 1778, y esas torres, sí, quedaron en el papel.

Y como desde entonces inveterada costumbre era en esta tierra de-

rrumbar sin reconstruir, el proyecto de nuevas torres sigue en lo mismo, no siendo el único que en más de un siglo no pasa de proyecto.

Pleito hubo é intrincado entre curas y sacristanes, sin necesidad de abogados. Si el obispo tenía de su parte al párroco, al sotacura, capellán, chantre, pertiguero, crucifijero, perrero y hasta al herrero, que eran los más; con el deán y arcediano opinaban al arcipreste, maestrescuela, apuntador, tesorero (sin tesoro) y hasta el sochantre, quien más alzaba la voz, y eran los mejores y más gritones, y como tales se salieron con la suya.....

Mucho tiempo duró la porfía de si las torres estaban bien hechas ó si primas parecían á las de Pisa y Bolonia, en cuanto á lo de inclinadas, hasta que un buen día, cansado de tan largo alegato entre los que defendían y criticaban la obra maestra del maestro Rocha, el virrey Zeballos decretó la demolición de esas torres antes que sin previo decreto y por autorización propia se derrumbaran como poco después las de San Francisco.

Su breve existencia, que no llegó á tres lustros, como la efímera tradición de haberse llamado calle de las Torres, á la que, en el plano de 1769, con tal nombre señalábase, es lo que ha dejado en duda si existieron sólo en proyecto.

IV

El 25 de marzo de 1791 se estrenó el frente de la nueva y bella catedral, y fué el mismo ingeniero portugués Saá Faria quien dirimió la otra eterna disputa entre el obispo Malvar y su cabildo—que pleitear era su oficio, aunque sin abogados—de colocar el altar mayor en el fondo de la nave principal ó en medio del crucero, bajo la amplia media naranja.

Y allí se estuvo ese dorado y monumental sagrario, con hermosos altares á sus frentes, hasta que corriendo los años, y cuando Rosas andaba á abrazos y besamanos con el caudillo López de Santa Fe, el canónigo Amenábar, de aquella matriz, arrasó la catedral, alzándose con cuanto pudo. No consiguiendo le propusiera de obispo, Rosas le permitió se llevara retablos, columnas, altares y adornos, teniendo apenas tiempo de volar hasta el fondo, donde acurrucados lograron salvarse, dos de los angelotes de doradas alas, con otros de sus hermanos que adornaban los flancos en diversos planos del elegante y elevado altar, y allí se estaban mofletudos y soplando como si aún no se les hubiese pasado el susto.

Antes del desbande de querubines, arcángeles y serafines promovido por Amenábar, bajo pretexto de que los pobrecitos serían aplastados por la inmensa mole de la media naranja, el ingeniero militar francés M. Cate-

lin tenía empezada (1822) la bella columnata del actual frontis, cuyas torres, sí, han quedado en cimientos por más que el digno arzobispo Aneiros las reclamaba.

Bajo la patriótica inspiración del Sr. Sarmiento (ministro de Buenos Aires en 1860), y como emblema que eternizara el abrazo de fraternidad que en ese año estrechó con júbilo las catorce provincias argentinas, proyectó el hábil ingeniero Pellegrini el hermoso bajo relieve del abrazo de José con sus hermanos, reconociéndolos al pie del más antiguo monumento que existe en la tierra, pirámide sobre la que un día tuvimos ocasión de tremolar la bandera argentina en Egipto.

Y aunque no concluyó aquí su obra, terminaremos esta tradición, para que no sea tan larga como la obra de la catedral, recordando siquiera de paso los nombres de obispos que bajo sus bóvedas cachetearon muchas generaciones, al confirmar en la fe de nuestros padres, que Dios mediante no se extinguirá en nuestros hijos.

V

En 26 de junio de 1622 quedó definitivamente instalado en esta santa iglesia catedral su primer obispo, el carmelita descalzo Pedro Carranza, á quién sucedieron fray Cristóbal de Aresti, 1635; fray Cristóbal de la Mancha y Velazco, desde 1641 á 1673; D. Antonio de Azcona Imberto vino en 1677, falleció en 1700, hizo trabajar la catedral que, inaugurada en 1680, se derrumbó en 1752, y contigua á ella la casa para los obispos. A fray Gabriel de Arregui, en 1713, siguió don Pedro Fajardo, trinitario, desde 1717 al 1729; D. Juan de Arregui, obispo natural de esta ciudad, como su anterior hermano, se recibió el 16 de abril de 1731. Fray José de Peralta Barrionuevo Rocha y Benavídez, limeño, llegó en junio de 1741. D. Cayetano Pacheco de Cárdenas, arcediano de La Paz, falleció sin consagrarse. D. Cayetano Marcellano y Agramont, en 1748, y nueve años después fué ascendido á arzobispo de La Plata.


Monseñor Mariano Escalada, primer arzobispo

Un tercer obispo, natural de esta tierra, fué el onceno, Dr. D. Antonio Basurco, en 1757, sucediéndole á los dos años D. Manuel Antonio de la Torre. No bien llegado fray Sebastián Malvar y Pinto (28 octubre 1778) cuando se le removió á arzobispo de Santiago en Galicia. Al Dr. Ma-

nuel de Azomor y Ramírez, en 1784, sucedió en 1797 el Dr. D. Pedro Inocencio Bejarano; y el último obispo godo de ingrata memoria, doctor D. Benito Lúe y Riega, confirmó la primera generación de patriotas desde 1802 á 1812.

Con largo intervalo de sede vacante fué nombrado primer obispo argentino, después de la independencia de la madre patria y de la Iglesia de España, el Dr. D. Mariano Medrano y Cabrera, obispo de Aulón en 1829, vicario apostólico en 1830 y obispo de Buenos Aires el 2 de julio de 1832, hasta el 7 de abril de 1851, en que, á su fallecimiento, Rosas le hizo enterrar con gran pompa en la iglesia de la Piedad. De ésta fué cura, y hasta hoy descansan sus restos al lado de los de su piadosa madre.



Monseñor Federico Aneiros, segundo arzobispo

En 1854 el Dr. D. Mariano José de Escalada, ya desde 1832 obispo de Aulón; y elevada la catedral de Buenos Aires treinta años después al rango de iglesia metropolitana, se le proclamó primer arzobispo de la nueva archidiócesis el 4 de marzo de 1865, falleciendo en Roma el 28 de julio de 1870, durante el último concilio, en que por vez primera estuvo representada la Iglésia argentina. Tercer obispo de Aulón, fué el doctor Federico Aneiros, segundo arzobispo, desde el 24 de julio de 1873, poco ha fallecido y sinceramente sentido. Correspondía el número veinte entre los mitrados de esta catedral al piadoso doctor Castellanos, desde 1895, y cuatro años más tarde el muy virtuoso prelado Ilmo. Sr. Dr. Espinosa gobierna sabiamente la católica grey argentina.

VI

No obstante sus defectos arquitectónicos, es la catedral el más grande y hermoso templo entre los mil veinticinco consagrados en la República, que como relicario sagrado guarda los más queridos recuerdos.

Bajo sus altas bóvedas muchas generaciones se han congregado á dar gracias á Dios, colgando de cornisas y pechinas los trofeos de nuestras primeras victorias, ó implorando la protección divina en sus horas de tribulación. Arca santa de una religión que, cual árbol de origen divino, penetran sus raíces en lo más profundo de la tierra; y creciendo y elevándose da sus flores en los cielos; á cuya sombra siempre encuentra el hombre consuelo que alienta en la vida.

Tal vez cuando la catedral era de paja hubo más sincera devoción; pero el tiempo la ha consagrado como santuario de la fe de un pueblo, en el cual el que confía vive tranquilo.

Todo se desarrolla por el crecimiento progresivo; y la capital de la república cuenta con la mitad apenas de las sesenta iglesias requeridas para el culto de medio millón de católicos, exigiéndose ya una metropolitana digna de la nación..... Existen capillas y templos de todos los cultos, griegos, rusos y sinagogas.

Hoy que no sabemos dónde estamos, no porque recién hayamos perdido la brújula y extraviada siga la nave de la República, sin norte y expuesta á estrellarse entre los escollos que ante ella se levantan, sino porque no tenemos punto fijo astronómico, desde que cayó la farola de la Aduana, que guiaba en tenebrosa noche al navegante del Plata, y podría de su alta mole levantarse la nueva luz que condujese á nuestro puerto á todos los bienvenidos de los cuatro extremos de la tierra.

Y á no temer imitar lo del indio pedigüeño de nuestro cuento, después de pedir para la chata catedral torres mejores que las de antaño y en su reloj la hora oficial (nunca los canónigos pierden horas), á semejanza de la vecina en la Prensa, en cuya cúpula luminosa reemplace la mencionada farola transparente, proyectaríamos Seminario, á ella anexo, en el que se instruyan jóvenes sacerdotes, á quienes cumple volver el brillo de otros tiempos á la cátedra sagrada, donde resonaron los acentos más elocuentes de fe sincera y de santo patriotismo.

VII

Y para cerrar con broche de oro esta tradición más larga que la obra de la catedral, majestuosa metrópoli, de amplísimas columnas, en cuyas sacristías se exhiben cuadros más largos aún que sus escaños, recordaremos que vino Dios á orar en ella...., es decir, su mismísimo representante aquí en la tierra, descendió á rogar por este pueblo, bajo las altas bóvedas, que adornaban banderas rendidas de tres naciones.

El domingo 2 de enero de 1824, apeñuscamiento de devotas, estrujábanse por estar más cerca á tres sacerdotes abstraídos por igual fervor al pie del altar de San Pedro, orando detrás del primer Nuncio Apostólico, arzobispo Muzzi. Recorriendo diversas capillas, venían de admirar la milagrosa imagen del Cristo de Buenos Aires; y en la que hoy guarda los restos del fundador de la independencia americana, la magnífica tela del Cristo de Van-Dick, aún no substituída por mala copia del pintor napolitano demasiado listo para alzarse con el original. El porte majestuoso del

bello romano descollaba entre el argentino y chileno que le acompañaban.

¿Qué pedirían en sus oraciones aquellas almas piadosas? Con el andar del tiempo, el Sr. Cienfuegos, arribando á su tierra amada, llegó á ser obispo de Chile. El doctor Escalada quedó en casa, y con las llaves de la casa, primer arzobispo de esta archidiócesis. El joven italiano Juan María Mastai pidió sin duda las llaves de San Pedro, y dejándole el Pontífice su Silla, le tocaron las llaves del cielo al tomar el nombre de Pío IX. El de nuestra santa catedral, y nosotros á sus pies recibiendo en Roma su bendición, al recordarle los tiempos que tradicionamos, una misma santa plegaria nos unió pidiendo por la prosperidad de la patria argentina.



La catedral de Buenos Aires en 1900



EL PRIMER BAILE

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIRREY DE LOS TRES SIETES

I

Magnífico estuvo el baile, como que todo contribuyó á su mayor realce, cuanto de ingenio, gracia y elegancia había por aquellos tiempos en esta ciudad. Unas con su belleza; con sus atractivos de espíritu, belleza de mejor quilate, las menos, y recargadas las más de alhajas, polvos y lunares, encontrábase en los salones del Alcázar de los virreyes, la noche del 26 de octubre de 1777, aquel «todo el mundo» que no falta en cortes ni aldeas.

Militares y comerciantes, pocos nobles, mucho alcalde, estancieros y advenedizos muy estirados, del estado llano, que con nombres y trajes de nobles, en demasiada llaneza se expresaban.....

¡Pero qué más, si hasta las monjas estuvieron de baile en aquel que coronaba las fiestas de la inauguración del virreinato!

Es decir, concurrieron á él, si no con la ligereza de sus pies, con la habilidad de sus manos; como que las mejores pastas, dulces y confituras, no duros confites y canelones de Córdoba, eran, si no fina, especial factura de capuchinas.

Las catalinas con sus flores, los dominicos con sus pavos y demás fruta de corral, los franciscanos con toda clase de hortalizas; hasta San Antonio tuvo allí su representante en los congéneres de su marrano y lechoncitos adobados, que, servidos á media noche, produjeron magníficas indigestiones.

También la de estos frailes, como la iglesia más cercana, había presta-

do sus viejas alfombras y flamantes candelabros de plata que, con la herencia de los jesuítas, les llegaran de misiones.

Desde antes de prenderse todas sus luces en el salón espléndidamente adornado, notábase en el rincón de las zetas el dialecto en *crescendo* de vascos, y agudas voces como las que hoy se han retirado al otro lado de Barracas. Hablaban en voz alta y en montón: Zavalas, Zapatas, Zavaletas, Zeballos, Zúñigas, Zarrateas, Zaráchagas, Zorrillas, Zuloagas, Zarragas, Zubizarretas, Zuvirías; en el mismo salón donde luego danzaban, paseaban y chismografiaban en voz baja, entre las primeras doncellas del virreinato, las de Anzoátegui, Uriburu, Arteaga, Echenagucía, Echegaray, Elizalde, Sagastizabal, Ibaceta, Gorriti, Ezcurra, Garmendia, Iriarte, Mujica, Olavarría, Ortiz, Otamendi, Beracochea.....

Vascos como langostas llovieron de Barracas y otros puntos á saludar al único rey que nos ha visitado un siglo más tarde, cuando llegó por estos barrios D. Carlos, el pretendiente. Este fuerte erizado de cañones para defender la majestad de uno de sus abuelos, lo encontrara convertido en salón presidencial, abierto á todos los bienvenidos. No menos antecesores de los honrados vascos que alzaron entre nosotros su tienda de trabajo, acudieron á la recepción del virrey vascongado, menos por lo de primer vice que por lo de vencedor de portugueses.

No teniendo costumbre de seguir las crónicas que por hogaño se estilan, haciendo danzar todas las letras del alfabeto, sólo recordaremos de paso que en la primera contradanza de honor, frente al virrey, acompañando á la alcaldesa, señora de Zarratea, y al almirante, marqués de Casa Tilly, con la señora del Correo (Basavilvaso), hacía vis á vis el alcalde de de *vara larga* y la señora de Riglos, y el esposo de ésta á la Mariquita Rospillosi, célebre por su ingenio, digna sobrina del primer abogado de campanillas que vino al país, sabio maestro de todos los doctores del virreinato.

Después de tres horas de baile, en la última cuadrilla ya hacían *ojitos tiernos*, entre otros jóvenes oficiales adornados por el fresco laurel de la victoria, Diego de Alvear á la Balbastro; Arce á la Zarratea; frente á Olaguer, que figuraba con la bella Azcuénaga; Saavedra acompañando á la Escalada en danzas y contradanzas, hasta que bien pronto se enredó la danza en pasos y medios pasos, como que en todos los pasos buenos y malos acompañaron por toda su vida estas patriotas abuelas del virreinato á tan ilustres militares, cuyos descendientes después de un siglo siguen esparciendo la semilla de la elegancia en nuestra culta sociedad y nobles ejemplos de honradez tradicional.

Si algún cronista *clarovidente* hubiera asistido al primer baile del virreinato, no habría dejado de recordar, en el salón de honor, el rincón de los

virreyes; pues en un momento dado rodearon al general Zeballos, si no todos, hasta la mitad al menos de los que bajo solio tan efímero le sucedieron: Vertiz, Olaguer, Sobremonte, etc., etc.

II

En la sala siguiente á la del estrado, otro grupo, que bien pudo clasificarse de primer grupo artístico del país, admiraba una antigua tela de Nuestra Señora del Luján, firmada por algún Miguel Angel (de exportación), autógrafo semejante al que, con anteojo de larga vista expresamente construído para divisar la hora de la Intendencia, se lee borrajeado en el gran cuadro de la sacristía en San Francisco, de gran elevación, si no por su mérito, por la bóveda en que se halla suspendido.

Extático la contemplaba el célebre escultor guaraní, misionero José, que más tarde exhibió esa obra admirable de inculto ingenio y de paciencia, en la imagen del Señor de la misma, á la entrada de la Merced; y el cuzqueño Rivera, que poco después nos había de legar el primer grabado hecho en el país, representando á Nuestra Señora del Luján, observaba la primera medalla acuñada en Buenos Aires, en 1746 (jura de Fernando VI), en el ángulo opuesto.

No obstante la gravedad y circunspección de las parejas en el baile, lo ceremonioso de los saludos y pausado de las figuras, del silencio entrecortado por medidos diálogos en voz baja, adivinados más que oídos, entre tímidos *percundantes* no dejaba de saltar alguna chispa de espiritualidad que iba á romper la monotonía de esa fila de mudas sentadas en camoncillos entarimados, á lo largo de las paredes.

No se hablaba de modas, que poca novedad se introducía en la de los tiempos coloniales; ni de política, que no había; ni de periódicos, que no llegaban. Se murmuraba menos, cortándose pocas sayas, que escasas eran las sastras; pero hasta en los bailes se conversaba de santos, que no sólo en iglesias, sino en calles y salones se veneraban. Medio siglo más tarde, en casas antiguas continuaba la costumbre de rezar el rosario antes de empezar el baile, ante la imagen de bulto, que era el adorno más preciado del salón; aunque las cuentas entre sus dedos bailaban menos que los ojos ansiosos de las devotas, pispando al través de la ventana si el preferido llegaba entre los que paseaban con paciencia en el patio. Oímos al pasar—agrega el cronista, que como observamos, no fué *clarovidente*—parte de chistoso diálogo, entre una viva andaluza y otra grave castellana, contemplando un San Bruno de naranjo. El cura de Jesús y Trinidad lo acababa de enviar. Años antes habíaselo obsequiado el cacique de aquella reduc-

ción al general D. Bruno de Zabala, al llegar allí á poner paz entre mamelucos y guaraníes.

En el rincón de las imágenes más ó menos toscamente labradas, se agrupaban las de los Apóstoles, de Corpus y otras misiones; pues si los santos no estaban de baile, no se retiraban por aquellos tiempos sus imágenes de la sala de fiestas.

Admirando ambas compañeras la santa imagen:

—Si está hablando—dijo riendo la salerosa.

—No habla, porque su regla conventual se lo prohibe—contestó su amiga.—Pero está muy parecido.

—¿Le conociste?

—No fué de mi tiempo. De la comunidad del silencio (aunque en Granada hay Cartuja), poco prosperarían mudos Trapenses entre andaluces que hablan por los codos. Me contó, sí, una devota del Santo, su media parienta, que nada de su nombre tenía San Bruno en su color; pues si pálido le puso el agua de Colonia en que se bañaba, en magro y transparente le convirtió la vida ascética á que se consagró.

—¡Cómo, mujer! Pues qué, ¿desde su tiempo vendía Farina, como sus sucesores, tras de esa catedral el agua, que falsificada me acaba de marear en el tocador?

—Otro es el que te anda mareando, y me parece sospecharlo en aquel oficialito buen mozo que bordejea entre dos aguas, cortejándote, conjuntamente que á la sobrina del virrey, como su digno ayudante. Por lo demás, natural es que este santo, Bruno de nombre y blanco de cara, cuando fué obispo de esa catedral que nunca se acaba, saliera por la puerta que da al río á bañarse en las aguas del de Colonia.

—Verdad. Pero algo se le olvidó al obispo de aquella perfumada diócesis, como el hacer obligatorio el ingreso en su comunidad ú orden del silencio á todas las suegras, desde que entraran en proyecto de serlo.

—¡Fatal olvido! Por eso, dice mi marido, buscó novia sin suegra.

Y seguían del brazo, riendo, cortando y criticando, entre tan serias parejas *emperindingadas*, esas dos bellas hijas de la hermosa España, cuya chispa de heredado ingenio, cien años después, en los salones del Progreso, reunía alrededor alguna de sus nietas gran número de festejantes.

III

Atraído sin duda por el recuerdo de la tierra lejana, cerca del San Bruno de naranjo sin espinas hallábase el artista del país de los mismos, indio Miguel, maestro de orquesta sin segundo, discípulo de los jesuítas.

Tanto vibró su violín, que hasta en la inauguración de San Fernando (1805) todavía guiaba en el Canal la banda de jóvenes guaraníes que alegraban la fiesta con su agreste música.

En un ángulo del salón principal, al pie del estrado, dirigía éste la orquesta que, á uno y otro lado del clavicordio, formaban arpas, violas, flautas y guitarras.

En el descanso había ido á tomar su matecito paraguayo, al tiempo que el joven Rivera se lo alcanzaba al teniente Vedia, y en momentos que éste, futuro abuelo del malogrado poeta Adolfo Mitre y Vedia, explicaba al padre del poeta Rivera Indarte como venía de voltear la última bandera portuguesa que flameó sobre los muros de la Colonia del Sacramento. Tan aprovechada lección dió por resultado que, años después, á pocos pasos de la sala del primer baile, desde el bastión sud de este mismo fuerte, con certero cañonazo volteara el padre del Tirteo argentino (poeta Rivera Indarte) la bandera inglesa, tan breves horas enarbolada en la *torre de las balas*.

Cada ramillete parecía un monumento, y cada mesa un altar, en la cargazón de adornos, de luces y de flores, que no en balde mandaran las monjas sus mulatas de mejor gusto en lo de componer altares.

El benjuí, las pastillas de las catalinas, los zahumadores y flores de seda y gusanillo, orlando los marcos de espejos venecianos, y aun el murmullo y cuchicheo de chinas y mulatillas (cabezas más ó menos desgreñadas agrupándose entre las gruesas rejas de las ventanas), envolvían todo aquello en cierto ambiente de sacristía.

Siguiendo el largo zaguán, apenas alumbrado por farolillo vergonzante colgado de la bóveda, lagrimeando sebo de amarillenta vela de baño, llegábase al cuarto de los recortes; pues sayas y honras cortábanse á destajo entre el capellán castrense y la mulata chismosa que preparaba el chocolate.

Servía como de sacristía á la capilla del Fuerte, tras del pabellón de dos pisos próximo al bastión norte, aquella habitación en que algunos viejos vecinos, contertulianos de todas las noches, tomaban mate jugando al tresillo.

Una gran copa de bronce en el centro, llena de fuego, supliendo la estufa, no introducida en el país, calentaba la chocolatera de plata con que servíase el aromado *somomusco*, en grandes pocillos alcanzados por el negrillo de librea dominguera.

De vez en cuando la murmuración quemaba, subiendo de punto. Como el chocolate apagaba las brasas al subir y derramarse, apagaba la efervescencia el físico Sr. de O'Gorman, cirujano de la real armada y pri-

mer protomédico, tan alto y esbelto como el canónigo O'Gorman. Prudente y tolerante como él, desde su sillón de baqueta claveteada interrumpía la murmuración con cortes á éste semejantes:

—Pues si la currutaca del traspié referido se halla en el salón, calumnia ha de ser de alguna envidiosa de su donosura. En sociedad tan reducida todos nos conocemos, y el señor virrey ha venido á redimir cautivas y no Magdalenas.

IV

Frente á la puerta de entrada colgaba un cuadro de Santa Cecilia, y á los lados dos consolas de pie de cabra sostenían largos espejos venecianos. Una araña central, de plata maciza, esparcía la luz de seis velas de cera hacia los estrados que á una y otra cabecera alzaban su grada.

A la derecha el de las señoras, y á la izquierda para los caballeros. De peluquines empolvados y con largas coletas éstos, lucían zapato de hebilla de plata sobre media de seda blanca, estirada y adherida al calzón corto, deslumbrante charretera, corto y largo chupetín bordado, como el casacón.

De cortos y encarpados vestidos de *brocato* y *tisú* de seda ellas, en sus ceremoniosos saludos y pausados movimientos parecían tiesas imágenes de palo, con amplios guardainfantes que las ahuecaba tanto como su vanidad; anchas mangas, cinturas de avispa, altísimos peinados blancos, daban, no la mano, sino apenas dos dedos, como quiere el empresario Querubini en la parodia de *Africana,* para contradanza tan solemne y muda como pasos de los conventuales de San Bruno.

La medida conversación en voz baja adolecía de parsimonia y monotonía, pues nadie se hubiera atrevido durante la danza á dirigir la palabra á su compañera, exponiéndola á perder el compás ó equivocar una figura, cosa más grave que mayúsculo *lapsus linguæ* entre vascos y andaluzas.

Grupos de hombres á un lado departiendo á media voz y murmurando menos que en la actualidad, y señoras sentadas en el opuesto. Apenas se aproximaban á éstas, cuando el maestro de ceremonias ó bastonero oficial nombraba parejas.

Por su lujo y elegancia, por su belleza y *esprit,* tuvieron en aquel primer baile del virreinato digna representación, entre otras antiguas familias, las de Gainza, Agüero, Olavarría, López, Perdriel, Maciel, Balcarce, Uriarte, González, Rocamora, Aguirre, Ibáñez, Marín, Lezica, Acasus, Igarzábal, Rodríguez, Pereyra, Lucena, Laja-Rota, Arroyo, Irigoyen, Urien, Larrea, Segurola, Leiva, Salas, Gómez, Gauna, Fernández, etc.

V

Alguna de nuestras amables críticas, que suele meter sus naricitas ó pasar sus ojos por estas tradiciones antes de publicarse, asegura que no fué este el primer baile, pues leyó en Corcolorcobo que poco antes concurrió á un baile donde contara ochenta carruajes.

Tenemos para nuestra capota que sea este uno de sus ochocientos pecados contra el octavo.

Insistimos en creer que el primer baile en el Alcázar de los virreyes no pudo tener lugar antes de la invención de los mismos.

De rama en rama, entre las de los manzanos del paraíso, huyendo de la astuta serpiente y á salto de mata, ó brinco de contradanza, se deshacía en muecas y contorsiones, saltando la primera mona: Eva de todas las monadas que luego llenaron bosques y salones.

Por más que suele repetirse que es la mujer la más dada á engaños, fingimientos ó imitaciones, resultando, á pesar de ello, la obra más perfecta, como postre ó coronamiento de todas, antes de ella, debió bailar la mona.

Pero la verdad verdadera es que el autor de la pirueta coreográfica no fué un orangután, sino la kangurú, que nació bailando.

Más antiguo que la familia humana es el abolengo del arte de hacer piruetas; pero limitando éste á los que andan siempre bailando en un pie, si hubo cortesanos antes de haber corte, sólo pudo celebrarse el primer baile real ó virreinal después que estos adminículos de gobierno (virreyes) se introdujeron en la tierra.

Muy noble ciudad habíase desde años atrás declarado, que aún no contaba noble alguno, como elevada fué á virreinato la colonia sin que virrey hubiera.

Más de catorce meses tardó en llegar el primero, que poco calentó la silla; pues antes de siete meses, un mal día nublado, gris de diablos azules, nos dijo buenas tardes, despidiéndose á la francesa.

Verdad es que á la misma moda entró, y cuenta la crónica que sólo tres ó cuatro pilluelos de plaza que hacían la rabona, le encontraron por casualidad, quienes en demasiada confianza le recibieron, y en familiar conversación, subiendo la barranca, acompañaron al general Zeballos hasta el Fuerte, una vez dentro del cual, recién se dió á conocer como primer virrey de una de las pequeñas colonias de la grandeza de España, dentro de cuya miniatura cabe veinte veces la España entera.

Y así acabó la fiesta sin accidente notable, más que el coronamiento

de Zeballos por la más hermosa hija de la tierra, doña Mariquita Rospillosi, que puso sobre las sienes del vencedor de los portugueses corona de laurel y rosas.

La verdadera inauguración del virreinato ya la había anticipado Zeballos arrojando á cañonazos á estos intrusos de la otra banda.



El fuerte de la Colonia del Sacramento en 1810



EL SEÑOR DE LA ÚLTIMA ESPERANZA

(TRADICIÓN QUITEÑA)

I

Un buen padre honrado, cargado de familia y de miseria, salía con las primeras luces del día de su pobre casita en los arrabales de la ciudad de Quito, dirigiéndose á sus ocupaciones, que eran todas en las que conseguía ganar un pan para sus numerosos hijitos, cuando al dar vuelta á la esquina fué detenido por los alguaciles, que le condujeron á chirona.

Aunque la justicia por aquellas tierras de tanta altura suele andar pacata y lenta como en los valles más bajos, por excepción sin duda, siendo la ciudad más cerca del cielo, crimen que clamaba al cielo habían comprobado rápidamente miopes ministriles, y al séptimo día de su prisión fué puesto en capilla, en medio de la cual, calándose sus gafas el cartulario ante el reo de rodillas, leyóle la sentencia de muerte.

Si bien el mísero padre afligido, menos lo estaba por salir de esta vida tan perra para él, que por dejar á sus hijos sin un pan, se quejaba de su mala suerte; pues que, como última burla de su destino, al día siguiente de sonreirle la fortuna le condenaban al suplicio. No había vuelta: si no estaba confeso, la convicción era evidente.

¿No había ido á vender una de las sandalias de oro del Salvador, robo sacrílego á la imagen de más devoción en el Ecuador? Más, como el

crimen dejaba la huella, ¿no se había encontrado en la suela de su alpargata mancha de sangre, cuya medida ajustaba en la marca quedaba dentro del charco de la misma, al lado del cadáver de una mujer, encontrada á la puerta de su casa con un puñal en el corazón?

Asesino y ladrón, con una sola de estas máculas, suficiente era para ascenderle á tan alto puesto, donde bien pronto se balancearía como racimo de horca.

Ya el reo, con un sambenito, mustio, cabizbajo y atortolado, seguía caminito al otro mundo, cuando llegó á pasar cerca del umbral de la iglesia de San Agustín, frente á cuya portería se le iba á colgar.

Aconsejado al arrepentimiento de tantos crímenes por el monje de la Buena Muerte que le acompañaba, mirando hacia la imagen de cuya profanación se le acusaba, como inducido por ella, contestó:

—¡Padre, me arrepiento de todo lo malo que he hecho en mi vida, pero no puedo confesar crimen que no he cometido! Pido se me permita hacer mi última oración ante la imagen del Señor de la portería.

El monje se acercó al oficial de la escolta, recordándole la antigua costumbre de conceder la última gracia.

Cargado de cadenas y rodeado de guardias, imposible era su fuga, y sólo un milagro podía salvarle, milagro que bien deseara el piadoso padre, convencido de la inocencia de quien aparecía culpable.

Con paso vacilante entró el reo en la portería, sonando sus cadenas al caer de rodillas.

Mientras queda elevando el alma á Dios en sus oraciones, al compás de los últimos martillazos del verdugo terminando su patíbulo, subiremos á paso de mula á la ciudad más alta en la tierra.

II

Antiguas crónicas cuentan que allá por los tiempos en que flotando sobre las pacíficas aguas del Pacífico los cajones en que luego aparecieron «El Señor del Milagro» reverenciado hoy en Salta, y «Nuestra Señora del Rosario» en Córdoba, cuando se empacaban los bueyes que conducían la Virgen del Luján sin querer pasar el río de su nombre, en el mismo lugar donde se alza hoy la hermosa basílica nacional, se paraba también en el pretil de la iglesia de San Agustín (Quito), la mulita postrada bajo el peso de la imagen del Señor de la Buena Esperanza.

La hora exacta no podemos fijarla, pues no embargante haber llegado á la ardiente tierra ecuatoriana, más que á toda prisa tuvimos que dejarla, menos por su calor excesivo, que por la excesiva devoción del fa-

nático García Moreno, nada afecto al carácter independiente de los argentinos.

Fresca encontramos la sangre de Navarro Viola, por ese tirano sacrificado, como prontos á abrirse los calabozos en que Gutiérrez y otros de nuestros conciudadanos habían padecido, para cuantos se permitieron poner en duda la humanidad y honradez de tan cínico é hipócrita presidente del Ecuador.

Pero cuando salimos de la vieja casa (Guayaquil) del histórico abrazo entre San Martín y Bolívar, acompañados al puerto donde nuestro almirante Brown desembarcó un día envuelto en la bandera argentina tras cruento combate, el capitán del puerto Sr. Elizalde, y los Sres. Moncayo, Olmedo, Villamil, Sucre, Rocafuerte y media docena de Simones (de Guayaquil á Panamá son innumerables los Simonitos), seguíamos oyendo al cura, quién llamándonos la atención sobre la hermosa fachada de su vieja catedral, caminaba refiriéndonos, entre otras curiosidades del Ecuador, la tradición siguiente:

«Hace años atravesaba las solitarias calles de la estrecha ciudad de Quito una mulita cargada con enorme bulto; sin seguirla recua ni conducida por guía alguno, continuaba sola, subiendo y subiendo camino sin fin, y si no subió más, fué porque, siendo Quito la ciudad más alta sobre la tierra, no hay más allá, y sólo los bienaventurados suben al cielo.

Salida de no se sabe qué puerto, la paciente mulita solitaria, como alma en pena llegó á las gradas de la portería (convento de San Agustín) y se echó fatigada, sin que esfuerzo humano lograra levantarla.

Abierto el pesado cajón, se encontró la imagen del Redentor, primorosamente esculturada en madera incorruptible.

En vano se quiso entrarla en el templo; y como el cura propusiera introducirla por la portería, allí fué depositada. Si aumentaba el peso de la estatua en proporción al número de los que intentaban llevarla por la iglesia, sin dificultad fué á la portería, donde se le improvisó un altar.

Tan prodigiosa circunstancia conmovió hondamente al católico pueblo de Quito, empezando desde entonces la costumbre de arrodillarse al pasar delante de la sagrada imagen, y respondiendo desde el primer día á la devoción del pueblo con los favores del cielo por intermedio del Señor de la Buena Esperanza.

Dios da siempre lo que más conviene, si bien el orgullo humano pretende que lo que más deseamos sea lo mejor. Al no penetrar por puerta, la mitad del día cerrada, prefiriendo quedar en la portería de anchas hojas, abiertas á todas horas, sin duda significaba el Redentor que venía á redimir aun á los que no entran en la iglesia, atrayendo por su divina

imagen al transeunte é indiferente, echando perpetuamente su bendición desde la puerta del cielo: «*Domus Dei et porta cœli.*»

Así explicado el milagro por el sabio Agustino, empezaron desde entonces á llover donaciones, exvotos y limosnas, á punto tal, que el portero de los Agustinos llegó á ser el más rico, y sus ofrendas se multiplicaron hasta convertir la portería en el más frecuentado y rico santuario del Ecuador. Sólo las sandalias de oro macizo que ofreció un buscador de lo mismo, en las arenas del Esmeralda, fueron recamadas con más perlas, esmeraldas y rubíes, que cayendo de más altura, bien pudiera pedrada de piedras finas romper la cabeza del que oraba á sus pies.

Y éstas se incrustaron allí para conmemorar el milagro de la sandalia, que aumentó sobre manera la devoción á dicha imagen.

III

Cierto piadoso jornalero, reducido ya á la última miseria, cansado del trabajo de todo un día que no le había producido ni un pan que llevar á su familia, al pasar frente á la portería entró á rezar. Tan abstraído se hallaba de sus oraciones, que cuando el sacristán le advirtiera que venía á cerrar, salió contándole lo horrible de su situación, y que volvería muy de mañanita á continuar sus plegarias, porque algún alivio le atraían, sintiéndose más alentado!....

No bien amaneció, cuando la ronda encontraba junto á la puerta de ese desgraciado el cadáver de una aventurera asesinada. El jornalero inadvertidamente pisó en el charco de sangre, que no distinguió á la débil luz del alba, y cruzando la plaza de San Blas subía por la calle hoy de la Sábana Santa á San Agustín, entrando luego en su portería á continuar solitario su fervorosa oración.....

De repente un hecho no casual (pues ninguno de los estremecimientos de Quito movía la imagen) llenó de gozo su corazón atribulado, y cuando el pobre infeliz pedía al Señor que le ayudara en sus necesidades, cayó de la peana sobre el suplicante una de las sandalias de fina lámina de oro.

Atribuyendo á milagro tan oportuno sucedido, enajenado por la emoción, corrió á vender en la primera platería la primorosa alhaja; pero no bien saliera de sus manos, cuando el mismo joyero hizo prender al vendedor como ladrón sacrílego.

La indignación del populacho arrastrado por los primeros ímpetus que nunca dejan lugar á la reflexión, subió de punto al saber que no sólo era ladrón, sino vil asesino, el profanador de la imagen venerada, llevando el cinismo hasta pretender haber sido digno de un milagro.

Dió alas á la justicia tan creciente excitación, á la justicia humana propensa á errar, por la que en breves días, sin testigos, pruebas, ni confesión, substanciada la causa y condenado á muerte, fué llevado al último suplicio, vestido de infamante sambenito, con grillos, esposas y arrastrando cadenas.

Dificultosamente se abría paso entre la muchedumbre subiendo su calvario, seguido de una madre desesperada y doce hijitos en harapos, entre gritos y llantos que clamaban al cielo, repitiendo que era inocente el condenado. Fué entonces cuando al enfrentar á la portería de cuyos umbrales una semana antes saliera loco de contento, pidió que se le dejara hacer su postrera oración ante el Señor de la Ultima Esperanza. Allí, todo temblando y deshecho en lágrimas, con sentidas palabras que tocaban los corazones de las devotas rezando por su buena muerte, exclamaba en alta voz:

«Señor, Dios mío, te pido la salvación de mi alma. Voy á morir inocente; tú lo sabes, ¡ay, mi Dios! Inocente del crimen porque me condenan, aunque mucho he pecado y mucho te he ofendido, perdóname Señor!.... Confiado en tu misericordia infinita, no siento salir de este valle de lágrimas que para mí fué también de espinas, larga noche de dolores, muchos días sin pan, en adelante ¿quién se lo ha de llevar á los huerfanitos del ajusticiado? Los crié, Señor, para tu servicio, y sólo les dejo la miseria. Haced, mi Dios, que no agobie á mis pobrecitos la repulsa de un nombre maldecido. Aunque indigno pecador, imploro tu piedad. Nunca robé, ni maté á nadie; fatal suerte me ha perseguido. Hasta el don que me ofreciste, se convirtió en mi mal. Haced que un día reaparezca mi inocencia. ¡Oh mi buen Dios!, os pido perdón de todas mis culpas, la protección para mis hijos y la salvación para mi alma. ¿Qué va á ser de mí dentro de un momento? ¿Cómo será la eternidad?....»

Y volvía en sentidísimas palabras haciendo presente al Señor cómo su prodigioso don se le convertía en regalo de muerte, pues que iba al patíbulo por haber recibido de *El* medio de salir de pobre.....

Entre conmovida é indignada escuchaba la última plegaria la multitud que se agrupaba, cuando cerca del reo cayó la otra sandalia del pie del Redentor. Sorprendidos ante ese portento, los mismos que momentos antes le maldecían, á los gritos de *¡Milagro! ¡Milagro!* rompieron las cadenas, poniendo en inmediata libertad al condenado.

Luego la autoridad le compró á peso de oro aquella sandalia caída en sus manos, y enorme cantidad de monedas resistió el platillo de la balanza antes de inclinarse por el peso.

. . . .

Salió el pobre de la miseria, y el milagro quedó para siempre repre-

sentado en el «Señor de la Buena Esperanza,» que desde entonces fué el recurso de particulares, y de corporaciones en el Ecuador, llamado luego «el Señor de la Sandalia.»

IV

Y en esto iba de la tradición el Simoncito de Guayaquil, cuando cierto viajero inglés de la comitiva al embarcadero, agregó con sonrisa de incredulidad:

—Está bueno el cuento del Señor de la chancleta, aunque yo no creo en más milagros que los negociados de la Oroya, barras y salitreras que llenan bolsillos de *soles y bolívares*, si bien no rehusaría semejante chancletazo. Tendría algún imán de atracción el penitente, ó de atrás le tirarían la zapatilla para salvarlo.

El capitán del vapor al que regresábamos cortó sus comentarios con estas palabras:

—No pretenda usted explicar lo que no entiende, y deje á cada uno en sus creencias; que nadie ha muerto por empacho ó exceso de ellas, y muchos si cayeron en medio de su camino, fué porque no tuvieron fe en nada.

Y ese mismo comerciante que entre dos vasos de *ggin* la noche antes proponía á la familia Villamil comprar la *Isla de la Mortaja,* ó de *El Muerto*, para engordar cerdos, vacilante en sus creencias y en sus pasos, sin duda por los muchos cooktails de despedida, de un traspiés (llovía bajo un sol ardiente) resbaló sobre la húmeda greda en la barranquilla del embarcadero, yendo á refrescar su humanidad dentro de las barrosas aguas del *Guayas*. Con dificultad logró cazarle de las mechas el más listo marinero, cuando ya uno de los innumerables *yacarés* asomaba, afilando sus dientes para el *lunch* que le brindaban los crudos biftecs del inglesito remojado en coñac.

Tan cerca de la muerte como el anterior condenado (según lo refería en el viaje, se le abrieron de pronto las creederas bajo el agua), creyó en la protección del Señor de la Última Esperanza, en quien puso la suya el náufrago, por su intercesión salvado.

. . . .

La devoción á esta imagen y sus reproducciones, no sólo se ha extendido en la ciudad, que desde las faldas del Pichincha divisa ese gigante de América, el Cotopaxí, de veinte mil pies, sino que popularizada entre las repúblicas de la antigua Colombia, también lo es hoy en las del Perú, Bolivia y Chile.

Ante otro cuadro que le representa, exhumado entre antigüedades por un meritorio coleccionista, y debido á fino pincel que revela la pálida pintura de la escuela cuzqueña, era tal la aglomeración de devotos y ofrendas que acudían diariamente al oratorio doméstico (calle Cueto, núm. 65, Santiago de Chile), que su dueño, el piadoso sacerdote Hernán Domeyko, donó al prelado dicha imagen del Jesús de la Buena Esperanza con todas las limosnas y exvotos ofrecidos el primer año de su restauración.

El reverendo padre fray Raimundo Errázuriz, de la recoleta dominica, le compuso otra novena. El arzobispo Sr. Casanova concedió indulgencias, y el canónigo Jara predicó el primer sermón frente á su capilla en la iglesia de San Saturnino.

Al hermoso marco artístico del arquitecto Manuel Aldunate, siguió el obsequio de un armónium del Sr. Alamo, otro ornamento de lama de oro para el día de su fiesta, cuarenta mil imágenes reproducidas por Cadot y cien ofrendas de dinero de la Sra. de Valdez Guzmán (Hacienda de Urquillay Valenzuela, de Nancagua), Navarro, Iturriaga, González (de Peumo), y en fin, ofrendas de agradecimiento tan numerosas—informa don Efraín Madariaga, cura rector de San Saturnino,—que del centro de la ciudad de Santiago y de los más apartados suburbios, el rico y el pobre, la respetada señora y la mujer del pueblo, todos vienen á postrarse ante la milagrosa imagen y á dirigirle fervientes preces. Hasta de las más lejanas provincias llegan pruebas de cuánto se arraiga en todos los corazones el amor al Jesús de la Esperanza.

Una esposa ve repentinamente concedida la plegaria con que implorara al cielo que cesase cierto escándalo que amargaba la vida conyugal, y podía ser la perversión de los hijos (pues son gracias y favores espirituales los que más prodiga Jesús á sus devotos, aunque otros creen deberle orar por el buen resultado de que dependiera el bienestar de una modesta familia); ora la terminación de inveterada enemistad entre deudos muy cercanos; ora el hallazgo de lo que se consideraba perdido; toda clase, en fin, de beneficios y favores se han alcanzado por su devoción.

Fué la primera gracia obtenida en Chile por su intercesión la noche del 17 de agosto de 1891: puesta su imagen en el zaguán de una casa donde se escondía D. Luciano Vargas, impidió que entraran los *rotos*, que saquearon todas las de alrededor.

El día que, atraídos por la innumerable fama de tan milagrosa imagen, visitamos su capilla, un rico minero había mandado mil cóndores, limosna que se agregó á las que D. Enrique Cueto Guzmán, Villa Fuerte, Cruz, Valdez y otras familias enviaban continuamente.

Al pie de su altar encontramos una desolada viuda, que rodeada de

tres pequeñuelos, oraba en voz alta, pidiendo una gracia al Señor de la Última Esperanza. Había perdido á su primogénito en las salitreras de Tarapacá, y otros dos en el reparto del botín y guerra civil. Pedía por la conservación de los hijos que le quedaban en su pobre viudez, implorando al «Jesús de la Última Esperanza» que prohibiera toda guerra en su país!....



Síerra Prat (Magallanes), canal Ultıma Esperanza



Edificio donde se estableció la primera imprenta

EL PRIMER PERIÓDICO
EL PRIMER TIPÓGRAFO

(TRADICIÓN DE LA ÉPOCA DEL VIRREY AVILÉS)

I

¡Qué buena cosa es la prensa! ¡Cuántos males han causado los periódicos! Apenas surge invento alguno (nuevo destello de la inteligencia), la prensa le universaliza con la instantaneidad del pensamiento. Apenas hubo secreto ó mal de prójimo que mortifique ó aminore, que la chismosa no se apresure á esparcir. A diario noticia las novedades del día, como publica las desgracias humanas. Tanto bien ha producido la prensa, como calamidades su abuso. Resumen de todos los conocimientos, trompeta de la fama que los dilata, ha llegado á llamarse *cuarto poder del Estado*, después que un médico, alemán, por más señas, publicó el libro para curar enfermedades producidas por los periódicos.

La prensa es un apostolado y una propaganda. Ella enseña, dice, predice, infiltra, inculca, machaca, insiste; pero á la larga triunfa, se abre camino, y objeciones, rutina, costumbres, obstáculos, sombras, errores, nada resiste, nada queda en pie; todo cae á sus golpes de ariete diariamente repetidos. Ella propaga la luz, el movimiento y la vida intelectual, la noticia, el invento, la última novedad; dando vida á la idea que vuela iluminando almas que se entreabren al rayo de la verdad. Los bracitos que movieron la primera prensa entre nosotros, fueron de expósitos. Esos hijos sin madre dieron forma á la palabra impresa, que es nuestra madre intelectual, propagando la buena lectura que hace nacer buenos sentimientos.

Todas las mañanas parten hacia los cuatro vientos trenes y vapores llevando en millares de hojas lo que se ha pensado, lo que se ha dicho ó proyectado, lo que se ha hecho y hasta lo que no se ha hecho, lo que simplemente se ha ideado en esta inmensa colmena de ochocientas mil almas, la más elevada expresión sud-americana. Ella nos enseña cada día, nos educa é ilustra hora por hora, pone á nuestro alcance los mil conocimientos útiles, anuncios indispensables de lo más conveniente y perfeccionado, concurriendo al mejoramiento. Todo esto se debe á esa fugitiva hoja matinal, curiosa y charlante que, como las rosas, vive el espacio de una mañana. La prensa engendra el renombre, hace la opinión, forma la fama, pone á la moda los conocimientos más preciosos, divulga lo notable. Su mutismo hace el vacío alrededor de lo más meritorio; todo se olvida y desfallece sin su aliento. Fuera de su atmósfera, nada hay más allá del alcance de la vista. Todo muere, y hasta esa misma muerte pasa ignorada, si no lo noticia la imprenta. Ella nos hace estar presentes á todos los sucesos ó acontecimientos notables. Apenas se produce ruido ó movimiento alguno en cualquier extremo de la tierra, y este mágico conductor acústico, prolongando su eco, lo repercute por toda su redondez.

II

—¡Que repiquen en Arlen!—repetía un buen cura holandés la víspera de San Arbogasto,—pero la tarde se acababa y los repiques no se oían. Y era que el sacristán, enamorado, más que de sus campanas, de la hija del cura, distraído como todo enamorado, había llevado consigo la llave del campanario en su paseo de todas las tardes á orillas del río, donde á la sombra de verde sauzal y en trozos de él recién cortados, entreteníase en tallar las iniciales de su bien amada, entrelazadas con las suyas y unidas por la flecha de Cupido.

Con sermón más largo que de Cuaresma en que estaban, fué recibido al entrar en la casa rectoral; pero si San Arbogasto quedó ese año sin repiques, á la humana especie nació un nuevo sentido por tan plausible casualidad. Gutenberg, amigo del sacristán distraído, visitándole bien de mañana para averiguar el porqué se habían suprimido los repiques á santo de su devoción, al mostrarle algo que sacaba bajo su almohada, dijo:

—Por eso, que pesada reprimenda ocasionó.

Desdoblando el inventor de la imprenta el pergamino que guardaba agreste obsequio de novio, mientras que éste lamentaba encontrar manchada su única hoja:

—¡Eureka!—exclamó exaltado su amigo Juan (de cuyo nombre toma-

ron los tipógrafos por patrono á San Juan Ante-Portam-Latinam).—¡Ya pareció aquello! Tras esta huella prosigo muchas noches sin sueño. Ella rescatará de muchos errores á la humanidad. La presión de un sueño que milagro me revela y juzgas un mal, proporcionará mucho bien: alimento intelectual y también material que redimirá de doble miseria.

. . . .

Desde tiempo atrás, ensayando diversos métodos de impresión, no había descubierto más sencillo descubrimiento que el revelado por la casualidad. Pero desde ese primer estampado que dió origen á la impresión, hasta la llegada de ella aquí, transcurrieron sólo trescientos cincuenta años. A la imprenta descubierta en un Estado libre de Alemania, la República de Venecia dió aliento y abrigo. De Holanda á Inglaterra y de Francia á España, todavía retardó mucho en venir de Misiones á Córdoba, y de ésta á Buenos Aires. Fué también en Venecia la primera aparición de *La Gazetta*, antes que el más viejo periódico del mundo *(The Englis Mercurio*, julio 23 de 1538, que vimos en el Museo Británico); y si demoró, como todo progreso, en llegar á la madre patria tanto como de España aquí, después del primer periódico en Lima, bajo la redacción de Cabello, fundó éste aquí *El Telégrafo*, que con las primeras luces del siglo vino á alumbrar la región del Plata.

En todas partes hubo diario antes que imprenta; pero entre nosotros, veinte años después de establecida, recién apareció, cien años después que en Misiones se imprimiera la primera hoja en esta América. Viejo como el mundo es el periódico, y sin remontarnos á lo referido por Tácito en sus *Anales* sobre la publicación de *Los Fastos* y *El Acta diurna*, especie de gacetillas locales fijadas en los sitios más concurridos (periódico en embrión), mentidero público, gradas de pretil, plaza, ferias entre los romeros ó expectativos de puertos, que acudían á oir y propagar exageraciones del navegante, que «miente como un viajero,» nació el noticiero, el propagador, gacetilla parlante, manuscrita antes de impresa, Correos, Gacetas, Papeles nuevos, Mercurios, Telégrafos y cuanto almanaque ó anuncios han inundado el planeta.

No vamos á seguir la genealogía de esta numerosísima familia de hojas impresas, que inauguradas el siglo XV en Venecia, *Gazetta* (del nombre de la moneda de tres cuartos que por ella se pagaba), siguió caminito de Génova á Holanda, donde germinó la semilla del más ilustre hijo de Maguncia, hasta nuestro *Telégrafo*, que sin duda por inaugurarse como la primer *Gaceta* en Francia (1609), mal verso encabezaba, como el anuncio de la protegida por Richelieu, todo en verso; ni siquiera de la primera que en América *(Gaceta de Boston)* publicó Franklin en 1719. Basta re-

cordar como progenitores de nuestros diarios el que en 1750 apareció en Madrid (después de *El Aviso,* semanario del sábado), ya con real privilegio, excepción que á él y sus descendientes no evitó que la Santa Inquisición apagara de un soplo. Llamábase aquel padre de la prensa en nuestro idioma *Diario noticioso, curioso, erudito, comercial, público y económico,* título con que en 1790 publicó otro en Lima el mismo Cabello, cuyos periódicos pendieron siempre de capilar tan sutil como su homónimo, en quien eran tan ralos que no llegó á peinarlos en plural.

Pero como enunciamos, veinte años antes de éste periódico que nació en verso y murió en lo mismo, por satírica *Letrilla* que indigestó, llegaba la Imprenta cojeando en el mismo metro desde las sierras, que siguiendo fatal ley de atavismo, de ese mal del metro ó versos cojos adolecieron cuantos gacetilleros vinieron á este mundo.

Y no podemos decir enfermedad de la época, que de todos los tiempos ha sido la versomanía, desde el *Salterium,* primera impresión de Gutenberg, la *Gaceta* de Richelieu, el *Mercurio* en España, la primera impresión en América, *Salmo* (Misiones, 1701), *Letrilla* del devocionario de Santa Teresa (primer impreso en Buenos Aires, 1780), *El Telégrafo,* hasta el último diario que acaba de aparecer en el *país.*

III

En uno de los viajes en que el Sr. Basavilbaso regresaba de recorrer las postas que estableció hasta Potosí, trayendo en sus petacas el célebre cuzqueño Rivera, autor del primer grabado en Buenos Aires y tal vez el mismo en que Concolorcobo, autor de la primera *Guía de ciegos caminantes,* elogiaba su actividad por la propaganda de las luces, descansando en Córdoba (colegio de jesuítas sin jesuítas), cuyos cofrades ayudara á embarcar en este puerto, mal de su grado, bajó á sestear al sótano más fresco. Allí halló tirados los restos de la imprenta que esos misioneros consiguieron introducir, en la que apenas tiempo hubieron de una sola impresión, encontrando entre los huérfanos de jesuítas uno, que por reunir en su nombre el de todos los santos, no le habían alcanzado para pronombre. La tradición le recuerda Santo á secas, aunque con el tiempo llegó á ser Santos de Carolla, sin duda por haber nacido en la hacienda de ese nombre, Chacra de los Colegiales, colonia hoy limítrofe á Jesús María, y otra de tantas propiedades de los *pobres* jesuítas, tal vez bajo el mismo rancho que un siglo más tarde visitamos en ruinas, por señalarse como cuna del poeta Rivera Indarte que el general Mitre llamaba «el Tirteo argentino.» Usaba el huérfano por única almohada la vieja prensa, cuyos restos se ve-

neran bajo cristales (Museo Histórico); y cuando á poco de irse los padrecitos con la música á otra parte, mandó el virrey Vertiz trasladar á ésta la imprenta, para que sus productos auxiliaran la Casa de Expósitos, dar á éstos una industria y aplicarla como todos los bienes de *Temporalidades* á difundir la enseñanza, solicitó el fundador de Correos que trasladaran con la prensa al expósito que la cuidaba, como su adición ó complemento. La Imprenta, á que un sentimiento de amor y religión dió vida en el sueño de Gutenberg dentro del convento de San Arbogasto, para propagar la palabra evangélica, su traslación á esta ciudad tuvo por origen otro sueño de Basavilbaso.

. . . .

Recordando la observación y el tino con que los jesuítas descubrían la especialidad ó inclinación de cada uno y desarrollaban el natural instinto del niño, dedujo Basavilbaso que el cordobesito Santos, si no había nacido en la prensa sobre que dormía, producto de la que limpiaba, y con quien conversaba en el subterráneo, debería serlo de alguna de las *cholas* que el padrecito tipógrafo administraba, y que según Sarmiento, no como producción espontánea se reproducían á destajo, así en Misiones, Carolla, la Ranchería (nuestro Mercado viejo), ó detrás de los numerosos conventos cuya propaganda *fide* no contrariaba la propaganda *especiem*.

Vino, pues, Santos el tipógrafo con la imprenta de Córdoba cuidando de sus tipos y enseres, que al fin nos llegó este progreso como todos los del coloniaje, á paso de mula; y el día que se instaló en la vieja casa de *Temporalidades* (Perú y Moreno) fué el gran *día de Santos,* quien por lo á ella encariñado, fué ascendiendo su fámulo, entintador, parador tipógrafo, prensista, hasta que durante la administración de Aguilar, llegó á dragonear de regente. Siguió á éste Dantás, y tan productivas eran las gruesas de *Cartillas*, *Catecismos* y *Catones*, únicas impresiones, que por pleito de tres años esquivó la entrega de la Imprenta de Niños Expósitos á Garrigós, á pesar de haberse éste casado con la imprenta, quien para poseerla con mejor derecho empezó por matrimoniarse con la expósita que de mano de la junta se le administrara, quedando así incrustado entre prensas, burros, tipas, tipos y tiperos.

Hubo examen de doncellas entre las mejorcitas, y la que obtuvo, no más puntos, sino menos en picardigüelas, elegida fué como madrastra de la imprenta y tipógrafos. Bajo la regencia de Garrigós fundó el coronel Cabello el periódico en que ensayáronse las primeras plumas argentinas.

No hemos alcanzado á escudriñar si este Santo dejó muchos santitos, según larga familia de buenos tipógrafos que entre nosotros le reconocen su primogénito; pero todo esfuerzo de obra laudable digno es de aplauso,

por lo que sin personificar en Cabello la institución periodística, debemos un recuerdo á su iniciativa y al grupo de intelectuales que le acompañó.

Desde hace cuarenta años proponíamos en *El Guardián de la Ley* levantar un monumento conmemorativo; en *El Nacionalista*, cuya imprenta incendió el último caudillo, como remedio más eficaz de extinguir el fuego que á todo caudillaje hicimos; en la oración fúnebre al inaugurarse el panteón de la Sociedad *Tipográfica Bonaerense;* en el discurso que corre en folleto á la fundación de la primera Bibloteca de campaña; en los artículos de *La Nación* (enero 12 de 1882), y en cuantas oportunidades nos ha sido dable predicar, propagábamos la religión de la gratitud, que tanto nos obliga á todos á levantar un monumento á la prensa, de la cual recibimos esta luz intelectual que ilumina el camino del peregrinaje en la tierra.

IV

El sábado primero de abril, en el primer año del siglo que acaba, salió aquí á luz ese mensajero de la misma. No se animó á llamarse órgano de la opinión pública, que ni en boga estaba el público, ni había opinión en la minúscula capital de virreinato tan dilatado. Si pequeño era su formato, largo, muy largo fué su nombre: *Telégrafo mercantil, rural, político, económico é historiógrafo del Río de la Plata*, agregados los títulos de su fundador y redactor principal Francisco Antonio Cabello y Mesa, estremeño, coronel del regimiento provincial, fronteriza de infantería de Aragón en los reinos del Perú, protector general de los naturales de las fronteras de Jauja, abogado de la Real Audiencia de Lima é incorporado por Su Majestad con los de Su Real y Supremo Consejo de Castilla, llena quedaba la primera de sus cuatro estrechas planas en 4.° menor.

Periódico de miércoles y sábados, tuvo por colaboradores los primeros publicistas argentinos: Vieytes, Labarden, Belgrano, Castelli, Moreno, Rodríguez, García, Monteagudo; peninsulares tan notables como Cabello, Cañete, Cerviño, Alsina, Araujo, Casamayor, Montero, Arenales, Leiva, Neira, Perdriel, Muñoz, y como corresponsales: el oidor Cañete en Potosí, el naturalista Hanke en Cochabamba, el poeta Prego de Oliver en Montevideo, y Tuella en Santa Fe.

Si largo fué el nombre de periódico de tan corta vida, más larga fué su gestación, que no nueve meses, sino nueve años duró, antes de obtenerse licencia para su alumbramiento.

Bien que, como queda dicho, de un cabello muy fino pendía su exis-

tencia, á pesar de su papel ordinario, tipo ídem y redacción lo mismo; apenas pretendió extender sus nacientes alas hacia el campo de la crítica, le mató el peso de sus muchos nombres.

No murió del mal de *los siete días;* pero á los diez y siete meses, cuando empezaba su *despecho,* falleció de despecho, asfixiado por falta de aire; que en aquellos tiempos no se respiraba el de la libertad por estos barrios, si después se abusó tanto de la libertad de imprenta, que ella contribuyó á la elevación de un tirano.

En el último artículo se proponía mandar poblar colonias en bahías de San Mateo, San Blas ó Bahía Blanca, á solterones recalcitrantes que no prefirieran cargar con doncella pobre, pues que de cada treinta mujercitas apenas una se casaba, ó malcasaba, mientras que tendidos á la *bartola,* sesteando á la sombra, engordaban en sempiterna haraganería los que habían venido á poblar estos desiertos. Predestinados estuvieron nuestros campos del Sud á privilegio de gente de mal cariz por fundadores, que si Rozas encarretó á las paseantes de media noche para que siguieran empantanándose en las cenagosidades del Arroyo Azul, otro jefe de policía, bien devoto por cierto, recogió las *palomas blancas,* para que continuaran anidando en la bahía de su color, á que cincuenta años antes destinaba el *Telégrafo,* no á mujeres, sino *á hombres de vida airada.*



D. Hipólito Vieytes,
primer periodista argentino

Y aunque mucho resintió á suscriptores y *lectores de ojito* que si el primer ciento de aquellos no llegó á triplicarse, á cuadruple número alcanzaban los de cafés y pulperías (como los suscriptores sin suscripción que el cobrador de dos pesos oro por mes nunca encontraba), creen otros que el articulito ese fué un brulote, subversiva y maliciosamente introducido por uno de los redactores del segundo periódico. D. Joaquín Araujo escribía al deán Fúnes: «era preciso fomentara el *Semanario de agricultura, industria y comercio,* para que no suceda lo que al *Telégrafo,* que ya se halla con todos los sacramentos, esperando por horas su fallecimiento.» No obstante el privilegio exclusivo del primero, había venido con más robusta vida el segundo, y aunque *El Censor,* Malaespina, no se le atragantara la de su nombre en la garganta, dejado había sin censura el artículo encocoradorcito, el virrey suprimió *El Telégrafo,* que ya llegaba á ofrecer cincuenta pesos por cada Memoria sobre agricultura, industria, comercio ú otro ramo útil.

V

A pesar de sus toscos elementos, así materiales como intelectuales, debemos gratitud á esos primeros tímidos ensayos del periodismo, que de tan humildes pañales se ha desarrollado en tal magnitud, á punto de que hoy no se podría vivir, ó mal se comprendería la vida sin periódicos en esta inmensa colmena.



Casa de «La Prensa»

Todas las trabas puestas á la libertad de imprenta (de que es lamentable se haya abusado en parte alguna como entre nosotros), á su discusión, á su propaganda, son otras tantas pantallas opacas que velan la luz diáfana del pensamiento, atenuando su más vívida lumbre.

La prensa es como la nave sagrada en que navega el pensamiento, y este buque en viaje continuo, imperturbable, al través de todos los malos tiempos, conduce dejando de puerto en puerto las nuevas ideas, que agitan y renuevan las sociedades, girando con la celeridad del relámpago.

¿No consideraremos los primeros tripulantes de esa nave dignos del menor recuerdo?

Por falta de este espejo reverberador del pensamiento, ¿cuántos genios ignorados habrán muerto en germen, durante la penumbre del coloniaje? Por efímera que sea su existencia, su inmensa luna va reflejando el diario movimiento, quedando en sus hojas la huella de la época. ¡Cuántos, ¡ay!, han desfallecido por dar vida á ajena idea! Cientos de esos pobres, eternamente expósitos en el banquete de la vida, ¡cuántos virtuosos tipógrafos se extinguen prematuramente aspirando á diario el sutil aire letal, polvo de plomo levantado de las cajas á los pulmones, envejeciendo prematuramente toda una juventud, encorvada de la mañana á la noche sobre los *burros* del trabajo diario, por dar vida á la hoja que á todos despierta llevando una alegría, menos al fatigado jornalero que la produce, sacrificándole hasta sus horas de reposo.

Compendio, enciclopedia ó resumen, largo telescopio, trompeta de la fama que resuena á todos los vientos, boca de león siempre abierta, como el de San Marcos, á la perpetua denuncia, rayo de luz, reflejo de vida, todo lo retiene y resume su foco, como en inmenso cosmorama.

Eso, mucho más que eso es la prensa; antorcha perennemente ardiendo del pensamiento en lucha, ella enciende la luz en todos los cerebros, en sus columnas aparecieron los pocos sabios que en el mundo han sido, los intelectuales, los políticos que reforman y vienen mejorando la humanidad.

VI

El domingo 19 de julio de 1890 salíamos de admirar la preciosa joya artística sin rival que se llama catedral de Colonia, embarcándonos al pie de sus gradas para remontar el Rhin encantado, cuyas riberas bordan los más románticos castillos de la Edad Media. Entre los pasajeros de esos vaporcitos liliputienses, nunca falta *cicerone* cuya profunda ciencia tudesca le permite señalar con toda gravedad el castillo donde el diablo inventó la imprenta para perdición de los hombres, antes de llegar á las ruinas en medio río, en que las ratas se comieron al obispo que excomulgó tan diabólico invento. Pasados los viñedos de Meternick, en cuyo principado se elabora el más rico vino del Rhin, al caer el sol cuyos últimos rayos, reflejando sobre el gran monumento levantado á las glorias de toda la Alemania, en la montaña de la opuesta orilla fulguraban nimbo de oro sobre la corona de la hermosa *Germania,* arribamos á Maguncia, saludando á los pocos pasos la estatua de su hijo predilecto. Fijando Gutenberg el pensamiento con la sombra de la palabra, la impresión, menos indeleble su tinta que la de la fotografía (donde el sol es el pincel), al perpetuar así el pensamiento vino á formar algo como la inmortalidad entre los mortales. Pocas impresiones nos han conmovido tan profundamente como al tener en nuestras manos la primera hoja impresa (Biblia latina en Maguncia), en que parece palpitar el sentimiento del inventor. Nuestro corazón se agitaba de reconocimiento y admiración, reflexionando sobre el trabajo infinito, la fe y la perseverancia del que reveló un nuevo mundo intelectual, en vísperas que el genio de Colón revelara al viejo mundo este otro que habitamos.

Él fijó el pensamiento instable fugitivo. El pensamiento, destello de Dios, reflejo de un alma que especializa al hombre, la imprenta lo perpetúa por la multiplicación, suprime el tiempo y la distancia y establece la contemporaneidad de todas las edades. La palabra impresa, que tanto se

compone de tinta y de papel como de lo que siente y conmueve, de lo que se piensa é impulsa, nos pone al alcance de todos los tiempos, convirtiéndonos casi en vecinos de aquel viejo Moisés que bajaba la montaña con la primera hoja escrita en piedra, del mismo barrio de Homero y Tucídides, padres de la Poesía y de la Historia.

El pensamiento, puente misterioso entre el hombre y su Creador, estampado por el invento de Gutenberg, queda presente ante el hombre de todas las edades, y cual reverberación del Verbo Divino, enlaza pueblos y naciones con la invisible cadena de las ideas que engarzan, generan y desarrollan todo progreso. La imprenta ha dado alas á la palabra, y ella es el más estrecho vínculo de fraternidad entre las naciones.


Retrato del general Mitre, decano de la prensa argentina

Hojead una colección de antiguos periódicos y recibiréis impresiones semejantes á las que asomados á alto mirador de donde se descubriera el camino recorrido. Vistas, usos y costumbres, todo bajo la mirada: fiestas, obras y paisajes, trajes y modismos, como escenas de la víspera.

«Esto matará á aquello,» dijo Víctor Hugo, amenazando con el libro cuya primer página imprimió el propio peso de Gutenberg, contemplando esa magnífica página arquitectónica en piedra, de catedral no más espléndida que la que veníamos de admirar. Hoy al salir del siglo del gran poeta, podemos adjurar con más inmediación: el diario matará el libro.

Y á los fundadores del periodismo que agranda nuestra vida, que nos sirve á diario las novedades del mundo, que al abrir los ojos nos presenta lo que ha pensado la humanidad la noche antes, el proyecto, la acción, la palabra que en cualquier extremo de la tierra se ha pronunciado, los que encendieron esa lámpara, ¿no serán dignos de que les tributemos un recuerdo?

De aquellas primeras cuatro estrechas páginas, al espléndido establecimiento de *La Prensa,* que antes de elevar la luz á mayor altura publicó números de 48 grandes páginas, distancia semejante hay á los *dos burros* perniquebrados en que Franklin inició la *Gaceta de Boston*, al nacimiento de un siglo en cuyas postrimerías el *New York Herald* tira quinientos mil ejemplares diarios *(Le Petit Journal*, en París, dos millones), paga cua-

renta mil dólars por un solo telegrama, envía excursiones científicas hasta el centro del Africa y vapores á todas partes.

Si debe pasar de mano en mano, de generación en generación la antorcha de la verdad, ¿cómo olvidar reconocimiento á los que esparcen la verdad, á los que entre nosotros dieron los primeros pasos en no trillada senda?

VII

En la prensa, como en toda empresa, vencer los primeros pasos es lo más difícil. Largo trayecto ha recorrido entre nosotros el periodismo en su primer siglo. Alcemos la primera columna miliaria, como los romanos levantaban de trecho en trecho jalones en el camino de la civilización, para dejar señalada la primera etapa en el término del siglo.

La prensa es un poder y una fuerza, ariete que golpeando diariamente abre brecha en los más gruesos muros de la rutina. Ante esa débil hoja de papel hasta el más poderoso palidece. Aun Napoleón suprimió los periódicos cuando empezó su despotismo. «Yo he visto temblar los más bravos caudillos acostumbrados á afrontar impávidos el cañón, ante la artillería de los tipógrafos,» exclamaba con palabra vibrante el elocuente periodista Juan Carlos Gómez, al dictarnos un curso de derecho en las aulas de la Universidad. Poco tiempo pasó y bien de cerca palpamos la comprobación de su aserto, al encontrar á nuestro regreso quemada la imprenta en que fundamos *El Nacionalista,* fustigador del caudillo Cáceres, en la capital de Corrientes. No consiguiendo apagar sus fuegos á ponchazos, melenudos de su escolta guaraní la prendieron fuego en la misma casa del patriota Serapio Mantilla, donde cuarenta años antes el gobernador Ferré fundara el primer periódico; y en el mismo año que la Imprenta nacida en esa provincia (1707, Misiones) obsequiara Rivadavia al gobierno de Salta, concluían allí sus restos llevados por Ascasubi, fundiéndose los últimos tipos en balas de plomo, para rechazar (1867) las *montoneras* de caudillos como Varela, Potrillo, Minuet y Barsoviana, intentando civilizar con sus chuzas, al apagar las luces que la Imprenta esparce. Así, desde los primeros débiles bracitos que manejaron la prensa de Niños Expósitos, digno de recuerdo es *Santos* el cordobesito, quien venía discutiendo con el carretero Félix Juárez porque no cuidaba con los respetos debidos los sagrados útiles de imprenta destinados á civilizar la Pampa que cruzaba, ya que por conducirla había cobrado cuarenta pesos sin afianzar quiebras. Éste, como el negro esclavo de Aguiar, que resultó buen tipero, Oliver, Ortiz, Jambin, marinero escapado de la barca Americana, fueron los pri-

meros tipógrafos, en tan reducido número, que veinte años después, en el del *Telégrafo,* donde se ofrece en almoneda un título de Castilla y una negra, sin grietas ni goteras, con todas sus entradas y salidas libres de servidumbre (tan palurdo como el negro pregonero el cartulario que igual formulario usaba para la venta, así de predio rústico ó de esclava), se anunciaba «que el próximo viernes no saldrá número, porque de los dos componedores el mejorcito se halla con tercianas.» Pero así éstos como Vertiz y Basavilbaso, promotores, y Aguiar, Sotoca, Dantás y Garrigós, impresores, dignos son de recuerdo.

La Imprenta ilustra y corrompe. Órgano de la multiplicidad del pensamiento, faro que guía, suelen sus eclipses esparcir tinieblas, convertida en ludibrio, picota de infamia ó canal de injurias. No consideramos la que vive del pugilato, de la difamación, el escándalo y la crónica verde. Este es el reverso de la medalla, la nota disonante en todas partes, la sombra en toda obra de hombre. Los que convierten el santo apostolado de la prensa en canal de difamación por donde desbordan las pasiones enconadas, los que inventaron el *chantage* con la palabra impresa, esos tales son los Judas de su apostolado, desvirtúan su misión y cometen *simonía.*

El diario que antes del periódico escrito, no por haber nacido en el noticiero de corrillo de barrio, ha dejado de elevarse á la altura, no se puede vivir hoy sin él, no se comprende la vida en ningún centro sin este eco del mundo. Prueba al canto: Más alto que la ambulancia de sus heridos, y al pie del telégrafo, esa otra imprenta del aire, acaba de establecer el ejército inglés en el desierto del Africa el vagón de su imprenta, y si los *boers* aislados de sus semejantes sienten algo en medio de sus victorias, es sólo que sin prensa, aislados, sin comunicación con el mundo no pueden hacer saber cómo un puñado de patriotas decididos en todo momento, antes que dejarlo pisar por la invasión, saben defender el suelo sagrado de la patria.

Pero extraliminamos la tradición.

El que encendiera el primer horno de donde se nos reparte el alimento intelectual que nos sostiene, el pan nuestro de cada día, ¿no merece siquiera una memoria?

¿Debemos guardar silencio alrededor de los que produjeron la mayor resonancia?

Incitamos á patrocinar el monumento que deberá levantarse sobre la piedra que en el centenario de la introducción de la Imprenta se colocó en la plaza cuyo nombre recuerda el de Belgrano, primer periodista argentino, al frente de la que lleva el nombre del Secretario de la Junta, perio-

dista de la Revolución, en esa calle de Moreno donde salió á luz *El Telégrafo*. El mismo Club Industrial que la consagró; la Sociedad Tipográfica que ha congregado bajo una lápida de piedad los restos de sus virtuosos hijos; Círculo de la Prensa, de Cronistas, ó Ateneo, todas esas asociaciones, ó cualquiera de ellas, honraríanse con la iniciativa. Bajo la protección de la prensa que todo lo engrandece, fácilmente con poco esfuerzo se realizará el hermoso monumento á sus fundadores.

En toda senda reconocemos abuelos. Los iniciadores del periodismo ¿no merecerán acto alguno de gratitud? No debemos negar un recuerdo á los que con sus luces iluminaron el camino desde nuestra cuna, y dieron vida y vuelo y permanencia á la palabra vibrante de patriotismo, que plumas bien templadas, como luego sus espadas, abrieron ancho camino á la verdad y á la justicia, que difundieron con la palabra y ese otro acero que brilla más lejos.

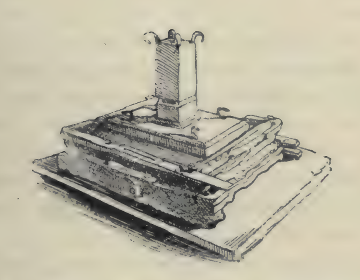
Deberían sacarse diseños á concurso por el Centro de Artistas. Bien pudiera coronar el monolito de mármoles del Azul, San Luis y Jujuy el busto de Gutemberg, ornado su basamento con medallones en bajo relieve de Belgrano, Castelli, Moreno, Monteagudo, etc. Levantemos el monumento á la prensa al saludar su centenario (1.º de abril de 1601), bien no sea más que por los que algo le deben, que en uno ú otro sentido son cuantos se sustentan de ese alimento intelectual que todas las mañanas se reparte á domicilio con el «pan nuestro de cada día.»

Post-scriptum.—Por no extender esta ya demasiado larga tradición sobre el primer periódico, dejamos en el tintero muchos datos interesantes sobre tipógrafos, prensistas y regentes de más ó menos renombre que han propagado ó ilustrado la prensa, agregando únicamente como apéndice curioso la fecha en que este elemento de progreso llegó á cada una de las provincias del Plata.

Córdoba, 1766.—Buenos Aires, 1780.—Montevideo, 1807.—Tucumán, 1817.—Santa Fe, 1819.—Mendoza, 1820.—Entre Ríos, 1821.—Corrientes, 1824.—Salta, 1824.—San Juan, 1825.—La Rioja, 1826.—Jujuy, 1852.—Catamarca, 1855.—San Luis, 1855.—Santiago del Estero, 1859.

En Lima hubo periódico desde 1790; en Buenos Aires, 1801; Montevideo, 1807. En Chile, sólo en 1811, si bien el actual *Mercurio* de Valparaíso que apareció (12 de septiembre de 1827) y en el que se ensayaron periodistas argentinos tan brillantes como Sarmiento, Alberdi, Frías, Peña, Piñero y Gutiérrez, es hoy el decano de la prensa de nuestra América y

del mundo del habla castellana, después de *El Diario de Barcelona*, que cuenta ya ciento cincuenta años. Recuérdanse como primeros periodistas ó fundadores: En el *Telégrafo,* de Buenos Aires, al coronel Cabello; Montevideo, *La Estrella del Sur*, 1807, T. Bradford; Tucumán, *Diario Militar del Ejército Auxiliar del Perú,* 1817, Belgrano; Mendoza, *El Termómetro del día*, 1820, Juan Escalante; Entre Ríos, *Correo Ministerial del Paraná*, 1821, general Mansilla; San Juan, *Defensor de la Carta de Mayo*, 1825, Salvador María del Carril; La Rioja, *El Boletín,* 1826; Catamarca, *El Ambato*, 1855, Molina; San Luis, *La Actualidad,* 1855, Manuel Sáenz; Santiago del Estero, *El Guardia Nacional*, 1859, Ezequiel Paz; Santa Fe, *El Federal*, 1819, Carrera.



Restos de la prensa en que se imprimió el primer número de *El Telégrafo Mercantil*



LAS CENAS DEL OBISPO SAN ALBERTO

I

Era arzobispo de La Plata, en la ciudad de los cuatro nombres y en las postrimerías del siglo pasado, fray Josef Antonio de San Alberto, carmelita descalzo, uno de los sacerdotes más virtuosos de su época y también de la que le siguió.

Foco fué de rayos luminosos que irradiaron á largas proyecciones, donde llegaron sus pastorales, notables por la unción de su enseñanza evangélica.

Si en su tiempo descollaron sacerdotes tan ilustrados como Maciel, Iturri, Suárez, García, Rodríguez, Vera, Funes, Chorruarín, Rivarola, Molina, Planchón, Agüero; con posterioridad, descendientes de su sabia propaganda, lucieron al par los San Martín, Gómez, Agüero, Zavaleta, Castañeda, Oro, Ortega, Segurola, Achega, Anchoris, Navarro, Sáenz, Medrano, Gorriti y otros que en los primeros años de nuestra independencia hicieron época, recordándose con júbilo en la de ellos la edad de oro del clero argentino.

Cuando bajaba de su mula de sobrepaso, regresando de adoctrinar los pueblos de la Sierra, por aquellas quebradas tan resbaladizas como la pendiente del pecado, hasta muy tarde de la noche pasaba largas y frías horas preparando pláticas y homilías.

Con frecuencia, dos y tres veces entraba el fámulo á anunciarle que la cena estaba servida, sin que interrumpiera su escritura; y entonces familiares y acólitos, impacientes en su apetito, acababan por dar cuenta de

ella. Cuando á las cansadas, Su Ilustrísima llegaba al comedor preguntando por la cena, el más preferido de aquellos traviesos monaguillos contestaba sorprendido:

—¿Qué cena? ¡Pero si Su Ilustrísima ya ha cenado!

—¡Ah! ¡No me acordaba!....—solía repetir, dándose vuelta á continuar su trabajo, uniendo al ayuno del día siguiente el de la víspera.

El distraído obispo no lo era tanto como sus coadjutores le suponían, por lo que más de una vez decía á su ampulosa ama de llaves:

—Estos pillastres creen engañarme, pero resultan ellos los chasqueados, pues las cenas de mi mayor gusto son pastorales, edictos, sermones y cartas circulares, que así se alargan y copian luego en sinnúmero;—volviéndose á escribir hasta que la luz del día venía á palidecer la de su lámpara de trabajo.

El año de 1790, San Alberto fué el primero que visitó la diócesis, acompañado por personajes como D. Francisco V. Biedma, el Dr. Serrano, Colombres y otros argentinos notables.

Vió...., pero ¡qué cosas vió en las visitas pastorales!....

Por el índice de anotaciones en uno de sus cuadernos sobre nuestra mesa, que abreviamos, puede deducirse algo al respecto:

«Predicar sobre la mujer libre, alegre sierpe con color de fuego, que desde lejos puede precaverse, y la beata devota, color de tierra, inadvertidamente pisada al pasar, que más fácilmente envenena á incautos, recordando cuántas veces el trato, la conversación en espíritu, vino á acabar en sensualidad, y que, mientras fué la Iglesia abundancia de ejemplos, apenas hubo necesidad de sermones.»

«Mandar cuatro mil pesos para el expediente de canonización al obispo Palafox, doscientos mil para las Cajas Reales y sesenta mil para el Colegio de Huérfanas que fundé en Córdoba.»

«Contestar al *coya* que me escribió el otro día: «Pongan tanto cuidado los padres en hacer á los indios buenos cristianos, como ponían los ministros de los ídolos en enseñar sus ceremonias y ritos, que con la mitad de aquel cuidado seremos los indios buenos cristianos, pues la ley de Cristo es mucho mejor y por falta de quien la enseñe con paciencia, no la saben los indios.»

«Amonestación á los curas de la Sierra para que no hagan de las cosas del culto mercados, ni se *amuchen* en las barracas traseras de los conventos europeos é indias, criollos y mestizas, zambos y cuarteronas, negros, blancos y mulatos que en mezcolanza hacen allí mala vida, hasta curas y sacristanes.»

. . . .

Muy lejos nos llevarían todas las transcripciones. Tan fecunda fué su pluma, que de los impresos de la Real Imprenta de Niños Expósitos, en sus primeros treinta años, su mejor número fueron debidos á ella.

Algunos merecieron ser reproducidos en Madrid, y otros tan nítidamente coleccionados é ilustrados en Roma como no mejores producen actualmente nuestras más adelantadas imprentas.

Con ellos, sus elocuentes sermones y, sobre todo, con su digno ejemplo, contribuyó á formar el brillante clero argentino, desde el deán Funes, con quien en un mismo buque regresara de la Metrópoli, para ocupar su canongía en la catedral de Córdoba éste, y su silla episcopal San Alberto en la misma. Posteriormente ascendió al arzobispado de La Plata.

II

Cierta noche que con dos sabios doctores del pasado siglo platicaba Su Ilustrísima de cosas del día, cortó la conversación más pronto que acostumbraba su asiduo contertuliano el Dr. Ortiz, diciendo al levantarse:

—Perdonará Su Ilustrísima que me retire temprano, pues debo pasar á cumplimentar á la viuda Rodríguez, que esta noche celebra su día de días en reunión que, aunque de confianza, se bailará como todas las noches de San Juan.

Y afable y jovial: «¿Cómo dice que se llama esa su viuda?,» contestó sonriendo el obispo, que también solía gastar festivo genio en intervalos de obligada gravedad.

—Mi señora doña Juana María, viuda de Rodríguez.

—A ver, á ver—repetía, hojeando su diario de limosnas.—¿Está usted seguro que es la viuda de Rodríguez?

—Como que esta mañana recibí el mensaje por la cholita de la alfombra: «Manda decir mi amita le haga su merced el favor de prestarle los platos y chocolatera de plata para aumentar los de casa, y que no deje de ir á tomar esta noche el chocolate.»

—¿Y dice usted que habrá baile?

—Y muy sonado, pues que hasta de Potosí llegó esta mañana más de un minero, sabiendo que á él asistirán las de Biedma, Campero, Otárola, Ballivián, Calvo, Vaca, Matienzo, Linares, Bustamente, Carrasco, García y otras bellezas.

—Pues, señor, si es así, yo también estoy de baile.

—¡Oh!—exclamó con sorpresa, abriendo tamaños ojos, el Dr. Ortiz.

Y el obispo, apretándole la mano, dijo al levantarse:

—¡Chitón! Guárdeme el secreto.....

¿Y creerán ustedes, piadosas lectoras, que el santo obispo, éste de vida tan ascética, padrecito sería como aquellos de la Sierra que reprendiera en sus visitas pastorales por frecuentadores de *jolgorios* y *zamacuecas?*

Salió haciéndose cruces el severo doctor, y murmurando entre sí, mientras apretaba el paso: «Mire usted lo que son las cosas. ¿Si andará por echar una cana al aire nuestro santo obispo, ó mudar de hábitos y ama de llaves, cambiando su viejo voluminoso *in folium* por obra en dos tomos de veinticinco á treinta abriles, más modernas? Cosas se ven que no son para oídas.» Mientras que, en rumbo de tan pecaminosas murmuraciones seguía, dió vuelta á la de la viuda, desde cuya bocacalle músicas y luces anunciaban fiesta.

Al mismo tiempo pedía su manteo menos raído San Alberto, sin dar crédito á que una de las que se le presentaba más indigente y recatándose, por ser de las que han venido á menos, ocurría en demanda de la limosna repartida los sábados, estuviera en actitud de distraer sus enlutadas horas con danzas y cenas más suculentas que las que le impedían saborear sus familiares.

III

Bueno es recordar que en trescientos años sólo tuvieron tiempo los conquistadores de fundar dos Universidades en toda la América (México y Lima). En Córdoba hasta entonces apenas hubo una fábrica de teólogos; y la de Chile, posteriormente, era muy secundaria en sus estudios, así que los estudiantes, los verdaderos sedientos de sapiencia, veíanse obligados á llegar en aquella época á la Real de los Charcas.

Con tal motivo pasaron también por el salón del sabio pastor seglares que á esas aulas concurrían, como Castro, tan célebres después Echevarría, Gómez, Anchorena, Gorriti, Zuviría, Ocampo, Sáenz y la mayor parte de los doctores argentinos del pasado siglo y comenzamientos de éste.

Si cuando arribaron poco después, á paso de mula, el cantor de la patria, á recibir sobre su uniforme de capitán de patricios las insignias doctorales, como D. Mariano Moreno, Agrelo y otros, no alcanzaron á formar parte del coro de sabios en Areópago, que ha dejado fama, fué porque muerto el erudito carmelita, esparciéndose ya mucho olor á chamusquina revolucionaria, el sucesor exorcizaba en las feligresías del Alto Perú á cuanto sospechoso aparecía, para que no se contaminara con las maléficas ideas de los de aquí abajo.

Se ha repetido que las riquezas entre que nació el Perú causa fueron de su perdición. Minas, salitre, guano en abundancia tal, brotaban en

aquella Jauja inagotable, que apenas alargaban un poco la mano para recolectar, se enriquecían; por lo que envueltos sus habitantes en tal molicie de costumbres y laxitud enervante, gran esfuerzo les parecía substraer una hora á vida de placeres continuos, por lo que muchos fueron indiferentes á moros y cristianos.

Pero cuenta la tradición que en el país de la plata los esforzados habitantes del Alto Perú mantuvieron siempre viva y latente la lucha por la independencia.

Ya en 1780 preciso fué anegar el país en sangre para sofocar el movimiento de Tupaj-Amaru, el primer día del siglo reproducido en la plaza, donde un año antes que en la de Buenos Aires, y en otro 25 de mayo, se dió el primer grito de independencia, aunque fué la última en obtenerla.

Los doctores Zudáñez y Morillo, Rivero, Barros, Arce y todos los precursores de la revolución salieron de esas aulas que á tantos americanos ilustraron.

De aquel centro de luz irradió claridad apetecida, y chispas volaron por todas partes, con los estudiantes que de aquí y otros puntos llegaron á la Universidad de Chuquisaca, esparciéndose luego hacia los cuatro vientos.

Poco frecuentaba el alto clero fiestas y saraos; pero en la campaña curitas había que les permitieron seguir á los indios cristianizados las mismas antiguas danzas ante sus ídolos, hasta delante de las andas de la celebrada procesión del Corpus y solemnes festividades.

La danza semiprofana fué así degenerando tanto, que en Tambarrias, al son de arpas y tambores, más de uno arremangábase los hábitos, listo para un *punteo* ó *zamacueca*.

A propósito de esto refiere el ilustrado Sr. Palma que un arzobispo vió de una manera casual en cierta ocasión bailar la *mozamala*, y volviéndose al familiar que le acompañaba, más perito en achaques de volteretas, preguntó:

—¿Cómo dicen que se llama este bailecito?

—La *zamacueca*, ilustrísimo señor.

—Mal puesto nombre. Esto debe llamarse *la resurrección de la carne...*

Dejando la verdad del cuento al tradicionista perulero, seguimos con el nuestro.

IV

Alcalde de vara larga era el Dr. Manuel Obligado, en 1789, en la ciudad de los tres nombres (á la que los bolivianos le agregaron el de Sucre y en nuestro daño y el propio inventó Bolívar capital de una nación sin

salida), quien, como otros porteños, llegó á su Universidad para graduarse en ambos derechos.

Entre él y el Dr. Vicente Anastasio Echevarría ocupaba el alto estrado, la noche del baile, la señora del día de días, en amena conversación, que todo recordaba menos al difunto, colega de ambos colegas.

Las diez serían por filo, que ya el de queda y cubrefuego con el toque de ánimas habíase apagado en las numerosas iglesias de pequeña población de tanto nombre, cuando entrara Su Ilustrísima, el no anunciado arzobispo, carmelita descalzo, entre tantas currutacas bien calzadas.

Mixturas del Perú que en parte alguna adornan mejor y más fragantes las monjas, en pebeteros de plata maciza y zahumadores de lo mismo, colgantes unos, y en repisas y *esquineras* las más suaves esencias, luces y flores; arpas y violines, deslumbrantes trajes y encantadoras caritas, animaban la sala.

Diálogos y frases dulces, como halago de una noche de esperanza, se entrecortaron á medio pronunciar á la presencia del arzobispo, seguido por uno de aquellos familiares que se decretaban doble cena al par que doble ayuno al prelado.

Saludó ceremoniosamente desde la entrada, y dirigiéndose á la amable dueña de casa, díjole:

—También he querido venir á presentar mis respetos á una de mis feligresas más devotas, al saber la celebración de su cumpleaños.

La donosa señora, parándose toda cortada ante la inesperada visita, inclinóse á besar la gran esmeralda del anillo pastoral, humildad imitada por las más inmediatas.

Como la música cesara y los diálogos y cuchicheos, cual si frío silencio acogiese al sabio arzobispo, agregó éste:

—De ninguna manera, mi señora doña Mariquita, quiero que mi presencia interrumpa tan honesto esparcimiento entre sus amigos. Como uno de ellos le presento mis parabienes en tan fausto natalicio, y pido que no se interrumpa la danza.

Su Ilustrísima siguió en jovial conversación con ella y las más vecinas, y otra hija de confesión con su familiar, en aposentos donde no eran bellezas lo que faltaban.

Poco después, concluído de saborear el rico *somomusco* de la pobre viuda, agregó:

—Si se me permite, yo también voy á entrar en danza.

Sobrecogidas las semiescotadas bailarinas de que tan grave prelado intentara sacar pareja, observaron con mayor admiración que, llamando al secretario, pidió su limosnera, bajó del estrado y, recorriendo filas y gru-

pos, la fué presentando á una por una de las señoras con la más exquisita urbanidad, solicitando limosna para sus pobres.

En tan bullicioso maremágnum de cabecitas efervescentes y corazones palpitantes, casual fuera que ninguna de las *emperingadas* mujercitas se hallara al lado de su marido, ni habían concurrido al baile con relicario, bolsillo ó portamonedas.

Sacóse la primera un anillo que echó en la perfumada escarcela bordada, donde siguieron cayendo brazaletes, arracadas, solitarios, pendientes, gargantillas, pulseras, cadenas, prendedores, piochas, y en dijes diversos, ya una perla, topacio, brillante ó esmeralda.

Hasta doncella de coquetería sin igual hubo que alzó el diminuto piececito para que su compañero desprendiera alguna de las hebillas de plata de zapatito liliputiense, no teniendo otra cosa que dar para el óbolo improvisado.

Y cuenta que viudita de ojo alegre, siguiendo más arriba *la barriga da perna*, como llamaba á la pantorrilla un *finchado* portugueciño allí presente, desprendióse la liga, ofreciendo su broche de diamantes. Por algo había nacido al pie del Potosí, que si el Perú valía un Perú fué porque uno solo de sus cerros produjo diez millares de patacones en sus primeros tres siglos de explotación.

Concluído de circular el abultado bolsón, agradeció el obispo la generosidad de la concurrencia, volvió á felicitar á la del natalicio, deseando que con más frecuencia cumplieran años personas que así tan caritativamente lo celebraban, pues el desprendimiento de sus amigas iba á proporcionar verdadera fiesta á las desvalidas.

Y echando bendiciones á diestra y siniestra, con paternal maliciosa sonrisa, salió majestuosamente, dejando en pos de sí fragante nube de caridad, cuyo perfume duró en aquel ambiente más que el de las pastillas en zahumadores de maucerina y pebeteros en repisas y rinconeras.

V

Si borró ó no de la lista de socorros ó mendicantes á la Rodríguez, que tan fastuosamente se festejaba, lo sabrá el secretario-tesorero que apenas podía con la bolsa de alhajas ofrecida en la sala de la viuda de más humilde apariencia, á quien daba limosna todos los sábados el filántropo pastor.

Por entonces se aparentaba indigencia para explotación poco cristiana, lo contrario á las costumbres subsiguientes; aunque fenecieron ya las semitísicas románticas que se apretaban su talle por aparecer más de lo que eran.

Y si algún lector meticuloso poco justificado encuentra el título de esta tradición, en la que cena alguna se describe, cúlpelo al olvido de los familiares, que noche por medio dejaban sin ella á Su Ilustrísima.

En nada se parecían estas cenas á las de Lúculo, ni á las suntuosas de griegos y romanos, ó á las más modernas que antecedieron á la Revolución francesa, donde tanto derroche de *esprit* chisporroteaba como fuego de artificio ó de sobremesa, y por cuyas indigestiones se dijo:

Más mató la cena
que curó Avicena.

Las verdaderas cenas del erudito obispo San Alberto fueron siempre sus piadosos escritos evangelizadores, que hasta muy altas horas de la noche le absorbían por completo, enclavado en su silla de trabajo, proyectando obras de caridad que, realizadas luego, han dejado bien marcado su paso como el de un varón justo.

Moraleja de la presente tradición podría ser: de cómo, aun escribiendo sobre pautas torcidas, resultan derechas las planas de un alma buena, pues que por todo camino se llega al de la beneficencia.





SOLDADO ARGENTINO, GENERAL EN RUSIA

Al señor ministro de la Guerra coronel D. Pablo Richieri.

La tradición de un soldado argentino que llegó á lucir sobre su peto militar los entorchados de general en el ejército ruso es tan singular en sus dramáticas peripecias, que no faltará quien le suponga personaje imaginario. Largo galope dió su caballo de guerra, que, salido de las verdes pampas, después de cruzar como relámpago precursor de tempestad y muerte cuan vasta es la América, Europa y el Asia, fué á sofrenar más allá de las heladas etapas del opuesto polo, donde al frente de sus cosacos acuchillara mogoles, como había estrenado su lanza vencedora arrollando las indiadas del Sur en la terrible carga de la caballería argentina, la primera del mundo, según nuestros invasores ingleses (1807).

Los coroneles Mitre, Lezica, Morales, le tuvieron por camarada entre los bravos de la nueva Troya. En Caa-guazú, Corrientes, acompañó al ilustre general Paz. Treinta años después, alejado de la playa natal, escribía desde Moscou á la madre bien amada, señora Rafaela Lozada y Reyes de Villanueva, quien le sobrevivió en ésta, y hasta 1875 el *Almanaque Gotha* inscribía su nombre en el escalafón del ejército moscovita. Hubo *rusificado* su apellido desde que se nacionalizara súbdito del poderoso imperio, sin duda para hacer olvidar su origen extranjero, cuando generalizaron desconfianzas al inaugurar los nihilistas el nuevo método de barrer

con dinamita todo obstáculo en su camino de destrucción, así fuera un puente ó el czar que le cruzara, y acaso por ello llegó á dudarse si el Villanueva argentino era el mismísimo Villanokoff en Rusia.

Pero en la República Oriental como en Méjico, en España como en Rusia, frescas encontramos las huellas de su paso de vencedor, aún no desvanecida la imagen de tan bizarro militar. Por lo demás, como él, no son únicamente D. Bernabé de la Barra y Edelmiro Mayer los soldados de nuestro ejército que dejaron bien puesto el nombre argentino en todas partes. En esa misma larga campaña de Crimea, el hábil cirujano doctor Ortiz Vélez fué condecorado (1854) por el mariscal francés sobre el campo de batalla, mereciendo así cruces y medias lunas en esa vasta etapa de sangre donde, sin distinción de bandera, amplio campo de caridad era para el médico argentino cerrando las heridas que encontrara á su paso, así procedieran de balas rusas, turcas, francesas, inglesas ó italianas. No es, pues, éste personaje de nuestra invención para vanagloria del nombre argentino, que no necesita de tales artificios, ni héroes de contrabando. Recogiendo ejemplos dignos de conmemorar á cada paso dentro y fuera de la patria, sería ineficaz ocurrir á otros que á estos personajes de carne y hueso que entrañan más inmediato aleccionamiento. Grato nos fué siempre que escritores tan verídicos como el jurisconsulto Dr. Estévez Saguí y el erudito historiador Carranza hayan podido repetir en artículos críticos: «Yo alcancé á *El hombre que voló;* conocí la heroína en *Amor de rodillas,* como al hijo de *Un príncipe inglés, alcalde en la Colonia* (República Uruguaya).»

Cómo, dónde y cuándo D. Benigno el de la esquina, vecino de la parroquia de San Nicolás en esta ciudad, llegó á ser teniente general Villanokoff, se impondrá el que lea esta tradición, tan verídica como cuantas salieron de nuestra pluma.

I

El año que el soldado argentino que más joven llegara al más alto grado militar (general Alvear, 1815) era Director de las Provincias Unidas, vino á la vida en su capital otro intrépido soldado cuya audacia y pericia, ayudado por su buena fortuna, le llevaran á encumbrados puestos en las más lejanas comarcas de la patria.

Desde muy temprano empezó Villanueva á sacar la hilacha, dejando ver puntita de su índole aventurera y traviesa en diversos lances de tono, durante la azarosa juventud de brillantes calaveras que le rodeaban.

De genio precoz y travieso, era una viveza de imaginación siempre en

acecho para superar las dificultades de todo aquello á que se dedicaba; únicamente que á poco ó nada se dedicaba en sus primeros pasos, como muchos de la dorada juventud que le sucediera.

Desertó de los estudios primero, de la carrera de comercio á que le dedicaban sus padres, y del hogar en seguida, como desertó después de alguna otra parte.

Su honrado padre, antiguo vecino de Mendoza, D. Miguel de Villanueva, licenciado, habíase distinguido en la reconquista de Buenos Aires (1807), enviado al efecto con el contingente de Cuyo, arrebatando una bandera inglesa; y aunque casado en esta capital, siguió los estandartes del regimiento Granaderos á caballo, trasmontando los Andes. Cuando regresó del Perú, teniente coronel, desencantado como tantos otros oficiales de mérito, oponíase á que ninguno de sus hijos continuara la carrera en que él se había distinguido, pues los horizontes de la patria empezaban á entenebrecerse y aun las glorias nacionales se desvanecían. En adelante, todo soldado que no ofreciera su espada á la contienda fratricida, anulado quedaría por la ambición del caudillaje.

Pero el joven Benigno, indolente y sin voluntad pronunciada, persistía solo en este punto:

—Puesto que mis dos abuelos se han distinguido en la carrera de las armas—decíase,—quiero seguir su huella luminosa.

La era de lucha sin tregua en que se creaba, y el ejemplo de deudos y amigos con quienes rolaba, impresionábanle demasiado para resistir la atracción de soñadas victorias y seguir consejos paternos en edad en que no son éstos los que más se oyen.

Una imprevista circunstancia llegó á facilitar los planes que su imaginación vivaz le sugiriera en la temprana edad de las verdes esperanzas de la vida.

Jugando al billar cierta noche, en el antiguo Café de Catalanes, con el hijo del jefe de policía, atravesósele otro irascible joven tan exaltado como el protagonista. Se ha observado que nadie es más quisquilloso é incapaz de soportar bromas y chanzas de más ó menos mal tono como el jaranero de profesión, que tiene por costumbre darlas á troche y moche. Y como entre casquivanos una palabra saca otra, y el último equívoco hiriente es contestado por el primer bofetón, sucedió que de uno á otro agravio, con tacos en la mano, acabaron á tacazos, no siendo ninguno de los dos manco.

—Empuñe, si es hombre—gritó Villanueva.

Y saliendo del café, al dejar mal parados espejos y reverberos, concertaron duelo á sable, *con punta* (no á espada mocha, como hogaño), tenien-

do inmediato efecto, no en periódicos ó restaurant, sino frente á la Virgencita, tras el paredón de la Merced, cuya luz del farolito colgando reflejó en sangre.

La cuestión había empezado por un habano, y degenerando de disputa en riña y en si debiera llamarse Juan, por lo lanas, el uno, ó Alfonso, por lo complaciente, el otro, tenaces y testarudos ambos, como de la misma ralea, tiraron de sus espadas, y entre quites, pases y paradas, á la primera á fondo vió caer sin vida á su amigo, una hora antes compañero de escuela, *muerto por un habano*, confesando después Villanueva, como frecuentemente en causas tales, no haber habido razón para duelo.

El joven Benigno corrió á alzar su víctima; pero la policía, que en persecución de duelos tenía la costumbre de llegar tarde, por excepción corrió con más prontitud tras el duelista, siendo el vencedor de su amigo destinado á las armas, que tan bien, aunque tan injustamente, empezara á manejar.

II

Aunque destinado á las tropas por castigo, bien pronto su valor supo abrirse camino en una carrera para la que por entonces sólo necesitábase saber..... no saber nada.

Su constancia en las más rudas tareas de soldado raso hiciéronle ascender de cabo á sargento, de porta á subteniente, y en la parada del 25 de mayo de 1839, D. Benigno Villanueva lucía en la plaza de la Victoria vistoso uniforme de teniente primero de caballería, á la cabeza del segundo escuadrón de la Escolta del Gobierno.

Por entonces el gallardo cuanto infortunado coronel Ramón Maza púsose al habla con varios oficiales subalternos del regimiento al mando de Granada, para concertar la revolución Maza, que la historia recuerda con su nombre, pretendiendo deshacer el águila en su nido, aplastando el naciente poder de Rozas.

Los oficiales Ortega fueron encargados de comprometer á teniente de tan bellas prendas como Villanueva; pero en esos días recibió uno de ellos orden de marchar urgentemente con oficios al Azul.

La revolución fué descubierta; de los Maza, el padre asesinado en la Cámara de que era presidente, el hijo fusilado; y de los dos tenientes Ortega, D. Manuel, prisionero posteriormente en la batalla del Quebracho, fusilado por orden de Rozas en la cárcel, y D. Rufino, con su compañero Lacasa, pudieron escapar ambos á uña de buen caballo.

Como el coronel Granada, Villanueva explicó después que él no había

sido hablado para la conspiración, y que por más deseos que hubiera tenido de volver sus armas contra el tirano, le había faltado ocasión.

Al poco tiempo recibió orden su regimiento de marchar para las provincias del interior, hallándose en todas ó la mayor parte de las batallas del ejército del Dictador, cuyo reguero de sangre fratricida no concluía en Jujuy: Granada, Flores, Pacheco, Oribe, lo recomiendan en sus *Partes* como un oficial distinguido.

Después de la batalla en «Rodeo del Medio» siguió á Mendoza, hasta cuyos primeros potreros llegó persiguiendo al más pequeño de los fugitivos, que resultó ser su hermano. Sin haberle reconocido:

—¡Párate, yo te salvaré!—gritaba el granadero.

Pero este hermano Pío, salvaje unitario hasta la muerte, bajito y pío de nombre y de carácter, fué derrotado siempre, y el reverso de su hermano, agigantado, benigno de nombre y de espíritu, federal neto y vencedor de profesión, aquí como en todas partes.

Cuando tras largos años de lucha el ejército de las provincias del interior regresó siguiendo con Oribe á su campamento de «El Cerrito,» iba el capitán Villanueva con las tropas que mandaba el general Pacheco.

Aprovechando la primera oportunidad, abandonó las banderas color de sangre, pasándose á la plaza de Montevideo, último baluarte de resistencia al tirano (por diez años sitiada). En el contacto de lucha diaria adquirió allí gran respeto por los generales Paz, Pacheco Obes, Garibaldi y oficiales subalternos que descollaron luego tanto como Mitre, Díaz, Conessa, sus camaradas, que como el coronel Morales le recordaron siempre con cariño.

No tardaron en suscitarse rivalidades entre argentinos y orientales, que vinieron á producir desacuerdos en los sitiados, como en todo tiempo en el partido unitario, y por ende el general Paz siguió por un caminito distante de Lamadrid, y la mayor parte de los oficiales argentinos embarcáronse para formar ejército, en Corrientes unos, y otros con distintos rumbos.

Recuerda el general Paz en sus *Memorias* (y cuando éstas aparecieron figuraba ya Villanueva como general ruso en la guerra de Oriente), página 161, tomo IV, que le acompañó hasta después de la victoria de Caaguazú. Precisamente en el campamento de su nombre se hallaba Villanueva (Corrientes) cuando Paz refiere su sensata observación sobre las tropas de Madariaga.

Volviendo de la primera revista, decía sonriendo el ayudante á su jefe:

—La instrucción de este ejército se parece á la de un hombre que hubiese aprendido aritmética sin saber leer ni escribir.

«*El mayor Villanueva, joven de un talento muy despejado, tenía razón. Es el mismo que en la actual guerra de Oriente ha figurado como general de brigada en los ejércitos rusos,*» agrega Paz, á quien á su vez elogiaba Garibaldi como el primer táctico que conoció en América.

Cuando terminó esa campaña, con otros oficiales tan decididos como él, pasó al Brasil, coincidiendo su arribo con los comisionados de Méjico, reclutando oficiales en prevención de inmediata invasión yanqui. Allí se dirigió, tomando servicio á las órdenes del general *Pierna de palo*, Santa Ana.

La defensa de la causa mejicana, campo de gloria para Bernabé de la Barra, Díaz y otros argentinos, fué también cosecha de laureles para don Benigno Villanueva.

Concluída la guerra, siguiendo este feliz predilecto de la fortuna los rayos luminosos de su estrella venturosa, pasó á California, donde hizo cierta fortuna, y después de algunos años, confiado en su suerte, se embarcó para Europa, ávido de más vasto escenario.

En España se hallaba dando fin á las últimas *mejicanas* en el juego y la guerra, carreras gemelas por lo peligrosas, cuando estallara la de Oriente. Sediento de gloria, su genio inquieto y vivaz fácilmente fué atraído á aquel Oriente, imán irresistible de poetas y aventureros, nacimiento de todas las evoluciones que han engrandecido la humanidad, y donde él preveía más inmediata su propia elevación.

Un momento no titubeó acerca del campo en que debiera formar, según la inclinación de sus aspiraciones. Los ingleses, franceses, turcos é italianos tenían por demás numerosa y experta oficialidad para pretender abrirse camino entre ellos. Mas preciso era dar caza á la fortuna, según se presentara la ocasión, calva señora cuyo único cabello quedaba siempre en manos de Villanueva, y aquélla no era la de costearse en tren expreso por propia cuenta hasta el imperio coloso que ejércitos de cuatro naciones rodeaban.

Por entonces, para alejar al general Prim de la corte, le inventaron sus émulos comisión, encargándole estudiar la guerra en los campamentos de los aliados.

—Esta es la mía—se dijo Villanueva;—y aunque sea de asistente, me prendo á la cola del caballo de intrépido catalán.

Un castizo poeta de nuestra tierra le facilitó el camino. Comunicado su deseo á los amigos de concurrir como oficial extranjero á guerra que tanto despertaba la ansiedad del mundo, D. Ventura de la Vega (porteño), el laureado poeta de la corte, le presentó á sus paisanos y amigos los generales Concha, oriundos de Córdoba del Tucumán. Amigos entonces y

camaradas de Prim, no les fué difícil que recibiera éste á Villanueva en su Estado mayor, como agregado entre sus ayudantes.

Pronto el bello carácter de Prim, generoso, abierto, franco, catador de valientes, se aficionó á él, y en todas partes fué éste bien acogido por su caballerosidad, su afable trato, su inteligencia y amables maneras, la pasmosa facilidad para hablar todos los idiomas, aunque ni el propio escribía correctamente; por sus excelentes prendas y atrayentes modales, como por su galantería y buen porte, convirtióse en el niño mimado de su jefe.

Acaso oculta afinidad de ideas atraía también á aquellos caracteres, y muchos de los conocimientos sobre Méjico, y su peculiar modo de guerrear, decidieron á Prim, cuando años más tarde se le confiara su expedición, á no avanzar en una guerra injusta, donde bien pronto tropezó con el cadalso el protegido de la Francia, infortunado Maximiliano.

III

¡Partió!.... Recorrido había todos los campamentos de la alianza que como cinto de hierro formaban apeñuscados sobre las fronteras del imperio, vivaqueando muchos días con los oficiales españoles en el cuartel general de las tropas inglesas, italianas, turcas, y se dirigían al vivac de las tropas francesas, en el que Prim quería demorar más por sus numerosas relaciones.

Después de muchas vueltas y rodeos se atrevió Villanueva á confiar al general que el campamento de su porvenir lo veía enfrente; que él no creía del todo justa la agresión de tantas naciones contra una sola, contra los *pobrecitos rusos,* quienes no hacían mal á nadie muriéndose de frío prendidos desde lo alto del Polo; que se iba, como había aprendido de Don Quijote, á defender al más débil.

Recibían los rusos con brazos abiertos como á Providencia bien venida á todos los oficiales que de cualquier extremo de la tierra llegaban á ofrecer sus servicios. Aventureros norteamericanos pululaban en las tropas moscovitas, y este alto y bizarro oficial, que manejaba tan bien el caballo como el inglés, siendo americano y hablando con tanta precisión de la Unión, lo tomaron sin duda por yanqui.

Bien pronto se distinguió en las descubiertas que con preferencia dirigía sobre el campamento francés, recordando desde Montevideo el descuido de estos soldados, aun en sus puestos de avanzada.

Poco después se hizo gran camarada del coronel Ponekkine, primo del célebre poeta ruso de ese nombre, en quien encontró el más decidido protector y del que, con el andar del tiempo, vino á heredar su regimiento y su viuda.

Borrascosa y dramática fué verdaderamente la vida de este soldado argentino en la campaña rusa por sus aventuras y peripecias. Escasos oficiales instruídos contaban los rusos, y en la caballería no tenían mejor fuerza que los cosacos. Aunque griegos y norteamericanos y alemanes, oficiales de todas las naciones filtrándose por las rendijas del círculo con que los ejércitos de la alianza pretendían aplastar al gran imperio, pululaban por los campamentos del czar, muy pocos expertos había en el manejo del lazo, las boleadoras y cuanto ardid y estrategia usaba la caballería que apareció en Tucumán.

El comandante Villanueva, intrépido como siempre y más osado que nunca, practicaba las emboscadas que en el Plata y Méjico le dieran tan buenos resultados en las sorpresas, con pequeños grupos de caballería ligera, y así enseñó á enlazar soldados y bolear bomberos ó espías, robándose centinelas perdidos en las escuchas.

Destinado á empresas las más difíciles y arriesgadas, donde como á uno de los oficiales de menos vinculaciones en el ejército se le mandaba á muerte segura, siempre triunfante, de buena en mejor fortuna, fué grado por grado ascendiendo en el escalafón y en la estimación de sus jefes hasta recomendársele especialmente en más de un parte.

Unos cuantos días antes de la toma de Malakoff se presentó á la tienda del general trayendo toda una ronda prisionera de las avanzadas francesas. En el transcurso de la guerra fueron muriendo varios de sus jefes inmediatos y él iba ascendiendo de uno á otro grado. Posteriormente, en una de las batallas más reñidas, cayó al frente del regimiento su superior, y tomando el mando le cubrió de brillantes hazañas por su hábil dirección.

Pero sus hechos gloriosos en el ejército ruso no se compendian en breve narración. Cuando terminó la guerra había ya obtenido el grado de general de caballería, y en 1857 el duque de Medinaceli, al llegar de embajador á la coronación del czar, destinado á morir del *mal de dinamita,* presenció como padrino el enlace de nuestro valiente compatriota: en la guerra, coronado por la victoria, y en las lides de amor por la bella viuda de su jefe, vástago de nobleza moscovita.

Cuentan que en esto cumplía especial encargo amparando viuda que se le recomendara la víspera de serlo; y no encontrando mejor medio, apropincuósela; pero la verdad es que la hermosa rusa reunía en sí prendas bastantes á magnetizar al portador de fatal noticia y de los últimos consejos del moribundo, para que aun sin especial encargo pretendiera substituirle.

Al casarse con la viuda de su coronel, heredaba por título directo el

mando del primer regimiento de la división 31.ª de caballería del imperio.

Las últimas noticias que del general Villanokoff recogimos en nuestro primer viaje á Rusia, treinta años ha, fueron de haber marchado hacia el Afghanistán en vísperas de la insurrección del Kan de Kiva.

Tal es compendiada á grandes rasgos la curiosa tradición de un soldado argentino cuyas hazañas le hicieron célebre en distintas regiones, tan distantes de la playa natal, donde esfumada entre lejanas brumas se desvanece su marcial figura.





LA CONSPIRACIÓN DE LOS FRANCESES

I

Los franceses contemporáneos se enorgullecen de que ellos han enseñado la libertad al mundo, declarando los derechos del hombre bajo el lema *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, escrito en todos los muros de París, siquiera para conservar estas cosas escritas. Algo olvidadizos, no recuerdan que todas ellas les vinieron de América, que los tan decantados principios de 1789 ya se habían hecho carne, cantándose por plazas y calles con la libertad americana, repiqueteándolos la gran campana que llamó al pueblo á la Independencia en 1776, la misma que á su cumplesiglo tuvimos ocasión de besar en Filadelfia, reverenciada en la Casa de la Patria, y en cuya minúscula reproducción mojamos la pluma con que trazamos estas páginas.

Sin embargo de ponerse en duda si en esta capital del virreinato actuó la Inquisición, por más que el general Mitre acaba de obsequiar á nuestro celebrado numismático Rosa el mismísimo sello del Santo Oficio, relieve en hierro de fray Pedro de Arbués, gran Inquisidor, y agregar el historiador Domínguez que los instrumentos de tortura fueron mandados quemar en la plaza pública por manos del verdugo, no fué el Sr. Antonini el único que declaró haber recibido tormento. De una á otra referencia deducimos para nuestro coleto, que, si no hubo Inquisición aquí permanente, fué porque el ensayo dió fiasco. Expresó, sí, su cariño la madre patria, enviándonos, después de los potros que descuartizaron al cacique Tupac-Amarú,

el Santo Tribunal, que entre las numerosas víctimas sacrificadas en el Perú, algunas de ellas eran de estos barrios.

Vino, pues, la Inquisición con todos sus adminículos de tortura: ruedas, embudos, perchas, tirantes, braseros, rondanas, cabrias, inquisidor mayor, y corte infernal de familiares, crucifixeros, denunciantes, y aunque contradictoria aparezca esta inmediación de la *libertad* al potro de tortura, explícase que si no en un mismo barco vinieron, por un mismo acto aparecieron. También podría esta tradición denominarse: «La libertad en camisa, en medias ó enaguas,» entre las que se introducía la libertad en América, medallita revolucionaria con su efigie, que tanto encocoró á ministriles, alcabaleros y alguaciles, trayendo muchas noches al Excmo. Sr. Arredondo sin que le llegara la camisa al cuerpo.

II

Saltaba de su lecho un buen día este virrey, en mañana de poco frío, tiritando, no de éste, sino por el sinapismito recién llegado de la corte (18 de mayo de 1791) en que reprendía el conde Lorena su incuria y poco tino, advirtiéndole que el rey estaba noticioso de que entre los géneros comerciales de mercería fina, como en relojes, tabaqueras, medallas y monedas, grabado en ellas había el busto de una hermosa mujer con el cabello suelto (la Libertad) y el gorro frigio. Lo más horripilante era que la mujer en camisa venía hablando sola cosas nunca oídas y frases tan subversivas como la leyenda que de su boca cerrada salía: *Libertad Americana*.

Y á medio vestir, pues si la Libertad se introducía en su aposento con toda libertad, casi desnuda, el virrey la recibió en gorro de dormir, tomando la de ganso se puso á escribir precipitadamente al señor Gobernador, Subdelegado de la Real Hacienda en Montevideo, para que «estreche su Providencia los puertos del distrito de su mando, cele con la mayor vigilancia se introduzca ninguna especie de moneda, dijes ó medallas que tengan alusión á la Libertad de la Independencia Americana, cuya propagación pudiera ocasionar muchos perjuicios á la tranquilidad pública, haciendo recoger y reembarcar cualquier cosa que represente tales objetos, recogiendo con prudencia y sin dar á entender el motivo las que se hallaren esparcidas en monedas, alhajas y relojes, que contengan señales alusivas.»

Bien creía haber desempeñado su vigilancia el Sr. de Arredondo, cuando, á poco de recibirse su sucesor Avilés, sacando una medallita del bolsillo que obtuviera al pasar por Montevideo, le dijo: «A pesar de tan decantada vigilancia, se las han pasado por las narices de Su Excelencia, igual su efigie á la tapa interior del reloj que me envió el Sr. Alzaga á la Colonia.»

Siendo éste alcalde de primer voto, seguía el hilo del sumario, pidiendo autorización para trasladarse con los miembros del Cabildo que iban á saludar al nuevo virrey, y no consiguiéndola por sospecharse á lo que iba, le envió un obsequio del que poco caso hizo Avilés. Pretendía congraciarse, pues que el anterior no dió importancia á su requisa inquisitorial, si bien, por no aparecer más tibio que el cabildo, había tolerado que se paseara en burro y con un sambenito, en contorno de la plaza, al francés Barbarín, sin aclararse más en el motín de los franceses, del que se creía precursora la temible medallita revolucionaria.

Pero como no era cosa que se amojosaran los flamantes instrumentos de tortura en subterráneos tan próximos á D. Santiago Antonini (francés y relojero), entre cuyas mercancías aparecía la caja de rapé secuestrada por un negro esclavo de Alzaga, si no le puso sobre el potro de tormento para arrancarle confesión, sí le hizo dar de mano, le tomó los dedos, las uñas, y poniendo sus yemas bajo el torniquete, ensayó el primero de los grados de tortura sin obtener nada del torturado bajo el subterráneo.

III

Y aquí viene de molde parrafito histórico de lo que era la Inquisición, que si no llegó á funcionar más entre nosotros no fué por falta de penitenciados en el Virreinato, sino porque el tribunal del Santo Oficio, instalado en Lima, comprendía su jurisdicción desde Santa Fe de Bogotá hasta Buenos Aires, incluso Chile. Así la monja Carranza, doña María de la Cerda y Badillo, por hechicera, como el infeliz juijeño D. Agapito, no fueron los únicos argentinos penitenciados en Lima. Todos caían, hasta obispos y arzobispos, pues Luna Pizarro también fué denunciado, y hasta el mismísimo rey de todas las Españas fué citado, que no tuvo la previsión del astuto virrey del Perú, quien al comparecer ante el tribunal entregó su reloj al gran inquisidor, saludándole con estas palabritas: «Queda rodeado el convento de cañones con la orden de que si antes de cincuenta y nueve minutos no salgo, arrasen toda la manzana, sin dejar uno vivo.»

Parece que después de la chamusquina del Inca Tupac apremiaron las requisas por todas partes, á punto de que cada dedo se les antojaba revolucionario, y apetito erótico tal despertóse de pronto en nuestras marisabidillas de las provincias de arriba, que sólo en Tarija de una docena pasaron, denunciadas por habérseles encontrado las *Cartas de Abelardo y Eloísa*, *Voltaire en camisa*, ó *Venus sin ella*, estampas al natural, con el traje de Eva antes de pecar. Por guardar libros prohibidos eran condenados los más, comprendido en ellos hasta la *Historia de Federico de Prusia*, secues-

trada al padre del coronel Moldes, émulo de Pueyrredón, á quien pretendió suplantar. Ya en las postrimerías del pasado siglo, olorcito revolucionario habíase extendido por todas partes, y torniceros é inquisidores no daban abasto desde la ciudad de los Reyes. Acompañando á éstos, llegó el fiscal del Santo Oficio con el secretario del secreto, receptor, calificador, consultor y procurador, que abogado y médico se agregaron los de esta matrícula, y como todo era secreto en aquel terrorífico tribunal del Santo Oficio, no revelaremos después de cien años los nombres de esos solícitos cristianos que tanto daño hicieron á la cristiandad.

La Revolución asomaba las orejas, y preciso era dejarla reyuna ó *patria,* como luego á los caballos de la Patria. La aterradora calesita verde no llegó á rodar en nuestras calles; pero no fué Barbarín el único que saliera montado sobre bestia de albarda y vestido de sambenito en el castigo de los portugueses y conspiración de los franceses, abjurado, en procesión de desagravio.

Al denunciado se aplicaba la tortura para que declarase lo acusado, ante el inquisidor y el secretario, bajo la obscura cámara del tormento; los torniceros aplicaban el de la garrúa, el potro ó el fuego para que declarase la verdad, y declarara ó no, el resultado era el mismo. Contadas veces salía la víctima sobre un caballo blanco con la palma de inocencia, sino lisiado para toda la vida. No eran para menos las caricias del potro de tormento, sobre el que, amarrada boca arriba, le metían una cinta que introducida por el agua del embudo, producía en la garganta tales náuseas su desesperante cosquilleo, que le ahogaban lentamente.

Colgaban á uno con cien libras de fierro en los pies, dejándole caer sin llegar al piso hasta en doce estrepadas, que le descoyuntaban, ó barnizaban sus plantas con grasa poniéndole sobre un brasero. Hasta por tres veces se repetían estas torturas y *refinamiento de ternura* en los conquistadores: la hora oficial de que no podía pasarse en España, en esta tierra en que el tiempo no vale nada, se contaba por cinco cuartos. Exceptuábase del tormento á las mujeres, pero á las pobres hijas de América no llegó tal excepción. El año de la libertad de vientres (1813) fué abolida la Inquisición en España; mas los tormentos iniciados con Atahualpa, perfeccionados para el último Inca, Tupac-Amarú, en el virreinato de Buenos Aires, tuvieron su postrer repetición en vísperas de la última batalla por la Independencia.

Aun después de haber sido sus primeras víctimas en la Argentina Antonini y Barbarín, fué denunciado en Jujuy (1809) D. Francisco Casajús de guardar una estampa pecaminosa, y en 1818 se acusó á la tarijeña Ana Díaz por conservar libros prohibidos, ante el mismo tribunal que compareciera el poeta Olmedo, sindicado de haber leído obras de Voltaire.

IV

Caviloso andaba el Sr. D. Martín de Alzaga, cuya fortuna le colocaba entre los más ricos de su época, é inquieto le tenía el descubrimiento de una revolución, que sin duda sólo existía en su mollera. Como su conspiración del año nueve, huera resultó ésta. El ricohome pretendía acreditarse más godo que el rey, bien que nada justificó el susto del Cabildo eclesiástico trasladando el sagrario de la catedral, al chisme de la ex querida de un francés denunciando que volaría la catedral. Pero como para comprobar conspiración, preciso era inventar conspiradores, echóse mano al francés de la relojería más inmediata á los calabozos de la Inquisición.



La casa de Alzaga

Y tanta prisa tuvo el Sr. Alzaga en comprobar lo que no existía, que poco satisfecho con el penitenciado Antonini, á solicitud de los más celosos cabildantes, hizo pasear en bestia de albarda á uno, oprimiendo en otro los dedos á quien más sueltos y ligeros los necesitaba para mecanismo tan fino como el de su oficio.

Más de quince años se conservó el secreto inquisitorial, revelado recién en la mañana del 5 de julio de 1812, cuando suspendido en la horca el acaudalado comerciante que pretendió sofocar los primeros hálitos de independencia, enajenado, fuera de sí, Antonini llegó á abrazarse de la horca. Su compañero Barbarín tiraba monedas al populacho, y hasta una de las Vieytes, víctima su prometido del mismo acto inquisitorial, corriera á empapar su pañuelo en la sangre del martirizador.

En resumen: la Inquisición establecida en Lima desde 1540 hasta 1822, en que se le regaló al general San Martín su campanilla de plata, pues ya no tenía á quién llamar, comprendía hasta los denunciados en esta plaza. Durante el tercer virrey, y á consecuencia de la revolución de Tupac-Amarú, extendió sucursal en Buenos Aires. En la de Lima fueron penitenciados media docena de argentinos; en la de Buenos Aires, denunciados otros tantos, los dos referidos sufrieron castigos.

Muchos años después, cuando concurríamos á la escuela de D. Juan Peña (frente á la Botica de los Angelitos), al regresar en las tardes de verano, encontrábamos chupando mate al grueso Sr. Antonini, en mangas de

camisa, tomando campo ó aire á la puerta, de codos sobre la media hoja inferior cerrada, en la antigua relojería heredada de su señor padre, bajo el noviciado de los jesuítas, á veces conversando con el Sr. Masculino, buen mozo ó dandy del barrio, sobre su caballo chileno, más braceador que el del Dr. Escarranea; otras, en charla de vecindad con el latero de la cuadra, Miseretti, llamando siempre la atención de los escueleros que miraban con cierto pavor al hijo del *inquisicionado*, como lo apodaba la anciana de los altos de esa esquina, madre de nuestro poeta Ventura de la Vega.

V

Si se criticara esta tradición de que no justifica su nombre, por dejar la conspiración en el tintero, en puridad de verdades, confesaremos que no hubo conspiración, y casi casi ni franceses, bien escasos, el pasado siglo por estas regiones. Los más notables asiduos eran en casa de las Vieytes, por ser de las pocas niñas que mejor pronunciaban su idioma. Más tarde M. Forest, coronel distinguido en los primeros ejércitos de la patria, desposó á una de las señoritas de la casa. Otro caballero francés falleció prematuramente, siendo novio oficial de la mayor de las hermanas, y Antonini y Barbarín fueron de sus frecuentadores. Hubo, sí, castigo de delito que no se cometió, sin encontrarse francés alguno en la bocamina.

Otra más grande que la catedral abortó por aquellos tiempos, conspiración de los jesuítas, desde que perdieron su reinado en ésta, para hacer saltar las colonias, facilitando su escape del trono de España. Así, desde mucho antes, á secularizados jesuítas que habían quedado en los escondrijos de su colegio, y á otros en Montevideo, Lima, Méjico, llegábales de cuando en cuando como *santo y seña* ó palabra de orden para el levantamiento la medallita revolucionaria cuya historia es la siguiente:

Obtenidas por los norteamericanos las primeras victorias (Saratoga y Jorkwon) en lucha por su independencia, aquel sabio hijo de América que «arrebató el rayo al cielo y el cetro á los tiranos,» mandó acuñar en París (1783) la medalla con busto de una hermosa mujer, cabello suelto á la izquierda, asta de la Libertad y gorro frigio sobre el hombro derecho. Llevaba la fecha del 4 de julio de 1776, y por leyenda *Libertas América*. Lluvia de ellas empezó á caer en Méjico, Perú, La Plata, como aerolitos, y fué esto lo que encocoró el real ánimo de Su Majestad. Según el testimonio del Dr. Lamas, citado por el numismático Rosa, desde mucho antes de la imaginada conspiración apareció en el Plata la medalla de la Libertad Americana, pues ya en junio de 1789, persiguiendo una, entró el gobernador de Montevideo, rodeado de escribas y cartularios, en la habitación de

Vidal, hurgoneando su correspondencia con D. Cosme de la Cueva, ex jesuíta, como el anterior, sin llegar á descubrir la hermosa americana, agazapada y muda entre las hojas de un misal.

Tal fué la «conspiración de los franceses» sin franceses, ó la «revolución de la medallita» que vino á remover el pandero. El soberbio Sr. Alzaga, que no llegó á virrey, pretendió ser rey bajo la denominación de Martín I; y en odio á los nativos, para recomendarse por su celo, inventó motín sin amotinados, y sin llegar á la altura de Iturbide, emperador mejicano, sobrepasóle en la de horca, por ser la suya más alta.

Enseña una vez más esto, que, magistrado ó simple particular, ya se hallen en bajo nivel ó en las alturas, deben siempre proceder con justicia y rectitud. Por ocultos que parezcan sus procedimientos, entre sombras ó en las profundas entrañas de la tierra, tarde ó temprano sale á la superficie el mal producido. Procediendo con todo sigilo el alcalde, no faltaron, quince años después, tres personas que estallaran de ira en la plaza pública. Tal en nuestros días, sobre cierto magistrado que creíase á cubierto de subversivos procedimientos, no faltó uno de tantos damnificados, que, revelando su execrable conducta, púsole en expectación, y prensa, opinión pública, cámaras, meetings de indignación, poder ejecutivo, congreso, colegas, estudiantes, los heridos por su mal proceder que formaban regimiento, montaña abrumadora de cargos amontonaron, de peso tal, que sin esperar la tormenta, escabulló como por escotillón del alto puesto de magistrado, nuevo caso de cómo la conciencia acusa.

A sucedidos semejantes, cantó nuestro infortunado Cuenca:

«Todo se paga en este mundo, todo
el mal que cometemos en el suelo,
cuando no es en la tierra, es en el cielo,
cuando no es á los hombres, es á Dios.»





ARGENTINOS EN TRAFALGAR

(TRADICIÓN DE 1805)

A la memoria del explorador de Río Negro comandante de Marina D. Erasmo Obligado

I

Apenas habían transcurrido cuarenta años de la última batalla por la Independencia americana, cuando los jefes supervivientes en esta capital, de que salieron, no alcanzaban á una docena.

Pero este reducido número de ancianos cuyas cabezas plateaba la nieve de los años, abrillantando sus petos militares numerosas condecoraciones y cordones, aparecía como el último grupo histórico, dorado por los resplandores de la gloria.

Tres ejércitos europeos habían desembarcado en Méjico para levantar el trono efímero de un día, poco antes que una escuadra numerosa amenazara á Valparaíso y fuera rechazada en el Callao, insinuando la reivindicación para la Metrópoli de sus antiguas colonias. Ante tal amenaza y la del almirante Pizón, de que sólo hubo tregua, hasta los huesos de nuestros padres se conmovieron en sus tumbas, y los fundadores de la Independencia, cual por eléctrico sacudimiento, se incorporaron para señalarnos con el índice inflexible del deber el camino de la gloria por ellos inaugurado.

En aquellas reuniones preparatorias del gran *meeting* popular (12 de junio de 1864 en el Teatro Colón) para protestar contra el bombardeo del Pacífico, presididas por el general Zapiola, décano de aquellos ilustres guerreros, cual el padre de la patria, aleccionaba á los jóvenes con el ejemplo de los ancianos. Cada uno recordaba allí las hazañas de su hermano

de armas, que no podía contar el que ya dormía el sueño eterno. De ellos recogimos con respeto los diversos episodios nacionales que hemos publicado, como los que la presente tradición resume.

. . . .

Eran más de las cuatro de la tarde (21 de octubre de 1805) cuando, destrozado y puesto fuera de combate el navío *Santísima Trinidad,* donde enarbolara su insignia el jefe de escuadra, Baltasar Hidalgo de Cisneros, se resolvió en consejo de oficiales mandar arriar bandera.

El *Victory,* que montaba lord Nelson, formando la punta de cuña de una de las dos columnas en que subdividiera la escuadra inglesa, le había embestido, consiguiendo separar los aliados. Veíase por intervalos flamear al través de la densa humareda, cual sudario inmenso cayendo sobre miles de muertos y heridos, el acribillado pabellón en jirones. Las dos terceras partes de sus tripulantes quedaban fuera de combate, y el incendio se había producido á bordo de la nave, que prefirió hundirse antes de llegar prisionera á Gibraltar. Como á la torpeza del cabo de cuerda se atribuyera la falta de cumplimiento á su orden, el comandante hizo subir por las vergas otro marinero, que desde la cofa gritaba:

—¡La bandera de combate no es posible arriar! ¡Está clavada!

Interrogado el capitán de bandera, protestaba no haber dado tal orden. Luego se supo que al recibir el guardia marina argentino D. Santiago Aldao la de asegurar el pabellón, tergiversando señales la había *remachado,* como posteriormente el brigadier Alava lo ordenara en el *Santa Ana* á D. Benito Lynch, también porteño. Así la cadetada de un cadete argentino prolongó la gloriosa agonía del más grande (hasta entonces) de todos los navíos del Océano.

En el mismo buque de ciento treinta y seis cañones, repartidos en las tres baterías de sus puentes, con más de mil hombres á bordo, observando poco antes su comandante, el brigadier Uriarte, que no obedecía el timón, corrió á él, encontrándolo amarrado. Una media andanada de la batería de estribor de la nave del almirante inglés había barrido á todos los marineros que lo atendían, y el guardia marina (posteriormente nuestro general Matías Irigoyen y Quintana), al caer herido, apenas tuvo fuerzas para asegurarlo.

Otro guardia marina argentino, Francisco Aldao, leyendo en el libro de señales, con admirable serenidad en sus pocos años, desde el *Príncipe de Asturias,* transmitió la del almirante Gravina solicitando venia del jefe superior Villeneuve para que le permitiera maniobrar independientemente con la escuadra de reserva. También el guardia del *San Francisco de Asís* era vecino de esta costa de San Isidro, D. Luis de Flores, herido casi al

mismo tiempo que caían al pie del cañón, cerca de Gravina, los dos hermanos Aldao (Santiago y Francisco), y en el *Trinidad,* contra el que concentraban los fuegos enemigos, Cisneros, gravemente herido en medio de sus ayudantes Martín José Warnes y Eusebio Medrano, igualmente argentinos.

II

En otra piadosa escena se distinguió también el último de nuestros guardias marinas, un jovencito, casi un niño, Miguel Antonio de Merlo. Vinculado por el cariño sin doblez, en la primera edad, al sabio marino Alcalá Galiano, en quien más que jefe encontró un padre solícito, aún no terminada la terrible hecatombe de aquellos sangrientos funerales, dignos del último héroe del Océano, el ayudante Merlo, tropezando entre muertos y heridos, buscaba la cabeza de su jefe querido, reconocidos los restos por sus insignias. Sobre la cubierta, llena de sangre, que la arena esparcida en previsión de resbalones no evitaba que corriera de babor á estribor por inmensos vaivenes de mar alborotado, la encontró desfigurada, rodando bajo los cañones, y corrió á llevarla al capellán, contraído á socorrer heridos, absolviendo á los valientes marinos españoles que morían sobre el *Bahama.*

Cual una misma densa nube de humo envolvía á todos los combatientes, la Gloria extendió sus inmensas alas sobre los marinos de las tres naciones que se batieron con igual heroísmo en Trafalgar.

Difícil es resumir en breves páginas los numerosos episodios heroicos que en las escuadras combinadas se reprodujeron, al tronar de cinco mil cañones, que á la vez resonaban en las costas del Africa y la Europa, por lo que nos limitaremos á recordar sólo á los jóvenes argentinos que allí se ensayaron.

Desde antes de haber nación argentina, hijos de esta tierra se distinguieron aun en las más lejanas. Nuestros primeros guardias marinas, casi todos en su adolescencia é inexpertos (era el primer combate en que recibían el bautismo de fuego y sangre), no teniendo mando de buque, en grados subalternos, no les era dable descollar en brillantes maniobras; pero en éste, el más grandioso que presenciaron los mares, cada uno de ellos cumplió con su deber, que fué también la orden del día izada en lo alto del mástil del *Victory* por el almirante Nelson caído á su pie: *¡La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber!* Como él, todos los generales españoles, franceses, ingleses, fueron muertos ó heridos, lo que en ningún otro combate se ha repetido.

. . . .

Años después fallecía en Buenos Aires el último veterano de Trafalgar, y en el oportuno discurso del historiador de la Marina argentina, Dr. Angel J. Carranza, recordó á otros jóvenes argentinos que, como Zapiola, Blanco Encalada, Thompson, Matías Aldao, hicieron sus primeras armas en la Escuela española, recorriendo todos los mares antes que el Océano reflejara el pabellón de su patria.

La fúnebre ceremonia fué honrada con la presencia del ministro español Pérez Ruano, por cuyo intermedio el Dr. Teodoro Alvarez obsequió al contraalmirante Lobo (autor del *Manual de la Navegación en el Río de la Plata)* una curiosa reliquia de Trafalgar, con verdadero culto conservada por tantos años. Excelente nadador, el padre de nuestro hábil cirujano, cuando iba á zozobrar ya su nave, desprendió de su cabecera el crucifijo de marfil, recuerdo maternal, y disparando el último cañonazo en Trafalgar, se arrojó al mar salvándose con él.

. . . .

En vasto escenario transformaron el puente estrecho nuestros primeros guardias marinas, que iban ensanchando, como se dilataban los horizontes delante de su proa, sobre todos los mares que circundan la tierra, ya libertando esclavos á su paso de barcos negreros, ora auxiliando náufragos, y llevando siempre bien en alto por todas partes el pabellón de *una nueva y gloriosa nación!....*



El general Zapiola



El salto de Hornos

¡QUÉ ESCAPADA!

I

El reo estaba en capilla, si ilusión de tal pudiera formar la sudada jerga extendida al pie de un ombú, que poco le había resguardado del sol, frente al centinela de vista.

Triste y silencioso, resignado, pero no abatido seguía, cuando observando al lancero que lo custodiaba, vió correr una lágrima por su rugosa faz bronceada.

—¿Por qué estás triste?—le preguntó.

Y sin más preámbulo agregó el *tape:*

—Han fusilado á su hermano, señor, y á usía le van á pegar cuatro tiros.....

—Poca cosa, hijo; no te aflijas por mí, ya me han tirado tantos.....

—Sí, mi *comendante;* pero de ésta no escapa. Se acaba de ordenar en la lista que después del toque de diana debemos formarle el cuadro.....

. . . .

El destacamento hallábase acampado cerca del Arroyo de la Leche, á inmediaciones de la actual Villa Colón (Entre-Ríos).

Adelante, la vanguardia; á retaguardia, el cuartel general; en la gran

guardia, bajo el ombú, el prisionero incomunicado; grupos diversos de soldados alrededor de los fogones por todas partes humeando, y entre el verdeobscuro de la selva de *espinillos* y *ceibales,* blanqueando algunas carpas de oficiales.

Unos *milicos churrasqueaban,* otros tocaban la guitarra, y las banderolas coloradas de la caballería, en altas lanzas flameando á lo largo hasta la vecina ribera del Uruguay.

Majestuoso y sereno descendía éste, ya algo obscurecido por las primeras sombras de la oración, cerca de la costa argentina, mientras que allá á lo lejos, en la otra banda, la luna llena y hermosa, saliendo tras los verdes sauzales, empezaba á platear la mansa corriente.

Algo alentado al encontrar una gota de afecto humano en medio de tantos duros corazones, sin perder el sentenciado su sangre fría, dijo al centinela:

—Mira, tengo necesidad de una *necesidad*.....

Con la venia del sargento de guardia le acompañó algunos pasos hacia la entrada del montecillo inmediato, sin haber advertido que bien cerca pastaba un *parejero* atado.

Al tiempo que le decía á su antiguo soldado: «*¡Date vuelta, che!*, ni para esto se puede estar sin testigo,» rápido arrancó la estaca, y saltando sobre el caballo, con la agilidad del gaucho más hábil se lanzó á escape.....

Al ruido del galope, el centinela, dando media vuelta, gritó:

—¡Cabo de guardia, el preso se escapa!....

II

Cuando los soldados desprevenidos se incorporaban, dirigiéndose unos á sus caballos, tomando sus lanzas ó tercerolas otros, el fugitivo iba ya á distancia.

Perseguido luego por cuantos encontraron caballo á mano en que saltar, acorraláronle en círculo que iban estrechando hacia el río.

Llegado á la barranca, poco elevada en aquel punto, llamado desde entonces el «Salto de Hornos,» echó éste el poncho á la cara de su *malacara*.

Al faltarle la tierra le sobró el agua, y tras ruidosa *zambullida* vióse salir nadando á lo lejos caballo y caballero.....

Sofrenando sobre la barranca á pique los carabineros de la guardia, inútiles fueron sus tiros, cuyas balas de caballería daban siempre en cualquier parte, menos en el blanco.

Ruma y otro indiazo resuelto, resbalándose el *chiripá,* se echaron al río

en su persecución llevando el *facón* en los dientes. Si las balas de los cazadores del bosque no le habían dado caza, *vaqueanos* pescadores del Uruguay pretendían pescarlo en sus remansos.

Y acaso le dieran alcance á no nadar más ligero que el hombre su caballo, de cuyas crines prendido iba el fugitivo, salvado como en una tabla; menos, en un hilo, en un pelo.....

Cuando la distancia se iba acortando, dándose vuelta le gritaba á su perseguidor más inmediato:

—¡Acércate no más, *guaycurú* desarmado, que te voy á ahogar!

Y como diferencia hay entre exponerse á ahogar por salvar la vida que en ahogarse por comisión, el indiazo se detenía un tanto, siguiendo después corriente abajo caballo, fugitivo y perseguidor.

Acalambrado aquél, próximo á hundirse, consiguió hacer pie en un pequeño banco á flor de agua.

Ya casi al alcance de Ruma, zabulló de nuevo, y entonces á su vez fué éste el *acalambrado*.

Tras un momento de resuello siguió la persecución, y cuando más se aproximaba oía de nuevo el grito:

—¡Acércate no más, que abrazados iremos al fondo!

El Uruguay, aunque estrecho allí, no lo es tanto como la esperanza de un condenado, y la costa oriental no se alcanzaba.

Suspendido apenas por un cabello sobre el abismo pronto á tragarle, ya desfalleciente y sin fuerzas, era su situación bien desesperante.....

Y mientras el audaz fugitivo sigue debatiéndose con el líquido elemento corriente abajo, en medio del Uruguay majestuoso, iluminado por la hermosa luna plateando su rubia faz, salvemos, en lo posible siquiera, el nombre de este olvidado patriota. . . . .
. . . .

III

Era el entonces comandante D. Manuel Hornos uno de esos rudos tipos de soldado tan valiente como honrado, viva encarnación de la más sana parte del pueblo entrerriano, en aquella heroica provincia en la que, si desde Ramírez hasta Urquiza y López Jordán larga lista de caudillos hubo, que no siempre ofrecieron sus armas en el altar de la libertad, pueblo virtuoso y perseverante descolló en sacrificios para alcanzarla.

Allá por los años de 1843, los Elía, Hornos, García Zúñiga, del Pino, Montero, Enciso y lo más exaltado de la juventud liberal de Entre Ríos conspiraba para cambiar el gobierno del general Urquiza, que desde sus

comenzamientos aparecía un *tantico* ganoso de seguir las huellas del tirano de Buenos Aires.

Como en la revolución de Maza contra éste aquí, no faltó allí un Judas que delatara aquélla.

Tuvieron tiempo de ponerse á salvo la mayor parte de los conspiradores; pero Hornos, más confiado sin duda, no se ocultó, y fusilado su hermano Román, quedó D. Manuel en capilla, debiendo ser pasado por las armas al toque de diana.

. . . .

Y este hombre arrojado, tenaz, constante, inquebrantable en la lucha, la primera lanza en los ejércitos de Lavalle y de Paz; que cruzó con Salas Ocampo y un puñado de valientes como él toda la extensión del inclemente Chaco para ir á robustecer en Caaguazú el último grupo en armas contra el tirano; noble figura después en los sitios de Montevideo y de Buenos Aires, en cien invasiones de salvajes que contuvo con su lanza, últimamente en el Paraguay; la primera heroica lanza en todas partes donde brillara, iba ahogándose á un paso del más empecinado de sus perseguidores, desfalleciente y acalambrado, sin fuerzas ya para sostenerse de una cerda del caballo, por todas partes rodeado de inminente peligro de muerte, sin la más leve vislumbre de salvación. . . . .

. . . .

Allá va siguiendo á son de *camalote* y sin rumbo, arrastrado por la corriente, sin faltar la entereza á su corazón, pero sí ya la fuerza á su brazo.

Como irrisión de un destino fatal, la más espléndida luna, desplegando sus rayos como abanico de plata, alumbraba aquella silenciosa agonía de un mártir de la libertad.

Naranjales y aromos saturaban de perfume embriagador la suave brisa, impeliendo la ola próxima á sumergirle, y el melancólico grito de alerta de la pava del monte y la gallineta gris invisible en la cercana isla, oíase expirante como triste adiós de despedida. . . . .

. . . .

Rumor más cercano entre sombras llegó como eco de última esperanza, y de una pequeña embarcación, que á impulso de seis remos volaba cual flecha, salió una voz vibrando:

—¡Oh!, ¡de la barca!

—No hay barca.

—¿Qué hay?

—Un hombre que se ahoga.

—No. Un hombre que se salva—contestaron. . . . .

. . . .

Y en poco tiempo, pescado desde la borda, fué subido al bote...

De un buque de la escuadra francesa, fondeado en la costa bajo Paysandú, habiéndose oído tiros y gritería en la ribera opuesta, desprendieron el bote más ligero para explorar lo sucedido.

La luna, plateando la estela tras los nadadores, guió al oficial francés, y Hornos, antes de todo, pidió con empeño que le ayudaran á salvar su caballo salvador. Los rencorosos chinos que le perseguían viraron hacia tierra en cuanto vieron que le llegaba protección.. . . . .
. . . .




Casa del fiscal catoniano y palacio del Congreso

FISCAL CATONIANO

I

Cuando éramos *rata de oficina*, noble oficio por cierto, mandáronnos cierto día con algunos expedientes á casa del Fiscal del gobierno, más que de modesta apariencia, muy distinta su fachada de las que después habitaron los fiscales y sus agentes.

Desde su estrecho zaguán entablamos el siguiente diálogo con el hombre que en mangas de camisa barría el patio.

—¿Está el señor Fiscal?

—No, señor.

—¿El Sr. Dr. D. Juan Andrés Ferrera, Fiscal de gobierno, vive acá?

—Sí, señor.

Y como ya noticias teníamos de las excentricidades del personaje en busca, aunque nunca le habíamos visto, no sé por qué barruntamos que el Fiscal y el barrendero en camisa habían de resultar una misma persona.

—¿A qué horas se puede ver al señor Fiscal?

Y sin interrumpir su tarea *barrendil*, ni alzar la cabeza, contestó:

—Aquí vive D. Juan Andrés Ferrera, que está limpiando su casa porque el sueldo no le alcanza para pagar quien lo haga. El señor Fiscal de gobierno, que tiene su despacho ahí, primera puerta del zaguán, se encuentra en él desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, horas reglamentarias de oficina.

Sacando nuestro gran *tacho*, al parecer de plata, y comprobando que faltaban cinco minutos para la hora fijada, giramos sobre nuestros talones, yendo, como los serenos de *La Verbena*, á dar otra vuelta á la manzana.

II

Algún tiempo había pasado, cuando por los diarios se avisó que la persona en cuyo poder se hallara el número de los *tres sietes,* agraciado con el premio de una casa en rifa, podía presentarse en la escribanía de Mogrovejo, para escriturar el traspaso de títulos á su favor.

Ya empezaba á murmurarse que tal número no existiera y de que trapisonda mayúscula encerraba algún gatuperio, para dejar en blanco á todos los creyentes de boca abierta que en tal rifa cifraron su suerte, cuando otro sábado se le ocurrió barrer al buen Fiscal, ya no el primero y único patio de su casucha, limpia y blanca como tacita de plata, sino los tres cajones de la única cómoda de su hacendosa mujer.

Entre papelitos y sobres de rizos ya canos, y apuntes de ropa usada, cayó uno amarillento, viejo y arrugado, con *tres sietes* más negros que conciencia de cartulario. Siguiendo el arreglo del contenido de todo el cajón, le separó, y cuando su buena Petrona regresaba con la china del mercado, le preguntó á qué rifa se refería el billete que había encontrado.

Ni ella misma lo recordaba ya, hasta que leyéndolo exclamó:

—¡Ah! Es verdad, ni sé si te había dicho. Cierta mañana, hace ya mucho, me importunaba tanto la vieja billetera, al salir de la iglesia, con que me quería dar la suerte, que más por hacer caridad, pues aseguraba ser para los pobres una parte de esa rifa, que por tentar suerte, compré ese número, del cual no me acordaba.

—¿Y sabes lo que este número importa hoy?

—Tampoco me ha preocupado, que ni sé si se jugó ó no la tal rifa, ni quién se habrá sacado la casa; sólo me interesó aumentar á los pobres la parte que se les asignaba. Pero como no me he sacado en la vida más lotería que tú, mi buen y leal compañero de tantos años, no abrigues temor de que lleguemos á cambiar por ésa la casita ésta.

—Así te quiero ver siempre, mi honrada mujer, resignada al modesto pasar que puede proporcionarte tu marido. Pero la verdad es que te has sacado la casa, cuyo billete de rifa ignoraba hubieras comprado. Ahora te voy á pedir un favor. Como sabes, yo no tengo dos morales, una para ante el público y otra para dentro de casa. Como hombre y como magistrado, uno mismo es el principio que siempre me guía. Te pido que no cobres esa suerte, y sigamos felices en la pobreza que sobrellevamos. Como abogado, como fiscal, como empleado y como hombre, pienso y he dictaminado en cuantas vistas expedí, que en todas esas rifas y loterías hay siempre irregularidades y engaños, y creo que una persona honrada jamás debe

pedir al azar lo que sólo del trabajo debe esperar. Sería para mí una inconsecuencia, borrando de una plumada mis antecedentes, si saliéramos sacándonos rifas, que he combatido por perniciosas.

Sin inmutarse, la buena Petrona, que también tipo era de *virtud catoniana*, digna consorte del más honrado Fiscal que hubo en esta tierra, tomó el número de manos de su esposo, devolviéndosele en cuantro pedazos.

—Tal vez hubiéramos salido de pobres; yo no creía hacer mal en lo que hice. Quizás viviendo en una casita propia hubiéramos gozado más comodidades en nuestros últimos años; pero no es de hoy desde cuando me conoces, y sabes que jamás he tenido otra voluntad que la de mi marido.

Y al mismo tiempo que rodaba sobre sus ya arrugadas mejillas una lágrima de afecto, repitióse la escena que el desgraciado Rousseau cuenta no haber visto nunca: «suspirando de amor dos seres ya encanecidos.»

III

Mayores singularidades impresionaron vivamente nuestra imaginación de niño, y dímosnos á investigar antecedentes de virtud tan rara en aquella como en toda época. Entonces vino á nuestro conocimiento que el fiscal Ferrera había nacido en tiempo del *Virrey de las gallinas* y que era el mismo personaje de quien el general Paz refiere muchas excentricidades.

Emigrado como la mayor parte de las ilustraciones de su época, tildado de *salvaje unitario,* diez años atrás de la mañana aquella en que le conociéramos barriendo el único patio de su estrecha casa, había caído en el campamento que á la sazón se organizaba en la provincia de Corrientes.

Hombre pacífico y poco experto en las armas, pues no había esgrimido otra que la pluma de la justicia, se clasificaba á sí mismo de *boca inútil* en el campamento. Pero, hombre á la vez de ilustración y consejo, el jefe de esa otra expedición libertadora no quería alejarlo de su cuartel general.

—Desígneme usted algún trabajo, decía el doctor, pues que de otro modo no me considero con derecho á la ración de soldado.

Y el austero general, reconociendo los quilates de aquel brillante en bruto, sin engarzar, «que cosa rara fué siempre hallar un hombre honrado á carta cabal,» valióse de mil ingeniosidades para retenerlo.

Muy pobre y necesitado andaba por entonces, como todo emigrado, sin patria y sin hogar, y sólo los colores de la bandera celeste y blanca le atraían allí donde flameaba con imán irresistible.

Llegó en cierta ocasión á preguntarle el general Paz qué hora tenía, y como le viera sacar un viejo *tacho* de plata, gemelo sin duda de aquel que señalaba la hora en que le conocimos, se fingió prendado de tan

antigua prenda. Aunque desde el primer momento le fué ofrecido con toda espontaneidad, el general Paz le dijo que bien lo necesitaba, pero que sólo lo admitiría aceptándole las tres onzas que en su mano puso.

—Pero esto es tres veces más de su valor—contestó el doctor.

—Pero es que tres veces más de su valor intrínseco tiene esta joya de familia—replicó el general,—si, como usted recuerda, ha señalado la hora de su casamiento, de su destierro y tantas horas solemnes en su vida.

Y disimulando así el medio indirecto de hacerle aceptar algún socorro en su necesidad, que era extrema, contaba después muy satisfecho el general cordobés cómo le había buscado la vuelta á la austeridad del abogado porteño.

Tan raro el general como el doctor, no siempre hicieron buenas migas desde el primer día, pues algún chisme de campamento llegó á circular de que bien podía haber sido mandado por la comisión de Montevideo para que, introduciéndose en sus consejos, dirigiera al general.

Disipadas las desconfianzas que rodean á un recién venido, se le dió la Auditoría de guerra del ejército en el campamento de Villanueva en Corrientes. Entonces solía frecuentar la mesa del general, tan frugal, que los traviesos ayudantes la evitaban siempre que el ayuno no era obligatorio.

De tan claras y tan largas visitas en sus vistas fiscales y de fino y nada corto oído como auditor, ilustrado y severo, en Buenos Aires y Montevideo, en el Paraguay, Brasil y Bolivia, en todas partes dejó recuerdos de su recto proceder, como luminosa huella de su paso.

Cuantos le conocieron acabaron por hacer completa justicia á su incansable contracción y su desinterés, superior á todo encarecimiento.

Minucioso en detalles, era una de sus manías la de tener todo enumerado, hasta las piezas de su ropa interior. Jamás se ponía la camisa número *cinco,* sin haber usado el número *cuatro.* Si en Corrientes no hacía esto, como cuando le conocimos barriendo en mangas de camisa, era porque en la pobreza de campamento sus camisas eran *nones* y no llegaban á tres.

Nacido, como queda dicho, en tiempos del *Virrey de las gallinas,* cuando el marqués de Loreto dejó preso, hasta que se comiera todas, al paisano que se las obsequiaba por haberle despachado favorablemente el acto de justicia solicitado, falleció durante el gobierno del doctor Obligado.

Pero era *en tiempos de D. Pastor,* cuyo honrado gobierno hizo época, según los viejos que se van. Llamóse su ministro de Hacienda D. Juan Bautista Peña, y el de Guerra no fué otro que el mismo general Paz.

Entre ministros como el sabio Dr. Vélez Sarsfield, D. Valentín Alsina, el Dr. D. Francisco de las Carreras, el coronel Mitre (D. Bartolo), don Norberto de la Riestra, D. Domingo Olivera, hacía digno *pendant* un fis-

cal como el Dr. Ferrera. ¡Lástima que fiscal semejante no dejara semilla!

Lleno de talento y buenas cualidades, cual el general cuadrado que exigía Napoleón, del que era modelo el digno general Paz, ese otro recto ciudadano fué un porteño honrado por los cuatro costados.

Decía de este último, el primero, que escribir era su entretenimiento, su diversión, su única pasión dominante, á punto de haber dejado algunas toneladas de papel escrito de su puño.

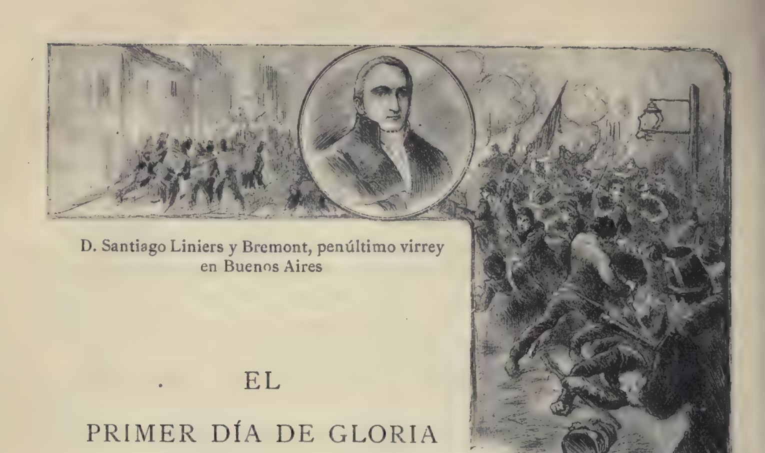
Pero si de elogios se hizo digno el Dr. Ferrera, ¡cuántos no merece su buena y abnegada esposa! Pobre, humilde y sumisa toda su vida, despierta un día relativamente rica y con casa por el capricho de la suerte. A la primera palabra de su marido, sin objeción alguna, sin la menor vacilación, tira la suerte al pozo, dando espaldas á la fortuna.

Andando el tiempo, en muchos años de Juez, no conocimos otro fiscal al de esta tradición parecido.

¿Cuántas mujercitas conocéis, queridos lectores, semejantes á la fiscala de este cuento, que no lo es?....



Depósito de las aguas corrientes


D. Santiago Liniers y Bremont, penúltimo virrey en Buenos Aires

EL PRIMER DÍA DE GLORIA

I

—¿Y cuál será el último cañonazo en esta tierra de tanto ruido y humo?

—Sábese donde se dispara el primero. ¡Misterio es del destino dónde resonará el postrero!

En esta tradición nos referimos sólo al último cañonazo del primer día de gloria, en que por vez primera tronaron á bala en las calles de esta ciudad.

La mañana del martes 12 de agosto de 1806 no apareció el sol en nuestro cielo; pero brillante y esplendente se levantó el sol de la victoria en nuestra historia.

Poco después de las diez avanzaron los soldados del pueblo desde la plaza de toros, y antes de las doce no se oía ya un tiro.

Ardua y laboriosa fué la gestación de la reconquista, pero tras dos horas de fuego incesante el valor de nuestros reclutas apagó el de los soldados ingleses, que, empezando por retirar sus avanzadas desde los cantones de San Miguel, se reconcentraron en la plaza principal, encerrándose luego en el fuerte.

El general Liniers hacía esfuerzos supremos deteniendo á sus tropas entusiastas y ardorosas por lanzarse á la carga.

El fuerte tiroteo de los migueletes á la vanguardia se había interrumpido, y temiendo que fueran ellos cortados, dirigióse Liniers con toda la tropa en columnas paralelas por las calles de la *Merced* y *Catedral*.

Diez y ocho cañones resguardaban las bocacalles de la plaza, coronadas de soldados azoteas, recova y Cabildo.

Poco á poco, y después del más vivo fuego, languidecía éste, contestando con menos bríos los rifleros escoceses hasta que abandonaron la plaza, que en inmensa algazara y tropel, confundidos soldados y vecinos, fué llenada por las tropas del pueblo.

Hombres, niños y mujeres, el verdadero pueblo representado en todos sus gremios, estados y condiciones, cooperó con valor y entusiasmo á la victoria.

Hasta los muchachos de las calles se distinguieron por sus servicios: unos alcanzaban municiones en sus raídos ponchitos: otros rompían éstos para taco de cañón. Mientras que todas las puertas se abrían para recoger y atender á los heridos, todo auxilio era negado á los ingleses en dispersión.

Guardacantones, puertas y ventanas servían de refugio á bisoños soldados, y cuando los vecinos armados veían acercar la mecha al cañón, dejábanse caer al suelo, y bajo el humo de la metralla, con furor desenfrenado, avanzaban puñal en mano, haciendo retroceder á los intimidados veteranos de Albión.

Hasta las mujeres tiraban de sus balcones el primer mueble, ó pesado objeto á mano, sobre los fugitivos, y si las piedras de las calles no se levantaron en aquel día, fué porque éstas no las tenían.

Muerto un bravo arribeño al lado de su mujer que le ayudaba, tomó ella el fusil caído de sus manos y con certero tiro mató al matador de su marido.

No lejos de esta valiente Manuela la Tucumanesa, un muchacho casi niño, Montes de Oca, con no menos heroicidad, al caer el cabo de cañón y ver que avanzaban á arrebatarlo en la calle *Defensa*, se precipitó, recogiendo la mecha que aún humeaba cerca del muerto artillero, dando fuego, y al disparar el *último cañonazo,* barrió el postrer pelotón de petos colorados.

II

Cuando Liniers llegaba al pretil de la Merced, viendo Berestord, parado bajo el arco de la Recoleta vieja, caer muerto á su ayudante Kennet, hizo con la espada señal de retirada, y replegando sus tropas entró el último en la fortaleza, mandando levantar el puente levadizo.

La densa bruma de un día gris, húmedo, nublado, y el humo del combate impidieron por algún tiempo divisar la bandera blanca flameando en el bastión Norte, por lo que continuaron los tiros desde todas las bocaca-

lles sobre aquel punto, y el atropellamiento y voces de la multitud, ebria de entusiasmo, acrecía la gritería infernal.

Por todas partes se oía:

—¡Avancen!, ¡avancen!, ¡avancen!....

Los rubios granaderos escoceses guarnecieron los baluartes. Gente de toda clase y hasta vecinos desarmados arrastraban muebles, tablas y escaleras para trepar por los fosos.

El ayudante Quintana se acercó al puente, y todavía no concluído el redoble del tambor parlamentario, dejóse caer el rastrillo, que á no descender tan pronto, detrás del ayudante entra todo el pueblo.

El general Beresford pretendió hablar de capitulaciones, y Quintana respondió con las mismas palabras con que cuarenta y cinco días antes el inglés intimó á la débil autoridad del rey:

—No hay otra que la de rendirse á discreción. Si no se alza inmediatamente la bandera española, de nada respondo.

Fué entonces cuando, asomando sobre el arco de entrada, saludó con el elástico y tiró la espada al foso, que luego Mordeille le devolvió atándola á la vaina con la faja que al efecto alargó Quintana.

Al salir con marcada desconfianza, preguntó Beresford si había seguridad, contestándole Quintana que, como caballero, respondía con su vida; y tomándole del brazo, le acompañó hasta entregar el prisionero al segundo jefe, Gutiérrez de la Concha.

Poco después, formando las tropas vencedoras en doble ala, desde la entrada del fuerte hasta la del Cabildo, salieron los soldados con sus armas, tocando marcha, habiendo perdido en la acción cuatrocientos doce hombres y cinco oficiales entre muertos y heridos, y costando este triunfo al pueblo doscientos de sus valerosos vecinos.

Y aquellos bravos y aguerridos veteranos, ante los que la estrella victoriosa de Napoleón palideciera un día, cabizbajos y abatidos desfilaron por entre dos filas de zambos, negros y mulatos; de criollos, españoles y *orientales*, mandados por la más arrogante juventud porteña.

Contraste resaltante presentaba su brillante uniforme y hermosa banda de música á la cabeza, frente á los pitos y tambores de los vencedores embarrados, descalzos y en harapos.

Aun los pilluelos de los andurriales hicieron su agosto, como que en ese mes estaban ayudando y siendo guías y avisadores á nuestros soldados, á la vez que extraviaban con falsas noticias á los ingleses. *Chicuelos* que por todas partes se meten asomaban sus lindas caritas sucias y cabecitas desgreñadas entre las filas de milicianos, sacando la lengua á los *misters* azorados, haciéndoles *pito catalán*.....

III

A la mañana siguiente presentaban al general Liniers, en el salón principal del fuerte, las lujosas banderas del regimiento 71, que en Europa, Asia, Africa y América del Norte flamearon vencedoras.

A todos los jefes y oficiales que se distinguieron los había llamado el general improvisado por la victoria, para felicitarles personalmente por su brillante comportamiento.

En el grupo en que se notaba á Irigoyen, Viamonte, Pinedo, Somellera, Feijóo, Agustini, cuyos dos últimos fueron distinguidos posteriormente con medalla de oro, se hacía la crónica más animada de los hechos del día anterior, recordando las hazañas de Valencia, Sentenach, Fornaguera, Anzoategui (también agraciado con igual medalla), como de Correa, Córdoba, Ruiz y Miranda, marinos que tan hábilmente dirigieron sus soldados, al par que los oficiales de tierra.

Y entre conversación de bulliciosos corrillos se estaba cuando el señor D. Martín Rodríguez dijo, alzando la voz:

—Pero no hay que negarlo, la victoria de ayer es, ante todo, debida á los esfuerzos de nuestros compañeros de la otra banda. Sin su ayuda no hubiéramos podido organizarnos. De allí nos han venido todos los auxilios y la heroicidad desplegada por García Zúñiga, Lasala, Michelena, Salvañach, Ellauri, Balbín, Murguiondo, Méndez, Chopitea, Illa, y lo que hicieron ellos, españoles, ni de aquí, ni otros han sobrepujado.

—¡Es verdad!—contestaron en unánime coro.

Y avanzando los argentinos hasta confundirse en un solo grupo con los bravos y modestos oficiales orientales, se estrecharon entre vivas entusiastas, cual si en aquel primer abrazo fraternal, al día siguiente de correr mezclada la sangre de vecinos de una y otra margen del Plata, presintieran la solidaridad de un mismo y glorioso destino para estos pueblos, hermanos desde la cuna.

En esto estaban cuando entró D. Juan Martín de Puyrredón con su hermano, trayendo á un pequeñuelo mal vestido y bien embarrado, uniforme común en aquellos lluviosos días, y dirigiéndose á Liniers, dijo:

—Le presento, señor, al verdadero héroe de la jornada, de cuya hazaña dió parte á usía el jefe de los artilleros.

A lo que el general, avanzando, le interrogó:

—¿Conque tú disparaste *el último cañonazo?*

El niño, mirando á todos lados, no atinaba á responder.

Y como Liniers le interrogara de nuevo con aire que al niño se le an-

tojó amenazante, recordando recién haber hecho fuego sin orden, cortado ante la autoridad, como no había temblado ante el peligro, y todo medroso, contestó al fin:

—Es verdad, señor, que yo disparé el último cañonazo; pero perdóneme usía que ya no lo volveré á hacer más. . . . .

. . . .

Compensada fué dignamente hazaña tan poco infantil; pero, en el correr de los años, muchos cañonazos más tiró en nuestra guerra interminable el héroe de aquel día.

Sin duda, desmemoriado ya el valiente comandante de patricios don José Montes de Oca, pronto olvidara su promesa de niño. . . . . .

. . . .

Después de cien combates, á su muerte había alcanzado el mismo grado que hoy su digno hijo, el ilustrado coronel D. Alejandro Montes de Oca.

. . . .

—¿Sabéis dónde y cuándo se disparará sobre tierra argentina el último cañonazo?. . . . .

. . . .

—Pues yo tampoco.



General D. Juan Martín Puyrredón



PESCA DE ORO EN EL PLATA.

I

En la madrugada del jueves 8 de diciembre de 1806, D. Mariano Escobar, vecino en la ribera Sur de esta ciudad, sacó en su red del Río de la Plata oro bastante para edificar casa á cada uno de sus hijos, de los que aún, muertos los primeros, quedaban veinte.

A milagro atribuyó el sucedido, no sólo él, sino todas las comadres de las circunvecindades de ese devoto del Luján. Milagro el de la pesca de oro; que el de la fecundidad de su *percundante,* coneja había por aquellos tiempos que acostumbraba doblar tal número en su prole.

Mientras que lectores más incrédulos investigan por qué *bagres,* dorados y pejerreyes del inmenso Plata no han vuelto á convertirse en oro, aunque no fuera de ley, daremos un paseíto, si ustedes gustan, por esas callejas cortadas de *San Lorenzo* y *Luján.*

Y á propósito: se nos venía al magín, al cruzar la plaza de Los Andes, el recuerdo de Pepe-yendo, viajero incorregible, que llega hoy y se va mañana; en lo que se parece á Dios, porque en todas partes está.

Yo creo en los milagros: hasta hice algunos, y médium ó *intermédium* fuí en otros; recordaba la otra tarde, de sobremesa en la de uno de nuestros íntimos y en la hora del café, ese sabroso veneno lento, pero tan lento, según él mismo, que después de cincuenta años de beberlo con placer, apenas llega á causarle cierto malestar ó principio de intoxicación cuando se lo sirve su suegra.

—Pues no había más (continuaba) sino que al Creador de Cielo y Tie-

rra, que echó á rodar tantos mundos, como este raquítico en que rodamos, se le hubiera gastado la máquina, no pudiendo hacer ya ni un milagrillo de morondanga en los tiempos que el brujo de la electricidad, casi, casi le enmienda la plana.

Sin hacer levantar los muertos (como á Lázaro), ni incomodarlos para nada, quietecitos en sus tumbas, les hace hablar tan mal como hablaban en vida, reconociéndoseles la misma voz, ideas y pensamientos y aun los mismos defectos de pronunciación.

Por lo demás, poco hace al caso la forma. Sea en pesca de oro, lluvia de plata, descubrimiento, mina, tapado, la gracia es estar en gracia, para recibir ó hacerse acreedor al milagro.

Y como comprobación de su acertijo, nos refirió la tradición que para creyentes é incrédulos repetimos.

II

Barrancas más altas que las de la Recoleta se extendían al Sur hacia las de Lezama, y hasta el año X distinguíase en una más saliente, coronando el valle que la corriente del *tercero* Sur formaba al caer en el río, una aislada construcción cilíndrica, como palomar abandonado, á los fondos de extensa quinta.

Cortados los álamos de la orilla, todavía asomaban por ella sauces, higueras y durazneros, sobresaliendo del interior de las huertas como manchas de diversos matices, tapizando el azulado horizonte. Silvestres enredaderas revestían aquella blanca ruina, ciñéndola verde cortinaje en flor. Y tan numerosa como ellas era la descendencia del pobre pescador que entre toscas y barrancas llegó á colgar allí su nido, en el que no menos de veinte cabecitas desgreñadas pedían el pan nuestro de cada día.

Desgraciado hasta entonces en todos los negocios que emprendiera, sólo una devoción le quedaba, á la que se aferrara como á último faro de esperanza. Tenía fe ciega en la protección de la milagrosa Virgen de Luján, de cuyos pagos había venido allá por la Cañada de Escobar.

Todas las mañanas al acabar hincábase, y antes de salir á su trabajo diario, junto al ancho y único lecho en que dormían muchos hijitos, pedía con fervor á la Santa de su devoción le hiciera salir de pobre, que no le fuera á faltar el sustento para tantas boquitas queridas.

Recuerdos de esa su invariable devoción desde la infancia, no sólo era la ahumada imagen de Nuestra Señora del Luján, única herencia de su buena madre, perennemente suspendida á la cabecera de la cama, sino también las dos docenas de Lujancitos que sobre tan honrado tálamo vinieran

al mundo. Al nombre del santo del día en que naciera cada uno de sus hijos agregaba el de Luján, á punto que las vecinas más llamaban á Escobar por el sobrenombre de *ño Luján*, el de los Lujancitos.

Con viva fe confiaba todas sus empresas poniéndolas bajo el amparo de la Virgen, y lloviera ó tronara, en las tormentosas noches de tempestad sobre el Plata ó á la plácida luz de la hermosa luna llena reflejando en sus serenas aguas, tras el frugal puchero, infaltable era el rosario, todas las noches rezado con toda devoción bajo el techo pajizo del humilde rancho avanzado sobre las toscas en la bajada de la histórica ruina. A él hacían coro todos sus hijos, hasta el más chiquitín, gritando desde la batea suspendida como improvisada cuna áerea, asustado por las olas que mugían tan cerca.

Con la del alba, hora era en que iba á recoger la red echada hacia el Arroyo de las Canoas, en la tarde anterior, frente al Fuerte. Al regresar del mercado con su desportillada carreta de pescado (codeándose con donde hoy se hacen leyes: Congreso), volvía á sus *cangrejales*. Ya carpiendo su estrecha huerta en declive, componiendo las redes ó calafateando su canoa, en incesante trabajo todo el día, acompañado de su buena mujer y rodeado de sus hijitos en camisa, era feliz en aquel pedacito de paraíso, anublado sólo por el temor que llegara á faltar el pan para tantos seres queridos.

III

Y así transcurrieron los últimos años del pasado siglo y los primeros del que fenece, hasta que en su primer lustro, un día que cierta división inglesa vagaba sin rumbo por esos mares de Dios, tentó fortuna, ensayando probar si era *horchata* lo que corría por las venas de este pacífico vecindario.

Y aunque les salió el tiro por la culata, resultando cara la fiesta, fácil fué por de pronto, sorprender una ciudad sin soldados, abierta y de largas siestas, entrándose muy orondo en la hora que el virrey tomaba el chocolate, aplaudiendo desde su palco las figuras coreográficas de la primera mulata bailarina que subió á hacer piruetas en el Teatro Argentino.

Como en ocasiones avanzaba Escobar en su pesca más lejana hasta cerca de la Punta de los Quilmes, fué el primero que vino con el aviso de estar desembarcándose en aquella playa petos colorados, cual hormigas del mismo color, y á la señal desde su bote explorador se disparó el primer cañonazo de alarma de aquel mismo fuerte dentro del que el viejo virrey no creía en ingleses ni aparecidos.

No fué este su único servicio de descubierta ó explorador, que los pobres servir también saben como pobres, y en muchos casos con mayor eficacia que otros.

Al abandonar el virrey su alcázar, sin tirar otro cañonazo que el de alarma, de lo único de que se acordó fué de ordenar que le siguieran con los caudales que las Cajas Reales guardaban.

Algunos fueron á parar á las galerías subterráneas que conducían al gran aljibe ó depósito de agua, inmensa reserva para no rendirse por sed en caso de que la débil fortaleza fuera sitiada. De éstos, recordado su enterramiento medio siglo después, ni el inolvidable Dr. Casajemas, ni ingenieros y busca-tapados dieron con ellos. Parte de esos caudales fugaron campo afuera, sin faltar otros que fueran río abajo.

Con todos los hijos que tenían ya fuerza para tomar un fusil concurrió Escobar á expulsar los intrusos, poco después de su arribo.

Y era ésta su más laudable acción, pues que dos muertos y cuatro heridos de sus veinte vástagos no fué el único tributo con que ayudó á la expulsión de los invasores de su tierra en la primera victoria del pueblo de Buenos Aires.....

No hacemos la crónica de aquellas primeras glorias, limitándonos á recordar que cuarenta y cinco días después de la sorpresa salieron los soldados ingleses tan de prisa que parte del tesoro quedó escondido entre cardales, no habiendo llegado al Luján.

Descubierto por los ingleses, guiándoles un Judas que nunca falta cuando de tesoros se trata, empezaron su embarque, no para pasearlo como trofeo en las calles de Londres, que banderas y no talegas tuvieron que dejar como tales en ésta, sino para honra y provecho de los asaltantes. Tan de ligero embarcaban bolsas de columnarios á bordo de *Narciso* el 11 de agosto de 1806, y en tormentosa noche, como heridos y caudales por la puerta del Socorro, que sobresaltados por los que detrás venían, no tuvieron tiempo de recoger una talega de onzas peluconas que en el apuro cayó al agua.

IV

Cansado de tanto trabajo y penurias, lamentábase D. Mariano Escobar una hermosa mañana de primavera del año de los ingleses. Recordaba sus llorados hijos y cómo, aun siendo ese el día de la fiesta del Luján, su devoción desde niño, era aquel año el primero que ni tiempo le habían dejado sus quehaceres para ir á oir misa. Tenía su mujer postrada en cama, y desde bien temprano bregaba por recoger la red que, enredada sin

duda entre los *cangrejales*, no podía arrancar del fondo, frente al fuerte.

Cuando después de muchos esfuerzos consiguió levantarla desgarrada, cuál sería su sorpresa al ver que, si contenía pocos peces, pesca provechosa había hecho, pues en pequeño zurrón forrado de cuero, á talega parecida, cosa de poco bulto y mucho peso llevó su barca al rancho.

Reunidos todos los hijos, lo abrió delante en la cama de la madre, y doble fué su admiración al encontrarse con una talega de onzas.

—¡Milagro!—gritó la mujer desde su lecho.

—Hoy es el día de nuestra Madre y Señora de Luján—exclamó el pobre pescador de peluconas, cayendo de rodillas ante la imagen de su devoción.

—Para jugar á la rayuela, dame uno de esos tejos amarillos—gritó uno de los más chicuelos.

—Ese dinero no nos pertenece—observó la más grande.

Y entre tan encontradas opiniones, si era milagro, hallazgo, lluvia del cielo ó pesca legítima, mientras que se consultaba al cura, al teniente y al vecino más viejo, se amarró de nuevo el zurrón, y puesto bajo la almohada, sin contar su contenido, la febricitante cabeza de la pobre descansó aquella noche sobre un montón de oro.

V

La actual calle *Independencia* se llamaba hasta 1808 de la Concepción, por la iglesia de ese nombre á su confín, como la de *Balcarce,* del Santo Cristo, por el que en su principal esquina colgaba. Así empezó á llamarse de *Luján* la bajada del Pescador, donde vivía el vecino *ño Luján,* dejando su apodo en aquella barranca el muy devoto á su Patrona, y no en la plaza donde con su pesca edificara.

Caso de conciencia asaltábale, y escrúpulos y encontrados sentimientos, por lo que antes de concluir el día subió el estrecho sendero culebreando cuesta arriba, y en el convento de Betlemitas buscó su confesor y guía espiritual, desembuchando sencillamente lo que le traía trastornado y en encontradas cavilaciones.

¿Pertenecía ese dinero al rey, para quien se recolectara, ó al pueblo cuyo sudor era? ¿Debía diezmos y primicias á la Iglesia de Dios, ó adjudicarse por terceras partes entre quien lo encontró, el dueño de donde se hallara y la autoridad del lugar?

Larga fué la conferencia, más que rosario de quince misterios; y tras de rodeos y muchos dimes y diretes, exhortos y explicaciones, acabó por aconsejar el buen *barbón* que ofreciera limosna á la Virgen de Luján en el día de la fiesta que tan buena pesca había hecho; no olvidara á las benditas

ánimas del purgatorio en los *padres de la buena muerte*, cuya hermandad representaba el aconsejante; y ya que tanto había padecido en sus trabajos y miserias, rezado y pedido tanto á la del Luján por sus hijos, y tan bien cumpliera el objeto para que se matrimoniara, que al fin acreedor se había hecho á tan patente milagro, que se guardara la plata sin andarla voceando, por aquello de que:

«A quien Dios se la diere,
San Pedro se la bendiga.»

Así guardó el consejo y el hallazgo, y aun repartiendo limosnas y muchos pesos en misas, le quedaron bastantes al pobre, que ya no lo era, para hacer una casa á cada hijo, tal cual hasta hoy existen en el viejo caserío de la plaza del Temple, donde se templaron las primeras armas de la patria, como templado quedó el espíritu del pueblo en aquella primera victoria por sí mismo alcanzada.

Y éste que se arraigara como milagro manifiesto de la Virgen de Luján en el ánimo de su muy devoto, que la fuerza de doscientos bueyes no le hubiera arrancado de sus creencias, tuvo así la más sencilla y natural explicación.

VI

Ya hace muchos años desaparecieron las altas barrancas del Sur, la casita blanca del palomar en ruinas, el rancho del pescador de los Betlemitas, y hemos alcanzado milagros, no de un solo zurrón de onzas, que milagrillo para la exportación ó mezquindad sería en el siglo de oro, sino el de convertir en manzanas de oro las manzanas de aquella zona ó lotes de agua.

Toscas resbaladizas por el jabón de las negras lavanderas bordeaban toda esa ribera hasta la isleta de los juncales. La bajada al baño de los dominicos, la otra por la que los franciscanos iban el primer día de baños á bendecir el río, sin que por esto se ahogaran menos estudiantes de la Universidad tras de su convento, en la playa de las rabonas. El trabajo y la industria han transformado por el milagro de la ciencia todos esos parajes.

Sin haberse trasplantado el jardín de las Hespérides, por ahí, en el ancho de ese largo Puerto Madero más de uno ha pescado en agua turbia ó cenagosa, aunque no ha faltado químico que clasifique aquellos estanques de criadero de fiebres en conserva, pocilga ó estanques de miasmas malignos.

Agua, arena, estanque, barro, en sus metamorfosis ya se vende á peso de plata el metro de tierra en el antiguo solar de *ño* Luján. Siguiendo la

corriente progresiva, el inmigrante de la víspera que allí desembarca, llega en nuestras playas á ser el millonario del día siguiente. Bien puede profetizarse que antes de terminar el siglo en que Escobar pescara oro allí, los lotes de agua de entonces se habrán convertido en lotes de oro.

Pero si el referido fué ó no verdadero milagro, no nos arriesgamos en tan intrincadas honduras, que mucha agua y fuerza suele traer el Plata en sus crecientes por la furiosa *suestada* de Santa Rosa, como cuando anegaba esas verdes toscas resbaladizas. Tal vez el milagro consistió en llegar el socorro en el instante preciso.

Los más viejos soldados del regimiento 71, vencido en nuestras calles y vencedor en Waterloo, no nos supieron decir en Inglaterra si el sucedido tuvo por causa el frío ó desfallecimiento de marinero *en trinquis*, que en noche tormentosa dejó caer al agua una talega de onzas, ó en la casualidad de echar la red en ese mismo paraje el pescador que acostumbraba extenderla en sus alrededores.

Pero si algún lector creyere que este milagro lo es de nuestra invención, ocurrir puede á los folletines del *Comercio del Plata,* publicados por el decano de nuestros historiadores, que no tiene edad para mentir.....





EL HOMBRE QUE VOLÓ

Tan extraordinario sucedido
se anunció á cañonazos.

La torre de las balas

I

—Papá, papá: ¿qué significan aquellas balas en la torre de esta iglesia?

—Ellas conmemoran, querido hijo, uno de los hechos más gloriosos de nuestros antepasados; recuerdo de nuestro primer día de gloria.

—Cuéntame eso, explícamelo, que algo he oído entre los alumnos del cuarto grado, cómo unos ingleses que pretendieron tomarse esta ciudad, de la que los sacaron zapateando, diéronse más tarde á inventar empréstitos para embaucarnos mejor y hacernos luego súbditos ó dependientes.

—Con mayor gusto te haré el cuento de *la torre de las balas*, en día que es aniversario glorioso para los hijos de esta tierra, pues noventa años cumplen que el pueblo alcanzó en las calles de Buenos Aires una gran victoria. Fué hacia su conclusión cuando, en la tarde del 5 de julio de 1807, D. José Antonio Leiva, subteniente de caballería, voló desde esà torre del convento de Santo Domingo.

—¡Cómo! ¿Voló con caballo y todo?

—No. Sus alas de seda las bordaron rubias hijas de Albión, y desplegadas en la América del Norte, en Malta, en el Indostán, en San Juan de Acre, en el Cabo de Buena Esperanza, es decir, desplegadas sobre toda la tierra, cayeron aquí vencidas, y emprendió el vuelo el pobre húsar, sin duda más rápido de lo que él deseara. Aunque extraordinario el sucedido, fué en época de *extraordinariedades*, siendo sólo una más de las que hicieron época. En aquellos tiempos, cuando los argentinos volaban en alas

del patriotismo, cuando contra este reducido vecindario se estrellaban impotentes uno y otro ejército de línea, cuando había más aquilatado patriotismo.

Después..... después, cuanto uno más vive, más cosas ve y, sobre todo, más iniquidades oye.

Con pesadumbre llegamos á oir: «¡Fué un error aquello de la expulsión de los ingleses!

»La revolución de la independencia, otro anacronismo.

»El pueblo era todavía niño, no estaba preparado para gobernarse. Doble error oponerse á la conquista. Seríamos más felices, sin duda. Sólo habríamos cambiado de idioma. Lutero y Calvino serían hoy los santos de nuestra devoción; aunque á pueblo tan variable nunca le ha durado mucho su devoción.

»Pero el país hubiera progresado más rápidamente que las colonias de Australia, y sobre todo, en vez de los desvalorizados billetes que ensucian, brillantes esterlinas sonarían en nuestro bolsillo.»

¡Pobres abuelos! Ni valía la pena que anduvieran á capazos por legarnos una patria. Indudablemente muy viejos estarían ya los pobrecitos. Pensaban á la antigua, á la buena de Dios que es grande; dormían largas siestas y en ellas entrevieron sin duda algún dulce ensueño de patria que no tenían.

Pero sigamos con el cuento de cómo, cuándo y dónde voló, sin previo anuncio, este improvisado aeronauta, nada entendido en achaques de aerostación.

II

La verdad era que después de muchas horas de nutrido fuego incesante, desde el romper del alba, los petos colorados invadían, avanzaban y desparramábanse por todas partes, como innumerables hormigas del mismo color.

Al Norte, en el reducto de la plaza de toros, el capitán de navío Gutiérrez de la Concha había sido ya rendido con todos sus cañones.

Apenas el capitán de Gallegos, D. Jacobo Adrián Varela, salvó de esa chamusquina á sesenta de sus bravos, con quienes supo abrirse paso, atravesando la ciudad, para ir á reforzar á los asaltantes de Santo Domingo y desalojar de allí á los invasores. Al Oeste, posesionados de las alturas de la Piedad, los ingleses avanzaron hasta San Miguel.

Al Sur, desde San Telmo hasta Santo Domingo, muertos y heridos coloreaban los mismos á lo largo de esa calle.

Al pie de esta torre se concentró el último episodio de la defensa, y la roja bandera inglesa flameaba en sus alturas, como roja mancha de sangre sobre el fondo de un nublado cielo opaco.

Aunque el triunfo definitivo parecia inminente para los invasores, ni una palabra desanimó.

Si las milicias se hallaban quebrantadas, el pueblo no estaba desalentado. Nadie hablaba de rendición.

Muertos Lasala, Balbín de Unquera, etc.; prisioneros Romarate, Michelena y demás oficiales de marina; derrotado Elío, vagando desconcertado Liniers, conmovida la línea y el pequeño círculo defensivo, el pueblo irguióse sobre sí, y á su postrer esfuerzo supremo se pronunció la victoria.

El primer obstáculo en que escollaron los veteranos de Albión fué el cuerpo de *Patricios*. Desde las ventanas de Temporalidades, de las bóvedas y calabozos de Oruro, hábilmente dirigidos sus fuegos por el comandante Saavedra, Viamonte, Díaz Vélez y otros inexpertos, pero entusiastas oficiales, rechazaron á los soldados de Cádogan y Pack. Huyendo éstos desde la *Ranchería,* subieron á fortificarse en la casa de la Virreina Vieja, por cuyos caños llegó á correr sangre.....

Mientras que Rodríguez y Puyrredón dirigían soldados en guerrillas por diversos extremos, las vecinas de la calle Cuyo, desde sus azoteas, achicharraban con agua hirviendo á los fugitivos que pasaban á su alcance, arrojándoles bombas de mano.

Los *compadritos* del *alto* por un lado, y los abastecedores y carretilleros en las afueras, daban cuenta de dispersos y extraviados, á la vez que dragones y blandengues, húsares y arribeños y los tercios de cántabros, vizcaínos, gallegos y catalanes, andaluces, montañeses y migueletes.

Si entre los venidos expresamente á la defensa se distinguieron, siendo oficiales subalternos, caudillos después de tanta fama cual Güemes, Bustos y López, entre los españoles el coronel Velazco, recién llegado del Paraguay, el capitán de Galicia D. Bernardo Pampillo, el de montañeses D. Miguel Fernández Agüero, no fueron los únicos que animaban con su ejemplo en la lucha, como Aguirre, Ibáñez, Garallo, Balbastro, Correa y Castex, que merecieron ascenso. Alzaga, el alma de la resistencia en la noche triste, acompañado por Azcuénaga, Villanueva, Capdevila y otros acaudalados vecinos, retemplando el valor que nunca desfalleció, robustecían la defensa abriendo trincheras en las ocho calles que desembocan en la plaza principal; acantonando las tropas bisoñas en las más convenientes alturas y convirtiendo cada casa en un castillo, por cuyos fuegos llamó el jefe invasor «estrechas sendas de la muerte» las calles en que desfilaron atropelladamente sus soldados aterrados.

III

Hombres y mujeres, niños y ancianos, naturales y extranjeros, y hasta los muchachos tirando piedras y extraviando á los asaltantes con falsas señas, coadyuvaron con eficacia á que la victoria, indecisa á las doce, se decidiese á las tres de la tarde.

El general Withelocke, pidiendo una tregua que se le negó, vacilaba en aceptar la rendición exigida, pues aún oíanse las descargas de sus soldados desde las torres de Santo Domingo, dominando sus alrededores.

Entonces fué cuando se concentraron todos los fuegos sobre este punto.

Los capitanes Rivera y Ramos y D. José Fornaguera dirigieron los cañones del bastión Sur en el fuerte, para echar abajo la torre, al tiempo que desde la huerta de Telechea batía una pieza de á cuatro su frente, y otra pequeña, en la calle Belgrano, su costado Oeste.

Los montañeses del coronel D. Pedro Andrés García, desparramados en los más altos tejados alrededor del convento, daban caza á cuantos asomaban sobre las bóvedas.

En un momento, los fuegos cruzados de artillería bordaron la base de la torre con más de sesenta balas de diverso calibre.

De tal modo llegó á ser conmovida, que por tres veces vaciló, apresurándose el invasor á levantar en ella bandera de parlamento.

. . . .

—Quedo enterado del hecho glorioso que se conmemora en este día. ¿Pero, en tan largo paréntesis, el hombre del cuento habrá volado?—interrumpió el niño al padre, que así le hablaba el otro día desde el pretil de Santo Domingo.

—Todavía no, aunque volando en su *matungo* venía en tal hora como ésta por la calle hoy de la *Defensa,* sin duda á entrar á galope en el convento, desde que D. Ladislao Martínez, también teniente de húsares, á quien por sus pocos años y mucho valor llamó después el jefe inglés *petit Bonaparte,* le anunciara que la columna de Craufurd acababa de rendirse allí.

—El traidor Pack venía en ella, según los prisioneros, y si no se lo ha llevado el diablo, á la cincha me lo llevo—dijo Leiva; y salió á escape, rayando su rosillo sobre el umbral de la portería.

Entró atropellando á todos, como buen conocedor de rincones y escondrijos de los claustros, «no en balde era sobrino de su tío, el prior del mismo nombre.»

—¿Dónde está el traidor?—penetró gritando, en momentos que salía el fraile Grela, hombruno de vozarrón de trueno, con buenas palabras y malos modos, empujando afuera, entre cariñoso y malhumorado, las turbas y soldados que en un momento invadieran huertas y capillas.

El joven Leiva llegó hasta la celda de su tío, y abrazando con entusiasmo al prior preguntó:

—¿Dónde está el traidor?

Entre sonriente y sorprendido, contestó éste, tratando de tranquilizarle:

—¡Vaya, hijo, aquí no hay ningún traidor!

Y como insistiera en la rebusca, alzando la colcha, hurgoneando los rincones, dirigiéndole á la puerta, le dijo:

—Mira; ya que has salido con bien de ésta, anda, tráeme la sábana de esta cama que los ingleses pusieron en señal de parlamento sobre la torre; quita de allí las banderas inglesas que sacaron de donde estaban, y al volverlas á su lugar da gracias á la Virgen del Rosario, que por segunda vez nos dispensa la victoria.

—A eso voy, con la bendición de Dios y de su paternidad. Pero si en el camino tropiezo con el inglesito Pack, de que es rubio se va á olvidar, pues por dos veces nos ha traicionado. A la cincha me lo llevo, que promesa de esto hice, no á la Virgen del Rosario, sino á su muy devoto nuestro general Liniers.

Y entre frailes y soldados, atropellando la multitud que entraba y salía, subió saltando de á dos y tres los tramos de la escalera.

En sus vueltas y descansos encontró, como en todos los rincones, muertos, heridos ó expirantes, salpicados de sangre umbrales y paredes, y escapándose ayes y quejidos por rendijas de puertas y ventanas. Signos imborrables de lucha, que cual ráfaga de sangre acababa de pasar, dejando estampadas sus huellas por todas partes.

En el escaño que se hallaba al pie de la columna, que bajo rejillas y cristales guarda la lámina de plata en memoria del general D. Antonio Balcarce, se descubren todavía manchas de sangre. De este nicho han sido robadas por mano sacrílega las medallas de oro y plata de tan distinguido militar, destinado á firmar cuatro años después en Simpacha el pacto de la primera victoria de los argentinos. Sobre él cuelga abatida la bandera inglesa que presentó á Liniers, restaurada por las hábiles manos de las piadosas señoras Dosal, Urivelarrea y Benguria.

Se ven desde la entrada hasta el altar mayor agujeros de balas de fusilería, pues hasta dentro del templo se hicieron descargas. En el marco de la portería del convento hay incrustada una bala. Santo Domingo

muestra el agujero de otra sobre el corazón, en el gran cuadro de todos los santos de la Orden, actualmente en la sacristía. A Santa Rosa de Lima implorando misericordia por los hijos de la América, tapó la boca otra bala de onza, ó más propiamente, se la abrió en mayor *buraco*.

IV

Desde las primeras horas de la mañana, asaltado el convento por la columna de Craufurd, la principal preocupación del teniente coronel Pack, á ella agregado, fué recuperar las banderas del regimiento número 71, colgadas, desde el año anterior, de las pechinas en el cimborrio de su media naranja.

Trepando por el altar mayor hasta la ancha cornisa, un granadero, sin duda embriagado, más que por el entusiasmo de la lucha, por el *gin* que á ella le animara, sin lograr sacar las banderas del sitio donde estaban, cayó, rompiéndose la crisma sobre el respaldo del macizo escaño cerca del púlpito.

Luego otro marinero de más fuerte cabeza contra vértigos y mareos consiguió desencajar dos, desplegándolas en la torre.

Si dos meses no alcanzaron á flamear sobre nuestro suelo el año anterior, seis horas no se mantuvieron en alto en la segunda invasión. Fué el mismo guardabanderas encargado por Craufurd de izar otra blanca pidiendo parlamento.

Por esto, entrando en la celda del guardián, sobre cuya mesa anotaba su jefe el croquis de la ciudad, tomó la sábana á mano, improvisando con ella bandera de parlamento. . . . .

. . . .

A la torre y bajo el arco de las campanas llegó Leiva con intención de enarbolar la española donde la inglesa había sido abatida, cuando forcejeando para arrancar ésta, y en su mano ya una y otra, un resbalón le hizo desmoronar la alta cornisa, húmeda por la lluvia y requebrada por los cañonazos. Entonces fué cuando, debido á un traspiés, emprendió el subteniente Leiva el vuelo.....

—¿Para los cielos?

—¡No!

—¿Para la eternidad?

—Tampoco. Para el mundo de los sordos, que como tapia quedó por toda la siega, de tan *morrocotudo* porrazo.

Y he aquí dónde, cómo y cuándo *el hombre voló,* y por suerte tuvo no romperse el alma, ni siquiera una pierna.

Tan extraordinario sucedido, que á milagro atribuyeron no sólo beatas de sacristía, queda así sencilla y naturalmente explicado.

Cruzándose bajo el pecho del que caía los palos de las banderas, al flotar éstas, sirvieron de verdaderas alas á su espalda, ó paracaídas, amortiguando el rápido descenso sobre el pretil de tierra, en que numerosas pisadas durante la lluvia habían convertido en verdadero matete, como blando colchón de barro, todos sus alrededores.

Jocosa coincidencia fué, sin duda, que al divisar el almirante Murray su pabellón desplegado en todas las torres, y cesado el fuego, creyó definitivo el triunfo, saludándole con salva real desde balizas.

Cuando el último cañonazo retumbaba, caía la bandera inglesa para no levantarse victoriosa más en esta tierra.

Momentos después, envuelto en la misma ancha sábana que había servido de bandera salvadora á los ingleses, era conducido Leiva á la celda del prior.

Echando sangre por oídos, boca y narices, fué depositado sobre el propio lecho de su tío, y aunque todos le dieran por muerto, vivo, muy vivo y caminando por sus dos pies, se presentó todavía medio siglo más tarde, el 25 de mayo de 1859, á recibir el merecido premio, aunque algo tardío, que la municipalidad de este vecindario le acordara por su valor y heroísmo.

Cuando el herido aún no había vuelto en sí, y en medio de los afanes del afligido provincial, ayudado de legos y sacristanes, cortando vendas y sábanas para fajar compresas de árnica, cuál pálido fantasma de la muerte surgió de entre las sombras del rincón un alto inglés, azorado y sin uniforme, preguntando con voz emocionada en mal castellano:

—*¿Este ser oficial que quería cincharme?*

—Este es mi sobrino—contestó el prior,—quien, al sacar las banderas que ustedes habían olvidado en la torre, se vino abajo.

—¡Oh!, ¡regular salto, treinta yardas!—calculó el excéntrico inglés, que no era otro que el mismo Pack, quien desde aquel momento constituyóse en su más asiduo enfermero, hasta que tuvo de nuevo que ser escondido en el camarín de la Virgen, pues que sus vencedores le buscaban como á pleito.

V

Pero como al fin el pleito ese lo ganó el pueblo, y era el de que no quería cambiar de amo, aleccionado desde entonces cómo se defienden sus derechos, dió luego al traste con el amo viejo.

Incierto fué que se pusiera á talla la cabeza de Pack, según *compadritos* de pulpería lo *valaqueaban*.

Hasta los generales ingleses hicieron elogios de los negros y paisanos que, improvisando angarillas con los ponchos sobre sus fusiles cruzados, transportaban en brazos, con igual cariño que á sus compañeros, á todos los heridos, desplegando tanto fervor en actos de caridad como entusiasmo en la lucha momentos antes.

Por esto el comandante Pack envió desde Londres un precioso reloj, que obsequiaba á los padres betlemitas en nombre del regimiento número 71, agradecido al esmero con que habían cuidado á sus heridos; y el coronel Kington, personalmente atendido por Liniers, pidió que fuera sepultado su cuerpo en el patio del cuartel de Patricios, para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los valientes que le habían vencido.

Entre los saltos y asaltos de tan memorable jornada, digno de recuerdo es también el que se vió obligado á dar el honrado vecino de ese barrio, señor Nevares.

Menos alto que el fusil que por vez primera empuñara, le salvó éste de un rompecrisma. Olvidado como centinela avanzado sobre una de las azoteas de la acera, frente á la vereda ancha, se tiró á la calle, incorporándose á los que se replegaban después de haber cumplido debidamente su consigna de observación.

. . . .

Entonces todos éramos unos, y unidos se alzaron como un solo hombre arribeños y paraguayos; de la otra banda, nativos y connaturalizados, blancos, pardos y morenos y aun los indígenas, y hasta las piedras de las pocas calles que ya las tenían se levantaron para arrojarse sobre el extranjero.

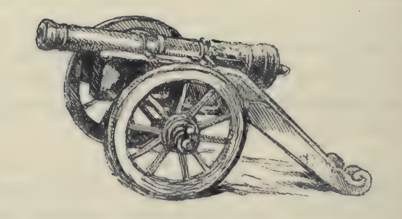
Si entre los cabildantes de aquel año, acompañando á D. Martín de Alzaga y á D. Esteban Villanueva, se distinguieron por su actividad y generosidad Pirán, Basualdo, Monasterio, Ituarte, Mansilla y otros vecinos, oficiales improvisados, obtuvieron mención en el parte por su heroico comportamiento, Castro, Rivas, Urien, del Sar, Diego Saavedra, Tobal, Irigoyen, Caviedes, etc.

Fué resultado del triunfo, no sólo el reembarco del gran ejército que traía ya los cuños de la medalla destinada á repartirse al día siguiente de obtenida la reconquista, sino también el desalojo de la plaza fuerte de Montevideo y su alejamiento del Río de la Plata para siempre.....

Pero sobre aquel triunfo de las armas se obtuvo otro de mayor valía.

Con las acciones heroicas de la defensa de esta ciudad aparecieron de relieve las más altas virtudes de su vecindario.

La abnegación, el patriotismo, el heroísmo, el sacrificio, la generosidad, sentimientos todos que inflaman los más nobles corazones, entretejieron con el laurel de la victoria la hermosa corona al pueblo que en aquellas jornadas memorables abriera los cimientos de una nueva y gloriosa nación.





LA ÚLTIMA CORRIDA

I

Mirándonos con desdén venía el penúltimo virrey, mandado como de encargo por la madre patria.

—Abra mucho el ojo, le había recomendado la Junta de Cádiz,—mire que allá por el Plata se pasan de listos, á más de ser francés el virrey de la Victoria que acaban de proclamar.

Pero muy poco era un ojo para abarcar tan vasta comarca, y si se agrega, que escaso de oído, sordo había dejado á Cisneros el cañón de Trafalgar, fácilmente se comprende no alcanzara los rumores de la que se estaba armando ni husmeara olor á chamusquina revolucionaria.

¿Qué extraño, pues, que el último representante de un rey cautivo no fuera recibido con grandes salvas y repiques, si á la buena índole de este pueblo debió únicamente no ser expulsado con música de cañón?

—Figúrense ustedes—recordaba un viejecito de antaño—qué poco virrey sería Cisneros, cuando ni toros hubo en su recepción.

Pero añejas costumbres no se cambian en un día. Tales raíces habían echado las corridas entre españoles de la Península y de América, que si el *XII de octubre*, día del Pilar, que saludaban en ésta como si fuera el primero de la primavera, colgando la pesada capa de paño de San Fernando y estrenando pantalones blancos, no se festejó con lidia; para San Martín ya estaba á punto de reventarse la hiel. No se pudo esperar más, y en aquel año de muchas otras lides fué la última de toros el 11 de noviembre (1809).

Los alcaldes habían obtenido de estancieros rumbosos la mejor muestra de su ganado.

Pancho el ñato, primer espada, afilaba una nueva, y de mantilla prendida con rojo clavel entre negras trenzas bajo peinetón lucían su garbo y salero criollas y andaluzas que, en desfile interminable, dirigíanse á ver y ser vistas por todo lo largo de la calle del Empedrado.

Enjambre de rubias cabecitas y grandes ojos relampagueando deseos asomaban por puertas y ventanas, ansiosas de seguir la corriente de buenos mozos que pasaban y repasaban por la misma vereda, sobre la que en más de un alto umbral de cuarto á la calle, pescado frito y olorosos chorizos asados saltaban, dorándose en sartén, sobre el brasero, con música de grasa cantora.

A la plaza del Retiro (entonces de Toros), no sólo paisanos en enjaezados y briosos pisadores con su camilucha en ancas, y *compadritos* y manolas, que señoras de taco alto, de mantilla y peinetón, iban á presenciar la entrada y salida del gentío entre abigarrada concurrencia.

II

Y mientras que reuniéndose va alegre populachería entre gritos y exclamaciones, dichos y hechos picantes en entrecortado vocerío, panderetas, castañuelas y canciones de barrio, en el camino y á la entrada de plaza más grande que las de España, recordaremos que si en el Retiro se alzó la última plaza de toros, en varias circunstancias se dieron corridas, improvisando otras.

En la plaza Mayor, principalmente para recepción de gobernadores y virreyes, apenas hubo Infante Real venido al mundo que no hiciera salir de él por las astas del toro algún media espada improvisado ó inexperto banderillero...

Fué en la esquina *Victoria* y *Bolívar* el primer toril, y en la calle del *Pecado* el último chiquero ó encierro, cuando en el barrio del *mondongo* la de Montserrat dragoneaba de plaza de toros. Trasladada á la del Retiro, en el actual asiento de la estatua que dió su postrer nombre á plaza de tantos nombres, se construyó la de Toros; octógona, de ladrillo, con altas ventanitas detrás de los palcos de madera, y círculo de gradas, cuyo muro exterior coronaban merlos en corte de golondrina.

Si en los asientos *al sol* uno que otro negro matizaba aquel horizonte de bronce, entre chinos, zambos y mulatos, *rêseros*, *compadritos* y *cuchilleros;* subiendo iban las gradas *á la sombra* pulperos y almaceneros, tenderos, ratas de oficina y graves cartularios; notándose en los palcos altos,

entre civiles y militares, algún clérigo, criollos y godos de mucha peluca y peluconas. . . . .
. . . .

Dejada estaba la costumbre de asistir al *encierro* la víspera, donde la agilidad del bravo gaucho desafiaba en campo abierto con mayor bizarría al toro. El verdadero interés no lo atraían los relumbrones de banderilleros, quiebras y requiebros de picadores, ó capas y chulos, ni en la habilidad del diestro en los pases de muletilla y manejo de espada, sino aquel público heterogéneo, dispuesto á la alegría, y en los mil chistes, observaciones y jaleo á propósito de cualquier ocurrencia ó accidente, que al principio no más se establecía en caldeada atmósfera de confianza, desde el *compadrito* dicharachero hasta el *gallero* ó gaucho de los corrales de abasto.



Calle del Pecado, frente á la plaza del general Belgrano

Arriba de los tendidos, y en medio de las gradas y palcos, ocupaba el del centro la presidencia.

Doble barrera dejaba estrecho callejón, circunvalando la arena con sus vallas, donde escapaban el bulto los toreros cuando el *bicho* les tenía á mal traer.

A uno y otro lado de la entrada principal al exterior había varios poyos de mampostería, donde los viejos de la época llegaban en sus diarias caminatas á tomar el sol. Envueltos en sus largas y descoloridas capas españolas, criticaban al Gobierno, comentaban *El Telégrafo*, *El Semanario,* murmurando sobre la crónica verde del día en círculo de vejetes del mismo jaez.

Las corridas, que desde el comienzo de la primavera se hacían más frecuentes, tenían lugar los sábados y domingos en las postrimerías del virreinato.

A pie, á caballo, en carruaje, en carricoche, *volantín* ó galera cargada con toda la familia, en mula ó *castillo*, numerosísima era la romería que llegaba y entraba en multitud atropelladora, pifiona y algo pendenciera en cuanto alguno *pisaba el poncho.*

Siendo bastante elevada la plaza del Retiro y, como achatados, de un piso los edificios que la rodeaban, asomando blancas azoteas ó de tejas rojizas, entre la arboleda de las huertas, abarcábase magnífico panorama de toda la ciudad.

En las últimas corridas se había suprimido el despejo. No circulaba aún el chichero, como se usa hasta hoy, por la mañana, en las de España, cuando largan el torito del aguardiente, donde recorre las gradas el vendedor de infernal brebaje, gritando:

—¡Alegría líquida! ¡Valor en botellas! ¡A *perra chica* la copa! A ver, ¿á quién *jago* (hago) torero?

Incitaciones al valor artificial que da inmediato resultado, pues á la segunda *cañita* muchos son los que descúbrense de improviso haber nacido para toreros; y echándose á la arena no pocos, lo que menos tardan en subir á las astas del toro, que va dejando el tendal de perniquebrados.

Y para quien no haya asistido á una lidia, fiesta genuinamente española, describirémosla ligeramente.

III

Alta barrera de metro y medio el redondel, y de la puerta, frente al gran palco, salían en columna de á dos, caballeros, peones y muleteros, presididos del primer espada cada cuadrilla, á rendir homenaje y hacer el ceremonioso saludo al presidente.

A un toque de corneta, aparecía sobre brioso corcel, con vistoso traje de caballero de plaza, el alguacil, quien al descubrirse ante la autoridad le arrojaba ésta la llave del toril, y partiendo al galope iba á entregarla al peón.

Al salir el toro embestía á cuanto colorinche divisaba, hasta los rojos listones de la barrera. Toreado y fatigado á fin de prepararlo para la suerte de varas, con el segundo toque de corneta la efectuaba el picador, clavándole la garrocha sobre el lomo, y aquél, por lo general, su asta en el caballo, que, derribado, exhibía las entrañas, pisándoselas y arrastrándolas por la arena...

En esto consiste la suerte de poner varas, que pocas veces es suerte por la inevitable caída del picador, con quien capeadores, chulos y cuadrilleros tratan de evitar se ensañe la fiera, distrayéndola con las capas y alejándola mientras otros auxilian al caído. *Morrocotudo* porrazo recibe éste, cuando no sale cojeando ó descaderado, entre charcos de sangre, bajo el caballo expirante.

Seguía, ei tre otras, alguna suerte de frente ó por detrás, que un

quiebro evitaba el asta del toro, enganchando éste y llevándose en alto la capa colorada que le ciega.

Después de citas varias ó llamadas venía la suerte de banderillas al sesgo, de fuego ó banderillas al cuarteo.

Rompe más que el silencio la atención lúgubre nota, como largo toque de agonía, recibido entre gritos y aplausos.

Avanza el primer espada al frente del palco de la presidencia, mientras sus ayudantes distraen al *bicho,* y descubriéndose, brinda el toro á la persona que quiere distinguir con chistosa frase, que arranca palmoteos estrepitosos. . . . .

. . . .

Después de unos cuantos pases que acaban de cansar al animal, ya jadeante y destilando sangre por media docena de banderillas que le cuelgan, entre otras en que resalta la suerte de muleta al natural, tras más ó menos pases, el espada lo remata de una estocada á fondo ó recibiendo, cuando no es éste quien mata al torero, paseando erguido sobre sus astas diestro, espada y muleta, cual triunfante bandera sangrienta de tan salvaje diversión, que luego fúnebre mortaja cae á cubrir los restos palpitantes del que exaltó hasta el delirio el entusiasmo de la plaza.

En otros casos desplómase moribunda la fiera, la que caballos, picas y banderillas la han dejado exánime, escapándosele toda la sangre por sin número de heridas; sin que sea raro que á toros duros para morir tenga el cachetero que rematarlos, dándoles la puntilla ó puñalada de pícaro en el testuz. . . . .

. . . .

Suena la charanga, gritos y voces aclaman al vencedor. Naranjas, cigarros, patacones y hasta sombreros vuelan á la arena, y entre algazara infernal aparecen las yuntas de mulas adornadas con banderines, cintajos y cascabeles, llevándose á toda prisa los muertos, mientras que monos sabios ó peones de plaza pasan el rastrillo, borrando la sangre de las víctimas.

. . . .

IV

Tras repetidas escenas, más ó menos emocionantes, seguíanse los comentarios sobre si había sido más diestro el toro en no dejarse matar á las primeras de cambio, primeros pases, ó en amontonar mayor número de víctimas que el de sus congéneres en capilla.

Si resultaba algún *bicho* de índole mansa, reacio á picas y banderilleros, la señal de un pañuelo colorado en lugar del blanco que alzaba el

presidente, lo era para el toque de banderillas de fuego, que el trompa de órdenes repetía en el frente, desde donde dirigía la banda de música.

No llegó aquí *el toro de fuego* que, con embreada antorcha sujeta á cada cuerno, sale echando chispas y atropellando á cuantos encuentra—fantástico espectáculo final en fiestas de más de una aldea de las Españas.

Tampoco se llegó aquí á echar perros de presa, que no sueltan donde agarran, evitándose el repugnante espectáculo de un toro, poco toro, corcoveando y sacudiéndose por desasirse un racimo de perros bravíos, colgados de orejas, cola, pescuezo, y despedazado al fin entre aplausos y la más salvaje grita de un populacho que parece ebrio de sangre.

Recientemente á toreros de guante blanco se ha prohibido en Francia maten al *bicho;* pero reglamento alguno prohibe sean muertos por éste.

Y lo que no sólo entre animales sucede, aquella fiera enfurecida que un momento antes á todos aterraba á punto de presentarle con los ojos vendados los flacos y escuálidos jamelgos para que no huyan ante el rey de la Pampa, que á su sola presencia tiemblan; aquel que hacía barrida de hombres y animales, despejando la plaza al pisar la arena, la soberbia fiera de sin igual pujanza, caída ya sin vida, hasta los perros la mojan, y minúsculo *cuzquito* prendido al rabo le sigue y persigue cuando las mulas le arrastran hacia el chiquero. . . . .

. . . .

La impresión que tal espectáculo deja en el público es diversa, según el ánimo del espectador, entre la más abigarrada y heterogénea concurrencia y en condensada atmósfera, mal oliente como husmeando sangre.

V

Y así siguió aquel día la lidia del segundo, tercero y cuarto toro, hasta que el quinto (generalmente eran siete, los domingos), que ya debía otras tantas muertes, completó la media docena de víctimas, ensartando en sus astas al *ñato Paco*, que, retirado con las entrañas al aire, fué á morir tras del toril, en la enfermería interior, en que al empezar toda corrida encendíanse dos velas delante de la Virgen del Carmen, que mayor aspecto de capilla fúnebre daban. Allí de rodillas quedaba rezando la querida del chulo por su curro hasta que regresaba éste todo jadeante á regalarle la moña.

. . . .

Habían dejado de asistir las señoras de rango, sin admitirse ya ni las mujeres del populacho, cuando se presentó el último virrey en la plaza de toros del Retiro.

Y mientras el pacato obispo Lúe y Riega se erguía para echar, desde el palco del virrey, la absolución al moribundo, que ya por aquellos tiempos en que se acercaban los de la patria no era por aquí prohibido enterrar en sagrado á cómicos ó juglares que murieran en las tablas, el señor de Lezica, decidido aficionado y audaz como su raza, saltó á la arena, matando al toro asesino.

Pero no fué ésta la última corrida. Como en otra tradición referimos el primer baile en el virreinato, ésta fué la última corrida en el mismo.

Ocho años después, bajo la dirección militar del maestro Sauces se demolía la plaza, y sus ladrillos fueron á formar los arcos del Retiro en el cuartel que desde 1817 se edificaba sobre su barranca.

Al progresista gobierno del general Balcarce tocó expedir el decreto prohibiendo las corridas de toros.

Algunos años siguieron lidiándose del otro lado de Barracas, con ocasión de alguna solemnidad, y en el interior por muchos más.

En una de nuestras anteriores tradiciones terminábamos la descripción de la corrida en Mendoza ya en víspera de dejar el ejército su campamento del Plumerillo, en los párrafos siguientes:

¡Hubo toros!

¡Pero qué toros y qué toreros!

El capitán D. Lucio Mansilla descollaba entre los capeadores; D. Juan Lavalle, entre los picadores; el capitán Nazar, primer espada; y O'Brien, engrillado con cintas de seda, saltó el *bicho*. D. Juan Apóstol Martínez, capitán de granaderos á caballo, el genio más travieso y mejor catador de pisco (que cuando llegó al pueblo de ese nombre no quería salir, afirmando que en él debía haber nacido), cabalgó sobre el toro, desnucándole de una puñalada. Isidoro Suárez, futuro héroe de Junín, fué quien más se lució como enlazador. Y Necochea, Correa, Villanueva, Olazábal, Escalada, Videla y otros brillantes oficiales del ejército de los Andes repitieron lucidas suertes.

Hasta mucho después hubo lidias; pero ya no se exponían á las astas del *bruto*. Este corría avestruces, que sin previa enseñanza toreaban á maravilla las altas y zancudas aves. Revestidos de *chiripá* y poncho colorado las arremetían los toros bravos.

Y eran de aplaudir las curvas airosas, los quites y gambetas elegantes, con tanto garbo que esquivaban todo alcance, livianos y ligeros avestruces al ser embestidos por la atrayente tela colorada.

Después de los toros de Barracas y los avestruces de Mendoza, la primera corrida que se inauguró en 1609 tuvo por último apéndice la clandestina que en 1889 dió el célebre Mazzantini en una quinta de los alre-

dedores de esta capital. El abogado protector de animales protestó, pero los aficionados protectores del célebre espada le defendieron, pues habían salido á correr campo afuera, lejos de la jurisdicción de Albarracín.

Y con esto y agregar que la entrada principal se abría frente á la calle actual del *Sargento Cabral,* y que para salvarla debía pagarse tres reales en la plaza que se inauguró el año 1800, ponemos punto final y basta de toros..., que no son mansos los que en más de una sesión *Intendentil* suelen correrse.....



Plaza de San Martín



LA PRIMERA SANGRE

(TRADICIÓN DE 1809)

Al Dr. G. Udaondo

I

—La primera sangre que hubo de correr por la independencia de esta tierra, fué la de mis nalgas—nos dijo pestañeando un día el grave ministro de Hacienda.

—¡Cómo! ¿Dió usted algún gran galope llevando la noticia de la revolución de mayo, como D. Gregorio Gómez dentro del regatón la llevó á Chile?

—Nada de eso.

—¿O acaso un tropezón en falso le hizo resbalar, y no de arma blanca ni de fuego, sino de arma verde recibieron las de sentarse sin cuenta heridas de verde zarzal?

—Nunca fuí muy de á caballo, por más que buenas estancias dejo á mis hijos, ni anduve en malos pasos, aunque, por mi mal, tropezón más de uno pegué en la vida.

—Creía al teniente Vélez (hermano del sabio codificador, según reza su lápida conmemorativa á la entrada del paseo Sobremonte, en Córdoba) y al teniente Balcarce (hermano de los cuatro generales de este nombre) las primeras víctimas de la patria en el encuentro de Cotagaita, allá por Suipacha.

—Sí, en el Alto Perú....; pero la revolución de mayo, como todas

las cosas, tuvo su preparación, y hasta hubo una revolucioncita de prueba, puede decirse, y sin duda por su corrección salió mejor el 25 de mayo de 1810. Justamente el año antes, por aquellas alturas del Chuquisaca, se puso en ensayo la escena, y sus primeros papeles, aquí bien copiados y allí mal distribuídos, hubiéronme de costar sangre.

Diálogo tal oíamos una mañana acompañando á cierto respetable ministro, contemplando la casa en actual demolición, Defensa, 70, mientras que abriendo sus grandes ojos en blanco, nos refería el tema de la presente tradición:

«Aquí estaba la escuela de D. Francisco Argerich, después que dejara las húmedas bóvedas en cuyo subterráneo inauguróse posteriormente la célebre asociación Lautaro. Si estas paredes hablaran, ¡cuántas curiosidades no oiríamos! Pero mejor es como están: así mudas, todo pasa en silencio, lo bueno como lo malo; de buenas ó malas acciones, ni pizca queda de memoria en un pueblo donde al día siguiente todo se olvida.

»Puesto que de la sabia escuela de la experiencia, con ser la que más alecciona, ningún provecho sacamos, y como inexperto pueblo, siempre niño, marchamos á tientas, sin brújula segura, sin mirar más para atrás que para adelante, ni cuidarnos más del mañana que del ayer, todo es para el caso la misma cosa, y así todo en embrollada confusión rodando va á un abismo.

»Lo mismo, de esta Escuela salieron malas y buenas cabezas. Recuerdo en la fila de adelante el banco de los dos Juanes, donde se sentaron sucesivamente por algunos años, primero Juan el tirano, y luego Juan el mártir; más atrás el de los dos Conchas; el banco del virrey, frecuentado por el último hijo de Liniers, y el otro de Saavedra, Escalada, Oromí y tantos otros aventajados que figuraron más tarde.

»Así en una antigua familia de brillantes inteligencias, que antes y después descollaron entre D. Cosme y D. Cosmecito Argerich, lumbreras de la ciencia médica, y un cura y coronel, y médicos y abogados y literatos, hubo un maestro de escuela de ese nombre, que tanto dejó nombre por su dura disciplina como por su patriotismo.»

Y colgando la palmeta (que más liberales principios rompieron ya, como el cepo), recordaremos su patriotismo y cómo á punto estuvo de perder la cabeza en la conspiración revolucionaria, á haber perdido la serenidad.

Por eso nada diremos aquí de otros célebres escueleros ni del verdugo, así llamado el futuro general Concha, porque de poste de ignominia servía al pobre designado

Al rincón
Quita calzón.....

II

Eran Juan y Juanito los dos muchachos de más linda letra en toda la escuela..... El uno, ya salido de ella con tan lindos rasgos caligráficos como los de su hermosa fisonomía, de claros ojos azules sobre rósea tez, disimulando todo el infierno de pasiones que hervían dentro de su pecho. El otro, más modesto, más parco, más moderado, parecía que al venir á substituir en su asiento al primer Juan de la buena letra, heredara la de su antecesor.

Alguien ha dicho con más verosimilitud aquello de que el estilo es el hombre, que el carácter es el carácter.

No quisiéramos repetirlo, pues que hombre de muy buen carácter conocemos de pésimo carácter, y prueba al canto presentaba la escuela de D. Francisco Argerich en el muchacho más lindo y de más bella letra, pero tirano desde su infancia sobre cuanto chicuelo caía bajo su férula.

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que el año de 1805, salido ya Rosas de la escuela, no había mejor letra en aquélla que la del niño Juanito, después honrosamente conocido por el Sr. D. Juan Bautista Peña, ministro de Hacienda, presidente de la Municipalidad, del Banco y de muchas otras cosas buenas á que su acrisolada honradez, energía, espíritu económico y hombría de bien en todo sentido, le llevaran á presidir.

III

Comezón revolucionaria ardiendo venía ya hacía años por el virreinato y la América toda. Sin duda, lo que es el mal ejemplo.

Atrevidos yanquis, en América, inventado habían para el uso particular dentro de casa la igualdad de los hombres y otras máximas nocivas y anti-higiénicas en las viejas sociedades europeas, y universalizándolas hábiles franceses que todo se asimilan, ensayaron el traje del nuevo mundo, adaptando á sus anticuadas costumbres los principios indebidamente llamados *de la revolución francesa,* cuando en verdad lo son de la *americana.*

Pero, así como de esta centella, chispa saltó prendiendo en la vieja Francia, y entre ellos un momento la República iluminó al mundo, así de aquella revolución de la Francia saltó otra, prendiendo á lo que escapó de las llamas en este nuevo mundo; pues donde la espada de Lafayette no llegó, alcanzaron los resplandores de sus más elocuentes conciudadanos.

En Méjico, en Venezuela, Quito, Cuzco y la Plata y el Plata, empe-

zaron á echar humo sus papeles, y papelito corrosivo dejaba olor á papel quemado.

Aquí, por ejemplo, después de la reconquista en 1806 y la expulsión de los ingleses en el año siguiente, los hijos del país dijéronse:

—Nos bastamos y sobramos para nuestro capote; no queremos capota ajena.

Poco después, el 1.° de enero de 1809, en un movimiento local, los criollos probaron un último esfuerzo (siempre en ensayos) y dejaron á los europeos bajo su influencia.

Ya al pueblo le iban creciendo alas y necesitaba las del cóndor para remontar por encima de los Andes.

Pero antes de hacer volar sus soldados por tan altos riscos y precipicios, expuestos á romperse una pierna los pobrecitos, si no se rompieran las dos, como que saltaban las mayores alturas de la tierra, echaron á volar sus ideas, los nuevos principios que como chisperos de la revolución llevarían triunfantes por toda el haz de la América en la punta de sus bayonetas.

Papelito canta, se dice hoy. Papelito vuela, se decía entonces; y por todas partes apareciendo éstos encendidos é inflamables, causaban pequeños incendios que con más ó menos dificultad se conseguían apagar.

No había en Buenos Aires otra imprenta que la de Expósitos, y de ella sólo salían catecismos y cartillas. Pequeños periódicos manuscritos circulaban con cautela, y el boletín de la revolución germinando corría, ó más bien circulaba con dificultad y mucho sigilo.

IV

Virreinaba por entonces en el Perú (1806 á 1816) aquel buen mozo que sin otra carta de recomendación que su gallarda figura cautivó tanto á Carlos IV. Viéndole, al pasar en la carroza real, cómo disciplinaba sus soldados, y sin decir agua va, ni para ello dar motivo, de capitán lo saltó á coronel, de Madrid á Méjico y de allí á virrey del Perú. Bien que este favorecido de la fortuna y de Su Majestad que se cita como uno de los modelos de virreyes honrados.

Fué este valiente soldado que acababa de dominar con su presencia la primer chispa de sublevación casera en el regimiento de la Concordia, y los ensayos revolucionarios en Quito y Charcas, á quien años después y por un mismo correo llegárale á un tiempo: Consejo de Carlos IV para que desconociera la majestad de su hijo Fernando VII; de éste, para que no hiciera caso á papá; de su hermanita Joaquina para que acatara en ella

á la única soberana de la América; de los insurrectos para que se insurreccionara; de Pepe Botellas para que no conociera más dios que Napoleón, y de sus más adulones, para que alzándose con el santo y la limosna se declarara rey del Perú.

Verdad que eran demasiadas tentaciones para no caer un pobre viejo, á quien no le quedaban más ojos que los de su Ramonica.

Pero todavía no le había llegado la época de los acertijos, como la descifración de aquellas tres bolsitas por travieso fraile criollo dejadas sobre la mesa de su real despacho, conteniendo *sal-habas-cal,* floresta entre dos vegetales que deletreaban de corrido *sal-Abascal,* moño de aquí y pronto viejo virrey, antes que os abramos las entendederas, para que comprendas indirectas.

Lo que sí le había llegado era un papelito revolucionario, que lo maltraía sin sombras, por más de ser poco asustadizo el fiel viso-rey.

Tantas y tan repetidas correspondencias caían á palacio en Lima, decomisadas ó sorprendidas en los correos de Potosí, Chuquisaca, la Paz, el Cuzco, Quito, Caracas y aun de Buenos Aires, que al fin dió por convencerse que el nido estaba en esta última.

—No hay más—se dijo;—sin duda que allí está el busilis y en ella funciona la máquina revolucionaria, ¡qué chamusquina mayúscula, peor que la inquisitorial, habrá en la plaza Mayor para el primer autor que caiga de estos papelitos! Y al fin cayó uno.

Sorprendiólo el mariscal Nieto, que lo era no sólo de su abuela la tuerta, sino para todos, como bisnieto para su tatarabuelo.

Se lo mandaba al virrey de Lima, encontrado en Chuquisaca, ciudad á la que arribara con algunos patricios engañosamente llevados.

Antes que él llegaron allí Arenales, Monteagudo y otros bravos chisperos de la emancipación revolucionaria.

Como que de su doctoral Universidad acababan de salir graduados en derecho el Dr. D. Mariano Moreno, D. Manuel Alejandro Obligado, D. Vicente Anastasio Echeverría y otros hijos de Buenos Aires, yendo desde aquí á lomo de mula, por graduarse en la Universidad más vecina, pues sólo distaba cosa así como de mil quinientas millas, y el Dr. don Vicente López y Planes, que recibió las borlas del doctorado sobre su sahumado uniforme de capitán de patricios, vencedor de los ingleses, laureado cantor de las primeras glorias argentinas, como fué después el himno de la patria andante. . . . .

. . . .

Entre envoltorio de escapularios y otros papeles, uno iba de clara letra y de más claro espíritu, pues clarito cantaba:

«Ya somos grandecitos, como que contamos trescientos años bajo yugo. Tenemos edad para gobernarnos, y es tiempo que dejemos de engordar á extraños. La América es de los americanos, como la España de los españoles.

»Bueno es recordar que si los tiranos parecen gigantes, sólo es porque sus vasallos siguen de rodillas.

»Parémonos y seremos hombres de la misma altura. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo. Si con Tupac-Amarú fuimos vencidos, es porque no estábamos unidos. Que de la Tierra del Fuego al golfo mejicano se oiga un solo grito: ¡Emancipación! Tiempo es de enarbolar la bandera de la libertad.»

Estas y cantinelas por el estilo repetía el papelito revolucionario que con otros, bajo grueso sobre, recibió el 3 de febrero de 1810 el virrey Cisneros, del señor virrey Abascal, traído en cien días de Lima á Buenos Aires.

El virrey del Perú encargaba seguir la pista con suma reserva hasta descubrir al autor del libelo que había sorprendido el correo del Alto Perú, en momentos que al mariscal Nieto daban tanto trabajo coyas é insurrectos.

Por todas las esquinas pusieron avisos ofreciendo morrudo sueldo al escribiente de mejor letra que se presentara.

Nada; todas eran garabatos de cartulario y patitas de moscas. No se encontraba, casi casi como al presente, plumífero de buena pluma ni escribano que supiera escribir, apenas medias plumas.

Pues, señor, oidores y cabildantes, oficiales, alguaciles y ministriles chamuscábanse la mollera por descubrir al encubridor. ¿Quién será?

Que el papelito partiera de aquí no había duda. No solamente era grueso, feo, ordinario, como todo el que de España nos mandaban, sino que aun la fecha estaba groseramente tergiversada: «Buenos aires tome usted,» empezaba, acabando con la simulada exclamación: «¡Santa María!»

¿Quién no descifraba correctamente: *Puerto de Santa María de Buenos Aires?* El seudónimo era más intrincado, pero fuera Pedro ó Diego, de Buenos Aires venía.

V

Por vencidos se daban cuando casualidad rosarina puso al inquisidor sobre la pista.

De misa mayor salía compungido y persignándose con agua bendita de la célebre iglesia de Jesuítas (Colegio de San Ignacio) el no menos

célebre fiscal Villota, doctor de campanillas, graduado *in-utroque,* quien con su gerundiana elocuencia confundir pretendía á los doctorcillos de la revolución.

Iba ya á bajar del cancel al pretil, cuando á curiosidad llamóle un blanco papel, recién pegado, en el que con hermosa letra se ofrecía buena gratificación al alma caritativa que, á más de serlo, fuera también honrada y quisiera entregar en la sacristía grueso rosario con *paternosters,* de oro, que en la azotaina y tinieblas de maitines habíase extraviado.

Limpiando el zorro del fiscal sus viejas antiparras:

—O mucho me equivoco—se dijo arrancando el papel,—ó esta es la misma letra de aquel otro.

Y doblándolo se lo echó al bolsillo.

Tempranito acudió á la audiencia al día siguiente; cotejó con el oidor Caspe los dos manuscritos, y ambos encuentran similitud tal en la letra, que exclamaron contentos:

—¡Ya apareció aquello!

Mas llega Leiva, síndico del cabildo, y apenas nota semejanza; viene el alcalde Lezica, y la encuentra menos. Pero, en fin, ¿de quién es la letra?

¿De quién ha de ser?, ¡de su autor! ¡Que salga el autor!, empieza la grita, como en la presentación de cierto principillo que yo me sé, sospechando el pueblo zumbón gatuperio real, empezó ante las mismas barbas del padre legal á aclamar al autor del hijo de la reina. ¡Que salga el autor! ¡Que salga el autor!....

¡Habráse visto barrabasada igual! Ni en Triana, patria de Pilatos. . .

. . . .

Y de investigación en investigación, del coro á la sacristía, por curas y sacristanes sacóse en limpio que el rosario en mala hora perdido era de la señora de Lezica; que el plumífero de tan lucido aviso escribiente fué nada menos que su propio sobrino, el niño Juanito, y que donde tan linda letra y otras lindezas enseñaban era en la escuela del Sr. D. Francisco Argerich.

VI

El fiscal inquisidor hizo llamar ante la Audiencia al niño, y entre cariños y halagos, y haciéndole fiestas y dictándole la misma frase: *Cansados estamos de amos, y tiempo es ya de que mandemos en casa,* púsole frente al reciente dictado la carta devuelta por el virrey del Perú.

Tan parecidas eran las dos, que, al ser interrogado Juan Bautista, ni pestañeó.

—¿De quién es esa letra?

—No sé.

—¡Pero..... es la misma!

—Parecida, no puedo negarlo, pero yo no la he escrito.

Y de ahí no salía. No le sacaban de sus trece.

Hubo conciliábulo, y el Sr. D. Francisco de la Peña volvió á llevar á su hijo, y el alcalde Lezica (su tío) lo apadrinó, y Rivadavia recomendaba al niño: «¡cuidado con revelar nada!,» y el otro Sr. D. Francisco Argerich iba y venía y andaba que no se le pegaba la camisa al cuerpo, con cerote mayor que los dados por su palmeta.

Segundo conclave celebróse, donde oidores y ministriles, y entre ellos Villota y Caspe, con dulces y halagos, primero, y con amenazas finalmente, volvieron á interrogar al niño de la hermosa letra.

—Pero ¿tú has escrito esto? Es el mismo perfil, rasgos, todo igual. Confiesa.

Y el niño, enérgico desde la cuna, que *nonis:*

—Esa no es mi letra.

Y recaditos van, y consejos vienen, y por fin dice el virrey á su secretario:

—Pues bien: si la letra es del mismo y no hay modo de persuadir al niño, aplíquesele el principio de su propio maestro, *la letra con sangre entra,* y después de una azotaina confesará. ¿Quién le mete á esos jeroglíficos que no entiende?

No hubo más. Por tercera vez citados fueron padre, hijo y espíritu santo; es decir, el señor de Lezica, marido del rosario, ó de la Rosario perdidosa del mismo.

Nada que sospechar daba niño tan formalito. Menos, el Sr. D. Francisco de la Peña, español seriote, grave y más godo que el rey, y como aquél ignoraba que era llamado á presenciar la azotaina de su vástago.

—Confiesa, niño, la verdad—repetíale al subir con él de la mano la ancha escalera del Tribunal.

Y la verdad declaró.

Pero cuán maravillados quedaron todos, y como alelado el padre, cuando al ser por última vez preguntado:

—¿Es de usted esta letra á la suya tan parecida?

—Sí—contestó Juan Bautista.

—¿Dónde la ha escrito?

—En la escuela.

—¿Por orden de quién?

—De señor maestro.

—Escriba usted, señor escribano.

—¿Cómo se llama su maestro?

—Don Francisco Argerich.

—¿Dónde vive?

—Reconquista, número 70.

—¡Alguacil!—ordenó el fiscal.—Vaya usted é inmediatamente conduzca aquí al maestro Argerich. . . . .

. . . .

VII

Pero, por mucho que volaron alguaciles y esbirros, voló antes el pájaro, y á la sazón, con viento en popa y sin detenerse en Montevideo, iba Argerich muy de prisa por esos mares de Dios, á toda vela, y no paró hasta el Brasil, de donde sólo regresara cuando nuestros padres ya tenían patria.

¿Qué había sucedido?

Que halagando al de la buena letra, el Sr. Argerich hizo copiar por el niño Juan Bautista Peña las cartas proclamas y correspondencias que Rivadavia, Moreno y Belgrano enviaban incitando á revuelta á los patriotas del Alto Perú, y cuando llegóse á sospechar allá que los cabecillas anduvieran por acá, bajo pena de azotes, que aun sin prometer muchos daba, conjuróle Argerich al más riguroso secreto sobre el papelito extraviado.

Pero azotes por azotes, compelido el niño entre dos azotainas, y desconfiando de la frágil naturaleza infantil, el maestro, advertido por Rivadavia, que sus amistades en la Secretaría del virrey teníanle al corriente de la investigación, aconsejó á uno que pusiera pies en polvorosa, aviso que no se hizo repetir, y al otro que confesara la verdad y cantara de plano, pues ya no habría peligro ni para el inocente copista.

En verdad, empezaba siendo mucho niño el que después fué mucho hombre, así en finanzas como en moralidad administrativa, el renombrado ministro de Hacienda Sr. D. Juan Bautista Peña, de grata recordación.

Si algún crítico impertinente llegó á murmurar al verlo pasar: «Sobre esos zapatones pisando van muchos millones,» con más exactitud pudo decirse: dentro de esa cabeza germina un gran financista.

Ministro, presidente del Banco, de la Municipalidad, de asociaciones de crédito, senador, comerciante, estanciero, no era de esas reputaciones de vidrio de aumento, pues que á la distancia y al través de treinta años acrecienta.

No reconocía más que una moral, y como hombre público y particular fué hombre de bien y honrado á carta cabal.

La misma dedicación ponía en la hacienda pública que en sus intereses, pues miraba á aquélla como cosa suya, no para hacerla propia (á la usanza del día), sino para defender la patria hasta de tantos patriotas y galápagos que de puros patriotas nos están dejando sin patria. De algo así como excesiva economía se le criticaba, y de adagio quedó: «más agarrado que D. Juan Bautista.» Pero si no sabía tirar la plata, ni empeñar al Estado en onerosísimos empréstitos, supo, sí, hacerlo prosperar dentro del presupuesto.

A punto estuvo, no de unificar la deuda, sino de extinguirla, cuando por espíritu de oposición, con ocultos manejos y chicanas hizo ésta zozobrar su proyecto.

Aplicaba sencillamente los mismos sanos principios á la hacienda pública con los que levantara por su laboriosidad su fortuna, y así no salía de su presupuesto, no dejaba ningún ramo improductivo ó estacionario, hacía producir la mayor renta, repetía que no había economía pequeña, pues todas eran economías, y que de centavos se forman los tesoros, como de gotas de agua el mar. Que todo gasto superfluo es desquicio. Gastaba menos de lo que entraba. Nada adquiría el Estado sino en pública licitación y previo examen de peritos, nombrados de cada gremio, con lo que daba participación en la cosa pública á la mayor parte de sus honrados conciudadanos, interesándoles en su prosperidad.

¡Cuántas veces el simple buen sentido es el mejor administrador! La experiencia enseña más que los libros.

Los hombres de su tiempo hicieron época, y estadistas como D. José María Paz, D. Juan Bautista Peña, D. Francisco de las Carreras, D. Domingo Olivera, el Dr. Ferreira, no tuvieron ediciones. Por eso se repite, mirando melancólicamente al pasado cuando se recuerdan ministros típicos en la época de D. Valentín: escrupuloso y honesto administrador como el general Paz, recto como Alsina, económico como Peña, brillantes inteligencias que aconsejaban desde sus diversos ministerios al primer gobernador constitucional, y tan jóven que tuvieron que habilitarle edad para gobernar.....

Los hombres honrados no se han acabado en el país, pero el molde de aquellos honestos y desinteresados ciudadanos, enérgicos y sinceramente patriotas, sin ostentación, se ha roto ya. . . . .
. . . .

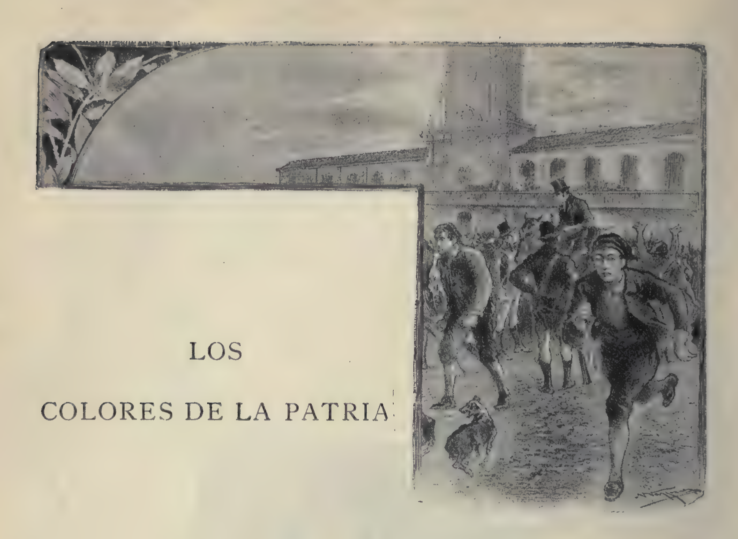
Por esto, refiriéndonos cándidamente sus primeras travesuras revolucionarias, nos decía un día:

—En verdad, la primera sangre que expuesta estuvo á correr en esta plaza por la revolución de la independencia fué la de mis nalgas.

Si estaría bien sentado el señor ministro de Hacienda D. Juan Bautista Peña sobre sólidos principios, quien con tanta firmeza desde niño los defendía hasta exponer en grave é inminente peligro sus asentaderas.



Colegio del Sagrado Corazón



LOS COLORES DE LA PATRIA

I

En aquel momento escampaba. Breve intermitencia entre dos *garúas*. Toda la semana de mayo fué lluviosa.

En la nublada mañana del viernes 25 de mayo de 1810, fría y melancólica como la de esperanza lejana, grupos del pueblo se aumentaban sobre la *vereda ancha*, cuando French preguntó á Beruti.

—¿Qué distintivo llevamos para evitar confusión ó desórdenes de entremetidos que pretendan aguar la fiesta?

Los retrógrados y empecinados juzgaban que aquello era todo un desorden; pero los jóvenes chisperos pretendían cambiar todo en el mayor orden.

Beruti, señalando al cielo, contestó:

—*He ahí nuestra bandera, el color de nuestro cielo en esta solemne hora decisiva.*

Como frecuentemente sucede durante largos días de lluvia, en aquellos momentos aclaraba un poco, y ancha nube blanca cruzaba lenta y majestuosamente, dividiendo en dos fajas el azul celeste de la inmensa bóveda opaca que cubría la plaza de la Victoria—cuna desde entonces de la independencia americana.

—¡Bella inspiración!—contestó el compañero; y estos dos gloriosos ge-

melos de la revolución de mayo (French y Beruti), entrando en la mercería de García, en la vereda contigua al café, posteriormente bajo la recova nueva, salieron con algunas piezas de cintas celestes y blancas, siendo Beruti el primero que se puso de escarapela esa divisa.

Luego ambos se mezclaron entre los grupos, repartiendo otras tantas, y muy pronto se vieron penetrar en la plaza cuantos á ella llegaban, con el distintivo de los patriotas en el sombrero, en el ojal ó sobre el poncho.

Distinguíanse, entre multitud de jóvenes allí presentes, Vedia, Balcarce, López, Viamonte, Ocampo, Martínez, Guido, Gómez, Melián, Albarracín, Mansilla, Darragueira, Thompson, Moldes, Peña, Chiclana, Irigoyen, Moreno, los que iban y venían del comité de la casa Azcuénaga al Cabildo y de éste al café de la vereda ancha.

. . . .

Así nació la bandera nacional, de ese moño blanco y celeste, colores que ya usaba en su uniforme el regimiento de patricios, quienes, si pudieron tomarlos de la banda de Carlos III, cuando soldados de su hijo, no para marchar contra el rey. Consagra igualmente esta tradición de familia en la de Beruti la hermosa inspiración del poeta, que con verdad exclamó:

«Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
el blanco y el celeste de nuestro pabellón.»

Con los colores de la divisa de aquel primer día, convertida en escarapela patria, dos años después enarboló bandera el general Belgrano en baterías sobre las barrancas del Rosario, donde se levanta hoy el monumento á la bandera. Esta fué la que al año siguiente (1813) hizo jurar al ejército vencedor en Tucumán, sobre las riberas del río Juramento, al llegar á Salta en vísperas de su victoria.

Otra hermosa inspiración del joven Beruti, en la fría mañana del 25, en que vino al mundo *una nueva y gloriosa nación*.

—Asonada de manolos encabezada por mozalbetes de tanta influencia como French y Beruti, no pasará del barrio del Alto—murmuraban *sotto voce* vejetes asustadizos que, como los pelucones de todos los tiempos, nunca tuvieron fe en el entusiasmo de la juventud.

. . . .

Y como retardaran los primeros delegados que el pueblo enviara al cabildo (Chiclana, Moreno, Irigoyen), volvió á observar French:

—Parece que por allá arriba hablan de componendas y andan descomponiendo la lista.

—Pues alcance, compañero un papelito, que nosotros mismos llevare-

mos la de los que han de dirigir á este pueblo como su más genuina representación.

Y al pie de la torre del Cabildo escribió los siguientes nombres, que momentos después, desde lo alto de su balcón, eran proclamados como los de la primera Junta gubernativa:

Saavedra, Belgrano, Castelli, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Paso, Moreno.

Las dos más hermosas inspiraciones de 25 de mayo, su distintivo y su gobierno, fueron debidas al entusiasmo y actividad de Beruti, en quien ya había pronosticado uno de los viejos notables: «Tiene inteligencia y corazón: este joven irá muy lejos.»

Era el señor de Escalada uno de los pocos acaudalados vecinos que entrara con más fe en la revolución. Su talento natural, su perspicacia y experiencia, le hicieron ver claro desde los primeros pasos.

Así como auguró brillante carrera al desconocido de la víspera, profetizó el éxito del coronel San Martín, desde que le conoció, al día siguiente de llegado el vencedor en Bailén.

. . . .

II

Nacido Beruti en esta ciudad el mismo año que Rivadavia (1780), D. Pablo Beruti y doña María González Alderete fueron sus padres.

Muy joven aún, ya el virrey Avilés le nombró empleado en la notaría eclesiástica á cargo del Sr. Posadas. Desde los primeros estremecimientos en que palpitara el pueblo por su independencia, comunicó la chispa sagrada en las masas, que electrizaba con su palabra llena de fuego y entusiasmo.

Otros llevaban la dirección; pero él la propagaba en las filas del pueblo á que pertenecía, desde los conciliábulos de la junta revolucionaria en la quinta de Peña.

Un mes después de la jornada de aquella gloriosa mañana en que su noble inspiración dió á un tiempo divisa y gobierno al movimiento iniciado, era nombrado teniente coronel del regimiento de América, y dos años más tarde teniente gobernador de Santa Fe, antes de serlo de Tucumán.

Secretario de Alvear en el sitio de Montevideo, su antiguo jefe de oficina, el director Posadas, que le conocía desde niño, le hizo jefe del regimiento 3.° de infantería, con el grado de coronel, y comisario general de prisioneros, de los muchos que él mismo rindiera en aquella plaza fuerte.

Tan experto militar llegó á instruirse como hábil organizador. Por

dos ocasiones desempeñó el Ministerio de la Guerra, y en 1815, subinspector del ejército de los Andes: coronel efectivo ya, le nombró San Martín en Mendoza segundo Jefe del Estado mayor.

Su brillante comportación en Chacabuco mereció especial mención en el parte de la victoria, siguiendo luego los ejércitos de la patria.

Volvió á ésta, luego á Mendoza, y allí se encontraba de ministro del general Lamadrid, cuando llegó su ejército en derrota.

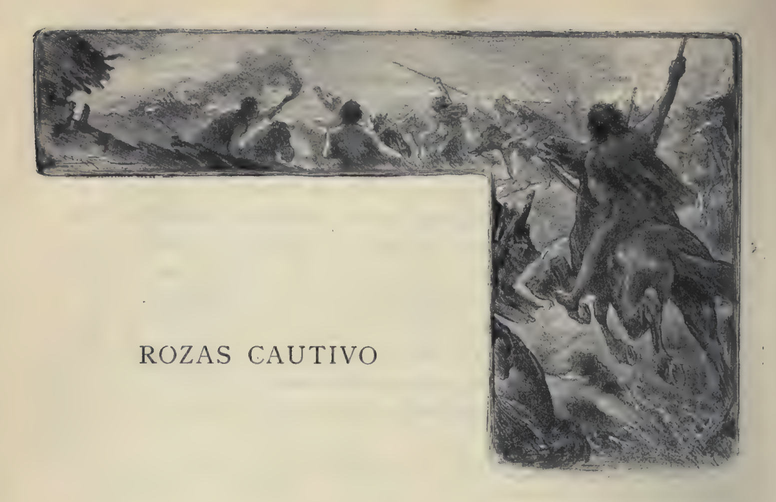
La noble comportación de toda su vida, escudo fué que salvara de las persecuciones de sus enemigos al autor de los colores de la patria.

Hasta por éstos respetado, el general Pacheco impidió que Aldao le molestara como á otros unitarios, después del Rodeo del Medio.

Una de sus hermanas fué la madre del actual vicealmirante Cordero, y á la otra desposó el guerrero de la independencia D. Venancio Ortega, hermano de doña Rufina, que los anales patrios recuerdan por su patriotismo. Con las familias de Rocha, Salvadores, Castro, emparentaron otras.

Anciano y achacoso falleció en aquella ciudad de los Andes, en que vió la luz su hijo Antonio, padre de nuestro aplaudido compositor, que allí viniera al mundo.





ROZAS CAUTIVO

I

«Cristiano rubio dejando *pa* semilla,» había gritado el cacique, apartando á *caballazos* el grupo de indios que, al concluir la refriega, atropellábanse por degollarlo; y, sin duda, á su belleza debió Rozas su salvación en tan apurado trance.

De D. Juan Manuel se dijo, posteriormente, que fué uno de los más hermosos tipos de su raza.

En aquel terrible año XL, que todo lo coloreó, cuando bajara de la escuadra francesa el vicealmirante Mackau á visitarle, en circunstancias que en un mismo sofá de crin negra sobre caoba conversaban ambos, salía el general Guido del salón de gobierno, exclamando con admiración:

—¡Jamás he visto juntos dos hombres más buenos mozos!

Agregando la hermana del gobernador, al ver entrar al general Mansilla:

—Ni militar de más gallarda planta que mi marido.

—Tiene razón, Agustinita; ni mujer más hermosa que la que con tanta perspicacia lo observa.

Y el galante diálogo entre una dama de *esprit* y nuestro ilustre diplomático seguiría derramando rosas (en el salón *del mismo)*, más largo sin duda que aquella visita.

Pero como ninguno de los referidos personajes lo es de esta tradi-

ción, agregaremos solamente que, tratándose de cristiano tan gallardo, nada extraño fué que anduvieran *Cacicas* y *Capitanejas* tirándose de las mechas, cuando cristianas muy recatadas, caso hay más de uno en que algo parecido suelen hacer. . . . .

. . . .

Cómo, cuándo y dónde cayó Rozas cautivo, tema es de capítulo aparte. Mientras algún alma caritativa ruega á San Pedro Nolasco por su redención, de cajón viene aquí una manita de historia pampa...

II

Recuerda la tradición que un viernes 13 (diciembre de 1783) caía postrado de un bolazo en la frente el mayor de milicias D. Clemente López Osornio.

Cerca del palenque, frente á las poblaciones de su estancia (Rincón de López), se encontró después, cubierto por el del padre, el cadáver de su hijo Andrés, á quien defendiera hasta el último aliento.

La invasión de indios fué aquel año terrible y devastadora.

Pasado el Río Salado, sólo se divisaban por todas partes ruinas humeantes del gran *malón*.

Lo que poco se recuerda es que, el mismo día y más de cien leguas al Sur, por otro certero tiro de bolas que le amarrara los brazos, dejándole indefenso, caía también cautivo el alférez D. León Ortiz de Rozas.

. . . .

El 3 de enero de 1785 salía del fuerte de Patagones D. Francisco Javier Piera, al comando de cincuenta soldados, hacia las tribus más cercanas, refugio de cuatreros y desertores.

No habían transcurrido aún veinte días, cuando derrotados sus exploradores en los desfiladeros de las sierras, apenas escapó uno que llevara el cuento.

De notar era que contra las órdenes superiores y advertencias de subalternos más prácticos, desoyendo los consejos de la prudencia, iniciara Piera su injustificada invasión.

Confirmando una vez más que á la crueldad, unida va la cobardía, á este jèfe, que tan inhumanamente pasara á cuchillo toda una tribu el año anterior, no sólo se le aflojaron los calzones, sino que cayó muerto de susto al saber la pérdida de su hermano, oficial de vanguardia.

La situación era bien afligente; pero quedaba Gómez, á quien no se le cayeron porque llevaba bien puestos los muy ajustados que por entonces se usaban.

Este oficial en quien recayó el mando, no era hombre de atortolarse, y, no obstante quedar á pie en media pampa, rodeado de indios, su prudencia y serenidad salvó á los que la impericia de su jefe dejara á punto de perecer en el desierto.

Improvisando un atrincheramiento al pie de la Sierra de la Ventana, mientras que entretenía á los indios con parlamentos, acechaba la ocasión de hacer salir algún chasqui, en las sombras de la noche, pidiendo auxilios á Patagones.

Aunque pocos ó ninguno aguardaba de la tierra, puso su confianza en Dios y esperó.

Era de los soldados cristianos que, como los oficiales de Belgrano posteriormente, tanto enseñaban á un tiempo la carga del fusil en once voces, como el rosario en cinco *paternóster*.

Con esta ciega confianza en el buen Dios de su destino, al venir el día y cuando acababa sus devociones matinales, se le presentó un indio como llovido, y la lenguaraz Catalina, trayendo *papelito que habla* (papel pintado, carta ó comunicación).

El cacique mandaba decir que todos los cristianos habían sido derrotados, que pasaría á degüello á los cautivos, y también á los de ese campamento, si no se retiraban prontito. Que fueran el capitán grande y el cirujano, para tratar de las paces y auxiliar á los heridos.

Genuina muestra de la correspondencia de cautivos, transcribimos á continuación la carta del Piera cautivo al Piera muerto, del diario militar de Gómez:

«Querido hermano: Estoy bueno, á Dios gracias, y cautivo en poder de Catruén, el que me considera en ciertas cosas; pero estoy esclavo en poder de todos los del toldo. En fin, hazte cargo cuál será nuestra miseria; pero no debes darte por entendido de nada de esto, pues me han encargado todo lo contrario, y así me conviene. Avisa á Buenos Aires de nuestra infelicidad y la de Rozas, que está aquí en poder del Cacique Negro; y los demás están con Dios.

»Me mandarás un barrilito de vino, un par de arrobas de hierba, el tabaco que tiene Varena, catorce ó diez y seis cuadernillos de papel, una muda de ropa, el poncho y cuentas de las que tienen en los cajones, para pasarlo menos mal. Y así conviene los trates bien y les digas que te digo que me tratan como á ellos.

»Mándame uno ó dos reales de jabón para lavar; y mándame, ¡por Dios!, todo cuanto te pido, y te puedes retirar, que no te puedan hacer daño; y reza, y encarga nos encomienden á Dios por los cautivos y muer-

tos, por nuestra redención, y á Dios que te dé feliz viaje y á todos los compañeros. Yo me quedo á poca distancia.—*Domingo Gabriel Piera.*

»P. D.—Creía que á Gómez lo hacían para Río Negro, para ir á traer la paz. Trata bien á éstos, y di que te digo bien de todos; y no hay que hablar porque hay ladinos, y será para nosotros un infierno. La dicha Catalina es sobrina del gran Cacique: regálala bien, y mándame un tintero con pluma para escribirle al virrey.»

III

Cuando allá por los años de 1724 llegó nombrado gobernador y capitán general, D. Domingo Ortiz de Rozas trajo un segundo Domingo en calidad de sobrino y ayudante; y cuando D. Domingo primero pasó á desempeñar la presidencia de Chile, donde, por las poblaciones que fundó, fué agraciado con el título de conde de las mismas, el sobrino de su tío, vencido ya en otras lides, próximo á caer en las de Himeneo, quedó en esta ciudad de la Santísima Trinidad, pasando á servir en el batallón real de infantería como capitán.

Este alto y erguido Sr. de Rozas, que poco se daba con la mayor parte de los oficiales, encontró entre ellos otro más alto y no menos capitán, que le caía en sayo, así en humos, pergaminos y estiramientos.

De Castilla la Vieja ambas familias, á un tiempo casi llegaron aquí; y si las preferencias de sobrino de su tío gobernador realizaban méritos propios en el flamante oficial, últimamente incorporado, los del más antiguo del batallón, centro de todos, sirviéronle de intermedio para la aproximación con los demás.

Alto, delgado y de morena faz el uno; rubio, sonrosado y grueso el otro; si aparecía entre ambos contraste físico, así se armonizaban en lo moral como en lo noble se igualaban.

Si el rubio descendía de los duques de Normandía, el moreno provenía de los antiguos condes de Gómez, abuelos de D.ª Ximena, esposa del Cid Campeador, D. Rodrigo Díaz de Vivar, castellano á las derechas.

Y la larga lista de condes, duques y marqueses, en líneas paralelas, de ambas prosapias ascendían hasta el cielo, como que los dos tenían Santo en la Corte.

Los capitanes D. José Gómez del Canto y D. Domingo Ortiz de Rozas, con mayor predilección por el estrado que por la carpeta y otras distracciones de cuartel, galantearon, en la flor del coloniaje, descollantes pimpollos entre sus bellezas, por lo que, si no al mismo tiempo colgaron

la espada, en la misma hora misteriosa del corazón levantaron el velo nupcial sobre la frente virginal de sus prometidas.

. . . .

Gómez desposó á una de las más hermosas doncellas del virreinato, doña Juana Rospillosi, cuya estirpe ha dado dos papas al Vaticano y un Santo al cielo, y el Sr. de Rozas á doña Catalina de la Cuadra.

Y lo que poco acontece en estos tiempos del telégrafo y del vapor, en que todo pasa rápido, y ni caudal ni amistades duran tres generaciones, los hijos de ambos siguieron hasta la tumba la amistad que heredaran de sus padres.

Venidos á la vida en corta diferencia sus primogénitos, como á hijos de capitanes del rey, á un tiempo les llegaron de la corte los cordones de cadete; juntos entraron en la escuela del rey D. Lázaro Gómez y D. León Ortiz, menos porque vivieran en un barrio, que por ser la única en muchos años. Más tarde ingresaron al batallón en que sus padres habían seguido su carrera. En un mismo buque se embarcaron para su primera campaña; una era la fecha de sus despachos; juntos arrollaron con sus valientes soldados del Fijo á los veteranos ingleses de la plaza de toros, en la tarde del 11 de agosto de 1806. Cuando el capitán Rozas supo que Gómez había caído muerto en la brecha de Montevideo, el 3 de febrero del año siguiente, tan gran sentimiento le apesadumbró, que antes de concluir ese año, y después de haber vengado á su hermano de armas, matando ingleses el año VII, colgó su espada.

Tales antecedentes explican la clase de íntima y sincera amistad que estrechaba á los dos alféreces del Fijo.

¡Cuál sería, pues, la sorpresa de Gómez al tener la primera noticia de su amigo! No sólo vivía Rozas, sino bueno y sano se encontraba á poca distancia de su campamento.

Como la desgracia le había hecho desconfiado, poco creía en promesa de indio; pedía mayores pruebas, algo como una muestrita, que le dejaran ver de lejos siquiera la punta de la nariz de tan deseado cautivo.

En esos parlamentos, chasques y mensajes se estaban, cuando un buen día se le presentó de cuerpo entero, y tan entero de alma como de cuerpo, el mismo Rozas: el tan llorado compañero. . . . .

. . . .

IV

Abrazándose entre lágrimas, y pasados los primeros momentos de efusión, le dijo Gómez:

—Y bien, hermano, ¿qué debemos hacer para que tu visita en mi campamento pase de tal y te retengamos por siempre?

—Lo primero empezar por retirarse. Enviar el parlamento pedido, que yo dejo el terreno bien preparado en el ánimo de los caciques, haciéndoles ver cómo siempre les fué mejor cuando han vivido en paz con los cristianos.

—Pero empecemos por el principio, y puesto que estás ya entre nosotros, quédate.

—¡Imposible! He dado mi palabra y me conoces desde chico: esclavo de la palabra de honor.

—¿Palabra á indios?

—Palabra de cristiano, que yo siempre cumplí.

—De aquí no te sacarán sino después que nos hayan muerto á todos.

—Lo que no tardará mucho, pues te encuentras rodeado de *indiadas* sedientas de no dejar un cristiano, y son los caciques aconsejados por su propio interés, *que no sólo entre indios es el mejor consejero*, los que hacen esfuerzos en detenerlas. Catruén, que es el principal de los que aquí acampan, quiere mucho al hermano que fué de parlamento ante el virrey. Escribe á éste para terminar el tratado por el que los indios prometen someterse. Ha sido la mayor imprudencia traer invasión con tan poca gente, como se te inculparía que, rechazando la proposición del cacique, se perdiera ocasión tan propicia. No es fácil que salgas bien en tan afligente circunstancia, mientras que por interés de algunas yeguas y que les devuelvan los rehenes mandados, te dejarán volver sin hostilizarte. Los últimos *malones* han dado pésimos resultados, pues están las haciendas muy reconcentradas. Más cuenta hace á los indios vivir de las raciones y regalos del gobierno, que de los robos y asaltos, convencidos hoy, por mi propaganda, que les es mejor ser honrados por conveniencia.

—Todo esto está muy bueno; pero lo que es á vos, no te largo.

—Así será, señor comandante; pero como León Rozas nunca faltó á su palabra, y tengo ésta empeñada en volver, me largo solo—dijo, dirigiéndose al palenque, y montó el picazo. . . . .

. . . .

No hubo razones que le hicieran apearse: ni los cariñosos pedidos de sus compañeros, ni las afecciones que á Buenos Aires le atraían. . . .

. . . .

Algunos días más pasaron en idas y venidas, chasques, mensajes y parlamentos; pues, si bien Gómez aceptaba las proposiciones, hacía hincapié en la entrega inmediata de Rozas.

Quedarían el capellán y demás prisioneros en rehenes, entregaría todos

los víveres y objetos pedidos, cuya lista, como *pedido de indio,* era larga. La comisión de éstos y la de cristianos marcharían unidas hasta la capital. Harían las paces, según lo convenido; pero nada de esto tendría cumplimiento sino cuando, en libertad Rozas en el campamento de Gómez, pudieran juntos emprender la marcha de regreso...

Y tanto alegó y lo sostuvo, que al fin lo consiguió, cumpliéndose el adagio de que:

«Más te vale un buen amigo
que en tu troja mucho trigo.»

V

Espigado, enjuto, puro nervios y puro corazón, era D. Lázaro Gómez un pundonoroso oficial, y á su perseverancia y buen tino debióse la salvación de los expedicionarios, redimir á Rozas, abreviar el cautiverio de sus compañeros y hacer la paz más duradera.

Aquí y en la otra banda se distinguió batallando contra portugueses y *charrúas*, pampas é ingleses.

Instruído y valiente, heredó, con la virtud de sus padres, el honor, herencia legada á sus descendientes, que han sabido conservar como religión de familia. . . . .

. . . .

No había, pues, sido muerto D. León, ni siquiera herido, apenas si cautivo; y aunque al principio tratado con severidad, más humanamente lo fué desde que lo cambiara el cacique negro, como lo demuestra en dejarle ir, bajo su palabra, al atrincheramiento de los cristianos.

Este cacique recordaba que su padre había hecho la paz más larga con otro Rozas (1743); como un hijo de él repitiera á D. Juan Manuel, cien años después, que su padre (D. León) fué un día cautivo de su progenitor.

Y comprueba esto una vez más que siempre es bueno ser bueno, aun entre malos; pues supo D. León portarse como hombre honrado y buen cristiano en todas las circunstancias de la vida.

Consiguió hacerse querer de todos: primeramente, por las prendas que vestía; reservado para canjearlo, por su varonil belleza después y hasta por el recuerdo de su humanitario tío, gobernante que consideró á los indios, en todas partes llegaron á apreciarlo.

De más de una toldería lo pedían prestado, cuando, en compañía del padre Montañes, empezaron á instruir á las indias en cristianos principios y, tal vez, en otras cosas más.....

VI

Así acabó ésta que pudo llamarse la expedición de los milagros; pues milagro y no chico fué que no mataran á Rozas, que lo conservaran intacto por tanto tiempo; le exhibieran como muestra de su propia existencia; que volviera, resignado cristiano, á seguir la suerte de sus compañeros cautivos; que al fin lo entregaran por las exigencias de Gómez; y, por último, y podemos decir que no fué este el menor de los milagros, que una partida tan reducida salvara en su travesía, al través de indiadas sedientas de pillaje.

Sobre si dejó ó no semilla entre pampas el hermoso cautivo, aunque poco dados á genealogías de princesas ni *cacicas*, agregaremos únicamente que más raro y extraordinario fué la aparición entonces de un cacique negro entre lampiñas caras bronceadas, que ver posteriormente más de una de las nietas de este mismo cacique negro peinar rubias trenzas sobre sonrosadas mejillas.....

Misterios son estos que Darwin á su paso no profundizó, ni tampoco nosotros.....

Hombre honrado á carta cabal, era D. León de Rozas humanitario y valiente; contemporizando, por su prudencia, supo conquistarse simpatías aun entre los salvajes.

De temperamento suave y afable, irradiaba su buen genio en su abierto semblante, y por su agradable conversación, dulce trato y bondadoso carácter paternal arreglaba cualquier disidencia, así entre indios como entre cristianos.

Proverbial fué siempre su distracción, como lo demuestran multitud de hechos; y sin duda para evitar que volviera á caer entre pampas, á su regreso, ya sin padres, congreso hubo de tías que le condenaran á cautiverio perpetuo.

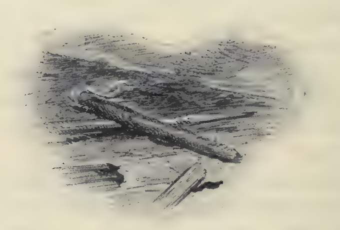
Encargado de la casamentera misión su guía espiritual, como por tales tiempos se acostumbraba, llegó á descubrir que otro colega mercedario contaba entre sus hijas de confesión la más hermosa flor del vergel espiritual.

También sin padres (pues entre las calamidades que al Sr. D. León de Rozas persiguieron no conoció la de suegra), crecía la más bella mercedaria, que hábito de tal vestía desde el fatal *viernes* 13 en que su padre y hermano fueron muertos por los indios la misma tarde que cayó Rozas cautivo.....

En la del martes 30 de 1790, casó el capellán castrense, en el conven-

to de Mercedarios, al Sr. D. León Ortiz de Rozas con doña Agustina López de Osornio.....

Y así salió de un cautiverio para caer en otro sin salida. Pero si angustias hiciera pasar la enérgica Agustinita al blando y cariñoso marido bonachón, misterios son que encubriera el cortinaje del aposento conyugal, que no es dable levantar.





EL HIMNO NACIONAL

(SU TRADICIÓN)

¡Oíd, mortales, el grito sagrado!

I

Allá por los años 1813 era uno de los salones más concurridos en la reducida sociedad de esta capital el de la señora María Sánchez de Thompson, y en él fué donde se oyó por vez primera la música del himno nacional. Allí llevó el poeta Luca una de las hojas húmedas aún, recién salidas de la imprenta, y ante la reunión de todas las noches, en la del sábado 14 de mayo leyó los versos inolvidables de su amigo el Sr. D. Vicente López y Planes.

Con no menos aplausos fueron escuchados en tan selecta reunión, como en la tarde del 11, en que entre las primeras lágrimas de entusiasmo que arrancaron, atravesó el recinto de la asamblea el poeta fray Cayetano Rodríguez, y rompiendo la composición á él encomendada, abrazó al Sr. López en el arrebato de su más sincero entusiasmo.

Tres días después rodeaban el viejo clavicordio de mi señora doña Mariquita el Dr. García, Rojas, Molina, el mismo López, D. Valentín Gómez, Picazarri, Parera, cuando entre exclamaciones repitió el de Luca su magistral lectura.

Al poco rato Thompson tocaba (de una vieja colección de salmos que trajera de Inglaterra) el himno que David cantaba al arpa, marchando an-

te el Arca Santa. Substituyóle Parera en su asiento, y siguiendo en el piano ese mismo aire marcial, preludió los primeros compases de un acompañamiento á los versos que tenía por delante.

La conversación se hacía general en una atmósfera caldeada de entusiasmo, entre damas y caballeros, militares y sacerdotes, que en aquellos tiempos frecuentaban el estrado, donde eran con tanto respeto escuchados; sin darse cuenta de lo que, solo y aislado en un rincón, *piano piano* tarareaba D. Blas *sotto voce*, la más atenta de las damas se le acercó interrogando:

—¿Qué está haciendo, mi maestro? Ya vé usted que nos encontramos en apuros. ¿No se animaría á ensayar algún acompañamiento para tan hermosa composición?

—Tentándolo estaba, mi señora doña Mariquita; permítame llevar esta hoja, que si el lunes puedo traer algo presentable, á falta de otro mejor, le corregiremos entre todos.

Y recogiendo el impreso y su capa, mientras en ella se embozaba, le despedía la entusiasta patricia:

—Vaya usted con Dios, y que el santo rey David, poeta, músico, guerrero y buen patriota, le preste su numen. Mañana es domingo, enciérrese y tenga acierto. En la noche del lunes le esperaremos con algunas amigas aficionadas para aplaudir su música. Inspirado por Dios y por la patria, no puede resultar mala.

II

Aunque el erudito Sr. Zinny refiere que en septiembre de 1812 el secretario del ejército al mando del general Belgrano, Dr. López, bajo la sombra de enorme *tipa* (árbol tucumano), un poco al Norte del paso Río de las Piedras, arrobado en el delirio de esa victoria, compuso la canción, declarada más tarde marcha nacional, que comunica nueva vida y da nuevo sér al argentino que la escucha, suponemos más exacta la versión del propio nieto del prócer. Refutamos á Zinny, pues el 3 de septiembre de 1812 aún no se habían alcanzado las victorias de San Lorenzo, Salta y Tucumán, que el himno menciona. Por esto, más probable es que la noche del 8 de mayo de 1813, durante la representación de la tragedia de Ducós *Antonio y Cleopatra,* saliera el Sr. López de la *Casa de Comedias*, emocionado por la inspiración patriótica que fué á derramar en vibrantes estrofas y que siguen hablando al corazón del argentino—muchos años después que su autor no habla,—en su pequeño escritorio, casa de sus abuelos, Perú, número 535, donde el ilustrado director del Museo Histórico señor Carranza acaba de incrustar lápida conmemorativa.

Pero la tradición de la música que acompaña su canto, que nos ha llegado ya mutilada por las podas de Esnaola, Albornoz y Calzadilla, es otra. No siendo dable discernir doble corona al poeta, que no fué, como el de la *Marsellesa,* autor de los versos y su música, debemos en justicia consagrar una parte del aplauso al autor de música tan elevada, que entusiasma á los más incultos.

Elocuente y conmovedora es esta poesía, pero en más amplios horizontes se dilatan sus notas musicales. No sólo en Europa, á extranjeros que no comprenden una palabra de la significación de los versos observamos conmovidos por su música, sino también, en nuestros campamentos, á rudos soldados analfabetos.

Los que nos enseñaron la religión de nuestros padres enseñaban á la par, como su complemento, la religión de la patria en la oración matinal. Iniciadores de sus primeros cantos fueron sacerdotes tan ilustrados como fray Cayetano Rodríguez, Vera y Pintado, Argentino, autor del himno de Chile, y en la mayor parte de la América latina, sacerdotes encargados de transmitir el amor á la patria tuvieron participación en los primeros himnos, por lo que cierto aire de familia asemeja al primogénito el argentino.

. . . .

Después de uno, dos y tres ensayos ante los contertulianos de la señora Thompson, y en la sala del señor de Luca (según lo recuerda el doctor Juan María Gutiérrez), se invitó para el más vasto salón del Consulado; y en vísperas del 25 de mayo, refiere el Dr. López (nieto), reuniéronse las señoras de Thompson, Escalada y otras, para asistir á la audición de música que tanto entusiasma. Allí damas y caballeros, tribunos, sacerdotes y guerreros de la revolución, se pusieron de pie en aquel concurso, y en respetuoso silencio oyeron las notas de un himno, que debía ser el monumento más duradero de la revolución argentina.

III

Por entonces, si los poetas, los buenos poetas de casa apenas eran dos, á quienes la asamblea conceptuó dignos de encargarles tan magna obra, los compositores musicales, entre buenos y malos, eran *nones,* y no alcanzaban á tres. Aún este único, catalán de origen, más por congraciarse con los dominadores en la revolución que por amor á la nueva causa, creyó hallar en esto un medio para propiciarse voluntades.

Y en ello se parece igualmente nuestro autor al de la *Marsellesa*. Siendo uno y otro adversos á la revolución, compusieron música, menos ins-

pirados por amor patrio que de temor á venganzas que todo retraimiento suscitaba. Rouget de l'Isle fué perseguido por soldados franceses á quienes llevara á la victoria, arrastrados por su inspiración. Parera, salvado de un modo trágico, tuvo que huir á la Colonia, de la casa de su comprovinciano Larrea, escondido dentro de la caja de su piano, donde no es probable fuera tamborilleando la marcha que le ha hecho célebre, hasta inscribirse, en honor del catalán D. José Blas Parera, su nombre en una de las calles de esta capital, casualmente la en que esta tradición escribimos.

Después de ensayarse en la de Thompson, Luca y el Consulado, se cantó el himno acompañado al piano por Parera en la *Casa de Comedias*, la noche del 25 de mayo de 1813, como el año siguiente al pie de la Pirámide (recién construída por el maestro Cañete), y luego en la Escuela de la Patria, en los campamentos, en la América, resonando como la voz sagrada de la patria desde un polo hasta el otro. Más de ochenta años ha exaltado el espíritu bélico, y sensible es que antes de terminar el siglo en que nació, decrezca el entusiasmo por la patria, de que ese himno es el Verbo.

Pocos días há, visitando un modesto cuartel de veteranos, grato nos fué observar cuánto contribuyen á la educación del soldado hasta los lemas sobre puertas y cuadras, cuadros de episodios como los de Falucho, Cabral, el sargento Vasconcellos, y en libros de lectura, las más resaltantes hazañas de los primeros soldados que legaron ejemplo en su heroicidad. En contrarias reflexiones, ¡cuánto conduele notar que ya no se canta el himno al pie de la Pirámide, sin duda porque las mañanas de mayo amanecen más frías que aquéllas en que nuestros padres iban á cantarlo en las más crudas; en que los abuelos, entre las nieves de la Cordillera, sólo tenían para entrar en calor el entusiasmo con que sus estrofas electrizan!....

Ni un ladrillo de nuestro monumento de mayo, ni una sílaba del himno debe suprimirse; que ello no obsta para abrir á los cuatro vientos esta tierra de promisión á los hombres de buena voluntad que la prefieran para alzar su tienda de trabajo.

IV

A sellar esta tradición con palabras más autorizadas vienen como de molde éstas del *poeta de las tradiciones,* pues no está de más recordar que si argentino fué el autor del Himno de Chile, argentino también era quien decretó el del Perú.

«En 1821—refiere el ilustre Palma,—el protector del Perú, D. José de

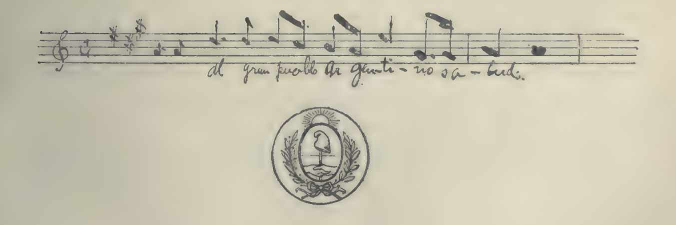
San Martín, convocó á un certamen musical, del que resultaría premiada la composición que se declarase digna de ser adoptada por Himno nacional de la República. De las seis presentadas, la del maestro Alcedo, también fraile en su origen, obtuvo la palma. Apenas terminada su ejecución en el clavicordio del Sr. Riglos (argentino, hermano de D. Miguel), cuando el general San Martín, poniéndose de pie, exclamó:

—»*¡He aquí el Himno nacional del Perú!*

»En la noche del 4 de septiembre, festejando la rendición del Callao, se cantó en el teatro por vez primera. La ovación de que en esa noche fué objeto el humilde maestro Alcedo es indescriptible para nuestra pluma. Mejores versos que los de D. José de la Torre Ugarte merecía el magistral y solemne himno de Alcedo. Las estrofas inspiradas en el patrioterismo que por esos días dominaba, son pobres como pensamiento y desdichadas en cuanto á corrección de formas. Hay en ello mucho de fanfarronería portuguesa y poco de la verdadera altivez republicana; pero, con todos sus defectos, no debemos consentir jamás que la letra de la canción nacional se altere ó cambie. Debemos acatarla como sagrada reliquia que nos legaron nuestros padres, los que con su sangre fecundaron la Libertad y la República. No tenemos derecho (que sería sacrílega profanación) á corregir ni una sílaba en esas estrofas, en las que se siente á veces palpitar el varonil espíritu de nuestros mayores.»

Ni de encargo corresponderían mejor tan sensatas reflexiones, aplicadas á todos los himnos que consagran la revolución por la independencia de América, como al que tradicionamos, cuya última estrofa es:

«Al gran pueblo argentino salud.»





EL QUE ARREBATÓ LA BANDERA

I

El general Belgrano, político más hábil que militar, tuvo el don de atraer mayores simpatías á la causa de la Independencia con su palabra y su ejemplo que con su espada.

Ya al regreso del Paraguay venía derramando buena semilla á lo largo del camino, si bien caídas en terreno poco propicio para la libertad, que más lozanos retoñaron allí, posteriormente, los arbustos de Francia, López y el último tirano. Su propaganda, resultado semejante dió al de las invasiones inglesas; que, si rechazaron la conquista los hijos de la tierra, no hicieron oídos de mercader á sus advertencias:

—Ya ustedes son grandecitos, y á los trescientos años no deben estar esperando les llegue desde dos mil leguas distante el último alcalde. En todo caso, entre seguir siendo colonos de la última nación ó de la primera del mundo, prefieran coleccionar libras inglesas.

Todavía hay quien piensa que hicieron mal en no aceptar consejos tales; pero nuestros buenos padres, siguiendo sus nobles aspiraciones, presintieron algo mejor y se hicieron independientes. Desde que salió Belgrano de Buenos Aires, prolijo agricultor, continuó la sementera. En el Rosario inauguraba la bandera nacional, distinguiendo en esa solemnidad al santafecino Maciel, que izó la primera bandera. En Córdola predicó la Revolución, atrayéndose la juventud más entusiasta, y militares, sacerdotes,

doctores y hacendados coadyuvaron con gusto, siguiéndole entre otros vecinos el Sr. D. Mariano Benítez, acaudalado comerciante de aquella plaza. En Santiago, como en Salta, sedujo con sus caudillos locales todo el gauchaje, como en Tucumán no fué Helguera, su ayudante predilecto, el único de la dorada juventud que le acompañó hasta lo último.

De Benítez, ejemplo digno de recuerdo, recibió en Córdoba trescientas onzas; en Santiago, numerosa mulada; en Tucumán, dentro de ordinario pañuelo de hierbas (no quedaba otro), atadito que vale lo que pesa, no sólo por contener todas las alhajas de su mujer, sino por la abnegación con que arrancaba ella las últimas *arancadas* de sus orejas, predestinadas á oir luego tantas cosas malas, celos, envidias, despecho, emulaciones y calumnias, y hasta chismes de viejas vecinas, en que tan entusiasta patriota tildado fué de felón..

Pero ¡cómo ha de ser! Tal es el pago de la ingrata humanidad. Hacer bien para sólo recoger ingratitudes. ¡Cuán cierto que todo el que se mete á redentor sale crucificado! ¡Qué extraño que aconteciera igual al ayudante, si su mismo general Belgrano murió por la ingratitud de sus conciudadanos! Cuando llegó á Salta, habiendo Benítez ofrecido á la patria su dinero, haciendas y alhajas, no teniendo más que dar, se dió á sí mismo, con un esclavo y su persona para todo servicio. A ese negro Perico, su último siervo, la casualidad le convirtió en su salvador.

Conociendo como pocos todas las entradas y salidas, cuestas y serranías, caminito al Alto Perú, por sendas desconocidas guió al ejército de Belgrano entre desfiladeros tan inaccesibles, que cuando Tristán vió descolgándose las tropas argentinas á su retaguardia, exclamó admirado:

—Preciso es que sean águilas para desfilar por tales cerros.

Y águilas había en el ejército de los patriotas, por la majestad de su vuelo y lo escudriñador de su mirada, como probó ser ese mismo señor Benítez.

II

A eso de las dos de la tarde, el 20 de febrero de 1813, Benítez, que hacía veces de ayudante del cuartel general, en el crítico momento de la batalla indecisa, se aproximó á Belgrano, advirtiéndole en voz baja que parecía flaquear el ala derecha.

—Vaya usted á todo galope y transmita mi orden al comandante de ese batallón, que cargue inmediatamente. Si trepida, péguele un tiro y haga cargar usted.

No poco trabajo costó dar con el susodicho comandante, que se mos-

traba indeciso, hasta que repetida la orden con más energía, poniéndose al lado del jefe de tan valientes soldados, le acompañó á iniciar la carga, que si no llegó á cruzar bayonetas fué porque, desconcertado el batallón enemigo, dió vuelta caras. Entonces Benítez, mejor montado, logró en su avance arrebatar la bandera del «Batallón Cuzco.» Al galope regresaba con ella desplegada hacia el grupo del que se había desprendido, y fuera por pique del comandante, ó porque realmente entre el acre humo de la pólvora y la polvareda de los que corrían le desconocieran, fué recibido á palos y cintarazos, tomándole por abanderado enemigo. Hubiera pasado de mediana paliza, por equivocación, á no ser el leal esclavo. Después de ayudarlo á islar, cortando el portabandera, rezagado por el propio peso de su bandera, prendiéndose á la cola del caballo de su amo, gritando seguía en su media voz de negro bozal:

—¡Si es mi amo! No le peguen. Es mi amito que ha tomado la bandera de los chapetones—y bregaba apartando las culatas de unos, fusiles y bayonetas de otros, y poniéndose por primera vez delante de su amo, si no evitó caer herido sobre el caballo muerto á sablazos, consiguió salvar al ciudadano que arrebató la primera bandera.

Ya el 12 de agosto de 1806, el comandante Puyrredón, á la cabeza de los húsares, había arrancado la bandera inglesa, como luego sobre el campo de San Lorenzo el teniente Buchardo la española. Eran gentes del oficio, que oficio es de bravos argentinos aprisionar banderas; mas este comerciante, cuya habitud fué expedir muladas á Sumalao ó Potosí, demostró en su heroica abnegación cómo no es incompatible á un corazón bien puesto pesar barras de plata é improvisarse soldado, y soldado heroico según las circunstancias.

. . . .

Medio siglo después, otro vecino de la ciudad de Corrientes, el doctor D. Félix Amadeo Benítez, guiando por cuestas desconocidas la división al mando del general Paunero, enseñó el camino de la victoria trepando á la *Batería del Naranjito,* del otro lado del Arroyo, sobre el puerto, y avanzando intrépido tomó la primera bandera paraguaya al lado del mayor Sagari, al caer éste muerto en el cuartel de la Batería, contiguo á la primera ventana por donde penetraron Charlone, el capitán Martín García, Sáenz y otros.

Este bravo vecino de la ciudad de Corrientes, que en el desembarco de las tropas argentinas, el 25 de mayo de 1865, guió las primeras guerrillas por cuestas, barrancas y subidas sólo por él conocidas, salvando á numerosas familias de la ciudad en la noche aciaga, mereció especial recomendación en el parte de la batalla. Notable coincidencia de intrepidez

distinguió á dos abnegados ciudadanos del mismo nombre, á tan larga distancia de tiempo y lugar.

No fué la única recompensa que D. Mariano Benítez, hijo de Córdoba y avecindado en Salta, recibiera por su heroica acción. Si nadie puso en duda ésta, y Belgrano lo recomendó á la consideración pública; si él nada pidió, creyendo sólo haber cumplido un deber al dar cuanto tenía á la patria, los que luego la dirigieron estrecháronla de tal modo en sus mezquinas ambiciones, que la condujeron al borde de su ruina. Nacido en Córdoba, los cordobeses lo malquerían por haberse trasladado á Salta, y los salteños tildábanle de extranjero, en estrecha política de barrio. Y hasta en ello resalta doble coincidencia en ambos Benítez: que sin ser militares sabían tomar banderas. También al Dr. Benítez, hijo de Entre Ríos, llegó á llamársele extranjero en Corrientes. Habían pasado los tiempos de la *patria grande,* y los politicastros de nuevo cuño no se convencían que los nacidos en Córdoba, Salta, Entre Ríos y Corrientes tenían por patria la de todos los argentinos.

III

En la época en que cada caudillo de provincia se creía soberano y absoluto dueño de casa, Güemes empezó á perseguir con ahinco á los que en su provincia no eran sus comprovincianos, y poniendo en práctica la máxima «el que no es mi amigo es mi enemigo,» emprendióla vivamente contra el cordobés Benítez, declarando que «no contentos con tener el pandero en su tierra, por toda endija pretendían introducir baza los cordobeses, sempiternos ergotistas, cucharitas de botica, que en todas partes se meten.» Cuando encarceló á unos y persiguió á todos los que á su estrecha política se oponían, sacrificó á Benítez, creyendo cortar de raíz la oposición, cortando su cabeza.

Así, en una ocasión, salía de la ciudad de Salta escoltado por cuatro tiradores, y al cruzar el campo de *la Cruz,* iluminado por la luna llena que asomaba tras el Castañar, dijo Benítez al oficial conductor de la partida:

—Como no sé dónde me llevan, permítame echar pie á tierra y hacer mi último rezo ante esta cruz, cuyo letrero: «Aquí yacen vencidos y vencedores,» me trae á la memoria que aquí mismo quité la primera bandera á los españoles, cuyas tropas todavía nos rodean.

Al poco rato de persignarse se levantó á besar la cruz negra. En el mismo sitio se alza hoy sobre blanco basamento otra en substitución de la que, plantada por Belgrano, arrancó Tristán. Saltó luego en su mula, agregando al oficial que le conducía:

—Sigamos, aunque no sé adónde.

—Hasta la eternidad, patroncito, según la orden que dió el general de pegarle cuatro tiritos para que no siga embrollando la lista—le contestaron.

Al Sr. Benítez, que de valiente tenía ya dadas pruebas, no acoquinó la frescura del oficial, hablándole al lado en voz baja:

—¡Hombre! Siquiera me hubiera dicho esto antes, para arreglar mi mujer y mis cosas. Tengo familia, intereses, y al fin siempre he servido de algo más que de taco de cañón, para que se me despache así por la posta con cuatro.

—Con ninguno es la intención de despenarlo, pues mi comandante repitió: «En cuanto al jefe de la revuelta, que lo lleven al desfiladero de los ladrones y le peguen una puñalada. Que lo lleven esta noche, así mañana amanecerá como asesinado por salteadores.»

—No está muy limpio eso; pero como al fin de alguna enfermedad se muere, sea mal de bala, ó mal de médicos, ya entregué mi vida á la patria cuando me dí á su servicio. Más tarde sabrán quién ha servido mejor, cada uno en su esfera.

Y acaso quebrantado el oficial por más inquebrantable elegido, como verdadero valiente, no gustaba mucho de comisiones semejantes. Cuando rezando hincado al pie de la cruz vaciló si debiera despacharlo, tocado por aquella invocación: «Yo tomé aquí la primera bandera al enemigo,» medio ganado iba ya, y en voz baja seguíale repitiendo, al avanzar paso á paso, apartándose de los soldados:

—Mire, señor: como oficial de confianza me han elegido para esta fea comisión; pero yo que no he tenido asco en matar más de un maturrango en campo leal, nunca he muerto á un hombre desarmado. Yo le conozco á usted, y entre los oficiales, muchos le tienen por hombre guapo. Le vi la noche de la batalla aquella, cuando entró en la iglesia y arreó con todos los flojonazos que se escondían, y con la furibunda Goda que echaba sapos y culebras desde el púlpito, animando á los chapetones, que no se animaban. No sé cómo componérmelas, porque al fin me va la cabeza, y no es lo mismo morir peleando que matar sus propios paisanos.

—A mí no me importa tanto morir, si no pensara quién va á dar vuelta á mi mujer y á mis negocios desarreglados ¡Pobres hijos míos, todos tan chicos!

—Eso es lo de menos. A la patrona no le ha de faltar quien la dé vuelta. En cuanto á sus cosas, sus bienes, ya los arreglarán quienes se los apropien. Pero no es eso..... Esto de matar á un hombre guapo, á un hombre indefenso, me revuelve las entrañas. Mire, señor, usted tiene fama de

corajudo y por eso lo han de haber puesto primerizo en la revuelta contra mi general, para que pudiera cortar la soga si quedaba colgando. Le propongo una cosa. Voy á hacer apartar un poco los milicos, y muerte por muerte, vamos á pelear en una de estas encrucijadas. Yo le doy la espada que traigo entre las caronas, y desenvaino el alfiler éste, más corto. Si tiene la suerte de achurarme, salte en mi propio caballo y escape; si no, de todos modos morir peleando es mejor.

—Me conmueve su oferta; pero yo no tengo por qué comprometerle y menos por qué matarlo. De todas veras le agradezco su buena voluntad. Cumpla no más la orden que trae. Si ve alguna vez á mi mujercita, se la recomiendo muy mucho. Entréguele este reloj y dígale que mi último pensamiento ha sido para ella; ¡que cuide nuestros hijitos!

—¡Caramba! Yo también tengo hijos. Mire, se me ocurre otra cosa. Usted es conocido en todas partes. En la primer *pascana* que lleguemos, vea de repartirles *chicha brava* á los milicos, y cuando los note medio almareados, salte en el caballo del sargento, que viene mejor montado, y rumbee para donde le parezca. Después, si me penan por el descuido, veremos cómo salir del paso.

. . . .

Y así sucedió, pero con tan poca suerte para el fugitivo, que huyendo de los paisanos que le llevaban á fusilar, tropezó con la vanguardia enemiga que le puso en capilla para lo mismo. Conocedor de todos los caminos, tomó el menos frecuentado, en escape que no podía ir atrás sin encontrarse con partidas de Güemes, y tampoco para adelante, pues todávía merodeaban avanzadas de los españoles.

IV

Galopando Benítez campo afuera, sobre el caballo cuyo dueño dormía la tranca, creyó asegurar mejor su evasión alejándose de todo camino frecuentado, y vaqueanazo de cuantos á muchas leguas á la redonda había, se dirigió al que en otra ocasión, por menos conocido, eligiera para conducir el ejército de Belgrano á la victoria. Cerca del general Tristán se hallaba *Barbarucho,* cuando al descubrir con su anteojo descolgándose de sierra inaccesible los soldados de la patria, le hiciera exclamar:

—Es preciso sean águilas para haber trepado tan alto.

Y fué por esta empinada sierra sin camino que venía bajando la misma noche obscura que iba subiendo el fugitivo. Al ser tomado éste por los *vichadores:*

—¡Perra suerte la mía!—exclamó el *Doctor Banderita*, como le apoda-

ba el *Capitán de papel* y algunos otros de sus colegas, que de lo mismo parecían en lo endebles y cuerpeadores, que no llegaron á tomar ninguna, ni siquiera las rezagadas en el parque.—¡De Caribdis á Scila! Escapo de las garras de mis paisanos, para caer en la de sus enemigos—se decía, mientras amarrado codo con codo, en ancas del sargento de la partida, se le conducía á presencia del comandante *Barbarucho.*

—Aquí le manda mi teniente—dijo el conductor—el primer bombero que ha caído. Dice que no lo ha despachado por no hacer ruido que ahuyentara alguna partida que ha de andar merodeando por estas breñas.

—Bueno, pero éste no hace ruido. Tome mi facón y despáchelo—contestó el jefe.—¿Cómo dice que se llama el insurgente?

—Mariano Benítez—contestó con varonil entereza el bravo argentino, dos veces en una misma noche condenado á muerte.

—¡Ah! ¿Es D. Benito, el de la tienda en la Plaza? Espere, á ver qué noticias trae.

Y haciéndole desatar, le dijo:

—Venga, amigo, vamos á hablar un poco antes de seguir el viaje largo.

—Como disponga, comandante. No es la primera vez que he visto la muerte. Ella y yo nos conocemos de vista.

Barbarucho, que aparte de las barbaridades que tal mote le atrajeron, era sin disputa un valiente y conocía el renombre de tal en el que interrogaba, habiéndole visto alguna de las nueve veces que, entrada por salida, llegaron las tropas españolas á la ciudad de Salta, empezó á preguntarle dónde acampaba Güemes, si andaba con mucha gente, si había triunfado la revolución que sonaba para derrocarlo, y en fin, cuantos detalles le convenía saber para asegurar mejor el golpe.

—Es en vano siga preguntando—contestó.—No me llamo felón, y antes de ser adversario de Güemes, opositor á sus arbitrariedades y atropellos, soy argentino. Junto ó separado con güemistas, como todos los hijos de la tierra, he peleado contra los que pretenden arrebatarnos nuestra independencia. Puedo ser adversario político de Güemes, pero nunca se hará de mí su espía y delator. Así que, degollado ó fusilado, abrevie esperas. En mi raza no hubo nunca un traidor.

Ya porque estaba en *chicha, medio tiemplao,* ó que el bárbaro rasgos tenía en que no lo era:

—Me gusta el mozo—exclamó,—y háganmele á un ladito, que para matarle hay tiempo. Dénle el caballo más flaco y entréguenlo al cuidado de mi asistente. Él me responde de este hombre, si se escapa.

Y á retaguardia siguió bajando la cuesta que tan penosamente fuera

subiendo. Sea que el valor contagia y la altivez siempre impone aun á los más valientes, ó porque, reconocido adversario de Güemes, creyera atraerle, ello es que, contra su costumbre, lejos de ultimarlo, le trataba con cierto respeto la escolta de *Barbarucho;* que siempre la educación y la entereza se abren camino. Estas apariencias dieron cierto colorido á imputaciones que luego se desvanecieron.

V

La partida de godos entró sin sentir en la ciudad de Salta. Güemes, sorprendido en casa de su hermana, apenas tuvo tiempo de saltar su magnífico *ruano*, y á uña de buen caballo galopó hasta el bosque inmediato, no sin haber sido alcanzado por balas de los asaltantes. Rodeado de sus fieles, expiró á los pocos días dentro del vecino monte. La partida de *Barbarucho*, emboscada en el *San Bernardo,* se retiró por el Castañar lamentando el fracaso de la sorpresa, sin saber que quedaba mortalmente herido el caudillo patriota. Pero cuando al general enemigo llegó la noticia, le recordó Benítez, que seguía preso, cómo había sido tratado el mismo Tristán, hospedado en la Plaza, frente á su casa, y distinguido por Belgrano á punto de disgustar á sus acompañantes, cuando al salir del *Tedéum* entró á saludar á su condiscípulo prisionero, *Barbarucho* humanizado, y á ruego de otro oficial español (también condiscípulo de Güemes en España) y testigo de su denuedo, luchando juntos contra los ingleses en las calles de Buenos Aires, pidió y obtuvo se le mandara su médico al general enemigo que agonizaba en el monte.

. . . .

Con menos apariencias se hizo un traidor; repitiéndose que, fracasada la conjuración contra el célebre caudillo, fué Benítez á delatar su situación para volver guiando al enemigo.

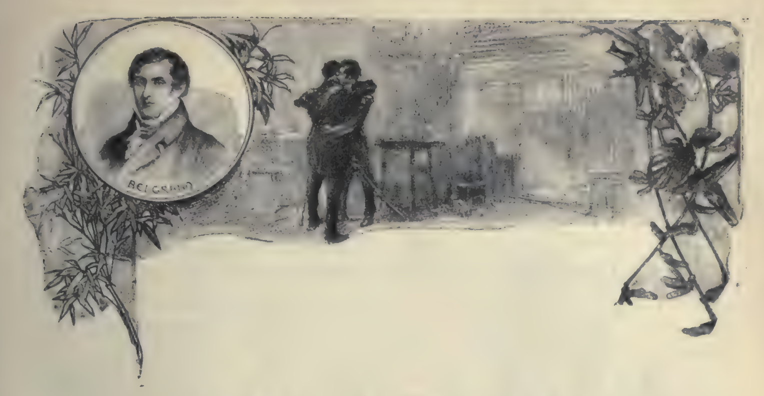
¡Cuántas veces las apariencias acusan! Aquella fiel esposa que desafió la maledicencia contra su honra, por salvar al marido; Alvarez Campana muriendo de pena el día del desagravio á su honor ultrajado; el otro empleado del Banco muerto en su destitución antes que los cien mil pesos extraviados reaparecieran en el fondo de una caja; como otras víctimas de la calumnia recordadas en anteriores tradiciones, no son las únicas que comprueban una vez y ciento cuántas otras las apariencias acusan.

Su vida entera justifica la honorabilidad de este digno ciudadano. El Gobierno le reconoció dineros que para auxilios de la patria había adelantado. Sus convecinos, sin ser salteño, llegaron más tarde á nombrarle gobernador de Salta. Entre los hijos de esta provincia, en que se avecindó,

le llenaron de consideraciones; pero á pesar de su vida ejemplar, de su abnegación y desprendimiento, de sus servicios de toda clase, primó por algún tiempo la calumnia de los íntimos del infortunado caudillo, que el aplauso y la gratitud al primer ciudadano que arrebató una bandera.

—¡Calumnia, calumnia! ¡Que siempre de la calumnia algo queda!— repetía Maquiavelo.





LA CASA DEL ENCUENTRO

I

Ni que anduvieran jugando *á las esquinitas*, no se encontraban nunca.

Ya á sus cuarenta y tres años el uno, con algunos menos el otro, por el mismo camino en prosecución ambos de idéntico objeto, caminaban, caminaban sin encontrarse, acaso por la misma razón de seguir el uno tras del otro. Parece increíble: dos personajes de los más culminantes en la Revolución americana, saliendo de Buenos Aires, yendo á estudiar á la Metrópoli, vueltos á ésta, en tantas idas y venidas, sin andar á *las escondidas*, no se alcanzaban, por más que idéntico destino les impulsara por la misma senda.

¿Cuáles serán estos dos grandes prohombres de la revolución, tan calumniados como aplaudidos y tan descollantes como no hubo otros?

II

Entre las estaciones «Rosario de la Frontera» y «Metán» (ferrocarril á Salta), minuto antes de rodar en el largo puente sobre el *Rio Yatasto*, y dos minutos después, dejada la estación de este nombre, se enfrenta á la *Casa del Altillo*, como le llaman los caminantes.

Aislada, triste, medio derruída en su soledad, inclinada y como lagrimando por todas sus goteras, distínguese sólo de las que á distancia se divisan por un altillo sobre el granero. Aquí se levanta cerca de la ribera la histórica casa del célebre abrazo, doscientos pasos á la izquierda, siguien-

do en la provincia de Salta á su capital, hoy en campos de Gómez-Rincón.

No fueron las mulas de Olavedolla, que al fin resultaron de Gómez, las únicas que en este rincón pastaron; del caballo de guerra de los primeros soldados argentinos, como de la mula de paso del cansado viajero, desmontaron á la sombra de la casa en ruinas, estudiantes luego tan célebres como D. Valentín Gómez, Vicente Anastasio Echevarría, Mariano Moreno, Vicente López, Dr. D. Manuel Alejandro Obligado, y los doctores Carrasco, Anchorena, Ocampo, Agrelo, Sáenz, Monteagudo, Gorriti, Zavalías, Zuvirías, Zavaletas, Zapatas, Zorrillas y demás letras ilustradas de Salta y Tucumán. Más tarde, las mulas de viaje de Güemes, Warnes, Moldes, Zelaya, Superi, Helguera, Arenales, Alvarado, Balcarce, Puyrredón, Dorrego, Holemberg, y también las de Belgrano y San Martín, pastaron en breves descansos en aquel rincón, hoy de Gómez-Rincón.

Mustia y sola, pero no muda, como abatida bajo vieja capa de ennegrecido verdín, há más de un siglo levanta allí su alto mojinete cual arrumbada cortesana de otros tiempos.

Al cruzar por primera vez el escabroso camino de nuestras primeras victorias, reflexionando íbamos cuánta fatiga, hambre, desfallecimiento y cansancio, subiendo y bajando la montaña, cuántos trabajos pasaron nuestros padres por legarnos una patria libre é independiente. Recorriendo campos donde cada árbol guarda una tradición, recordábamos en voz alta, refiriendo las proezas de Güemes, Lamadrid, Zelaya, Moldes, Warnes, Gorriti, á uno de esos oficialitos *decorativos*, echado en mullido asiento y arrastrado por veloz locomotora, que iba quejándose de la fatiga en ejercicio dominguero. A bala y descalzos, sin pan ni abrigo, por diez y quince años prolongaron sus ejercicios en tan vastas y áridas sierras los pobres soldados de la patria.

¡Cuán cierto es que chozas, como palacios, ciudades y regiones enteras, valen menos por sus piedras y monumentos que por lo que éstas conmemoran!

Remonta el navegante el Alto Uruguay, cuyas floridas riberas adornan palmeras y sauzales, indiferente á la monotonía del paisaje, cuando al enfrentar á Yapeyú, señala el timonel: «Aquel es el naranjal en que un niño, luego inmortalizado por sus hazañas, ensayaba su instintiva inclinación en combates infantiles á naranjazos,» y el viajero reanimado desciende, no satisfecho hasta arrancar por su mano uno de esos bellos frutos de oro del propio árbol que dió sombra á San Martín. Tal, quien sigue el camino de Tucumán á Salta, por breves minutos que se detenga el tren en *Estación Yatasto,* corre á saludar esos viejos muros que un día cobijaron los dos más grandes soldados de la Independencia.

III

Allá por los años de 1770, en la calle de su nombre (Belgrano, hoy número 420), vino á la vida un niño de italiana estirpe, que concluída su educación primaria en la Escuela de la patria, pasó á cursar estudios superiores en la Universidad de la Metrópoli. Ocho años después llegó al mundo, en las selvas de Misiones, otro precoz guerrillero, y mientras éste aprendía la ciencia militar en el Colegio de Nobles en Madrid, obtenía el primero sus triunfos en Salamanca y Valladolid. Como habían pasado las calles de Buenos Aires sin encontrarse, cruzaron las de la Corte.



José de San Martín
general del ejército patriota

Desde el año 1778 al 94 ambos en España, pudo más que el acaso, juntarles el propio origen que atrae; pero mientras el abogado se perfeccionaba en el estudio del derecho, de la economía y demás ciencias, se le nombró primer secretario del consulado en ésta, San Martín afilaba su futuro sable de los Andes, alcanzando los primeros laureles en Melilla y Orán, combatiendo al lado de Daoiz, y en Rosellón, Torrebatera, Castillo de San Telmo, San Marcial y toda la estrecha zona española, donde fueron corridos sus invasores.

En la víspera del arribo de San Martín á Buenos Aires, Belgrano acababa de salir á enarbolar la primera bandera en el Rosario, que pronto hizo flamear victoriosa en Salta. Fué sólo al año siguiente cuando al vencedor de Salta y Tucumán empezaron á llegarle palabras de aliento y expresivas cartas del que sólo conocía por cartas.

. . . .

—¿Todavía falta mucho para llegar donde Belgrano?—preguntaba San Martín en el último relevo (28 de enero de 1814).

—El general llegó á la posta inmediata anoche—contestó el postillón.

Y en ella fué el abrazo, abrazo más fecundo que el de Guayaquil, de dos hermanos de armas, cuyas almas entreabiertas se compenetraron al calor de un mismo nobilísimo sentimiento, pues que estos dos grandes

hombres no tuvieron sino unos mismos ideales por la independencia de la patria.

Benéfico fué este abrazo, conjunción del pensamiento de ambos para impulsar el carro de la revolución, atascado, menos en los pedregales de ásperos desfiladeros, que en pequeñeces, enemistades y miserias de rivalidades, ambiciones y lucha civil.

Cual el caudillo Güemes, otros querían ser supremos é independientes (campeando cada uno por sus respetos), dueños de su provincia natal. No fué Alvear el único que pretendía encaramarse desde las murallas de Montevideo, imponiéndose sobre toda la República. Pero San Martín, más genial en sus vastas vistas sobre los amplios horizontes que abarcaba, complementóse con la experiencia recogida de Belgrano, aun en la misma derrota, y reconociendo el escenario y los hombres que le rodeaban, levantó el espíritu de los combatientes, depurando el ejército de díscolos; confió luego la defensa de esa frontera á sus bravos vecinos, y fué á empollar en la de Mendoza el huevo del águila que trasmontó los Andes.

IV

¿A qué resumir en cuatro rasgos grandiosas figuras que no es permitido desconocer á un argentino, y que mejor resaltan en dos ó tres toques de propia mano, de estos compañeros de armas que con tanta sinceridad se estrecharon la mano?

En los momentos de aproximarse la hora que cayera el uno en brazos del otro, escribía Belgrano:

«Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que usted se me acerca; porque estoy firmemente persuadido de que con usted se salvará la patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Estoy solo: esto es hablar con claridad y confianza; no tengo ni he tenido quien me ayude, y he andado los países en que he hecho la guerra como un descubridor. En fin, mi amigo, espero en usted, compañero, me ilustre, me ayude y conozca la pureza de mis intenciones, que Dios sabe no se dirigen ni se han dirigido más que al bien general de la patria, y sacar á nuestros paisanos de la esclavitud en que vivían.»

«Empéñese usted en volar y en venir, no sólo á ser mi amigo, sino maestro, compañero, y mi jefe si quiere; persuádase que le hablo con mi corazón, como lo comprenderá con la experiencia constante que haga de la voluntad con que se dice suyo—*Manuel Belgrano.*»

La última, fechada en Tiencho el 26 de enero de 1814, concluye así:

«Mi amigo querido: Paso á usted los partes que acabo de recibir de

Dorrego. Llegará y verá usted las mismas almas muertas: todo esto proviene de los males morales que se trata de hacer cundir por los mismos que deberíanse empeñar en desterrarlos. Pronto dará á usted un fuerte abrazo su—*Manuel Belgrano.*»

Y por demás impaciente, este claro espíritu honrado que presintió el genio militar de San Martín, cuando tuvo noticia de su aproximación, aunque enfermo y abatido, saltó á caballo, adelantándose á recibirle.

A su vez, San Martín apreciaba en altos términos al virtuoso general Belgrano, escribiendo al gobierno:

«De ninguna manera es conveniente la separación del general Belgrano de este ejército. No encuentro un oficial de bastante suficiencia y actividad que le subrogue en el mando de su regimiento. Me hallo en unos países cuyas gentes, sus costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas y cuya topografía ignoro. Sólo él puede suplir esta falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias (de que carezco), como lo ha hecho hasta aquí. De todos los demás oficiales de graduación que hay en el ejército, no encuentro otro en quien hacer confianza, ni tienen los conocimientos tan extensos é individuales como los que él posee. Su buena opinión entre los principales vecinos emigrados del interior y habitantes del pueblo es grande. Y á pesar de los contrastes que han sufrido nuestras armas á sus órdenes, lo consideran como un hombre útil y necesario en el ejército, porque saben su contracción y empeño y conocen sus talentos y su conducta irreprensible. En obsequio de la salvación del Estado, dígnese V. E. conservar en el ejército al general Belgrano.»

V

El abrazo del año 14 celebrizó la humilde *Casa del Altillo* (en la desierta campaña de Salta) que se aparta del camino, á la manera que ya se aparta ó aleja la hermosa imagen del modesto general Belgrano, cayendo á pedazos como los jirones de glorias que recuerda. Yace triste y polvorienta, después de un siglo que se levantó á mitad del camino de nuestras glorias, que tanto transcurrieron estudiantes y soldados, ávidos en el aprendizaje que les dió renombre. En poco ó nada se diferencia de sus congéneres. Una hora de permanencia de Belgrano la hizo célebre. ¡A tal punto quedan imborrables las huellas que los héroes dejan!

No fué milicia la inclinación de Belgrano, pero el verdadero amor á la patria le llevó al espontáneo sacrificio desinteresado, en la más sublime abnegación. Vino á la vida poco antes de la patria, de que fué uno de sus precursores. A su fallecimiento (año 1820) la Argentina desfallecía con

él, conducida al linde del precipicio por las luchas y rivalidades de *tantos patriotas* que perdían la patria por su ambición. . . . .

. . . .

Después de algunos años, San Martín agregaba: «Para reemplazar al general en jefe del ejército, yo me decido por Belgrano. Este es el más metódico de los que conozco en América: lleno de integridad y talento natural, no tendrá el talento de un Moreau ó de un Bonaparte en punto á milicia, pero créanme que es lo mejor que tenemos en la América del Sur.»

En 1817, vuelto Belgrano á Tucumán, levantó la pirámide que aún existe en la antigua ciudadela, no á la gloria de sí mismo, como se criticó, sino en conmemoración de la de Chacabuco, que reputaba la más grande victoria.

«Desde el día del histórico abrazo en Yatasto—agrega el ilustre biógrafo de ambos, general Mitre,—estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por primera vez, se profesaron una eterna y mutua admiración. Belgrano murió creyendo que San Martín era el genio tutelar de la América del Sur. San Martín, en todos los tiempos y hasta en sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo como una de las glorias más puras del nuevo mundo.»

Finalizamos la visita á *La Casa del Encuentro* con opinión tan autorizada sobre el benéfico resultado del célebre abrazo que estrechó dos grandes hombres bajo su techo.





HISTORIA QUE PARECE CUENTO

I

Llamábanle *el perezoso* los más buenos vecinos; peores motes colgábanle los demás.

De Irlanda vino, entre tantos otros pastores jóvenes, robusto, rubio, ágil, bueno y sano; pero desde sus primeros días de inmigrante, agasajado con la sencillez de nuestras paisanas, él creía que más le aceptaban por su bella presencia que por nuestras bondadosas costumbres, y por ende todo el campo se le hizo orégano.

Con un su primo de Dublín llegaron á pie y con la pala al hombro. El uno halló pronta colocación de zanjeador, y en nuestra tan desamparada y abierta campaña, á poco andar, el patrón le ofreció un peso papel por cada árbol que plantara. La cuadra de tierra valía entonces sólo el valor de un fósforo de cera.

El tío Williams trabajó, zanjeó y plantó tanto, que á los pocos años, al ajuste de cuentas con su patrón, toda la estancia, puestos y corrales, animales y tierra, no alcanzaban á pagar á razón de un peso papel de la antigua moneda por arbolito prendido, del alto de un hombre.

Su padre estaba en Australia, le había dado noticias del asombroso crecimiento y fácil plantación de eucaliptus, árbol recién introducido. El Gobierno ofrecía cien mil pesos á quien presentara plantación de cien mil

eucaliptus, pues cuentos nos venían del país de Gales de que hasta para atraer lluvia servía su monte.

Williams, en lugar de formar bosques, los plantó en línea, haciendo de una vía dos mandados, redundando triple ganancia, la de cercar sus campos, obtener la prima y quedarse con la estancia por el importe de los árboles plantados.

¡Negocio redondo en tres años! ¿En qué parte del mundo se puede repetir esto?

Pero todavía su primo había hecho fortuna más rápida. Un mes haría que estaba *comiendo de arriba* en la estancia donde hizo su primer parada.

¿Qué hacía? Esperaba trabajo. Él ha de venir; ¿á qué salir á buscarle?

Por fin, cansado de descansar, fué á recoger huesos. El patrón le prestó el carrito. Quien se muere no es de nadie; los campos abiertos inmenso osario eran de huesos que blanqueaban la costa de arroyos y lagunas. Los acarreaba al pueblo vecino, pareciéndole que pagaban poco, á pesar de lo poco que costaba su recolección.

A los cuantos días tuvo un buen encuentro. Agil y hermoso, aunque mal cabalgando, iba por el camino del pueblo en la misma dirección que venía su bella aparición. De blanco vestido corto y gran sombrero de paja, bajo sus anchas alas descubrió la más picante morocha que viera desde que puso el pie en tierra. Al pasar la saludó. La paisanita sonrió. El pensó que por su varonil belleza, de que estaba bien pagado. Ella que de su maturranguería creía en tierra que hasta las mujeres parecen nacer de á caballo, en la patria de los mejores jinetes del mundo. Sin embargo, parecía flechada y él deslumbrado por tan apuesta amazona. Los contrastes se complementan.

Morena, baja, gruesa y apetitosa era la jineta paisanita; y alto, rubio, blanco, el maturrango irlandés. La siguió de lejos, acortando el paso hasta descubrir su paradero. A la mañana siguiente se presentó en la estancia ofreciéndose por si para algo le necesitaban.

¡Y aquí te quiero ver, escopeta! «Aquí estoy porque he venido.» Un retobado paisano, viejo y solo, salió á recibirle. Con el capataz y dos peones y el muchacho de las mansas, sobrado personal había para la reducida estancia.

No hacía falta. Pero á la hija de su padre sí que le hacía.....

Desde el corredor donde tomaba mate de leche con canela y azúcar quemada, que en algo había de refinar sus gustos, le estuvo calando.

—Es irlandés y pastor; ¿por qué no lo toma para las merinas?—dijo la gauchita.—Dicen que los extranjeros las cuidan mejor.

—Yo creo que va á estar de haragán—replicó el padre,—pero si lo quieres.....

—Sí que lo retequiero—se dijo para sí con poco disimulo, traicionado por leve sonrojo.

El padre no sabía decir *no* á cuanto capricho tenía la tirana de la casa. Viejo solterón, se miraba, como en las niñas de sus ojos, en los de su morena hija sin madre.

—Quédese á prueba—le propuso.

No quería otra cosa la joven que ensayarlo.

Por supuesto, que el rubio no servía para nada. Sólo supo ser buen mozo. Pero, repetimos, los contrastes se complementan.

El era joven, lindo, pobre y perezoso.

Ella solterona, fea, rica y hacendosa.

. . . .

Al mes, dijo el viejo:

—Bien, hija, ya lo hemos probado. Tu protegido no sirve para maldita la cosa. La majada fina de merinas prosperaba más con el pastor criollo.

—Puede que no sirva todavía para mucho, pero como recién ha entrado..... Nadie nace sabiendo, es preciso enseñarle. Me hablas siempre que es bueno hacer obras de caridad. ¿Dónde va á ir este pobre hombre? No conoce á nadie en el pago.

—Bueno, hija; si es así, que siga un poco más.

Pero pasados tres meses sucedió lo mismo: que el buen mozo tiraba más al pecho que á la espalda, y más derrochaba que trabajaba.

Vuelta á quererlo despedir el patrón y á volver á defenderlo la patroncita. Para algo nacen los buenos mozos, por ejemplo: para no hacer nada en esta pícara tierra.

Y es lo que hacía el primo de Williams: mirar á su patroncita, y ésta siempre con mil pretextos de tenerle cerca y á soga corta al lado de la ventana, donde hacía ella que cosía, pegándose por cada puntada tres pinchazos.

II

Pero á la tercera tentativa de expulsión ya no fué conato, sino formal propósito matrimonial. María no se cansaba de mirar al joven pastor, y aunque todavía por la cortedad natural de mujer sus labios nada decían, sus ojos ya habían dicho demasiado.

El irlandés este había concluído por acabar de dar balance mental al establecimiento. Aunque un poco rústica, convenía la chinita y, sobre todo, su patrimonio.

Pronto *espicharía* el viejo, que ya andaba tecleando, y entonces ¡ay!, ¡qué botas!; nunca está de más una mujer para lustrarlas.....

Así fué que cuando por tercera vez se intentó despedir al irlandés *come-papas,* que en té y ginebra gastaba él solo más que en los vicios y avíos de toda la peonada, como que no tenía pelos en la lengua, declaró la niña que lo quería para su uso particular.

—¿Esas tenemos?—contestó el padre.—Yo ya lo he probado y vemos que cada vez va para peor, y si poco sirvió al principio, menos sirve ahora.

—Yo no lo he probado, pero se me antoja bueno.

—¿Así, sin conocerlo?

—Mujeres hay que se mueren de viejas tras muchos años de matrimonio y cierran el ojo sin conocer qué pieza es su marido.

—¡Oh! ¿Cómo te quieres casar así no más con un peón que no tiene tras de qué caerse muerto?

—Padre, ¿y no me dice usted todos los días que trabaja sólo para mí, que cuanto tiene es mío, y que por complacerme se despepita? Pues no hay más; yo lo quiero para mí, y mi marido ha de ser.

—Pero ¿cómo?

—Comiendo; y dejémonos de peros, que á más feos veo se los comen á besos, y nadie se muere de empachos tales.

—Y vos vas á pedir la mano á tu novio; ¿y si te sale casado?

—¡Valiente chasco! Siempre salen con eso. ¿Por qué no ha de haber gringos buenos también? ¡Siempre con que han de ser casados en su tierra! Yo ya le averigüé y dijo que no. Y sobre todo, usted dice que en esta casa no se hace más que mi gusto. El me ha preguntado si lo quiero; yo le he dicho que sí, y al cura andando.....

—¡Demasiada cura necesitas! ¡No te creía tan grave!

—Mandando atar la jardinera, y yendo yo y él á pasar por la sacristía, que bien cercano está el pueblo; y en fin, usted no se va á llevar la plata al otro mundo. Aflojando la bolsa se pagan dispensas.

—Vaya, que esto marcha á vapor—se dijo el viejo.

—Sí, ya el tiempo de la pesada carreta tucumana ha pasado—contestó altiva la paisanita.

Y con un permiso que anticipadamente preveía, preparó por sus propias manos su canastillo, vistió de nuevo al novio, y en menos que canta el gallo, la única hija de uno de los más ricachos estancieros de Santa Fe cambió de nombre y de estado.

—Vaya con las naciones éstas, que han de venir á alzarse las más ricas hembras del pago—exclamó el alcalde; y corrillo de compadres, en la

pulpería, hicieron coro de maldiciones sobre quien se llevaba prenda tan codiciada.

. . . .

Como lo había pensado Williams, no tardó mucho en que su suegro hiciera el viaje de que no se vuelve.

En poco tiempo quedó dueño de su mujer, de su gran fortuna y de un nene. Aunque sietemesino, nacido de un susto, el muchacho salió de buenos sentimientos.

Su primo, compañero de viaje, vino á verle alguna vez, y como le dijera que acababa de hacer traer á sus padres, pobres, de Irlanda, él también, echándola de rumboso, quiso darse ese lujo.

Mandó unos pesos á Irlanda, y á vuelta de correo, enjuto y bien acondicionado, recibió á su viejo. Hacía falta capataz de confianza, un sueldo menos, pues él no era capaz de nada.

Con la venida de éste coincidió la muerte de su mujer. Fueran los disgustos que el buen mozo con sus perrerías le propinara, porque se lo miraban demasiado y había dado en acompañar á las carreras á la hija del juez de paz, ó que una fluxión de pecho mal cuidada abreviara camino de la tumba, el hecho es que casi á un tiempo se abrió ésta para su suegro y su mujer.

Quedaba desde entonces paseando bajo los anchos corredores que á los cuatro vientos rodeaban el rancho principal, padre, hijo y nieto, sirviendo el primero de ama seca al último, que ama mojada lo fué una cabra, por lo que sin duda saliera tan saltarín como su madre de cría.

Cada uno tiraba por su lado, concurriendo al derroche general peones y vecinos. Con tan desbarajustada administración, bien pronto vino la estancia barranco abajo, y á poco andar vendídose sus mejores haciendas, hipotecado el establecimiento, comídose lo mejor de su fortuna, ó más bien de la que saneadita dejó su mujer, quedando tecleando el inglesito en el último puesto de su propia estancia por todo alojamiento.

¡Cuán cierto es que en esta tierra cuesta más conservar que adquirir!

En parrandas y borracheras, riñas de gallos y también de mujeres, se evaporó la fortuna en un santiamén.

III

Pasaron algunos años desde la tarde aquélla del encuentro con la patroncita.

Una noche había empinado el codo más de lo regular, ó más propiamente, con la regularidad acostumbrada.

Todo le salía mal. Al recorrer el campo encontró muerta la mitad de la parición, en las pocas finas que restaban. A la lluvia sucedió una helada terrible, blanqueando todo el campo y quemando la tierna gramilla. Fué al corral, y las mansas habían sido bebidas, los terneros sueltos no dejaron gota de leche, y por consiguiente ni con qué hacer queso ni manteca. Siguió al palenque, donde estaba su caballo de confianza, y..... desaparecido. ¡Por San Patricio! ¡Llueven chuzas!

Era demasiado. Fué á carnear y se encontró á pie. No hallando colgado en la cocina más que un peludo, comió poco, pero bebió mucho, á punto que, en lugar de uno, tomó dos *peludos*.

Continuaba la lluvia y la prolongación de sobremesa hasta media noche en la perniquebrada, bajo el rancho, dentro del que goteaba como afuera. Alrededor de ella y de la única vela de baño sobre limeta de barro chorreando, sólo estaban Williams, su padre y su hijo. Más agriado que lo general su genio arisco é insoportable, gritaba al padre por cualquier palabra insignificante, y más si tímidamente y entre mil rodeos dábale á entender que podía traerle grave mal intemperancia, que ni él con ser viejo y necesitar fortificar su sangre empobrecida, se permitía abusar así de la bebida.

—¡Basta de sermones, canejo!, ¡que me emborracho con lo mío!—contestó malhumorado.—¡Ya me he bebido la estancia, y mientras quede la última cola de vaca no acabaré!

El padre no replicó; se levantó triste y fué á acostarse. El hijo se empinó el último vaso. Luego después se levantó también, y al tropezar sobre la cabeza de buey que le servía de asiento, cayó á lo largo cerca del hogar apagado, pero donde alguna brasa mal escondida bajo la blanca ceniza le llegó á quemar las manos.

Abuelo y nieto acudieron á levantarle. Furioso echó un terno más grande que el rancho, y enfurecido por la caída y la reprensión, dijo con voz avinada:

—Ya no aguanto más. Esto es demasiado. No puedo mantener bocas inútiles. Mañana lo pondré en el palenque.

—Hijo, no me eches—dijo el anciano.—Ya estoy muy viejo. Débil y enfermo, antes de llegar al rancho más cercano habré muerto.

—Pues á morir lejos—gritó con crueldad el borracho.—¡Ah!, el campo es grande. Lo mismo se muere en cualquier parte. En ésta todo es igual. Se nace sobre una carona y se espicha bajo el ombú. Hay espacio para todos. Aquí nadie se muere de hambre. Ni á los bichos de la humedad falta alimento.

Trémulo y lacrimoso, dijo el viejo:

—¡No me arrojes de tu lado, hijo! Cuando vos eras así, chiquito, si te hubiera abandonado, habrías perecido. Así se enlazan los deberes en la vida. Sé humano.

—Grandecito está el niño para sermones. Ya estoy cansado de reprensiones y de que me digan borracho. Yo en mi casa hago lo que se me da la gana. Y lo repito, no mantengo bocas inútiles..... Jorge, mañana temprano ensilla la rosilla á padre y lo pones sobre el camino. Buen viaje y abur.

Dando traspiés encaminóse al otro cuarto á dormir la mona, ó el peludo, ó la tranca, no sin antes tropezar en la que cerraba la puerta, cayendo por segunda vez sin que nadie lo levantara.

Así pasó toda la noche. Las palabras duras endurecen los corazones.

Un momento después el rancho quedó á obscuras.

. . . .

Llovía. En los intervalos de la tormenta oíase al niño que lloraba en silencio entre las sombras de su desabrigado lecho. El viejo temblaba en otro rincón. El padre roncaba.

Y silbador y tremendo pasaba el pampero furioso, desarraigando de cuajo añosos árboles y chozas. Noche toledana fué aquella para los atribulados habitantes de ese desierto.

No hubo más. Patricio era de un carácter fuerte, irreconciliable y ven gativo. Lo que él mandaba se hacía, costara lo que costara.

. . . .

Apenas aclaraba. Las vacas mugían en el corral, y en las majadas triscaban los corderitos por retozar campo afuera, al balido de sus madres. La yegua estaba ensillada y el nieto ayudó á montar al abuelo todo temblando.

El niño lloroso de la noche antes aparecía de aire resuelto y continente severo. Acaso la crueldad del padre le contagiaba, agotando sus sentimientos de buen corazón. Nada contamina más prontamente que el mal ejemplo.

IV

Día nublado, gris, barroso, seguía lloviendo.

Por el arrugado semblante del anciano silenciosas lágrimas se deslizaban.

—¿Dónde voy?—exclamó.—Viejo, enfermo, pobre, abandonado en el desierto. ¡Por San Patricio! ¡Ah, buen hijo, quiera Dios no te encuentres en trance parecido! ¡Habrá angustia mayor!

Y como contestación vino á aumentar la insistencia del niño. Pególe un rebencazo á la yegua y ésta salió al paso, seguida por su cría.

—No, eso no—dijo el gauchito atajando al potrillo.—Mi padre ha dicho que le dé la yegua, pero no éste.

—Déjamelo, hijo, ¡de qué les sirve aquí? ¿Qué vale un potrillo? Se va á morir de hambre lejos de la madre.

—¡Cómo ha de ser! Nos moriremos todos de hambre. No tengo orden de dar más que una yegua—decía el niño gritando y acercándose al cuarto donde dormía el padre, para tomar el lazo colgado en la ventana y enlazar el potrillo.

—Déjamelo llevar, te pido por favor. Mira, á vos no te sirve de nada y á mí sí; tal vez pueda venderlo después y su producto prolongue un día la vida de tu pobre abuelo.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—Nada. Ande; mi padre no me ha dicho que le dé sino la yegua.

—Por favor, déjame llevar el potrillo también.

—¡Largo!

—No, Jorge, espera.

Y en eso, medio soñoliento y vacilante apareció el padre, cayéndosele el chiripá:

—¿Qué es eso? ¿Qué gritos son estos que no me dejan dormir? ¿Qué hay?, ¿por qué alegas con padre?

—He cumplido sus órdenes. Mandó usted diera la yegua rosilla al abuelo, y como la cría le sigue, él quiere llevarla. Dice que la potranca huérfana va á morirse.

—¿Y adónde vas á criarla? Dejásela llevar no más; ¿para qué la quieres?

—No, eso sí que no—dijo el muchacho resueltamente.

—¿Y para qué quieres un potrillo huacho, si queda sin madre?

—¿Para qué? Porque lo necesitaré dentro de poco para que usted se vaya en él cuando tenga que echarlo por boca inútil, como me enseña debe hacerse, y se largue en el hijo de la yegua en que ha echado á abuelito.

Alelados quedaron padre y abuelo con tal salida. El viento de la mañana le había refrescado, y enternecido entonces por la piedad de las palabras que, aun disimulando la mayor entereza, el nieto no pudo tartamudear sin lágrimas, dijo, pegándose fuerte palmada en la frente:

—¡Bruto de mí! ¿Que he mandado echar á mi padre?

Y abalanzándose al que trémulo y lloroso y tiritando estaba á caballo cerca del palenque, bajo la lluvia fría y menuda, todavía dando traspiés,

fué á bajarlo; pero el pobre viejo, debilitado por el frío y la fiebre y las cavilaciones de toda la fría noche pasada en blanco, vencido por esa última emoción, cayó sin sentido entre el barrial, sin poder levantarse.

Mojado y febriciente le llevaron cerca del hogar, prendiendo fuego, á cuyo calor, ayudado con algunos tragos de ginebra, empezó reviviendo poco á poco.

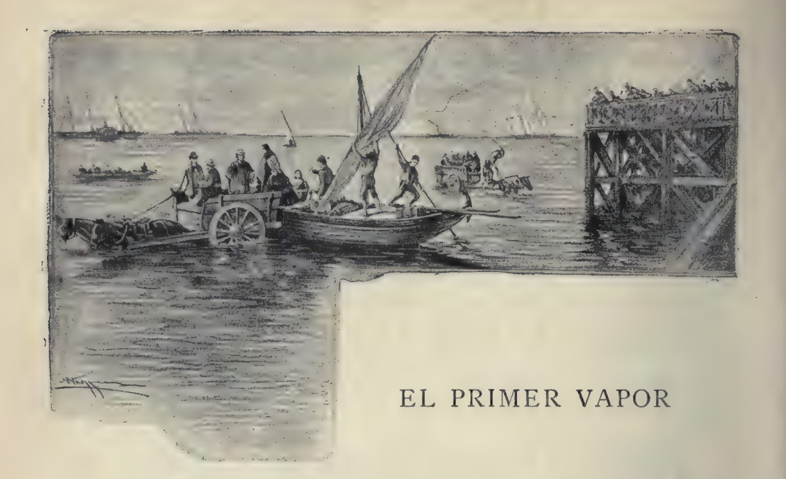
La emoción se había prolongado demasiado, y al caer sin habla no llegó á extinguirse; pero súbita paralización, con setenta años de achaques y dolamas de todo género, vino á trabarle la lengua.

—¡Qué bruto soy!—repitió Williams.—Dios castiga sin palo. Verdad que bien puede repetirse en mí ejemplo tal. ¡Pobre padre! Sin duda anoche estuve algo bebido. Pero ya no le separaré de nosotros. Lo atenderé más. Aunque siempre delante los ojos tenga imagen permanente de terrible desgracia por mí provocada, la sufriré resignado, como fijo remordimiento de mi mal proceder. Pobre ó rico, lo atenderé hasta su último día con cuanto necesite.

Tarde era ya la contrición y el propósito de la enmienda. Su último día estaba allí, más cercano de lo sospechado. Acostóse al siguiente, pero no se levantó el anciano.

El sufrimiento concentrado, el frío y el dolor debilitando, así su físico como su moral, por doble quebranto le sobrevino la muerte.....





EL PRIMER VAPOR

I

Cumplen hoy años del arribo del primer barco que navegó á vapor en nuestro río.

¿Se acuerdan ustedes cómo, cuándo y con quién vino?

Por mucho que interrogamos al más erudito de nuestros higienistas, á quien tan oportuna como espiritualmente se le contestó en cierto conclave de obispos haber sido el médico de sanidad que llevaba á bordo el arca de Noé, no lo sabía.

Nuevo conclave de marinos y marineros, cargadores, cargantes, prácticos lemanes y eruditos alemanes, reunióse para tan ardua investigación.

¿Y saben ustedes lo que resultó?

Pues resultó que el tal vapor no ha llegado. Gente hay que cree no sólo que llegaron vapores á nuestro puerto, sino á nuestras calles, y casi, casi hasta dentro de la casa de gobierno, ó por sus fondos. El presidente, sin ser ya el doctor Pellegrini, extendiéndose un poco desde su silla presidencial alcanzaría á dar la mano á los capitanes de buques fondeados al pie del antiguo fuerte, y donde antaño asomaban cañones para impedir la entrada de toda nave.

Como muestra de que vivimos hoy en fraternidad con el mundo entero, flamean allí los pabellones de todas las naciones, fulgurando el más bello iris de paz.

Al fin de fiestas, comprobado encontrará el curioso lector de cómo el primer vapor en nuestro río, no llegó.

Y mientras se descifra tal enigma, viene aquí como de molde una manita de crónica antigua.

II

Las once y veinte minutos, ni uno más, ni uno menos, daba la campana de Cabildo en la hermosa mañana del domingo 13 de noviembre de 1825, cuando salió de este puerto el bergantín á vapor *Druid*, capitán Bell. Buque, máquina, capitán y marinería, matrícula y pasajeros, todo era inglés, hasta el aceite de sus tornillos, y apenas el río en que navegaba había escapado de serlo, gracias al heroísmo de sus hijos.

Nada extraño era que de popa á proa sólo se oyera el idioma del mar, pues hasta su *sirena* silbaba en inglés, según su eco metálico, semejante al de esterlina hueca.

Si su capitán anunciara un nuevo paseo de ensayo, otra cosa pretendía ensayar Brown, nuestro primer almirante, en vísperas que su colega del vecino Imperio, cierto *lobo* lusitano, amenazaba cerrar herméticamente el puerto con la *Tranca do Río da Prata,* goleta gemela del bergantín *Terror dos Mares.*

De los tres mil ingleses ya arraigados aquí, trescientos tenían sus familias en esta ciudad, proveyéndose únicamente de las cuarenta casas abiertas de sus peninsulares. Apenas treinta de esos valientes rubios se animaron á tomar pasaje.

A poco andar, empezó el balanceo más de lo que las *ladys* lo desearan, pues ya fuera del puerto, con viento y corriente contrarios, empezó el baile.

En medio de la más agitada varsobiana paró de pronto el buque, y con el silencio de la máquina hiciéronse perceptibles murmuraciones *sotto voce:*

—¡No decía yo! Apenas servirá esto para arroyitos como los del Tigre; pero no en río como éste, á mar parecido.

Otra tímida dama agregaba:

—Vamos mal..... ¡Como no volemos!.....

Mientras que un yanqui exclamaba:

—¡Qué han de entender esos ingleses de invenciones americanas!.....

Vaivén mayúsculo sufrieron algunas con sus cuyos, y entremezcladas rodaron bajo la mesa por el violento balanceo, al virar de bordo.

Era que había zafado el bote á remolque, y siguiendo corriente abajo por la estela que dejaba el vapor, tuvo éste que ir á pescarlo.....

Vuelto en sí el buque, su cría y la pálida viajera semi-desmayada, á quien rubio inglesito aproximara más de lo conveniente el frasco de sales, tomaba de nuevo su rumbo, cuando poco después, otra parada.....

Nueva sorpresa, y preguntas sin respuestas y sobresalto y alarmas. «¡Que pare el buque! ¡Queremos bajar! ¡Esto es de nunca concluir! ¡No gana uno para sustos!....» y cien otras airadas exclamaciones se cruzaban entre los pasajeros agrupados, mientras que la música seguía, y á su compás, el ajuste del tornillo de la máquina, que andaba, como algunos de sus tripulantes, con los tornillos flojos..... Después de tercera y cuarta demora por lo mismo, en cuatro horas á todo vapor, llegó desde este puerto al de San Isidro el primer buque á lo mismo, en su viaje de ensayo, quedado en *ensayo*.

III

Mientras la banda militar tocaba el himno argentino, el capitán invitaba á la mesa con que obsequiara á sus primeros pasajeros. No nos ha llegado el *menú* de aquel primer *lunch* en vapor; pero sí la nómina de los que le devoraron, que nada abre más el apetito que un buen mareo pasado.....

Brown á la cabecera y el capitán Bell en la opuesta atendían á todos, principalmente á media docena de rubias hijas de Albión, intrépidas *turistas*.

La más bella entre ellas, Miss Shéridan, á la derecha del Almirante, hacía notar á éste que, á pesar de ser la mayoría de los presentes ingleses, encontrábanse sólo tres que habían visto vapor antes de salir de Inglaterra. Seguían á uno y otro lado de la cabecera Mr. O'Brien, Miller, Armstrong, Hannah, Eastman, Manc-Kinlay, Gowland, White, Parish, Wilde, Roberston, Billinghurst, Angelis, Wright, Wilson, Leslie, Harrison, Norton, Gibson, Davis, Morgan, Thompson, Marrat, Lynch, Atkits, Brittain, Mac-Dougal, Zimmerman, Klappembach, Newton, Plowes, Bevans; y entre tantos ingleses, apenas: Rivadavia, Zapiola, Erézcano, el doctor Manuel Belgrano, Riglos, Balcarce; Sarratea, hijos del país. Con el último brindis de Brown: «Porque los barcos á vapor sirvan, no sólo para atraer el comercio de todas las naciones, sino igualmente para defender la integridad de la República,» se dió la orden de regreso.

Durante éste, y mientras el capitán contaba á un grupo en la popa cómo el *Druid* había llegado á vela, á los sesenta y dos días, desde Gibraltar (16 de junio) hasta la Boca del Riachuelo, donde se le colocó la máquina, su consignatario Robertson explicaba al sabio Bonpland, quien, como

Wilde y Bevans, rodeaban cerca del timón al Sr. Rivadavia, que, para obtener un buque semejante, calculaba un coste de tres mil quinientos pesos fuertes, cinco mil más para su máquina, mil en carpinteros fijos, trescientos cincuenta en mobiliario y hasta mil seiscientos cincuenta en otros gastos. Agregaba que cuando se doblara el número de los cuarenta pasajes vendidos, podría reducirse el valor de cinco pesos por ida y vuelta.

. . . .

El primer paquete á vapor establecido diez años más tarde entre este puerto y el de Montevideo cobraba una onza de oro, y solía cruzar á todo vapor en tres días el trayecto que al presente se hace en seis horas.

Diez y ocho millones no más se han pagado por solo uno de los sesenta barcos de la escuadra argentina; vendiéndose hoy cualquiera de los pequeños vaporcitos de recreo en el Tigre por los once mil quinientos fuertes que costó el primero.

Apenas cinco años transcurridos de aquel en que Fulton ensayara sobre el Hudson el primer vapor (en el mismo sitio que, en un día de elecciones en Nueva York, nos enseñara el sabio doctor Rawson cómo hubo de ser en Clermont despedazado por la codicia de los boteros), un norteamericano obtuvo ya en 1812 privilegio por diez años del gobierno argentino para la navegación á vapor.

Fenecido el plazo, sin que nuestras contiendas interminables lo dieran para ensayo tan importante, se opusieron á su renovación los señores Bevans y Wilde en el informe que se les pidió, dictaminando ofrecer tal privilegio á una compañía de accionistas de mil acciones á trescientos pesos, colocadas en comerciantes de los puertos de Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe, Entre-Ríos y Corrientes.

V

Como datos ilustrativos agregaremos que á Montevideo llegó el primer vapor en 1824. Tenía por nombre el propulsor que lo guiaba, y no pudo establecerse como paquete por no alcanzar á cubrir sus gastos.

Hacemos notar de paso la coincidencia de que el ilustrado literato argentino José Antonio Miralla, el mismo año del vapor en el Plata y el 9 de julio de 1825, hacía viaje de ensayo en el primer barco á vapor que llegó al puerto de Cartagena (Colombia).

Sólo diez años más tarde, el 11 de julio de 1835, arribó á Montevideo el *Potomac* de doscientas cuarenta y seis toneladas.

Vendido en aquel puerto, cambió su nombre por el de *Federación*, y su rumbo, como el anterior, hacia el Janeiro, pues á los dos meses de es-

tablecido paquete entre uno y otro puerto del Plata, abandonó su carrera por falta de pasajeros.

Diez años después, el *Fulton, Gorgon* y *Firebrand* fueron los primeros que remontaron las aguas del Paraná, después del combate en la Vuelta de Obligado (1845), y al siguiente el *Alecto*, vapor de guerra inglés, capitán Súllivan, surcó el Uruguay hasta Paisandú, el Paraná hasta Corrientes y el Paraguay hasta la Asunción, levantando las mejores cartas de navegación de esos ríos.

En 1849 ingresó en la escuadra argentina el primer vapor que, al cambiar de bandera brasilera, cambió su antiguo nombre *Carlota* por el de *La Merced*.

Si no fué saludado con banderas y repiques, como en Montevideo, por toda la población que coronaba azoteas y murallas cuando el primitivo vapor, de efímera aparición, asomó, dejando su nombre en la calle hoy de *Misiones,* verdadera peregrinación de curiosos atravesaba los barriales de la Boca para quedarse con la misma abierta, admirando la portentosa novedad á cuya proa y popa asomaban dos cañoncitos.

La única devastación que *La Merced* causó, fué en los sauzales de las islas del Paraná que transportara á Palermo. En una de las impaciencias de Rozas, por su larga demora, ordenó que si el vapor no *alzaba vapor,* á pesar de sus doscientos caballos, le mandasen otros tantos de sangre para que lo cuarteasen en su varadura.

Con la precipitación se colocó al revés alguna pieza central, por lo que, en vez de avanzar, empezó el buque á ir para atrás, Paraná arriba. Desesperado el maquinista, sube, baja, escudriña; va de un lado á otro, sin dar en el clavo, hasta que, apagando los fuegos, haciendo, es decir, no haciendo nada, el buque lo hizo todo, y obedeciendo al río (por la ley natural de la corriente), trajo á este vapor aguas abajo, á son de camalote.....

Parece que en otras muchas andaban las cosas para atrás, como el vapor *La Merced* en aquella ocasión.

Pero esto sucedía sólo por entonces, no al presente, que á poco nos mandan averiguar en Liverpool cuándo llegó el primer vapor al Río de la Plata...

Tan bien organizados se encuentran los archivos de oficinas de ultramar, cabotaje, estadística, entradas y salidas.

VI

El 18 de junio de 1850 arribaba el vapor americano *Williams J. Peace,* que se le llamó el *Palacio blanco* flotante, por el color de los tambores.

Al comprarlo el gobierno de Montevideo, se le bautizó con el nombre

de *Uruguay,* y fué el que *saltó* el Salto, navegando el primero en el río de su nombre hasta Uruguayana, con el hermoso pabellón de las nueve fajas.

En febrero del año 51, vino el *Esk,* de la Mala Real Inglesa, que conducía los pasajeros desde este puerto hasta el de Janeiro, de donde no pasaban los grandes transatlánticos. En octubre del mismo año fondeó aquí el vapor norteamericano *Manuelita Rozas,* destinado á llevar la noticia de la caída del tirano de su nombre á Montevideo, de donde repatriara el mismo 4 de febrero al doctor Alsina, Mármol, Madero, Silveyra y otros. Armado luego en guerra, fué el primero que llevó el nombre de *Almirante Brown.*

Quince días antes del 3 de febrero, había llegado el *Correo,* después *General Pinto.*

. . . .

Pero no haciendo la crónica de la navegación á vapor en el Plata, nos limitamos á repetir que el año 1824 arribó el primer vapor á su desembocadura, y al siguiente salió otro de nuestro puerto, que no llegó á su boca.

Desde la caída del tirano Rozas, la libre navegación de los ríos fué un hecho, y el vapor se ha generalizado tanto, que hasta en los más remotos ríos la calma perennal y el silencio monótono de sus riberas es interrumpido por el ruido armonioso del vapor, que alegra y anima aquellas soledades, llevando con sus ecos los del último progreso hasta los confines de la civilización.

. . . .

En estricta verdad no fué el *Druid* el que primero rizara las aguas del Plata, como no fué el *Chile* ni el *Perú* los que primero navegaron en el Pacífico el año 1840, según se ha afirmado. El *Telica* recibió en Guayaquil máquina y bandera colombiana en 1829. Salió de ese puerto; pero no llegó al del Callao, pues que su capitán Metrovich halló más conveniente hacerlo volar, descargando su pistola sobre un cuñete de pólvora, desesperado por los reclamos de las pasajeras y los desdenes de la más hermosa de ellas.

Explicado queda cómo el primer vapor en nuestro río no llegó. Cual el *Telica* en el Guayas, salió de la Boca del Riachuelo, donde al bergantín de vela *Druid* se le agregó una máquina.

¡Veinte años habían de pasar para que se avanzara un tramo más! Recién en el de 1845, surcó el vapor el río Paraná, no sin antes haber tenido que romper á cañonazos las gruesas cadenas con que el tirano obstruía la entrada de todo progreso.

Como una sola cifra entraña más elocuencia que muchas figuras de retórica, recordamos que la *Revista de Estadística* publicada en Londres *el año del vapor* hace notar que la importación en Buenos Aires ascendía á ochocientas tres mil libras esterlinas anuales, y que sólo por su puerto en-

traban productos ingleses por valor de noventa y seis mil libras más que los que en Chile, Perú, Colombia y Méjico se introducían.

Mucho más rápidamente ha coadyuvado al adelanto humano el invento de Fulton desde 1807, que cuanto había avanzado desde el día en que un gajo arrastrado por la corriente diera la primera idea de la navegación.

Todavía no han sido bastante ensalzados estos tres grandes benefactores de la humanidad: *Franklin*, *Fulton*, *Edison*.

El vapor ha transformado la tierra, y también las aguas.

Él domina la cima y el abismo, perfora la montaña, ensancha los mares y aproxima sus riberas, abreviando el tiempo y la distancia.

El progreso que á él debemos en nuestros usos y costumbres, hábitos y refinamientos, bien merece digna recordación, como el capitán Bell en el septuagésimo aniversario de su arribo.

Salvemos del olvido el nombre del buque que hizo conocer á nuestros abuelos la potencia de su máquina en sus primeros tímidos ensayos hacia la Ensenada, donde no llegó, ó á San Isidro, al que no volvió.

¡Gloria al descubridor del vapor, que ha confortado y hermoseado la habitación del hombre!





EL SALÓN DE MADAMA MANDEVILLE

I

Era este salón el más concurrido desde antes de llevar ese apellido la señorita Sánchez, que fué igualmente señora de Thompson, tres nombres distintos y una sola verdadera. Fué también el más largo, no sólo por sus trece varas de longitud y seis de ancho, en el que llegaron á bailar sesenta parejas á la vez, sino porque reunió lo más selecto de nuestra sociedad.

Desde antes de 1806 hasta después de 1866, en largo medio siglo, con breves interrupciones, pasó por él cuanto de notable llegaba al país. Tan consecuentes fueron sus comensales, que todavía en esta última fecha concurrían, treinta años ha, algunos de la juventud elegante de 1837.

Ya *el año de la reconquista* se reunían en torno á la mesa de malilla las bellezas de su tiempo, rodeando al *virrey de la victoria*, general Liniers, y codeándose Puyrredón, Sáenz Valiente, Sarratea, Lezica, Escalada y Almagro con Berresford y sus ayudantes, que hallaban en tan amable sociedad lenitivo á sus breves horas de prisión.

No fueron meras sonrisas de trivialidad, efímera galantería ó crítica de modas lo que en ese ambiente de tolerancia y cultura se desarrollaba. Entre dos amables cortesías, San Martín combinaba con el mayor Alvear

el color del uniforme y el equipo del «regimiento de granaderos,» que ambos organizaban, entrando allí al pasar para el cuartel del Retiro (1812); como Rivadavia, en otro ángulo del salón, daba los últimos toques al «Reglamento de la Sociedad de Beneficencia» (1822), y en 1826, el almirante Brown ofrecía al general Balcarce bautizar con su nombre el buque más velero de la escuadra, en recuerdo del que firmó el parte de nuestra primera victoria. Mientras señoritas y caballeros *flirteaban* en la danza, la amable dueña de casa dábase tiempo para secuestrarse breves momentos en el aposento de sus secretos y trazar con la velocidad de su pensamiento páginas que han quedado hasta nuestros días palpitantes de sentimiento patrio.

II

La noche del 15 de octubre de 1812, numerosísima era la concurrencia. Ostentaban sus joyas y belleza en estrado principal las primeras patriotas argentinas, que ofrecieron al Gobierno el armamento costeado con su propio peculio, elevando la nota que la señora Thompson terminaba con este bello pensamiento: «Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad.»

Acompañaban á esa activa secretaria perpetua de toda noble iniciativa las señoras Quintana, Remedios, Nieves, María y Eugenia Escalada, Ramona Esquivel y Aldao, Petrona Cordero, Rufina de Orma, Isabel Calvimontes de Agrelo, Encarnación Andonaegui, Magdalena Castro, Angela Castelli de Igarzábal y Carmen Quintanilla de Alvear. Esta y el dueño de la casa, Sr. Thompson, hacían *vis-á-vis* en la cuadrilla de honor al mayor Alvear con la espiritual Mariquita; el comandante San Martín acompañando á la señora de Escalada, y el general Balcarce á la de Quintana. A las de Azcuénaga, Casacuberta, Gómez, Elía, Luca, Riglos, Sarratea, Barquín, Balbastro, Rubio, Oromí, Casamayor, Soler, La Sala, atendían galantemente los señores Luca, García, Viamont, Rojas, López, Puyrredón, Larrea, Tagle, Olazábal, Güido, mezclándose con el último alférez real Sr. Escalada el primer alférez de granaderos futuro general Necochea.

Pero la nota sobresaliente de esa tertulia, en celebración de la victoria de Belgrano, no lo era tanto el capitán Helguera, que llegó á escape desde Tucumán con el parte oficial (rodeado en antesalas por militares, ciudadanos y aun sacerdotes, como D. Valentín Gómez, Molina, Rodríguez, pidiendo los primeros detalles de la acción, y todos, informes de sus deu-

dos en el ejército), como la gravedad del jefe de granaderos, amartelado cual simple cadete, ante la más jovencita, candidato oficial de tan tierna candidatura. El mes anterior ya había obtenido licencia para desposar á la que tan pocas horas le fué dable endulzar los días nublados del gran capitán.

Notado el idilio por la dueña de la casa, al pasar del brazo de Monteagudo, exclamó: «Observe usted á Hércules teniendo la madeja en que le enreda Onphala. ¡Parece que San Martín vuelve de Libia!....»

. . . .

Y esta ilustrada señora de ingenio supo colocarse siempre al nivel de las exigencias, siendo la primera en todas las manifestaciones de patriotismo y de caridad. Fué así designada por sus compañeras para pronunciar el discurso tan sentido como elocuente, el 3 de julio del año 26, en la Sala Argentina, presentando al general Brown, á nombre del bello sexo argentino, una bandera de almirante, inscrito entre orlas de laurel en letras de oro: *Al día 11 de Junio de 1826,* que terminó con esta frase: «Ofrenda de su admiración, las señoras esperan que os acompañará en los combates que emprendéis en defensa de nuestra patria.» El bravo inglés, todo conmovido, contestó: «Que una vez enarbolada aquella bandera, no vendría abajo sino cuando cayera el palo ó se sumergiera el buque.»



Bernardo Monteagudo, ministro de San Martín

Un poco antes, nombradas las primeras socias que formaron la Sociedad de Beneficencia, esta su secretaria fundadora ofreció la comida de recepción, á la que, si no faltó ninguna de sus consocias, sí faltaron más de una pieza de su numerosa vajilla de plata, pues marino inglés tuvo la habilidad de substituirlas por loza inglesa, tratando de convencer que más valor tenía una porcelana china, ó cristal de Bohemia, que fuente de plata maciza del Perú; á lo que la anfitriona contestaba: «Sí, pero como ya ha dejado de ser nuestro el Alto Perú, Potosí acabó para nosotras.»

No impidió esto que enviara al contralmirante la bandeja de plata tan

elogiada, añadiendo la negrita esclava, recado en su media lengua: «Manda decir mi amita que las naranjas también son para su merced.» El contenido fruto era del hermoso naranjo de su patio, y el continente, obsequio del Sr. Lezica, hecho á martillo en Chuquisaca.

Rodeaban á Madama Mandeville la presidenta de la Sociedad de Beneficencia, doña Mercedes La Sala, y á su izquierda la vicepresidenta María Cabrera; en frente, á uno y otro lado de la otra secretaria, Isabel Casamayor de Luca, doña Joaquina Izquierdo y doña Manuela Aguirre, siguiendo las señoras Cossio de Gutiérrez, Foguet de Sánchez, Azcuénaga, Cipriana Viana y Boneo, Isabel Agüero, Josefa Ramos y Chavarría de Viamont.

Alegre y concurrida tertulia siguió á la comida, en que descollaban por su gracia y *sprit* las Sosas, López, Sarratea, del Pino, Coronel, Lezica, Lozano, Garrigós, Espinosa, Darragueira, distinguiéndose por su galantería los jóvenes: Garmendia, Azcuénaga, Alcorta, Terrero, Gómez (D. Goyito), Wilde, Lezica, Olazábal, Balcarce, Elía, Luca, Calzadilla, Olaguer Feliú, Varela y otros.

III

Delgada, de baja estatura, no llegó á ser una belleza, al par de la de sus hijas y nietas, remarcables tipos de esbeltez, sobresaliendo, sí, por aquella otra más durable belleza de la inteligencia, como lo comprueba su atracción, rodeada de todo lo más distinguido, y por su gran corazón y obras de beneficencia, que en pos de sí ha dejado. Su fina educación, desde los primitivos tiempos de la *patria vieja,* le hacía descollar, así en su fácil expresión en diversos idiomas, cual por su habilidad en el clave, el arpa y el canto.

De su ilustración como escritora dejan muestra numerosos documentos en el archivo de la Sociedad de Beneficencia. El general Guido la compara en sus cartas á Madame Récamier, y el poeta Echeverría, oyéndola cantar al arpa sus poesías, en música de Esnaola, la denominaba *la Corina* del Plata.

En una de esas tertulias, después de encargada la sociedad del Colegio de Huérfanas, tuvo ocasión de escapar á su saloncito para escribir, entre dos rigodones, la siguiente plegaria:

«Oración que se enseñará á los niños expósitos.

»Padre nuestro que estás en los cielos, tú eres nuestro solo Padre, ¡porque los que nos dieron el ser nos han abandonado y arrojado al mundo sin guía ni amparo! No los castigues, Señor, por esta culpa; pero dadnos

resignación para soportar nuestra orfandad. No permitas que cuando nuestra razón se desarrolle sintamos odio y rencor contra los autores de nuestra desgracia; que ella nos sirva de ejemplo para no imitarlos; dadnos, Señor, entendimiento para aprender, á fin de que podamos adquirir con nuestro trabajo nuestra subsistencia. Haznos humildes, pues tendremos tantos motivos para que nuestro amor propio sea irritado; dadnos un juicio recto para sabernos conducir; no nos abandone jamás tu misericordia; inspira caridad á los corazones que nos protejan para que no se cansen de nosotros, y ¡haznos, Señor, dignos de tu gloria!»

. . . .

Fué, desde antes de su matrimonio, una de las más ricas herederas. La manzana entera, limitada por las calles hoy Cangallo, San Martín, Cuyo y Florida, se contaba entre los cuantiosos bienes de sus antepasados; la *Quinta de los Olivos,* desde las «Cinco Esquinas» hasta la Recoleta, y la Chacra de trescientas varas por legua y media de fondo, desde la lengua del agua, tras la iglesia de San Isidro, mínima parte fueron de sus riquezas.

La sociedad elegante de entonces, como al presente y en todo tiempo, siempre ha sido dispendiosa. Aunque en los tiempos que tradicionamos, al chocolate de la tertulia no seguía la mesa cargada de flores y frutas, ni la moda actual de nuevo traje por noche, ya había empezado á venderse en solares la gran manzana referida; por sólo catorce mil pesos la Quinta con lagares y esclavos, en la que ésta escribimos, y posteriormente en diversos lotes, los terrenos de San Isidro, excepto el contiguo al que habitara (hoy propiedad de la sucesión Gramajo), que regaló á una de sus íntimas para tenerla más vecina.

La casa que describimos á continuación, de tres altas ventanas con rejas (apareciendo como en alto), abría su ancha puerta bajo el número 98 de la calle Florida (hoy 273), y subiendo sus cinco escalones de mármol, daba entrada al patio. Por la primera puerta de la derecha introducíase al gran salón, tapizados sus muros de riquísimo damasco de seda. En medio del techo de espejos, enmarcados en espléndido maderaje, pendía una riquísima araña de plata, y la gran chimenea francesa en el centro había ya substituído las antiguas copas de bronce con fuego. Muebles de brocado amarillo, bajo cortinaje de lo mismo, completaban su mobiliario; hacia el testero opuesto al alto estrado, el arpa y el clavicordio, donde ensayó el maestro Parera la música del Himno Nacional. Floreros y zahumadores en las esquineras, y sobre mesitas ó consolas de pie de cabra, altos espejos venecianos con plateados marcos de lo mismo.

En sus últimos tiempos, lucían una de las rinconeras, entre pebeteros

de plata, la taza de Sevres y grandes floreros que el rey Luis Felipe obsequió á la esposa de su representante, en ocasión de repetidos actos de prodigalidad para el Hospital francés. Pasando una salita, seguía el gran comedor, con sus altos aparadores relumbrantes de argentería. Antecediendo al salón, el gabinetito de confianza, con elevadas ventanas á la calle. A otro cuarto de entrada, ó antesala, se subía por los cinco escalones antedichos, pues bajo tan altos pisos había un gran sótano.

Suntuoso era el aspecto de aquel salón donde bailaban la contradanza, el minué, la polka de variadas figuras, en que se lucía el piececito sobre medias finísimas caladas, ó bordadas de oro ó acero, zapatitos de raso negro con atacados, el traje sobre el tobillo, muy tirante la pollera, el talle corto lo mismo, de dos mangas muy anchas, peinetones y peinado de bucles.

En medio de aquel ondulante jardín de bellezas, destacábase en su salón color de oro, elegante y coquetona, la señora de la casa con su espléndido collar de perlas, pero de menos reflejos que sus pequeños ojos vivísimos; sumamente graciosa y atrayente, derramando *sprit* y gracia su ingenio tan movible como su personita, teniendo una palabra amable para cada uno.

IV

A más del ilustre poeta argentino D. Juan Thompson, su primogénito, y D. Julio Mandeville, secretario de la Legación Argentina en Londres (su último hijo), ornato fueron de su salón cuatro bellísimas hijas, tan finas como bien educadas: Clementina, de admirable cuerpo escultural, con cierta tinturita de coquetería de buen tono; la espiritual Magdalena, que tanto era galanteada en francés como en inglés, idiomas que hablaba bien, pero no mejor que el de sus expresivos ojos, sumamente parladores; Florencia, preciosa, fina, delicada, tipo algo ideal, que descollaba en la danza por su agilidad, y la Albina, la blanca Albina, tocando el arpa admirablemente como ninguna en su época: sus manos lindísimas y casi transparentes recorrían las cuerdas arrancando mágicos sones, que iban á levantar eco en más de un corazón. Completaba grupo tan interesante el Sr. de Mandeville, cónsul general de Francia por muchos años, esbelto y buen mozo, de distinguida y antigua familia, vivo, inteligente, atrayente; tocaba todos los instrumentos en los cuartetos ó quintetos que se improvisaban, supliendo el eximio aficionado el instrumento que llegaba á faltar.

El doctor López recuerda con cuánto tacto y disimulo la señora de Mandeville, con su gran talento, educaba indirectamente, de una manera hábil, á jóvenes del tiempo en que lo eran Alberdi, Gutiérrez, Florencio Varela. Refería en la conversación los defectos y malas costumbres adquiridas sin pensar, y ellos se reían, repitiendo *sotto voce:* «Al que le caiga el sayo, que se lo ponga.»

Quería mucho á la juventud que daba esperanzas para la felicidad del país. ¡Hasta dónde el roce de la mujer de distinción acaba disimuladamente de completar la educación en cuantos la rodean! Y este es uno de los descollantes méritos de tan gran dama, así en lo político como en lo social.

Empezó por reunir sus amigas para adquirir los fusiles que armaron á los Patricios, ofreciendo banderas por sus propias manos bordadas, reuniendo luego en su salón cosmopolita extranjeros y nacionales de todas las opiniones, cual en oasis donde todos se encontraban bien, en suave atmósfera de tolerancia; como empezó por ser secretaria de la Sociedad, de la cual llegó á ser presidenta. Fundó la primera escuela de ambos sexos en la campaña, y también la Escuela Normal, convirtiendo su salón en escuela de buenas costumbres, de elegancia, de buen tono. Su prolongación no fué sólo en los frecuentes almuerzos y meriendas *(Quinta de los Olivos)*, á la sombra del primitivo que dió nombre á ésta donde escribimos, sino también en la referida chacra de San Isidro, al pie de sus barrancas y en el *Bosque alegre,* las cacerías de patos, en la playa del gran río empezadas, concluían por improvisados bailes en el antiguo solar de sus abuelos, tras la iglesia del Santo labrador. *Hotel de Madama Mariquita* llamaban á este antiguo caserón (Colegio de Aravena, posteriormente) los oficiales de la escuadra, por la hospitalidad con que se les obsequiaba! . . . . . .

. . . .

Al recordar que D. Vicente Fidel López es el único superviviente de sus contertulianos de aquella generación, de que el sabio D. Diego Alcorta fué profesor de Filosofía, el acaso nos trae, de su última amiga, la cartita que extractamos. Esta, la señora Casamayor de Luca, y Spano de Guido, fueron sus más íntimas. Consolando á una de sus nietas, escribe á las noventa y seis navidades, con letra nada trémula, la solitaria de San Isidro:

«Sé por una cruel experiencia que en las pérdidas irreparables sólo el tiempo tiene el poder de dar el ánimo y la calma. Me refugié en mi Quinta inmediatamente después de haber recibido uno de esos golpes terribles que casi matan, y en mi desesperación me dije: «Yo también voy á desaparecer para siempre del mundo.» De esto hace ya treinta años, y

desde entonces vivo aislada la mayor parte del tiempo, completamente sola, y al fin he conseguido saber que la soledad tiene también sus ventajas; pero, para tenerlas, es preciso que la soledad sea absoluta: si se abre una brecha, en ella desaparece.»

. . . .

También eran sus asiduas en aquella época las señoritas de Arana, Beláustegui, Cordero, Lahitte, Garrigós, Vélez, Castelli, y los jóvenes Avelino y Mariano Balcarce, Lozano, Esnaola, Terreros, Peralta, Arenales, Riglos, García (Doroteo), Casajemas, Posadas, Gowland, Alvear (E.), López (F.), Azcuénaga, Lahitte, Olaguer, Alcorta, Pinedo, Esteban Moreno, Faustino Lezica, Lorey, Treserra, Cherón, Du Brossay; luego sus hijos políticos los cuatro últimos.

Sin el temor de no ensartar rosario más largo que de quince misterios, otros tantos nombres conocidos podríamos agregar, pues sólo desde la moderna introducción de la tarjeta de visita, unos cuantos miles de ella colecciona el libro de la amistad de tan digna dama, con religioso cariño conservado.

Y esta noble amistad de larga consecuencia, por tantos años prolongada, herencia ha sido de una, dos y tres generaciones. No fué Santiago Estrada el único intelectual de nuestra generación que galanteara vecinas de la calle Florida en 1866, en aquel salón y ante la misma dueña de casa, á cuya mesa de malilla se habían sentado sus abuelos sesenta años antes.

V

Hace más de treinta años, una de las últimas veces que tuvimos el gusto de verla, la encontramos, limitando por Francia é Inglaterra, es decir, entre sus representantes. Acompañando nuestro buen padre á felicitarla en el arribo de su hijo, D. Juan Thompson, referíamos al ilustre poeta cómo un año antes instalamos en la capital de Corrientes la Redacción de «El Nacionalista,» en la misma casa de las señoras Berón de Astrada, donde veinte años atrás había él fundado otro periódico liberal, órgano de la cruzada libertadora del ejército de Lavalle. La animación que resurgía en el patriota tales recuerdos fué interrumpida, al interrogar el contralmirante francés:

—Madama, ¿cómo usted, tan amante de todo lo que es francés, y esposa de uno de sus representantes, no ha llegado en sus viajes á Francia?

—Por el canto de esta uña—contestó con gracia.

—No comprendo, señora. Tan distante de ésta mi tierra, y tan cortas que usan aquí las uñas.....

—Ahí verá usted, señor contralmirante. Cuando en vísperas del bloqueo francés empezó á ser mal visto mi esposo, cónsul general, tuvo que salir para Francia. Acreciendo sus dolencias, menos por obligación que por cariño, creí deber ir á cuidarle. Mis hijas estaban ya casadas, mi Juan no podía volver al país, declarado *salvaje unitario*. ¿Qué le parece, señor contralmirante? No siendo francés idioma pampa, ¿le pronuncia muy mal este *salvaje* de ella?

—¡Oh, Madama! Salvajes con la ilustración de Mr. Thompson, tan merecidamente reputado hombre de letras, codiciaríamos muchos en Francia.

—Bien; en ese más prolongado eclipse de mis amigos, aunque medrosa para el mar, decidí embarcarme. Hasta Montevideo fuí bien, pero al llegar á Río Janeiro, tan deshecha pamperada azotó la barca de vela que me conducía, que no obstante llamarse *La Esperanza*, sin ésta quedé de ver más á mis hijas. Pero al fin la espléndida bahía de Río Janeiro tranquilizó mi espíritu y el mar. Allí no iba tan mal, rodeada de la primera sociedad, en corte que damas y caballeros son tan amables y obsequiosos. Jóvenes como Diego Alvear, Posadas, Costa, la familia Vernet, Daniel, Carlos y Eduardo Guido, me hicieron con sus atenciones y cuidados olvidar los sufrimientos de la tormenta. Al día siguiente de un baile de corte (todavía mi nieta Florencia guarda el vestido con el cual, del brazo del ministro argentino general Guido, hice *vis-á-vis* al joven emperador), me invitaron para una merienda bajo la cascadiña en Tijuca, donde el marqués de Caxias me ofreció una manzana, que si no fué la de Eva, casi, casi fué la de mi perdición. Notando en sus rubicundos colores pequeña picadurita, rasqué un poco la corteza. ¡Quién le dice á usted que amanecí con todo el dedo hinchado, hinchazón que al segundo día avanzaba á la mano, y al tercero por todo el brazo, con agudos dolores! Este segundo susto me hizo reflexionar, y me dije: «¿Dónde vas, Mariquita? ¡Vuélvete!» Bien pudiera recaer ó sorprenderme grave enfermedad, y en viaje tan largo, acompañada sólo de una sirvienta de confianza, no me decidí á cruzar el Océano. Recibí mejores noticias de mi marido, y el temor de un hogar que todavía podía rehacer para mis nietas, me retornó á la playa natal. No recuerdo día de mayor satisfacción como el que volví á entrar en esta mi casita de la calle Florida, donde nací, he pasado ochenta años y espero acabar en ella. Aun para morir, en parte alguna hállase uno mejor que en el rinconcito de su propia casa.....

VI

Y á ese espíritu fuerte, que cual lámpara de aceite íbase apagando lentamente, veíamos salir de nuestra iglesia parroquial los domingos, del brazo de una ú otra de sus rubiecísimas nietas, de aquella misma iglesia de la Merced, cerca de cuya pila bendita, setenta años antes, otros muchos domingos repetía al esbelto joven que le alcanzaba el agua: «Por más que se opongan, siempre de Thompson.» Todavía pocos días antes á su fallecimiento concurrió allí con su lujoso vestido recién *traído,* conducida por una de esas bellezas.



El gran mariscal D. Mariano Necochea
héroe de la batalla de Junín

Dotada de una inteligencia superior, como la mujer más ilustrada de su época, Rivadavia la inició en la idea de formar una Sociedad de Beneficencia, que á la vez que elevara el nivel intelectual de la compañera del hombre, le abriera más vastos horizontes por su mejor preparación. Medio siglo más tarde, Sarmiento también encontró en ella la más hábil coadyutora para las reformas de la educación, según el sistema norteamericano. Desde los Jardines de Infantes, escuelas de ambos sexos, en la ciudad y campaña, hasta la Escuela Normal de mujeres, la enseñanza superior con las profesoras traídas de Norte América, todo progreso tuvo implantación bajo su presidencia.

Nació con la aurora de este siglo (anticipándose á su siglo) en la casa que el Sr. Sánchez Velazco edificó ciento veinticinco años ha.

En el último invierno de la vida, al través de los cristales de su aposento, á los que le aproximaba su cariñosa Florencita, divisaba melancólicamente caer las hojas del decrépito naranjo, plantado en el centro del ancho patio el día de su nacimiento. Al través de las rejas de esa ventana interior, era su postrera recreación su verdor y sus flores. Recordaba cómo le había dado sombra por toda la vida, y también los azahares de su velo de desposada. Ellas blanqueaban ahora al pie del tronco que se curvaba ya

hacia la tierra, semejando pálida mortaja próxima á cubrir sus restos. Refería que ni el sabio Bonpland, ni Holemberg, lograran extirpar el hormiguero criado en su tronco, sin olvidar las amenas pláticas que bajo el follaje coronado de doradas frutas distrajeron sus horas en distintas épocas, con el mariscal Santa Cruz, el conde Waleski, Mackau, el marqués de Caxias y otras muchas celebridades, pues honrada había sido con la amistad de todos los notables y hombres de letras que concurrieron á centro tan culto y agradable.

Una imaginación viva y abierta á todas las impresiones de lo bueno y de lo bello, indulgencia notable y urbanidad exquisita daban á su trato, á sus confidencias y á sus cartas cierto encanto que constituía el amable imperio ejercido sobre su virtud. Por esto, el reloj que desde la chimenea de su alcoba marcó la hora de su muerte, había señalado muchas veces á Saavedra, Belgrano, Rivadavia y Puyrredón, á presidentes, ministros y diplomáticos, la hora de sus tareas, detenidos por su atrayente conversación. Aquel reloj sigue parado en su última hora, y ¡doble coincidencia!, decrépito y carcomido, secándose el árbol plantado á su nacimiento, murió con su dueña.

De opuestas ideas á su íntima superviviente, treinta años ha secuestrada en la soledad de su Quinta, Madama Mandeville quería morir como había vivido, rodeada de las flores por sus propias manos cultivadas, que perfumaron su vida, y de la amistad que endulzó sus más bellas horas. Y así en sus conversaciones recordaba las últimas amigas con que había tomado mate á la sombra del histórico naranjo: señoras de Telechea de Puyrredón, Correa de Lavalle, de Zumarán, de Angelis, Villanueva de Armstrong, Reinoso de Pacheco, Plomer de Lozano y la marquesa de Forbin-Jackson.

. . . .

Cierto día, siendo secretario del Departamento de Escuelas, de que era director D. Juan Thompson, en momentos que nos daba instrucciones para la visita de inspección á las de campaña, insinuándole que nos autorizara á pasar la frontera y proponer en las tolderías más inmediatas á los caciques principales escuela para los indios, bajo la dirección de jóvenes indígenas educados por el filántropo Sr. Francisco Larguía, entró en la oficina la anciana madre de nuestro digno jefe. Desatendiendo cuanto le rodeaba, bajó precipitadamente de su asiento, fué á besar la frente de la madre amada, y conduciéndola al primer asiento (respeto filial que por desgracia se extingue), siguió apoyando nuestro proyecto de extender la enseñanza á los últimos aduares.

La ilustrada señora agregó: «Hacen bien. Cada uno en la extensión

que le sea dable, debe concurrir al mayor desenvolvimiento de nuestras facultades, único camino de alcanzar el perfeccionamiento. Si nada se lograra, quédenos la satisfacción de la iniciativa, guiados por ese bello sentimiento de caridad, que nos conduce á amarnos y enseñar al que no sabe.»





AMOR DE RODILLAS

Tan extraordinario parece el sucedido, que por cuento se tomaría éste, que no lo es, juzgándole novelesco episodio sentimental, á no haber ya pluma mejor cortada que la nuestra puesto los puntos sobre las *íes*, agregando en otras publicaciones nombre, apellido, calle y número de la heroína de esta tradición en época y comarca á la que el romanticismo de Chateaubriand y sus discípulos no había llegado.

I

Cara lánguida, pálida, ojerosa, cuello ebúrneo y negra cruz de azabache pendiente de él, boquita de beso en proyecto, grandes ojos rasgados, negros, más negros que sus cabellos, y entre éstos una blanca flor del aire; nerviosa, toda sensitiva como la flor de su predilección, elegante en su vestir, fanática en decir y en sus pasiones como en sus creencias era la enamorada Marta, hija primogénita en una honrada y antigua familia de Salta, y linda hasta la pared de enfrente. Bien que ésta fuera el paredón del convento de Mercedarios, más inconmovible que sus viejos muros aparecía el corazón de la pálida beldad; pues no obstante haber ya doblado la esquina de sus veinte años, seguida de muchos pretendientes, la niña no tenía novio.

Cartas van, mensajes vienen, dueñas llegan, pasantes pasan y Martita *nones que nones,* no quería ser par; firme en sus trece y en su doncellez, *billeticos* quedan sin respuesta.

Virgen de alma y de cuerpo, no se decidía por entonces Martita á dejar de serlo.

¿Por qué prefería quedar para vestir santos, ó pasear sobrinos, como ahora se dice?

¿Por qué hacía repulgos á D. Moisés, el de enfrente; á D. Tadeo, el de la esquina, ó á D. Apolinario, el boticario?

No, señor; porque ella tenía un su *percundante,* más presentido que presentado, y su bello ideal no llegaba.

A veces, desde la huerta del fondo, con el canto matinal de las alondras, oíase letrilla malsonante para los mozos del barrio, cuando la niña bajaba á regar su rosalito en flor:

Yo no quiero dar mi mano
á un veterano salteño,
que ha de llegar con Belgrano
mi oficialito porteño.....

Y cuando el cura de la Merced ó el familiar de Su Ilustrísima, de vuelta de su visita pastoral, se permitían alguna familiaridad en las tertulias de malilla y chocolate, ante el estrado de señor padre, ó algún coronilla malicioso decíale entre risueño y grave:

—¿Cuándo nos da un gustazo, Martita? ¿Cuándo es el gran día?

—No se aflija, padre cura—contestaba sonrosándose,—que usted me ha de echar su bendición cuando el oficialito del ejército de Belgrano, que pretendo, ó se quedará sin echarla..... Me he de casar con un porteñito, ó con ninguno.

Y en eso llegó Belgrano; pero tan de prisa bajaba la montaña, que no tenía tiempo de ir dejando novios en el camino; como que él mismo, por falta de tiempo para el año de noviciado, paseó su soltería, así en las provincias de abajo como en las arribeñas.

Y casi pisándole los talones, tras, tris, Tristán, que nada de triste traía por entonces, y sí con aires de vencedores sus oficiales, descolgábase de las sierras, hasta que al llegar á Tucumán á pie firme aquel puñado de patriotas, hacen dar vuelta cara, con la de Tristán, á la mala fortuna, y éste regresa fugitivo á Salta por el mismo camino que la víspera cruzara en aire de perdonavidas.

Desde entonces los patriotas de Güemes no le dieron descanso. Tras la vanguardia de éste apareció Belgrano, vencedor en Salta, para que no volviera más á flamear por sus calles la bandera en su campo abatida.

Vencedor en Tucumán, vencedor en todas partes, entre los oficiales de Belgrano llegó también el porteñito del presentimiento.

Dos galones en la manga, rubio bigote, hermoso rostro tostado por el sol del campamento, arrojo en el corazón y palabras de miel en los labios, era Dionisio Alvarez enamorado de profesión, dispuesto á hacer la corte á cuantas encontrara á su paso, bien fuera la Virgen de la Merced ó algunas de sus vecinas.

Los vencedores en Tucumán encontraron en Salta todas las puertas abiertas y también muchos corazones.

No podía *él* llegar en mejor oportunidad, pues tan parladores eran los grandes ojos, centellando pasión, de la mustia beldad, como poco mudos los labios del bigotillo dorado, por lo que con pies y con manos, con miradas y palabras, tan instantáneamente lograron entenderse, que á poco pasaron como en fuga rápida todas las notas, llegando ó casi llegando hasta lo desconocido, desde el *do* de pecho al *sí* sostenido.....

Do-re-mi-fa-sol-la-sí.....

Y esto al oído, sin haber estudiado música, de afición únicamente, y sin maestro la niña, *sotto-voce* ensayaban largos dúos. Pero ¡qué dúos!

Letra de amor con música de besos, al claror de la luna, en la penumbre del balcón, que hacía murmurar al malicioso campanero de enfrente, cada noche que á las ocho subía al toque de ánimas:

Canela y azúcar fué
la bendita Magdalena.

Pero de Dios está que no ha de haber dicha completa en este valle de lágrimas, ni en el de la Virgen del Valle, por el de Lerma, pues el mismo sacristán celoso á quien, por más plata de Güemes que diera un ayudante del mismo, no había conseguido hacer tomar á su vecina el billetito subversivo en lugar de agua bendita en la pila que él llenaba. Canturriaba en su despecho al divisar al porteñito de plantón ó centinela perpetuo:

Amor de soldado,
amor de una hora:
cuando toca la caja
¡adiós, señora!....

II

Bien pronto sonó la caja, y á su redoble todos se reunieron en torno de la bandera, ante la que los batallones de Tristán juraron en vano no hacer más armas, y caminito de Jujuy siguieron subiendo y subiendo al Alto Perú, llegando, los que llegaron, hasta Chuquisaca y Potosí.

Pero ¡con cuán aviesa fortuna los vencedores de Salta atravesaron Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-sipe, cayendo y levantando, ora vencidos ó vencedores, los diezmados batallones de Belgrano, sin él y sin Díaz Vélez, sin Rondeau, ni Balcarce, ni Arenales, regresaba uno que otro cojeando, ó al tranco de su mula de paso, habiendo dejado un brazo ó una pierna, un ojo, cuando no los dos, en defensa de una patria que, detenida en sus primeros triunfos, lo fué sólo en la hora ingrata en que malos hijos despedazaban sus entrañas!

Partió el alegre Dionisio después de dar palabra de casamiento para su vuelta, si tenía vuelta, que los soldados no siempre la tienen.....

Uno, dos y tres años transcurrieron sin saberse nada del que pasó.

Las viejas beatas del barrio, que la bella del de la Merced desairara con sus misivas, afanábanse en multiplicar las angustias de aquel pobre corazoncito torturado por la duda y los temores, aunque saboreando entre sueños el primer beso del primer amor.

Una, lo sabía de buena letra, dicho del *coya*, chasqui en Tambo Viejo, Dionisio había muerto por Sipe-sipe. A otra habíanle escrito de la misma casa que, con las dos piernas cortadas por una bala en Ayohuma, lo asistieron hasta sus últimos momentos. Otra, la sobrina del cura, por más señas, decía que el curaca de Vilcapugio le vió desfilar entre los prisioneros para Casas Matas.

Pero presentimiento inquebrantable la sostenía en su última esperanza, y desde el primer momento en que malas noticias vinieron á conturbar su alma apasionada, cayó de rodillas ante el Señor de Vilque, de Sumalao, cuya imagen, entre flores y velas encendidas, tenía en suma devoción al lado de su blanco lecho de virgen, haciéndole de rodillas, y con el corazón saltando, la más solemne promesa de ir por las mismas hasta el santuario donde se venera su milagrosa imagen, á darle las gracias al día siguiente que volviera su novio bueno y sano.

Y uno, dos y tres años pasaron entre suspiros, novenas y promesas, ya con cilicios que desgarraban sus carnes, ora durmiendo sobre una vieja desnuda..... tarima.

En tan larga espera, al través de sus lágrimas, sólo veía ante sí, como su vida toda, desierto el camino, sin que en el más lejano horizonte se divisara el polvo del ansiado mensajero.

Ya no pedía tanto, se limitaba á desearlo bueno, últimamente aunque no bueno y sano; pero nunca dejó de pedirlo novio.

. . . .

Un día llegó, ó más bien una noche de luna, semejante á aquellas de tan dulces recuerdos, cuando entre ensueños de amor arrullábanse como

dos tórtolas balanceadas sobre una misma rama, confundidas sus sombras en la penumbra del balcón de la promesa. Recogida y triste suspiraba en su cama, consumida por la melancolía; había ya hecho sus oraciones en aquella monótona, fría y larguísima noche de desesperanza.

Mal dormida oyó, ó creyó sentir, como una caricia entre sueños, esta expresión:

—¡Al fin llegó el resucitado!

Y más tardó la vieja Chola, cariñosa dueña de esta doncella, en subir tropezando para anunciar que el deseado acababa de llegar, que ella en sentir como un vuelco del corazón y saltar de su lecho.

En el ruido de sables, carabinas, rodajas y rumor de mulas y caballos á la puerta, reconoció al Dionisio de sus pensamientos, llorado por muerto, vivo, bueno y sano.

Al momento, toda agitada y antes de correr al encuentro del bien deseado por tan largo tiempo, conmovida cayó de rodillas sobre el mismo reclinatorio que años antes, y renovó entre lágrimas y suspiros la solemne promesa tantas veces repetida.

—Pues que me lo devuelves, milagroso Señor de Sumalao, á tu santuario iré de rodillas á darte las gracias por este gran consuelo que me vuelve á la vida.....

III

Y cumplió como lo dijo. Una semana no transcurriera de la noche del feliz aparecido, cuando la niña salía de hinojos desde el pretil de la Merced para la peregrinación prometida.

Toda la familia la acompañaba rezando y con faroles: madre, hermanas, tías, vecinas, curiosas y agregadas hacían la peregrinación á pie, que de rodillas continuaba Marta, adelantando menos de una legua el primer día, pero no avanzó una cuadra, ni andar cien pasos ó rodillazos, el último de los sesenta que empleó en las doce leguas.

A poco andar se le desollaron de tal modo las rodillas en aquel pedregal, que fué menester adherirle rodilleras de piel de carnero, y aun ayudada con el bordón de peregrina, apenas conseguía adelantar á paso de hormiga.

Algo incrédulo el novio, en lo de milagros de amor, votos y exvotos y promesas de la misma esencia, que como tal se evapora, no acompañó á su macilenta y dilacerada prometida, pretextando listas y revistas, retretas, fajinas y asambleas, toques diarios que le detenían en el cuartel, como capitán de campo.

Fué, estuvo y regresó, ó más bien, la volvieron transportándola en una camilla, en menos de dos días, por el camino que en más de dos meses hizo de rodillas.

Y si angustiosa y larga había sido la peregrinación al santuario de la que invocó como protectora de sus amores, más larga fué la velada de muchas noches, en que *la ingenua novia de las rodillas* pasó curándose éstas sin poder moverse de la cama.

Tiempo tuvo el veleidoso Dionisito para emprender campaña más cerca que la de Vilcapugio y Ayohuma.....

Rodeaban cada noche el lecho de la enamorada doliente, entre primos y primas que tales primadas se permitían, alrededor del brasero, calentando agua para que *otro tome mate*, y vecinas entremetidas y dueñas curiosas.

Alegraba la reunión una joven parienta, que durante la prolongada ausencia del niño perdido había rápidamente desarrolládose, así en hermosura y gentileza como en ingenio y travesura, y era esta menorcita, que no hacía cosas de tal, á quien primero encontraba en antesala el ex muerto cada noche que entraba á preguntar por las rodillas de su ex novia, ó por la novia de las rodillas.

Tardaron tanto en curar éstas, y mimo y seducción tanta gastara Cleta en los nocturnos recibimientos de su casi cuñado, que el oficialito causa de la enferma, con el andar del tiempo, varió como veleta porteña, y la hermana paciente matrimonióse con el no convaleciente.

Si mucho había esperado Marta, poco tardó Cletita en substituirla, y entre la preparación de dos cataplasmas para la desinflamación, llevó su inflamado corazón á la vicaría.

Si cuando al dejar su lecho la dolorida apasionada no dejó la vida, fué sin duda porque ya no se muere de amor.

Amor, amor más fuerte que la vida, más fuerte que el honor. Creyó ella ver en tal substitución castigo del cielo por su poca fe, pues si le aconsejaba su guía espiritual que se limitara á pedir á Dios lo que más le conviniera, ella acababa así sus oraciones todas las noches:

—Permitid, Señor, que vuelva, os pido el milagro de su resurrección. Dejad que vuelva siquiera un día á mis brazos el amado de mi corazón.

El tiempo transcurrió, y la virgen de las rodillas entraba en el convento de Carmelitas, pronunciando un año después su votos solemnes al consagrarse como esposa del Señor de San Bernardo.

En aquellos días venía al mundo la primogénita de su prima hermana, hija del Dionisio el engañador.

IV

Muchos años habían pasado, cuando la hija ésta de Cleta encontró cerca del torno, en el mismo convento que frecuentaba á saber nuevas de su tía, al joven Moisés Ferrando, comerciante de las provincias de abajo, que arriaba su mulada desde márgenes del Paraná á la feria de Sumalao.

Conducía de las monjitas del tránsito confites de Córdoba, corazones, rosarios y escapularios y varias encomiendas para sus hermanas de Salta.

Y fatal fué el encuentro, primer tropezón de la sobrina de su tía, con el tropero que, en mula chúcara, emprendía la peregrinación hacia el mismo santuario donde de rodillas llegó un día la que otros muchos pidiera el regreso del que novio de la tía entonces, padre de esta sobrina fué más tarde.

Muchas idas y venidas de Buenos Aires á Salta y á la feria de muladas con recua y encomiendas se repitieron, y como fatigoso era el viaje, descanso hacía en donde Genoveva, á cada vuelta y revuelta, pasada y repasada, más frecuente desde el casual encuentro.

La noche del último viaje, quedó concertado en la misma sala el próximo casamiento, para su vuelta, de D. Moisés con Genoveva.

Largo tiempo pasaba; el bizarro mulero no volvía.

Parece que mala estrella guiaba á las doncellas de esa casa desde el día que premeditaban dejar de serlo; y tías como sobrinas quedaban destinadas, si no para vestir santos en la iglesia de enfrente, para cantar en coro desde el convento, á la vuelta, entre las vírgenes del Señor.

La predilección por el amor á los porteños resultaba fatal á la honrada familia de aquella honorable casa solariega, por la inconstancia de los de *abajo*.

Y un año y dos se deslizaron sin que noticia ó eco alguno llegara á Salta del desaparecido número *dos*.

—¿Se lo habrá comido la tierra?—decía una desdentada vieja vecina, madre de Candidito, á quien, como candidato de conveniencia, lo tenía en conserva para Genoveva.

—¿Habrá muerto en Caseros?—agregaba un casero de enfrente, donde Ferrando y sus mulas sabían parar.

Y en estas y otras dudas la inconsolable novia desesperaba, y fué, como su tía, víctima de amor ó de engaño, á buscar consuelo, refugiándose en la misma celda que aquella otra víctima de un inmenso amor desgraciado dejaba por su fallecimiento.

Y otro año pasó, cuando, según reglamento de la santa casa, salió Genoveva á pasar la última semana en la suya, antes de pronunciar los votos inquebrantables.

V

Tres días faltaban apenas para terminar sus postreros en el mundo, cuando á matacaballos, ó revientamulas, apareció D. Moisés ostentando en su pecho el escapulario del Carmen, último bordado de su bella *desenclaustrada*.. . . . .
. . . .

—Vengo en busca de mi novia, que un criollo de mi raza nunca engaña—dijo al penetrar á la sala fatal del desengaño.

—Aquí no hay ninguna novia—le contestaron.

—¿Qué, ha muerto?

—No hay novia.

—¿Se ha casado?

—Sí—contestó la monjita, saliendo en traje de tal, con los ojos bajos y más blanca en su palidez que la alba toca que la hermoseaba.

—¿Cómo? ¿No me esperabas? ¿Te casaste? ¿Enviudaste y has profesado?

—Te esperé y desesperé, al recordar que el compromiso se contrajo en esta misma sala fatal, donde un porteño fué por tantos años esperado. Creía contagiosa enfermedad de allá abajo la de engañar á las crédulas salteñas.

Luego entró á explicar D. Moisés, temblándole el corazón y también los labios, cómo, arriada su mulada al pasar el arroyo del Saladillo, le llevaron entre las primeras levas que Mansilla mandó á engrosar el campamento de Santos Lugares. Prisionero en la batalla de Caseros, el general Urquiza lo envió con los negros á Calá, de donde recién había podido desertar. Azotándose al Paraná, desde el Rincón de Coronda emprendió viaje á su dicha, al paraíso terrenal que le esperaba, en cuyo dintel su misma Eva le cerraba las puertas para siempre.....

—Así será y debo creerle, pero yo ya estoy casada.

—¿Cómo? ¿Con quién? Rasgaré el corazón del que te me lo ha robado.

—Poco á poco: paciencia. No desespere hermano, por Dios. El le resignará. Rogaré por su tranquilidad. *Todo pasa, se olvida ó desvanece.*

—Perdón, yo no pido perdón á quien te me ha robado. Ven, vamos, huyamos, he venido á cumplir mi palabra. «Mía ó de nadie,» juraste aquí ante ese mismo crucifijo, que está donde se estaba y bajo de él tu madre y

ante ella nos juramos el amor que unió nuestras almas; mía ó de nadie, dijiste, y ahora.....

—Yo ya estoy casada. Virgen del Señor, Dios ha recibido mis votos.

—¡Oh! Esto no puede ser. Vengo desde el Calvario, tan largo me ha parecido el camino por cumplir mi palabra honrada, y la mujer fiel, en la casa donde mueren de constancia, me falta así.

Luego salió, dando vuelta á la manzana, y enfurecido y desesperado, clamaba en busca de su media manzana.....

VI

Y en vano fué que canónigos y familiares y hasta el mismo Ilustrísimo de Tucumán, de visita accidental, pretendiese tranquilizar aquella conciencia fanatizada, explicando que ni aun caso de dispensa era, ó relajación de votos, pues no se habían pronunciado, por lo que debiera cumplir su primera promesa. Pues que su consagración á los altares del Señor fué ofrecida bajo la suposición de haber muerto aquel segundo resucitado, que volvía en la fe de su promesa, volando en alas del amor, á cumplir la suya, recordara el deber de cumplir las obligaciones en el orden que se contraen.....

Pero Genoveva, sobrina de su tía, era en lo inquebrantable, persistiendo en creerse ya consagrada al Señor, por más que á milagro atribuía su ex novio el haber llegado á la puerta del convento donde la conociera, á tiempo de detenerla en sus umbrales y en el último día que pasaba en el mundo.

Y no hubo más ruegos, lágrimas y oraciones, promesas, dádivas y llantos. «Lágrima de mujer conmueve al bronce,» se dice; pero cual sobre fría lápida suelen deslizarse mudas y silenciosas por la faz del más enérgico, sin que acuda á detenerlas alma piadosa.

Y la puerta cercana al torno se abrió para girar y cerrarse por siempre tras del amor que gimiendo quedaba á su entrada.

Cuentan que al siguiente día de esta segunda profesión, traspasado y herido en lo más íntimo, á pie, desesperado y deshecho, siguió como ebrio desazonado hacia el Santuario de Sumalao, en la borrascosa noche que pronunciara los últimos votos la virgen de sus últimos amores.

En época que todo se mueve, huye y pasa en vértigo fugaz, ¿qué significa ese rezago de pasados tiempos, que se llama voto perpetuo?

Cuando todo corre y vuela, cual exhalación, en el siglo de la electricidad, de la vida y del progreso continuo, ¿á qué responde esa vida estancada, substraída á todo movimiento? Si apenas de voto perpetuo restar debe

el matrimonio, como fundamento de la familia, ¿puede suponerse natural que jóvenes á quienes el primer desengaño arrojó á una celda, queden con gusto por siempre enterradas en vida?

A los cuarenta años no se piensa como á los veinte, y muy diversamente se siente á los sesenta.

«Pagar justos por pecadores,» dícese en caso á éste semejante, que más de uno hemos visto en el camino de la vida.

El Creador nos ha dado dos pies para caminar con ellos por la recta senda. No apreciamos en gran sacrificio la tranquila y serena vida conventual, aislada del mundo, de sus pasiones y peligros. Las rodillas, que no se han hecho para substituir los pies, sólo deben doblarse ante el Dios Supremo, implorando la extirpación de la ignorancia, el fanatismo, los errores que enceguecen, y pedir la paz, la tranquilidad de la conciencia, que no es poco pedir, y algo más duradero que el frágil amor.

¡Cuántas veces, implorado éste aun de hinojos, causar suele el tormento de toda la vida!





VÍCTIMA DE SU SOBERBIA

I

En esta tierra de caudillos, donde cualquier ministril se da humos de gran estadista, como el último *comandantejo* de campaña de prestigioso caudillo, difícil será escudriñar cuál fué el primer caudillo, ó el mejor estadista.

Sugeríasenos tal reflexión la otra tarde al contemplar el viejo balconcito del siglo pasado, antes de llegar á la vereda ancha en la calle *Defensa*, bajo, saliente ó sobresaliente, aunque su *barrigudez* se halla cubierta por amplias enaguas de latón pintado, para ocultar sin duda su estado próximo á dar á luz, ó á dejar pasar más luz con su derrumbe, lagrimeando vetustez hasta por los roídos barrotes que le sirven de puntal.

Sobre él pardas tejas destilan lluvia de gato. Tan ampuloso como el personaje que desde su baranda peroró al pueblo, el primer presidente de la República Argentina, D. Bernardino Rivadavia, en más de una ocasión que entusiasmado le acompañara hasta su casa, como berruga de la época cuelga allí, á la terminación de la hermosa fachada que el maestro D. Salvador Sartori levantó en 1848 sobre los sólidos muros de la antigua casa de Filipinos.

Aunque en diversas épocas, á uno y otro lado de ese vestigio del virreinato, huésped en la una y propietario de la otra fué el primer caudillo.

Lástima que éstos no hayan también pasado de moda, como el viejo balcón de la calle Defensa. . . . .
. . . .

Y estos dos personajes que débil tabique separó un día sus viviendas, á larga, á muy larga distancia vivieron siempre. Muralla más ancha que la de China les alejaba en los extremos de una santa revolución por conquistar algo, todavía á medio conquistar. La más alta expresión de nuestros políticos el uno, el más famoso caudillo de poncho y cuchillo el otro, avanzando por opuestas sendas, al fin de sus días casi llegaron á encontrarse. ¡Cuánto progresara el país si el brazo fuerte del gaucho hubiera coadyuvado á la genial iniciativa del estadista! ¡Cuántos años menos retardado la Constitucionalidad Argentina, evitando ante todo el encumbramiento del déspota que las divisiones intestinas encumbraron!

. . . .

La partida de billar languidecía. Después de largas horas de juego, apenas la espectabilidad de los jugadores atraía algún interés.....

Entre la espesa humareda de cigarros, el ruido de bolas, el rumor de comentarios *sotto-voce,* oíanse, cual ráfagas entrecortadas, diálogos á medio concluir.....

—Todavía no ha aprendido á evitar pifias—decía uno.

—¡Conque sabe hasta la carambola de retruco!—agregaba otro.

—En eso del billar, taco en mano y atacar—canturreaba dando vuelta alrededor de la mesa, con el taco levantado en seguimiento de la colorada, un general todo pelos.

—No da hoy en bola, mi general—dijo en *cordobés* de sobrepaso un mirón.

—Puede que no, pues á lo que estoy acostumbrado es á voltear, echar abajo, llevar todo por delante.

Y diciendo y haciendo, de un fuerte tacazo derribó cuanto palo había sobre la mesa.

Sin ser aquélla una casa de juego, se jugaba fuerte en ocasiones, como la en que otro viejo general se ganó tres mil onzas, que bien sembraditas formaron la fortuna de honorable familia patricia, en la que el más entusiasta y generoso de sus descendientes acaba de ofrecer tres millones para repeler la invasión amenazante.

El juego continuaba, y los diálogos de una á otra banda, entre el ruido de tacos y carambolas.....

Militares, doctores, comerciantes, mirones que nunca se miraron bien, seguían observando las alternativas de una partida que casi llegó á ser partida histórica.



Bernardino Rivadavia

Como que á aquella antigua casa de D. Braulio Costa, bajo el número 465 hoy, concurrían por entonces, con personajes más ó menos ligeramente abollados de la época: Alvear, Guido, Mansilla, Vélez, Sáenz Valiente, Castro, Lezica, Sarratea, Díaz Vélez, D. Pascual Costa y otros.

En una breve intermitencia de silencio, alcanzó á oir el general jugador que el mirón de la esquina de entrada decía en voz baja al mirón del lado:

—¿Pero ha visto usted qué cambiado llegó el Sr. Rivadavia?

Lo que percibido por Facundo Quiroga, que no era otro el jugador, alzando el taco preguntó:

—¿Y será cierto que pocas horas después de su arribo se le ha mandado reembarcar?

—Así dicen.

—¡Qué barbaridad! ¡Si estos *porteños* son más veletas que sus veletas! Ayer no más andaban: *Santito, dónde te pondré*, no sabían qué hacer con Rivadavia, y hoy se asustan ya de su sombra.

II

Seguía el juego y la murmuración del prójimo, cuando, á poco de pasar frente al interlocutor, al terminar la partida, preguntó el viejo Dr. Vélez, que si no era todavía viejo, sí era ya muy doctor, y sabio por añadidura:

—Y díganos, general, ¿por qué no quiso aceptar el mando que le ofreció el Sr. Rivadavia en el ejército para la campaña del Brasil?

—A mí nadie me ha ofrecido nada.....

—¿Cómo no, si yo mismo llevé el nombramiento? *¡Velay* una linda ocasión para haberse lucido á la cabeza de sus *llaneros!* Verdadera tranca para detener la invasión extranjera hubiera sido su terrible lanza.

—¿Cómo, cuándo, dónde? ¿Pero es cierto, mi doctor, lo que está diciendo, ó habla en broma como cuando gasta más acento cordobés?

—No hace tantos años. Recuerdo que cuando acompañé al deán Zavaleta, encargado de presentar la Constitución del año XXVI á los gobiernos de Cuyo, al llegar á Mendoza supe que salía usted de invadir á San Juan. Le mandé pedir una conferencia remitiéndole los despachos de general de la nación, que el señor presidente Rivadavia le enviaba, comisionándole armar dos mil hombres de las provincias de Cuyo é ir con ellos á engrosar el ejército como jefe de una ala, del que marchaba al Brasil, donde le esperaba en defensa de la patria campo digno de su valía .... ¡Qué linda figura hubiera hecho!

Aproximándose Quiroga á su interlocutor, pero sin mirarle de frente, según su costumbre, sentóse á horcajadas sobre la silla inmediata, agregando:

—Ya lo creo que nos hubiéramos lucido metiendo á los riograndenses tierra adentro á punta de lanza.

Y al par que relámpagos de ira reconcentrada parecían chispear sus grandes y hermosos ojos, agregó:

—¡Es verdad! Ahora me acuerdo. Mi secretario Ortiz me instaba abriera los oficios llegados de Buenos Aires en aquella ocasión. Nos hallamos por el Pocito. Se asaba un *cabritillo*. «*Echelo al fuego,* le dije. Vamos á comer. No quiero hacerme mala sangre ni quiero saber nada con los *porteños* ¿Con qué pataratas me vendrán ahora? Nada tengo que hacer con Rivadavia, á quien no reconozco en su presidencia usurpada » Después supe que Ortiz no había arrojado al fogón inmediato esas comunicaciones, pero nunca quise abrirlas. ¡Qué barbaridad! ¿Conque al fin me encontraron alguna vez bueno para algo? ¡Qué ocasión, caramba! ¡Mis pobres riojanos se hubieran cubierto de gloria formando la vanguardia de la nación!

. . . .

III

El terrible caudillo de los Llanos no pudo dormir en toda aquella ingrata noche de remordimientos, acaso los primeros en su agitada vida, y encerrándose en su cuarto frío y solitario, se paseaba del uno al otro extremo. Nervioso, abatido y exasperado á la vez por el pesar y el arrepentimiento, mesábase sus largas barbas. Agarrándose con ambas manos la cabeza, tiraba de sus renegridos cabellos, que tan largos como aquéllas *enmarcaban* con siniestra expresión su semblante de un mate pálido, desagradable, ceñudo y violento, acentuado por un gesto dominante

Entre exclamaciones de ira despedía chispas de rabia reconcentrada aquella su intensa mirada acerina.

Luego se paseaba agitado á pasos acelerados, cual fiera aprisionada, despreciándose al saber cómo había perdido la ocasión de elevarse y convertirse en espectable figura militar defendiendo la patria... .

Todos esos remordimientos sombríos y atormentadores atropellábanse en su interior, exaltando la imaginación del vencido caudillo, y soberbio y humillado á la vez, iracundo en su despecho, menospreciábase por la oportunidad perdida.

—Entonces mi lanza no se recordaría como la del tigre de los Llanos, sino como la del terror del Imperio—se dijo.—Porque yo no he sido fe-

deral, ni nada. He peleado por pelear, fué mi pasión desde muchacho. Ahora mismo acepto hasta la Constitución unitaria, con un presidente como mi secretario Ortiz, que no es un ignorante como yo. Pero cuando hablo de constituirnos, hasta el general Rozas, á quien tengo por uno de los porteños más avispados, sale con que no ha llegado la oportunidad, y por falta de ésta nos seguiremos matando otros diez años, sin encontrar oportunidad de constituirnos en una sola y grande familia, ante cuya Constitución sean iguales *el porteño* y *el riojano*.

Y tras exclamaciones y desahogos, entreabrió la puerta para dar paso al de la inmediata sala donde el dueño de casa venía de jugar, y preguntó:

—Amigo D. Braulio, ¿cómo se llega más pronto donde el Sr. Rivadavia?

. . . .

IV

Y este refractario de la civilización, personificación viva de indómito montonero, rebelde á toda sumisión, que ni aun de niño logró sentar su maestro á la mesa entre sus compañeros, que se jactaba de no haber entrado en la vida en una iglesia, de nativa aversión á la ciudad, al *pueblero,* á todo lo que era decente y elevado, que confesaba tener por única pasión el juego y la lucha, que *nunca quiso ser gobierno,* según dijo, pues peleaba sólo por abatir todo rival que se cruzara, y abrirse camino con la punta de su lanza, siendo su especial objeto infundir miedo y dominar por el terror, caía al fin vencido por todo lo que había combatido.

Luego que respiró más pura atmósfera, fué contaminado y encadenado por la civilización.

El provinciano que odiaba á los *porteños,* el gaucho que se burlaba de los doctores, el *comandantejo* de campaña que se mofaba del presidente de la República; vivo antagonismo del poncho sobre el frac y la lanza contra la pluma; el desparpajado para vestir, hablar, obrar y pensar; subyugado por todo lo que seduce, cautiva y atrae en esta capital de los *porteños,* llegó á confiar sólo en el consejo de los doctores, á hombrearse y respetar á los prohombres del partido unitario, que tanto había combatido, y hasta vestir en la más elegante sastrería francesa de M. Doudignac... En sus últimos tiempos se hallaba ya á medio civilizar. Enredado por esos mil *nadas,* hilos invisibles de trama sutil, pero inquebrantable, del medio ambiente que se respira, que es imposible rehuir, compenetrádose había sin advertirlo.

Gustaba hacerse explicar cuanto no comprendía. Preguntaba, interrogaba con frecuencia á cuantos creía más instruídos que él, y retenía repitiendo la frase aprendida.

V

Una mañana se anunció en casa del general Alvear, cuando éste habitaba en la vereda de la antigua casa de Iturriaga (calle de *San Martín)*. El vencedor en Ituzaingó había reunido una selecta biblioteca de clásicos y militares. Sobre la base de la que heredó su padre, sabio astrónomo, y que aumentada por su hijo conserva hoy el nieto, Dr. Marcelo Alvear, llenaba los estantes de su estudio.

Como la hora matinal era algo intempestiva, aunque no para Quiroga, madrugador por costumbre, mientras tardaba el dueño de casa, recorría aquél los títulos de lujosas encuadernaciones, leyendo: Tucídides, Plutarco, Platón, Xerjes, Alejandro, César, Napoleón, Mariscal de Sajonia, Turena, Duque de Guisa, Memorias de Wéllington, Nelson, Gravina, Churruca, cuando apareció el general prendiéndose el último botón de su casaca militar. Pasaron los saludos de etiqueta, que poca gastaba Quiroga, y entrando de pronto en conversación de confianza, dijo señalando los libros:

—¿Y todo esto, general, todos estos lindos libros ha leído usted?

—No, señor; son autores de consulta los más; otros, recuerdos de amigos; la mayor parte, de instrucción, alguna lectura recreativa. Aquellos más viejos mamotretos, reliquias de mi abuelo que conservaba mi padres.

—¿Es verdad que á usted le enseñaron á pelear por escuela allá en España? En mi pueblo no había maestros; aprendí á pelear por cuenta propia, por gusto no más. Esta es la diferencia entre un brillante general de escuela y uno de afición. Por eso yo siempre confié todo éxito al empuje de la primera carga que arrolla, envuelve y se lleva todo por delante. Poco he leído en mi vida, aunque me hago leer todas las mañanas la *Gaceta*, principalmente cuanto malo de mí escriben los *porteños*. Ni sospechan esos degolladores á la pluma que el tigre de los Llanos anda entre lobos, rastreando el medio más expedito para evitar que se coman los corderos, pues ya no van quedando más que sus colas. Sólo he leído un libro: *Los viajes de Anacarsis*. Ese sí, lo he leído dos veces, porque siempre ese joven instruye, aunque se viaje en galera riojana.

. . . .

En otra ocasión jugaba á los naipes en casa de su compadre entre densa nube de cigarros. Quiroga no fumaba; menos lo fumaban. Miraba al Dr. Vélez, que miraba, por cuya ilustración tenía respeto, y quien nunca jugó sino un gran rol en nuestra política.

De repente le interroga:

—Y dígame, mi *dotor*, usted que lo sabe todo: ¿qué habrá querido de-

cir mi señora doña Florentina al ofrecerme esos bizcochos para el mate, repitiendo tan duros como los de Herculano?

—Oiga, general. Allá por la campaña de Nápoles, no hace mucho tiempo se descubrió una ciudad mil años sepultada bajo la lava del Vesubio. Paisanos jugando á la *taba,* ó asando un cordero, y hasta pan y bizcochos al horno, duritos, como usted debe suponerlos, se han encontrado al descubrir las ruinas, y *velay* la comparación. Un campesino muy fortacho, Hércules, cruzaba hace años por esos pagos sumiendo una montaña de un puñetazo y rasgando en dos, de un tirón, un continente, por lo que frente al Africa y la Europa se recuerdan á sus extremos las columnas de Hércules. Pero, sin ir tan lejos, me parece que usted anda con ese hombre á cuestas, ó al menos con las columnas, que le recuerdan, á la cintura, pues las columnarias de su tirador llevan grabadas las columnas de Hércules en memoria del que allanó montañas con su maza y luego se fundó un pueblo con su nombre, de cuyas ruinas han sacado bizcochos tan duros como éstos.

—*¡Ajá!*.... Con gusto hubiera cruzado una lanza con tan fornido compadre.

VI

Y por largo tiempo se le pegó la comparación, que á cada rato repetía la muletilla: «tan duros como los de Herculano,» frase que oyó entre sus contertulianos á la ilustrada señora Florentina Ituarte de Costa, sobreviviente setenta años más tarde y aún de memoria muy feliz.....

Por esos días, poco después de haber salido Rivadavia de Montevideo, se anunció la venida del general Lavalle, que trabajaba en una estancia en el Estado Oriental.

—Me gustaría dar un abrazo á ese valiente—dijo al hermano de este general, que después fué de gerente á las minas de la Rioja y Catamarca, en que tanto interés tenía Quiroga.—¡Qué cargas de caballería ha dado desde Pichincha á Ituzaingó! No deseo que mis hijos sigan carrera militar; pero si lo han de ser, á ningún otro jefe se los confiaría con más gusto.

Y con los años, el hermano mayor de aquel otro Facundo Quiroga, D. Facundo el bueno, á quien por lo honrado y servicial llegósele á llamar padre del pueblo (en San Pedro), fué un día ayudante de Lavalle.

A más de Alvear, Balcarce y D. Domingo de Oro, de quien salió muy bien aconsejado, oía mucho el general á José Santos Ortiz, Ocampo, Vélez y otros prohombres.

Rozas empezó á desconfiar de estas sus nuevas amistades, y, para ha-

lagarlo le inventó en su felonía el papel de pacificador. Solía repetir en sus intimidades:

—Estos *porteños* tan bellacos y barulleros son volubles como las aguas de su gran río, que amanece *mansito* y quieto y á mediodía ya está furioso y terrible, de un geniazo de los diablos. Como están de porteros á la entrada del puerto, lo quieren todo para sí, sin acordarse que los *arribeños,* y aun en la Rioja, también se acostumbra á comer. Necesitan un hombre de *muñeca* y brazo fuerte que los entre en vereda.

Verdad que esto sólo murmuraba entre provincianos; pero sus ideas fuéronse modificando, atraído, desbastado y comprimido por la mayor cultura que recién conoció en esta ciudad. Sobre todo, ante el valor, se descubría en cualquier parte que lo encontrara.

Al entrar en casa del general Guido salía un inglés alto, pálido, cojeando, y saludándole con respeto el Dr. Vélez, que iba á enseñarle la quinta, dijo:

—¡Hola! ¿Cómo va mi paisano?

—No lo parece—dijo sonriendo Quiroga.

Y al saber que era el almirante Brown, de cuyas hazañas Quiroga fué grande admirador, pues decía que para ser guapo en el mar se necesitaba de dos valores; después de hacerle grandes cumplimientos, luego de separarse preguntó:

—Tan blanco y rubio el uno, bronceado y pelinegro el otro, ¿por qué le dice mi paisano?

—Pues ahí verá usted, general: somos de una raza, aunque no lo parezca, y el almirante Brown me ha contado haber oído misa en la catedral de Dublín con el general Sarsfield, cuyo descendiente se embarcó para Córdoba, cerca de cuya capital nací.

. . . .

—*Velay:* ¿por qué no compra esta casa de al lado?—le aconsejó el doctor Vélez una de las noches que más ganancioso salía Quiroga de la tertulia de D. Braulio Costa y en que Sarratea dió la noticia de que su vecino el señor Lezica veíase obligado á enajenar la antigua casa de Filipinos, frente la iglesia de que era benefactor.

—Un buen consejo, general, ánimesele—repitió Vélez parándose en la misma altísima puerta tachonada de grandes clavos bajo el número 453, hoy *Defensa,*—y dejará así una propiedad para sus hijos, que siempre ha de valer más que la *plata de Güemes,* riojana ó boliviana.

—No echo en saco roto el consejo. Véamele *los papeles,* mi doctor, no le vaya haber quedado gravámenes por quiebras, pues estoy decidido á establecerme en este centro de ilustración para que se eduquen mis hijos y no queden tan ignorantes como yo. . . . .

VII

Hasta hoy apenas se presenta proyecto de mejora alguna, cuya iniciación no se descubra en la progresiva administración Rivadavia y desde su fecundo ministerio.

Los hombres pasan, sus obras quedan y por éstas son juzgados.

Inconmovibles siguen las que el primer estadista fundó.

¿Dónde están las que el primer caudillo levantara?

Mal instrumento de trabajo es la lanza. Su obra es infecunda, pues que nada se construye á lanzazos. El caudillo riojano no llegó á manejar otro arado.

. . . .

Y cuentan que uno, dos y tres días concurrió Quiroga, desde el amanecer, al embarcadero, sin encontrar ballenera que bajo el temporal deshecho le transportara á borbo del bergantín francés *L'Herminie*.

Y este valiente montonero, que confesaba haber sólo una vez conocido el miedo, cuando prendido en las ramas flexibles de un pequeño algarrobo balanceábase ya sin fuerzas, próximo á caer en las garras del tigre de los Llanos que le acechara el pie, como nunca se había embarcado, temió balancearse sobre aquellas olas aterradoras, en la soberbia tempestad del Plata, cuya furia no se animara á desafiar, como la de los hombres.

. . . .

De regreso á casa del Sr. Costa, encontrando en ella con uno de los hermanos del general Lavalle á D. Simón Pereyra, encargó á éste que fuera á ofrecer su fianza personal y pecuniaria al Gobierno, para que dejara desembarcar libremente al Sr. Rivadavia. . . . .

. . . .

Así, estos dos extremos del círculo sin fin de nuestras evoluciones llegaban á tocarse, como todos los extremos se tocan Antagonistas en todo, vencido al contacto de la civilización, tendía su mano el más terrible caudillo al más ilustrado estadista, agradecido al saber que todo medio quiso convertir en buen medio para el engrandecimiento de la patria. ¡En cuántas ocasiones hasta del mal se extrae bien, si se sabe extraer!

Y cuando contrariado y pesaroso subía Quiroga la barranca, divisaba allá á lo lejos, hundiéndose entre el doble horizonte esfumada, como perdida entre revueltas olas, bajo cielo encapotado y sombrío, *L'Herminie,* donde poco antes fondeara la nave de San Martín, que también se alejó sin bajar á tierra llevando á Rivadavia y su fortuna.

. . . .

Ultima esperanza en el confín de la patria, desaparecía obscureciéndose ésta como á la ausencia de un astro, á buscar descanso en tierra extranjera que él había combatido, al impulsar ésta de su nacimiento por todos los caminos del progreso.....

¡Allá va el primer estadista argentino, expulsado de las riberas que ilustraran su nombre, sin temer á los calabozos de Cádiz que encerraron al general Miranda, á reposar sus últimos años en hogar amigo, en tierra enemiga!

VIII

En cuanto al general Quiroga, recordado dejamos en otra tradición cómo, «víctima de su soberbia,» fué el año siguiente á morir en Barranca Yaco. En vano su secretario el doctor Ortiz, con lágrimas en los ojos, le suplicaba no siguiera el camino, pues de aquel mismo rancho donde se hacía el último relevo, pocas horas antes había salido la partida de salteadores á emboscarse en lo más estrecho del camino del inmediato bosque. Cuantos le querían ó le temían, que eran los más, pues aunque antítesis de Napoleón, creía en su máxima que todo poder ó nombradía reconoce base más consistente en el temor infundido que en el amor atraído, le rogaban lo mismo. Hasta el capataz de la última posta le rogaba por todos los santos prefiriera el camino perdido que Ibarra le indicaba, evitando el inmediato bosque sombrío donde Santos Pérez le saldría al encuentro.

—¿Quién ataja el paso á Facundo Quiroga?—exclamó, cegado por la ira.

¡Cuán cierto es que el destino siga al que debe perder!

Y echando tacos y votos tomó su lanza, diciendo al blandirla:

—¡Recuerde el que no me quiera seguir, que peligro más inmediato tiene en la punta de esta lanza que el que podamos correr! Adelante, cara... bola ¡A que me hago escoltar por los mismos asesinos!

Pero, aunque guapo con las armas, en esta ocasión le salió el tiro por la culata No había rodado tres leguas la pesada galera á todo escape, cuando en medio de la densa nube de polvo que levantaban, fué rodeada por emponchados de aspecto patibulario. Asomando por la ventanilla, grita con aquel acento terrible que infundía miedo:

—¡Quién se atreve á atajar el paso á Facundo Quiroga!

El que á hierro mata á hierro muere, y haciendo brillar el amarillo naranjero se acerca Santos Pérez, quien al sacar bajo del poncho deja en descubierto los escapularios que cual los amuletos de Muselino y bandidos de la Calabria usaban también los de aquella sierra, lo descarga sobre el pálido rostro que enmarañada cabellera, tan renegrida como sus

largas barbas, acentúan con siniestro ceño el del tigre de los Llanos.

Aun herido salta por la portezuela trasera y su energía indomable le da tiempo á tender sin vida de un tiro al asesino más próximo; pero al fin rueda por tierra, siendo todos sacrificados, no escapando uno con vida, ni el pequeño postillón que debiera regresar con los caballos á la posta, como para que no quedase ni quien contara el cuento.

Hace más de treinta años, en nuestro incesante vagabundeo, cierta noche de trueno, extraviados entre los confines de la sierra de Córdoba, la lluvia, el viento y el frío de la tormenta que arreciaba, nos obligó á refugiarnos en una derruída ermita á la vera del camino de Santiago. El viejo guía que mal nos guiaba dijo:

—Esta es la célebre capilla donde Santos Pérez vino á rezar ante la Virgen, preguntándole si debía matar á un hombre tan valiente como el general Quiroga

—¿Y la Virgen le aconsejó el asesinato?

—Puede ser, señor; pero también los santos padecen sus equivocaciones, pues que á pesar de todo no faltó quien fuera con el cuento; pero como Santos Pérez se disculpaba con no haber cumplido más que con la orden del gobernador Reynafé, éste, que ejecutaba lo que Rosas había mandado y luego Santos Pérez, Reinafeses (tres hermanos) y cuantos en la tragedia de Barranca Yaco se encontraron, fueron llevados á Buenos Aires y colgados por su tirano en la plaza principal. Desde entonces—agregaba el gaucho santiagueño—ya nadie reza en esta capilla, y los asesinos han perdido la confianza en la protección de esta Virgen, porque en aquella ocasión se engañó fiero





EL BALCÓN DE RIGLOS

I

De todos los balcones de esta ciudad, si no el más viejo, es incuestionablemente el de más historia. Frente á él asoma el balconcito revolucionario, donde salió á luz la revolución de la Independencia. Desde éste, balcón del Sr. Riglos, y antes de esa fecha, había empezado á mirar con buenos ojos D. Esteban Villanueva al contiguo, actual propiedad de su nieta.

Antiguas historias cuentan que al grupo histórico en que sobre el arco mayor del Cabildo discutía Alzaga con Liniers, durante la lluviosa tarde del 5 de julio de 1807, insistiendo se incluyera la devolución de Montevideo en los tratados que firmaron los ingleses en la quinta del señor Riglos, respondía el *Virrey de las indecisiones:* «No enredemos la lista con nuevas exigencias,» cuando á aumentar el grupo llegó Villanueva, agregando: «Desde que los vencidos piden prisioneros del año pasado, equitativo es exijamos aquella plaza.» Este señor siguió mirando de rabo de ojo el codiciado balconcito, juzgando que más sólidamente conservaría

en esa propiedad las enmohecidas *peluconas,* que de tan escondidas en las profundidades de su huerta (Bolívar, 160), casi, casi se perdieron de vista.....

Edificado por Duval, que poco lo disfrutó; codiciado por Villanueva, que luego sus nietos, bisnietos y tataranietos corretearon jugando entre sus barandas; obsequiado al general San Martín, que no tuvo tiempo de asomar á él, recuerda historia tan vieja como la anciana que después de ciento cuatro años acaba de fallecer á sus fondos. La buena de doña Marcelina Entrena de Arboleda (hoy todos tienen *don* y *de*), fiel sirvienta más de un siglo en la familia Villanueva y Riglos, conservaba en su feliz memoria diálogos del siglo pasado con su primer amo y alcanzó los balbuceamientos de la quinta generación, arrullando al tataranieto de aquél, hoy Dr. D. Tomás Anchorena y Riglos, de tan gentil talante como su ilustre progenitor.

II

Largo, angosto, decrépito, allí asoma hace un siglo, avergonzado por el olvido en que las reedificaciones le dejan, entre la primera casa de tres pisos y la más antigua de teja, también con balcón, primitiva Casa del Seminario, de Policía, y después substituída en angosto y larguirucho caserón de la Intendencia.

Sacado en subasta á consecuencia de la quiebra de Duval, fué el más alto postor Villanueva del más sobresaliente balcón en la plaza, á quien el doctor Anchorena por exigencias progresistas vióse obligado á dar un empujoncito hacia adentro, antes, mucho antes de resignarse á voltear su pared de enfrente ó recoba Vieja.

Con anterioridad, en ocasión que por denuncia de un negro esclavo llegó Liniers á tener noticia de los *macuquinos* que seguían enterrados en la huerta del alcalde, de opiniones contrarias al virrey, para preservarlas de todo verdín, mandó trasladarlas al aljibe y socavones del Fuerte, si bien dando recibo en forma, porque el virrey de la Victoria fué honrado á carta cabal.

Y con ese papelito, menos humedecido que la imagen de Carlos IV en las *mejicanas y columnarias*, se presentó Villanueva años después, creyéndose con la casa en el bolsillo; pero faltaba el rabo por desollar.

Para mal de este buen señor, dragoneaba entonces como fiscal de Estado el Dr. Vicente Anastasio Echevarría, que si luego creyó obra buena armar corsarios en justa represalia contra la antigua Metrópoli, primordial cuidado puso en defensa del fisco, cuyos intereses bien confiados estaban

á su honorabilidad. De tal forma ajustó las cuentas en quiebra casual, que Duval quedó con buen nombre y sin casa Villanueva, por más que forcejeara en llevársela. Alegaba el fiscal que, aun cuando se reconociera deuda al Sr. Villanueva, los derechos del Fisco eran privilegiados. Ese comerciante debía tanto y cuanto por aforos, alcabalas, entradas y derechos de aduana, suma que, sin duda, pagaría el día del juicio final, de no finiquitarla ya. Y como agregara otra cierta cuentecita (multas por contrabandos ú olvidos de Duval), todavía quedaba corto el celoso fiscal, al solicitar se adjudicara el inmueble al Estado. Así quedó sin casa Duval, Villanueva y el Fisco, como luego San Martín, por andar tomando aires de cordillera en las de Chile y el Perú.

Pocos meses después que regresara San Martín de Europa, casándose con la más linda porteña de la calle de su nombre, ocupó el solar de donde salen hoy las más nítidas ediciones del Sr. Peuser. Breve fué, brevísima la luna de miel para el héroe americano, que saltando en su brioso corcel de guerra desde el umbral de ese hogar, alcanzó en su primer galope la victoria de San Lorenzo, siguiendo á las de Chile y Perú. Al volver coronado por los frescos laureles que crecieron á las márgenes del Maipu, como débil retribución á sus eminentes servicios, el gobierno argentino le obsequió la antigua casa Duval.

Más tarde, apesadumbrado y abatido, apenas tuvo tiempo de alzar su hija, que le siguió en el largo ostracismo. Un día pasó de largo saludando al balcón al cruzar la plaza, con ella de la mano y su gloriosa espada bajo el brazo por todo acompañamiento, y cuando, concluída la contienda del Brasil, regresó rehusando bajar á tierra, desde valizas extendió poder para que se realizaran sus bienes, ubicados en tierra que no volvería á ver.

Entonces fué cuando el Sr. Escalada, cuñado del general, ofreció en venta esa finca, en tan mala época, que escasos interesados hubo. La señora Dolores Villanueva, recordando los vehementes deseos de su padre, pidió á su gentil esposo D. Miguel de Riglos la comprara. Allí continuó una segunda generación fiestas, banquetes y recepciones que su señora madre seguía, aun en su viudez, conservando en alto el tono y buen gusto de nuestra más distinguida sociabilidad, en que fué D. Miguel, como sus ilustres antepasados, de los más descollantes *gentlemen*.

III

Mi señora doña Javiera, alta, escuálida y devota, tan aficionada á los niños como toda tía que no asciende á mamá, obsequiaba con tantas flores y perfumes el altar de Santa Ana en La Merced, como con caramelos y

confites á los escueleros de nuestro barrio, llamándoles desde su balcón sobre la antigua *Confitería de los Suizos* (actual Bazar Colón), nos había dicho, al vernos pasar con libros descuajaringados, un sábado más temprano:

—Mira, hijito: si el sábado que viene ya sabes leer en carta y me lees de corrido con pocos puntos este viejo mamotreto, te voy á llevar donde has de divertirte.

Y como difícil es dejar sin cumplir promesa á muchacho pedigüeño, ofrecimos todos los trompos y bolitas de que disponíamos al mayor de clase, porque nos repasara las letras más indispensables para deletrear patitas de mosca, en cuya descifración se nos ofrecía premio desconocido. Grata fué nuestra sorpresa cuando antiguo pergamino de hermosa letra sacó de lo más hondo de su cómoda la buena señora, tan aficionada á chicos, caramelos y pastillas de benjuí con que zahumaba la peladita calientapiés, disputando aquéllos los confites que repartían sus numerosas mulatillas. Resumen era de su contenido lo que á la espera de prenderse los fuegos artificiales refería esta señora al primero que representó la España en el país, D. Vicente Casares, quien con la cruz de Carlos IV al pecho celebraba la pérdida de este su virreinato.

Menos atención prestábamos á la contienda de los sobrinos de la casa, Marquitos Suárez y Tomasito Armstrong, sobre quién había ayudado mejor la misa esa mañana, el uno en La Merced y el otro en el Colegio, que á la narración de la Sra. D.ª Javiera Riglos, ante el anciano de blancas patillas abiertas, tan perfumadas como su lustroso cráneo. Abstraía nuestra atención, porque ésta la misma referencia era que leyéramos el último sábado frente á la imagen de Santa Ana y cuyo premio ofrecido fué llevarnos á presenciar los fuegos en la noche del 25 de mayo desde el balcón de Riglos:

«Pues, aunque en sociedad tan reducida como la nuestra todos nos conocemos—decía,—si bueno es ser, no está de más haber sido, y así estaba recordando á estos niños, que, si por lo de Villanueva descienden de la más antigua familia, pues desde el siglo pasado *vareaban* plata numerosos esclavos en la huerta de su casa solariega frente á la de mis padres, en aquella cuadra (antes del Colegio) deudos tienen enterrados dentro de esta Catedral (el arcediano Riglos), por la nuestra más remota y nobilísima es su alcurnia.»

Y como el caballero español sabía de qué pie cojeaba la aristocrática dama, tan perfumada de incienso como de rapé, alentábale á seguir el mismo tema, que resumimos:

«Oriunda de Tudela es la familia de Riglos. Desde los años 1500, en

que ya figuraba D. Pedro, diputado de la provincia navarra, y su hermano D. Gil, continuando en Castilla la Vieja, sigue la sucesión hasta don Juan de Riglos que casó allí con D.ª Fermina de la Bastida y Thomas, teniendo por primogénito á D. Miguel (nacido en 5 mayo de 1649), quien vino á Buenos Aires, donde desempeñó cargos de gran importancia. Llegado á General, desposó una de sus más bellas vecinas, doña Josefa Rosa de Alvarado y Sosa, de la muy ilustre casa de los Alvarados, cuyos fundadores en (el siglo VIII) fueron de los primeros godos que entroncaron con sangre real. Limitándonos á tiempos más inmediatos, si nos fuera dable saltar desde el balcón al *Salto de Alvarado,* referiríamos el muy celebrado que ese compañero de Cortés dió en Méjico la víspera *de la noche triste,* en cuya hazaña aún se conserva allí su nombre. A la conquista del Perú concurrió el mariscal D. Alonso de Alvarado, ayudando á Gonzalo Pizarro con tan eficaces servicios, que á su muerte mereció que el emperador Carlos V, retirado ya en el monasterio de Yuste, escribiese á su hijo Felipe II: «He sabido que ha muerto el mariscal D. Alonso de Alvarado; encargo mucho tengáis cuidado de hacer merced á sus hijos, porque lo son del mejor español que ha salido de estos vuestros reinos.» A lo que contestó el rey: «Tendré mucha atención á lo que mi padre y señor me manda, y esta carta y decreto se entregue á los hijos del mariscal para que me hagan recuerdo.»

Del anterior predicho matrimonio nació en ésta el capitán D. Marcos José de Riglos, quien luego desposó una de las ricas vecinas, doña Francisca Javiera de San Martín y Avellaneda, nieta del maestre de campo D. Juan de San Martín y Rodríguez Umanes. Hijo de éstos fué don Miguel Fermín de Riglos y San Martín, caballero de la Orden de Santiago y sargento mayor de esta plaza, que falleció siendo Gobernador político y militar de Mojos y Chiquitos. Casado con doña Mercedes Lasala y Fernández, á más de la antenombrada Javiera, sólo dos hijos le dió esta porteña: el Miguelito de nuestro cuento y el menor D. Josè, que fincado en Lima, desde la época que acompañara al general San Martín, quedó de cónsul general de la República Argentina, casándose con la señora Manuela Díaz de Rávago y Abella Fuertes; entroncándose luego con las familias de Varela y Valle, Cabrera, García de Rovina, Orbegroso y Martínez de Pinillos, Panizo, Prevost y Moreyra, Cacho y Lavalle, Paz Soldán, Osma y Sancho Dávila.»

Las armas de la ilustre casa de Ricglos se componen de escudo dividido en cuatro cuarteles: el primero, cuatro cruces con sus peanas y formas (hostias de oro en campo encarnado), y el segundo y tercero, bandas azules ondeadas en campo de oro, tal y como se hallan en la iglesia pa-

rroquial de San Pedro, de la ciudad de Tudela. Allí se encuentran grabadas en la primera columna contigua al altar y capilla mayor al lado de la Epístola, yaciendo al pie de dicha columna la sepultura de esta familia.

IV

Lejos se remonta, pues, el abolengo del muy alto señor cuyo elevado balcón tradicionamos, y desde mucho antes de desposar la primogénita del Sr. D. Esteban Villanueva, costumbre era en sus abuelos mantener salón como el primero de la sociedad en que figuraban. En el siglo pasado lo fué así el de su predicho abuelo, y desde los comenzamientos del presente, refiere un viajero inglés, comentando las casas de Riglos, Alvear, Barquín, Balcarce, Sarratea, Balbastro, Rondeau, Thompson, Rubio, Casamayor, que entre los salones de Escalada y Mandeville descollaba el de doña Ana de Riglos, y escribía:

«Ya viuda esta señora mayor, en extremo agradable é inteligente, chispeante, bien nacida, con un título de aristocrática etiqueta de la vieja escuela, se dejaba ver de todo el mundo, y sus tertulias eran de las más amenas. Su hijo D. Miguel se educó en Inglaterra, y regresó á Buenos Aires en el mismo convoy que yo en 1813. Era entonces un guapo mozo de ventiún años; hablaba el inglés correctamente: se vestía en *Bond Street,* y fué uno de los pocos que realmente supo aprovechar de la educación inglesa. Era, y con razón, el preferido de su madre y hermana, y más aún de su tía doña Eusebia de Lasala, la mujer quizá de mejor carácter, de más franqueza y de mayor bondad que había en Buenos Aires. Aunque ya lejos de la juventud, era siempre la más cortejada en la tertulia y la más querida por la mayoría de nuestros marinos, á causa de su bondadosa y constante disposición para corregir los disparates lingüísticos que cometían, y por su anhelo en aplacar la crítica acerba de la triste figura que hacían en el baile criollo.

»La casa de la señora Riglos, ó como acostumbraban llamarla: *Madama Riglos*, fué el centro de reunión de los ministeriales, y se la hubiera podido designar con toda exactitud como la dama jefe de la facción Tory en Buenos Aires.»

De antiguo abolengo venían los recibos del Sr. D. Miguel de Riglos y Lasala, y como todo progreso crece, aumenta y avanza, gran concurrencia llenaba sus salones. Ese desborde de bellezas parecían flores pendientes inclinadas en su larga baranda, y era la mejor vista de la plaza en toda festividad patria. En más de treinta años apenas hubo parada, desfile ó procesión, cuya mejor sociedad no asomara allí.

Entonces no se anunciaban los noviazgos por diarios sin crónica social, pero mayor publicidad y significación tenía la pareja de amartelados, exhibida en diálogos más largos que el balcón, creyendo presenciar desfile que no veían, *un veinticinco de mayo*, confirmándose más si en el mismo sitio reaparecía el *nueve de julio* siguiente, y mucho más si, á semejanza de tercera amonestación, arrodillábanse en el mismo sitio al pasar las andas de la procesión del *Corpus*, que hacía la primera estación en el improvisado altar adornado por las mulatillas de la casa, entre damascos y cortinajes que de sus rejas colgaban. Aún en época inmediata, en toda fiesta de tabla, la concurrencia de distinguidas damas que no cabían en los salones municipales llenaban los del Sr. Riglos. Alegre iniciación ó cuna de amores fecundos fué aquel canastillo de flores vivas, á punto que, reunidos los descendientes de quienes encontraron allí su cara mitad, no cabrían en la sala cuan grande es, ni en sus dos pisos convertidos en sinnúmero de escritorios, las abuelitas que, complacidas, verían desfilar hoy numerosísima prole.

V

Notable *rendez-vous* fué su salón, muestrario permanente, para el transeunte extranjero, del bello sexo argentino. El caballero Riglos sabía recibir como pocos. Alto, delgado, activo, bien intencionado, servicial, inteligente, entusiasta y liberal, á muchos benefició; tenía un corazón bien puesto, y un espíritu tan gallardo como su figura. Filántropo de vocación, nunca solicitó empleo alguno; pero aun en medio de malos tiempos supo encontrar forma de proteger al pobre y al huérfano, observando el más escrupuloso manejo en los dineros públicos que le fueron confiados.

Desde el tiempo de los peinetones, antes, mucho antes de las gorras y el sombrerito, desde el peinado de *bananas*, bucles, patillas, y el más sencillo de bajo rodete, cabellera empolvada, enrubiecida, plateados ó dorados cabellos, jopo, bandó, rulos, peinado imperial alto, bajo, y demás formas, á ese balcón asomaron todas las modas, hasta los inolvidables rulos, ya canos, de las elegantes señoras Almagro, Quesada, Bonavía, Lahilte, Pineda, Pinto; como toda forma de calzado, divisándose en lo alto la puntita del pie del antiguo sin taco, el de góndola, coturno, zapatos, botines, botas, cayendo sobre ellos vestidos de medio paso, corto ó de larga cola, sobre tontillo, miriñaque, ó las doce enaguas anteriores á éste, que enfermaron por su peso y ajustadísima cinturita de avispa á más de una currutaca; la Maldonado y Dolores Bayá, víctimas del corsé; toda variedad de modas se ha exhibido en tan preferente local.....

Un día asomó el jefe de policía al contiguo balcón, y extático cayó de rodillas. Como el gallardo general no era flojo de piernas ni padecía mareos, creyóse fuera por adorar las imágenes que en procesión desfilaban. Muy joven, había sido uno de los más activos chisperos de la revolución, y en la mañana de mayo, de los que en la plaza más grupos populares uniformara bajo ese mismo balcón. Después de llevar la bandera azul y blanca á las mayores alturas de la tierra, diestro jinete, antes de regresar coronado con los laureles de Ituzaingó, ganó en unas célebres carreras el gobierno de la provincia de Entre Ríos. No porque el Gobierno de aquella provincia estuviera sobre el tapete ó se echara á los dados, cual túnica del Salvador, sino porque con los mismos carrerinos, concluído el juego, derrocó al gobernador, substituyéndole por su majestuosa persona. No padecía, pues, de nervios ó vértigos, y atribuyóse tal vez el mareo ó deslumbramiento á vívidos reflejos del sol poniente, á tiempo de atravesar la bocacalle de las Torres el señor obispo Medrano, llevando la custodia exornada de brillantes, cuyos resplandores enceguecían. Pero Su Ilustrísima llegó á ponerla en el altar de la plaza; y aun después que entre cantos é inciensos, salmodias y músicas de violines, seguían los faroles, el general no salía de su abstracción hasta que el deslumbramiento vecino se eclipsó, entrándose Agustina Rozas, en cuyas miradas prendado quedaba por largo tiempo el viejo general Mansilla.

Acaso fué el de esa hermosa Agustina el que inauguró los noviazgos en los anales de esta sala, cuando el compromiso salió afuera ó se hizo público, ó salieron los novios al balcón, cuyas puertas cerráronse treinta años después al casamiento de la niña de la casa con el más grave de nuestros abogados, entre los discípulos del inolvidable Dr. Alcorta, obteniendo la mano de la gentil señorita cuya genealogía de cuatrocientos años compendiamos.

Fuera de otros tantos compromisos que fracasaron, cuyos azahares no llegaron á florecer sobre él ó á su pie, mirando á pasantes que no acababan de pasar, nacieron ó prosperaron en ese nido de amores los de las señoritas Rozas, Lastra, Beláustegui, Garmendia, Carranza, Terreros, Saavedra, Castellanos, Plaza Montero, Rubio, Fernández, la Carmencita y otras, á cuyo alrededor revolotearon Mansilla, Lezica, Cazón, Armstrong, Villanueva, Saavedra, Suárez, Yáñez, Vivar, Carranza, Drago, Basualdo, Oromí, Carreras, Elizalde, Llavallol, Pineda, Herrero, Larrazábal, Velázquez, Gowland, Rolón, Guido, Rubio, Elortondo, Halbach, Roque Pérez, Arana, Bilbao, Monasterio, Gutiérrez, Frías, Ocampo, Rodríguez, Lezama, Martínez de Hoz, Molina, Alvear, Arrotea, Llambí, Escalada, Pacheco, Haedo, Boneo, Senillosa, el paquete Urioste, Juan Martín Estrada, Jimmema, Pérez del Cerro y tantos otros.

VI

Lleno de actividad, en perpetuo movimiento, siempre apurado, llevándose postes y muchachos por delante, tropezando con viudas y viejas, en buen y mal tiempo envuelto en su inseparable ampìia capa española que hermosa andaluza le enseñara á usar en doce diferentes arrebozos, tan elegante y gallardo aparecía, ya llevando el pendón de ánimas, dentro ó fuera de la catedral, ó en continuo cierra-puertas, entrando y saliendo por todas, en precaución de que colado airecillo constipara á sus amigas, alegre, sonriente y devoto, se vivió el Sr. Riglos sus ochenta navidades, con igual buen humor, derramando el bienestar en todos sus alrededores.

Decíase que su cortesía era tal, que agobiados por su exceso llegaron á ser alguna vez los convidados víctimas de su obsequiosidad. No había forma de evitarse los veinte platos de su opípara mesa, y más larga sobremesa de mantel largo, no sólo los jueves, sino en las frecuentes fiestas de tabla, por las que el servicio doméstico solía protestar en semanas de puros jueves.

. . . .

Asegúrase con frecuencia que no se puede frecuentar la corte sin adular cortesanos; pero, aunque lo pareciera, este dignísimo ciudadano no fué verdadero rozista, ni en época que florecían rosas en su balcón. Desempeñó durante la dictadura más de un puesto público, pero sin mancha ni tacha salió su nombre. Defensor de menores, supo defender al huérfano y al mísero, cuando, lejos de ser tales empleos rentados, muchos pesos se desembolsaban en su desempeño. Como director del Banco, evitó el despilfarro de muchos otros. En tiempos que recibir á un extranjero era pecado, fué su casa una de las pocas que hospedaban permanentemente á todos los representantes diplomáticos y consulares, como á cuanto viajero de distinción llegó al país.

Todo esto y mucho más representó el Sr. D. Miguel Riglos, conservando dignamente elegantes costûmbres y exquisitas maneras en época aflictiva en que el saber ponerse la corbata, suficiente fué para ser tildado *salvaje unitario*. De vasta ilustración y finos modales, hablaba con tanto entusiasmo y vivacidad que, en incesante movimiento activo, hasta sus largos brazos tomaban parte en diálogos que no era fácil interrumpir. En uno de ellos, cierta picaresca Eloísa de la vereda de enfrente, entre las contertulianas de todas las noches y en la antigua casa Barquin de Dávila, le interrogó:

—Dígame, señor defensor de menores: ¿la menor que sale de la casa paterna siguiendo consejos de su guía espiritual, tiene pena de muerte?

—De ninguna manera, señorita, ni aun juzgada por juez competente. Es una atrocidad que clama al cielo lo que se ha hecho.

Y continuando su ferviente peroración á manotones, con tal fuerza llegó á chocar su mano derecha en la punta de un cuadro, que se la recalcó. A entablillarla llegaba la vecina del lado, esposa del sabio doctor Muñiz, quien, como las señoras Sosa, Aguirre, Terry, Ibáñez, Marín, Beccar, de la misma cuadra (San Martín entre Lavalle y Tucumán), comentaban, reunidas en el comedor interior, el bárbaro fusilamiento de esa mañana. Todas ellas venían de postrarse ante la hermosa imagen de talla «Nuestra Señora de las Mercedes,» dentro de altísimo nicho de cristales en la antesala, rezando el rosario por el descanso de la infortunada Camila.....

Entrando otra ocasión en el despacho del presidente, Sr. Escalada, en la Casa de Moneda, de cuyo directorio formaba parte, alzó la rosa caída en el umbral, y saludando con ella en alto, dijo con maliciosa sonrisa:

—*¡Honni soit qui mal y pense!*

El casto José, que no entendía de esos latines, esperó el regreso de D. Leonardo González, que acompañaba la perfumada solicitante hasta la puerta, para comprender la traducción, que le ruborizó. Durante una de esas intermitentes garúas primaverales conversaba con su concuñado don Tomás Armstrong á la puerta de D. Juan Fernández, cuando divisó, indecisa en atravesar la esquina de Cueto, á la elegantísima señora Carmen Z. de Saavedra. Verla, precipitarse hacia ella, y no satisfecho con darle el paraguas, extender su larga capa y ofrecerle la mano para ayudarla en el mal paso, fué uno de los actos de su frecuente galantería, con la misma exagerada cortesía que bajaba al medio de la calle por ceder la vereda, según refiere Mansilla en sus *Causeries*.

VII

Recordamos cuán acelerado entraba en el despacho de Gobierno, tirando capa, bastón, sombrero, pañuelo, guantes, cuanto á mano tenía; y detrás el muy corpulento edecán coronel Castañón llamando al ordenanza, negrito Manuel, para que recogiera todo; mientras su larga hermana, que á pesar del calor no omitía sus tres pañuelos de costumbre, impetrando la protección oficial para una de sus muchas asociaciones de caridad, agregaba:

—Tenga compasión, señor gobernador, de esta *pobre huerfanita,* pues como mi hermano Miguel ha sido tantos años defensor de menores, todas las pobres del barrio me tienen por defensora perpetua.

Otra mañana subía la escalera que conduce á ese balcón misia Agustina Rozas, dejando en pos el perfume de sus especiales pastillas, en contraste de negras mal olientes en cada escalón, á la espera de audiencia. Sorprendido el defensor en bata matinal, apenas tuvo tiempo de tropezar con dos ó tres mulatillas que rodaron al paso, apresurándose á introducir en la sala tan distinguida visita. Vuelta á su interrumpida tarea, agitado y de pie, exclamó á su auditorio de todos colores:

—¡Estoy de prisa; hablen todas á un tiempo!

Y concluída la gangolina y algazara de chinas y zambas, á marimba de negros parecida, en la que una madre reclamaba su menor, otra entregaba dos que la noche antes escaparan con soldados de la guardia bajo cabildo, y múltiples demandas semejantes, al acabar de dar oídos á verdinegras aventuras que no eran para oídas, despachó tan apeñuscada clientela, pasando á perfumarse, y de corbata blanca, antes de tomar asiento en la mesa de almuerzo, fué á saludar de nuevo á la inesperada visita, con que al salir de misa se acompañara su esposa. El primer saludo en *rob de chambre* no valía para tan cumplido caballero.

Confirman nuestros recuerdos los del viajero inglés transcritos, como otro humorístico escritor, que treinta años más tarde agrega:

«De aquella mansión lujosa de nuestro *lord inglés,* como llamaban al Sr. Riglos, es de donde salieron los más descollantes enlaces en nuestra alta sociedad. Habitaba su casa propia, sobre la plaza Victoria (Bolivar, 11), donde se ve hoy gran balconada, al lado de la que fué Casa de Policía, arreglada con lujo y *confort* deslumbradores: cortinajes, tapices, sedas, tisús, muebles dorados, arañas, etc., etc., y el comedor, que es lo positivo, donde se daban los más suntuosos banquetes. La vajilla, los cuchillos de postre, eran de oro y plata. Ninguno sabía hacer mejor los honores en continuadas fiestas. De su mesa podía decir el más exigente de los gastrónomos que la frecuentaban: *dime cómo comes, te diré quién eres.*

»A este ancho y largo balcón asistían, entre multitud de buenas mozas, Manuelita Rozas y Juana Sosa, á ver pasar la concurrencia en las funciones patrias, desde que este distinguido caballero, el más culto si los había, sufrió resignado la tremenda tiranía de Rozas sin poder abandonar el país. El tirano le nombró, cuando vino la época de calma en la que Manuela su hija y Agustina Rozas imperaron en su espíritu, defensor de pobres y menores, de la catedral al Norte, época de felicidad y de bonanza para todos, pero de decadencia para el Sr. Riglos, que empezó á entristecerse y á declinar hasta terminar sus días en el seno de sus amigos, rodeado de las consideraciones de cuantos le conocieron, y sentido hasta no más, falleciendo cerca de sus ochenta.»

Ponemos aquí punto final, tradicionando sólo recuerdos de balcón tan codiciado por beldades de dos y tres generaciones. No queremos extralimitar de sus escenas, por más que otras muchas, no menos interesantes, de caridad, de patriotismo y beneficencia, iniciáronse en su interior, ya por algunas de las cuatro hijas del Sr. Esteban Villanueva, ó por los descendientes del inolvidable Sr. D. Miguel, cuya honorabilidad llevan bien en alto sus dignos descendientes.





PALERMO

1849

I

Bajo *el árbol del perdón,* como llegaron á llamar al añoso aromero cuyas ramas sobresalen aún por cima de la tapera del tirano, en aquella mansión que, si posteriormente ha sido el *rendez-vous*, ó cita de las Gracias, era entonces «Quinta de las lágrimas,» y en la mañana del 3 de febrero de 1849, leía una joven á su sombra abultada correspondencia.

Alta, delgada, pálida, ojerosa, la bata de su blanco vestido prendía ovalado medallón de oro. Alzándose un poco el viso rosa en el movimiento de su *mecedora,* dejaba entrever zapatito del mismo rojo color del moño que adornaba sus cabellos castaños, cuyas enruladas hebras bajo la sien formaban dos *patillas* á la moda.

La negrita del mate le alcanzaba en sus idas y venidas numerosas cartas que seguían llegando. Aunque no sólo en las tardes de Palermo la concurrencia se aglomeraba en sus paseos y bosque de magnolias; de día, de noche, á todas horas se recibía, y no era aquel el primer miércoles fijado por Manuelita como día de recibo.

Mansión de los contrastes pudiera llamarse á ésta, que al medio siglo cae hoy bajo la piqueta demoledora del progreso, resumiéndolos el aromero, que en vez de doradas flores mostraba sólo desnudas espinas. Mientras que á su sombra una mujer joven, bondadosa, sensible hasta las lágrimas, si bien en disimulo forzoso corrían para dentro, que es más amargo el llanto que no sale, en esta ocasión humedecían las páginas, que eran como un lamento prolongado. En todas ellas solicitábase la protección

ó el amparo de ese ángel bueno, así en justicia llamada Manuelita Rozas por los que se acogían á su amor filial, cerca de ese ángel malo, que apenas pasó un día sin infligir algún ultraje á sus semejantes.

Porque bueno es recordar á esta brillante pléyade de cabecitas rubias que diariamente desfila bajo las sombreadas avenidas, que al pie de cada uno de sus más viejos árboles ha sido regado por lágrimas de madres, esposas é hijas, quienes pocas veces evitaron que fuera salpicada de sangre al verde alfombra del recortado césped.

Diez años no duró el reinado del tirano en aquella mansión de flores y de llanto; pero si en medio siglo apenas habrá faltado una hora de placer ó de esperanza á las dos generaciones que le sucedieron, bien puede asegurarse que más almas afligidas y desconsoladas ocurrieron allí, que las que en alegres cabalgatas, meriendas, pic-nics ú ostentosos equipajes lucieron luego en el bosque.

II

A pesar de las ingentes sumas y millares de brazos por muchos años empleados para transformar aquel páramo que las crecientes del vecino río inundaban, no fué nunca un paraíso ni para los más íntimos satélites de Rozas; sí antro del crimen en que llegaron á fusilarse doscientos hombres en un día, mansión de horrores donde muchos cayeron en larga orgía de sus noches sin sueño.

Palermo fué un infierno. A su puerta había un ángel. No siempre sus alas extendidas alcanzaron á proteger cuantos bajo ella se cobijaron. Si su generoso corazón no alcanzó á derramar las flores de su nombre en el camino de Palermo, apartó de él asechanzas que le rodeaban, si bien contadas veces le fué dable alzar la espada flamígera de la justicia, que no le era dable volver contra su padre.

Muchas órdenes sangrientas partieron de esa tenebrosa morada del crimen. Su *crujía* fué el purgatorio de muchas almas en pena. ¡Cuántas cabezas colgaron de los árboles de Palermo, cuya edificación había empezado antes del terrible año 40!

. . . .

No era extraño, pues, se enfriara el mate ó lo devolviera con desgano la joven que al doblar la última misiva suspirara tristemente, desconfiando alcanzar la mitad de las gracias solicitadas. Desde los cien azotes por simple falta á lista de tarde, hasta la última pena; de solicitud de desembargo, á licencia para regresar de la inmigración, apenas había deudo que dejara de ocurrir á la protección de la hija del tirano, de quien era ella su

primera víctima. Con igual bondad contestaba á todos, sin dejar de prodigar esperanzas, que en verdad poco abrigaba.

Al terminar la numerosa lectura cotidiana, fué Manuelita á poner los memoriales en el altar de San Benito, bajo la vela de la Candelaria que en la función del día antes bendijera el padre Camargo, después del último sermón del ex jesuíta Magesté, y arrodillada en la capilla pedía en ferviente oración que se apartara todo peligro de su tatita.

. . . .

D. Juan Manuel Rozas no tenía hora fija de trabajo, ni para comer ó dormir. Su fiel negro Adolfo era el guardián más inmediato de su sueño, pues con frecuencia dormía en verano con puertas y ventanas abiertas, quedando de servicio toda la noche alguno de sus escribientes de confianza: Carrasco, Argerich, Gallardo, Sáenz, Balcarce, Arzac, Gallegos, Torres, Seguí, bajo la dirección del coronel Rodríguez. Los profesores de Manuelita, D. Juan Camaña, el de los veinticinco mates; Fontana, de francés; Camelino, de piano, tenían habitaciones en el pabellón extremo al de la suave y bondadosa discípula. Ni aun en los de ésta había alfombras, cortinas, cuadros, ni otros adornos; apenas zahumadores y profusión de espejos. Frugal en sus comidas D. Juan Manuel, á más del puchero y asado diario, se limitaba á postres de mazamorra, locro, arroz con leche ó dulce de zapallo. La china María Eugenia, que tenía menos de china que de ingenuidades, con patrón de gusto poco delicado, no sólo en el comer, hacía de repostera ó ama de llaves en todas las dependencias de la servidumbre, primera sirvienta para todo servicio.

En el campamento de bajos ranchitos de paja y barro, techados con teja colorada, tras la actual quinta del poeta Varela, quedaba la *crujía* ó depósito de condenados, así llamada, porque cuando se oían crujir los granos de arena bajo las fuertes pisadas de Rozas, que siempre se aproximaba aceleradamente, crujían como ellos los huesos de los martirizados. Este hombre de bello aspecto, ojos celestes, semblante sanguíneo, que vestía por lo general pantalón azul obscuro con vivo colorado, chaleco punzó, blusa y gorra color pasa, llevaba continuamente una larga caña en la mano.

En la capilla, frente á la hermosa imagen de la Purísima, sentábase en el largo sofá de cerda negra el padre Fernando, capellán de Palermo, á oir en confesión las arrepentidas que se arrodillaban á sus pies. Cuentan que alguna vez, al oir en confesión una de las espías mazorqueras, le reprendió desde la primera palabra:

—Por la señal de la Santa Cruz.....

—De la Santa Federación, diga, que Santa Cruz (D. Andrés) es salvaje unitario.

Rozas concurría allí los sábados á rezar *la Salve,* en medio de su familia y servidumbre, con caridad tan indiscreta, que alguna noche llegó á concluir su rosario agregando:

—Un padrenuestro y una avemaría para que el canónigo Palacios no siga viviendo mal con D.ª Pepa G...—y la aludida se hallaba de cuerpo presente.

D. Eusebio de la Santa Federación y el mulato *Biguá* no eran los únicos locos en Palermo.

III

Poco después del almuerzo, sonriente y satisfecha, corría Manuelita al despacho del oficial mayor con las solicitudes en que consiguiera hacer escribir al margen la palabra *concedido* por la férrea mano paterna que todo lo aplastaba.

Como día de recepción, los miércoles eran de mayor concurrencia en su sala, y aunque el almuerzo fuera temprano, si bien no tarde la comida, pues se acostumbraba cenar, solía servirse ligero *lunch* en el bosque de las magnolias ó en la barca. A ésta se dirigía la niña, pasadas las horas de calor, con sus íntimas: las Caneva, Larrazábal, Gómez, Velázquez, Pinedo, y sus tías, la hermosa Agustina, Mercedes la poetisa, María Josefa la chismosa, Gregoria la compasiva, acompañadas de caballeros, bajo los verdes sauzales, hacia el barco varado, cuyo piano llegó á tocar Esnaola y Marotto en dúos con el violín del inolvidable Sivori. Subiendo iban la estrecha escalera cuando llegó el ministro de Su Majestad británica, D. Enrique Southern, diplomático de poncho cabalgando sobre recado criollo, recordando á la señorita que venía en apero nacional por haber ofrecido acompañarla así en su paseo á caballo.

No obstante disculparse ella haber olvidado caería en miércoles el día indicado, oyendo Rozas el diálogo, á media escalera agregó:

—A un representante de la Gran Bretaña no es conveniente desairar.

Y mientras servía el té sobre cubierta, la fiel mucama Eugenia fué á traer el caballo de la señorita.

Agregáronse á la cabalgata improvisada Juana Sosa y Angela Saravia, no sin hacer Rozas la selección de los acompañantes, de modo á serle urgentísima una copia encargada á D. Juan Camaña, primer pendolista y taquígrafo entonces, y marido después de la Saravia, en cuya personería fueron dos de sus sobrinos más buenos mozos: Franklin Bond y Luchito Mansilla con Ladislao Martínez y Herrera

Se emprendió el galope por el camino perfectamente regado todas las tardes, y también todo colorado como los carritos aguateros. Desde el en-

cargado de recoger cada hoja que caía, á gallego por naranjo (invirtiéndose seis mil pesos de jornales diarios), vestido de rojo chiripá, gorro de manga caída, largas rejas entre postes colorados, camino de peatones color borra de vino, enrojecida arena que festoneaba el más amplio de blanca conchilla, línea interminable de soldados, cual roja faja sobre la ribera, formados á la hora de lista, tocando la banda militar *el tambor de Palermo*, hasta las rojas margaritas silvestres que asomaban tímidamente, como pidiendo disculpa al dueño de aquella mansión que todo lo enrojecía, por nacer en verde prado, á todos lados fulguraban encendidos colores, cual el inflamado horizonte de esas magníficas puestas de sol en Palermo. Del primer galope llegó la cabalgata hasta el rancho del pescador de la Recoleta, y dando vuelta Manuelita á su brioso *colorado*, que cintas del mismo color adornaban de la testera á la baticola, subía frente á la antigua quinta Del-Sar, cuando el ministro inglés preguntara:

—¿Por qué llamar Palermo de San Benito?

De tal interrogación tomó pie la gallarda amazona para dar una lección de historia á galope al británico moscardón que la mareaba como su antecesor con insípida galantería y melosidades á media lengua. Los representantes de Su Majestad británica parecían traer por entonces la doble misión de halagar al tirano y obsequiar á su hija.

—Fué—contestó—porque la suegra de Torrecillas, dueño del primer terreno adquirido por *tatita* aquí, llamaba *Arroyo de Palermo* á éste, cuyas excavaciones se han prolongado hasta frente las casas. Habiendo viajado por Sicilia, se le antojaba semejante en algo al de su capital, llegando en su fantasía á divisar cual un pequeño Etna en erupción, al elevarse sobre la torre de la Recoleta humos de quema en los mataderos, y azulado mar de Sicilia en este inmenso río cuya opuesta orilla no se divisa. Desde el regreso de la expedición al desierto acampó aquí la última de sus divisiones, aumentada cuando el bloqueo de los franceses, por ser campamento estratégico para ocurrir, ya en defensa de la ciudad, ó en previsión de cualquier desembarque sobre la costa. Torrecillas adquirió el terreno más inmediato á la actual quinta de Unzué, á cuyo costado corría casi exhausto el arroyito Palermo. Hacia el opuesto extremo, sobre la barranca de Corvalán, cerca de la Calera de los Franciscanos, un viejo vecino había levantado la pequeña capilla á San Benito, para que sus negros esclavos no carecieran de misa los domingos.

De la unión de estos nombres encontrados en los confines de la propiedad combinóse el de Palermo de San Benito, con que fechaba Rozas su correspondencia, más que de la tradición siciliana que la espiritual Manuelita refiriera al inglés que andaba perdiendo los estribos por ella.

IV

Y en esto llegaron donde hoy se alza el *chalet* color chocolate (Departamento de Agricultura), deteniéndose á contemplar las alegres cabras del sargento Basualdo, triscando por las barrancas y regresando á todo galope á la barca de donde partieron.

Como el chistoso Mansilla (D. Adolfo) interrogara desde la alta borda:

—¿Qué han hecho del inglés?

Contestó Juana Sosa:

—Con las calabazas de Manuela se le aflojaron las cinchas.

Al poco rato llegaba el embajador en recado á gran galope, seguido del ordenanza de confianza de rojo chiripá que acompañaba á la niña, en previsión de cualquier servicio, aunque era Manuelita una de las primeras amazonas.

Bien se dice que no hay más linda vista que un hermoso rostro. No la puesta de sol entre arreboles y encendidas oriflamas deslumbrara en ese momento al entusiasta amartelado, sino la hermana del dictador, que de aquella altura admiraba la magnífica sinfonía de colores. El último rayo de sol, jugueteando sobre los desordenados cabellos de Agustina Rozas, quebrábase entre encajes flotantes de la sombrilla punzó, formando nimbo que doraba toda su esbelta figura al destacarse sobre el límpido horizonte azulado, cual la bella diosa de la tarde.

. . . .

A la comida siguió el baile, baile improvisado de todos los miércoles, en que el maestro de piano agregaba algunos de los jóvenes Ambrosio, Tiburcio, Espinosa, Albornoz y otros parditos que tuvieron su popularidad, empezando por los coros de la catedral, hijos ó nietos de la familia artística á que dió escuela el canónigo Picazarri, y de quien fué el más sobresaliente discípulo su sobrino D. Pedro Esnaola, nuestro primer compositor.

No era costumbre en esas sencillas tertulias invitar á Manuelita. Ella elegía compañero de vals, á que era muy aficionada. Por consideración de estado, haciendo los honores de la casa, vióse obligada á figurar en la primera cuadrilla con el ministro inglés, personaje de más categoría. A su frente, D. Prudencio Rozas perdía el compás, extraviando figuras por hacerle figuritas á una de las más hermosas niñas de Romero, que luego desposó; el cónsul de Prusia, Sr. Halbach, bailaba con la bella Agustina, y su no menos bella señora con el caballero Riglos.

Así como á la mesa, pocas veces asomaba D. Juan Manuel en el sa-

lón, y en su testero principal descollaban en el estado mayor de señoras las de Arana, Belaústegui, Larrazábal, Rolón, mientras que hacia el opuesto extremo sobresalían la elegante señorita Avelina Pinedo, por su aire majestuoso, al lado de la blanca flor del aire, Pepita Larrazábal, y de las señoritas Arana, Terrero, Barra, Romero, Ezcurra, Mansilla, asediadas por Martínez de Hoz, Estrada, Arredondo, González Moreno, Elizalde, Mandeville, Arcos, Hernández, Pérez del Cerro, y en grupos de entrepuertas, rodeando á D. Antonio Reyes, los empleados de secretaría Beascochea, Lafuente, Carrasco, García Fernández, Saavedra, Camaña, Máximo Terreros, Fontana y otros.

Ese día no había sido la concurrencia de carruajes tan numerosa, pero sí la de señoras y señoritas á caballo, algunas ya con el sombrero alto inglés, tan repudiado por Rozas, como las gorras de moda que empezaban á usarse, de la inolvidable Madama Ristorini.

Sin embargo, se notaban por sus buenos equipajes el que conducía á la señora Agustina Rozas de Mansilla y su familia, uno de los carruajes de Luis Felipe que el ministro francés obsequió á D. Juan Manuel; y entre los modernos hacían contraste el de la señora Ana Pantaleón de Fragueiro, de la familia de Armstrong, de D. Benigno Velázquez, con el viejo cascajo de doña Flora Azcuénaga, y el alto coche rojo, tirado por mulas blancas, del ilustrísimo obispo Medrano.

V

Bien que, cual anotamos, los contrastes en Palermo empezaban por el señor de aquella residencia, de espíritu perverso bajo hermoso rostro, continuaban en esa naturaleza espléndida, donde flores y músicas deleitaban alrededor de galerías, en las cuales frecuentemente oíanse suspiros y lamentos de muchas desventuradas. En esos mismos días de recibo en que esta buena hija procuraba atraer hasta las voluntades más esquivas ó alejadas del círculo de su padre Rozas tenía alguna chocarrería, ó pesada burla que resaltaba como la nota disonante.

Toda agitada y llorosa salía ese miércoles la bella Agustina de las habitaciones interiores de su hermano, diciendo al primero de los jóvenes que encontró al pasar la antesala:

—Venga, Emilio; acompáñeme al jardín; necesito tomar un poco de aire.

—Pero ¿qué tiene Agustinita? ¿Qué le aflige?—preguntaba el galante Dr. Agrelo, tratando de consolar á la bella afligida.

—¡No ve este bárbaro de Juan Manuel que en todo se ha de meter!

Hasta las gorras declara *salvajes unitarios,* y las que nos acaban de mandar por el último paquete á Mercedes y á mí las ha ido á poner á las mulas del obispo, porque dice que no debemos usar modas de gringas con hojas verdes.

. . . .

En otra ocasión, divisando bajo los sauces al Dr. Vélez y el Sr. Armstrong, quienes criticaban *sotto-voce* la manía de edificar sobre arena y en un bajo arcos que ya se abrían y rajaban en suelo movible, hizo abrir la jaula de la tigra mansa de Palermo, y como ésta al pasar se alejara del grupo que se proponía sorprender, el chacotero D. Juan Manuel fué á referir á las señoras que «la fiera se había asustado al ver tanta fealdad reunida »



Agustina Rozas de Mansilla, la más bella argentina, en mediana edad

Otro miércoles se empeñaba en hacer subir á los más tímidos en cierta especie de *hamaca rusa,* que en vez de girar en círculo como las calesitas de la plaza dando vueltas, su rotación era ascendente, subiendo y bajando con mayor peligro, pues ya Lerbet había sido su víctima. No era la última de las diabluras de Rozas, en los días de recibo de su hija, lo que susto mayúsculo ocasionó á los currutacos, haciendo abrir la válvula del vaporcito manejado á mano, cuando navegaba en lo más profundo del lago, y de cuyo naufragio no fué sólo Marcos Arredondo quien á pique estuvo de tomar grave pulmonía.

En otras circunstancias Rozas, que si mucho comía, nunca bebía ni fumaba, hacía gala de obscenidades en su conversación, hasta verse obligada la pobre Manuelita á levantarse ruborizada por las picardías que provocaba. En el almuerzo de esa misma mañana, empezado, como de costumbre, dando á besar la mano á su hijo Juan, al concluir de bendecir la mesa produjo entre sus bufones la siguiente chocarrería, interrogando á Eusebio el de la Santa Federación:

—Pero al fin, ¿cómo la vas á tratar?, ¿qué vas á hacer de la niña cuando te cases, si consigues que te eche la bendición su paternidad el *padre Biguá?*

Contestando el loco con palabrotas más verdes que la ensalada de pepinos olvidada entre los postres, arrancaron de Rozas carcajadas á des-

ternillarse, al mismo tiempo que alzaba besando el pan caído al suelo.

Ese miércoles 3 de febrero de 1849, al oir el inimitable violín del célebre Sivori, que parecía heredado del inmortal Paganini, contentóse con decir á D. Pedro Esnaola:

—¡Más me gusta la guitarra de mi payador Chano!....

VI

Con el toque de diana empezaban los castigos, cuyos ayes se prolongaban más que su música, ordenados en la lista de tarde, que terminaba con vivas al Restaurador y á la Santa Federación. Entre las manías del tirano predominaba la de que todo el mundo había de arreglar la hora por la de su reloj. El cañonazo á las ocho de la noche era la señal de silencio en el campamento y de regulador para los relojes, sonando al mismo tiempo otro del buque de la escuadra en valizas.

. . . .

Mucho tiempo después tuvimos ocasión de entregar en Londres á Manuelita semillas de ese su árbol predilecto que una de sus fieles, nuestra buena amiga María Antonia Beláustegui de Cazón, nos encargara poner en propias manos; y hasta su último año, el coronel Guerrico, jefe de la escuela naval allí, le enviaba aromas del espinillo á cuya sombra oyera tantas desgracias. Hoy se desgaja de viejo en el antiguo «patio de las piletas,» dentro de las cuales se cultivaron las más raras plantas introducidas por Casajemas.

Cuando vagábamos anoche entre ruinas, á la luz de la misma luna que alumbró en Caseros la última noche del tirano, siguiendo las guías de dinamita dispuestas para hacer volar los arcos, nos acercamos á cortar una rama del *árbol del perdón* en la «Quinta de las lágrimas.»

Lleno de grietas y carcomido, profundo hueco han dejado sus descascaduras, y al arrancar aquel gajo, gemido á eco parecido del pasado creíamos oir en su concavidad, acaso de alguna víctima que desfalleciera sin esperanza sobre sus raíces, y luego en el lamento de sus ramas por la nocturna brisa, como el doble aleccionamiento que deja la tradición de Palermo. En todas partes se puede ser buena y aun llenar bella misión sin dejarse contagiar en mala atmósfera; que todo noble corazón aun en las mayores angustias puede llevar un rayo de esperanza al menesteroso. Entrañan otra más elocuente enseñanza esos techos que caen, bajo los que se meditaron los mayores crímenes: que nunca jamás en circunstancia alguna debe un pueblo abdicar sus derechos, depositar en un hombre *la suma del poder,* ni investirle con *facultades extraordinarias.*

Alrededor de los arcos edificados por el maestro mayor D. Salvador Sartori y Cabrera, según los planos del Sr. Senillosa, se plantaron cien mil sauces que el primer vapor *Manuelita* transportó de las islas, para rodear la mansión que, residencia del tirano, Colegio Militar, Escuela Naval, centro del más hermoso paseo en la capital de la República, cae con sus muros hechos polvo en el 47.° aniversario de la caída del más grande de todos los tiranos, ya cumplida la profecía del poeta:

«¡Ni el polvo de tus huesos
la América tendrá!»

3 de febrero de 1899.





LA ÚLTIMA PARADA

I

Fué esta la última parada durante la tiranía, y la única en que formó el tirano.

La mañana del 9 de julio de 1851 amaneció húmeda, gris, lluviosa, como sus congéneres de toda la semana, del mes y de todo ese largo invierno tan frío y triste como el del *año negro* (1840). Esto no impidió que á más de los batallones de línea, en pie desde el toque de diana, lo estuvieran también los cívicos, en marchas y contramarchas dirigiéndose á la plaza Victoria. A las diez en punto, hora en que el aguacero ya no era lluvia, sino diluvio torrencial, el jefe de la «División Palermo» (2.50c hombres en las tres armas) la extendía en línea de batalla como larga cinta roja, uniformados de chiripá y bonetes colorados. Una hora después comenzado el *Tedéum* en la Catedral, al que asistían las corporaciones civiles y militares, continuando la lluvia con tanta fuerza, cayó una de las perillas del arco mayor, en la Recoba Vieja, sobre la anciana que conducía dos niños á presenciar el desfile desde el balcón de la abuela.

Al continuar los oficios en la gran iglesia casi vacía, donde la nota más saliente eran las banderas rendidas, con malos ojos vistas por agentes extranjeros, como la lluvia siguiera, el jefe que mandaba la parada envió á preguntar á Rozas si resguardaría los cívicos bajo las Recobas durante el

sermón de cierto canónigo, que entre glorificaciones al tirano y anatemas á Urquiza, más largo fué que sermón de cuaresma.

Partiendo al galope el ayudante Masculino, detuvo su braceador á pocos pasos del Gobernador, en momentos que rodeábanle curiosos oficiales de la marina inglesa, dando hurras y vivas, aplaudiendo al verle todo mojado á pie y chapaleando entre el barrial como el último de sus soldados.

—Conteste, señor ayudante—dijo,—que de cuándo acá el superior manda pedir órdenes á un jefe de división.

Con lo que partió Masculino al galope, quedando corrido el corpulento inspector de armas general D. Agustín Pinedo, que, calado por la lluvia hasta los huesos, si allí no se heló, fué por estar destinado á derretirse bajo el sol canicular del 3 de febrero inmediato, muriendo de sofocación en la derrota.

Cuando las campanas anunciaban el acto solemne de *la elevación*, presentando armas todo el ejército (luego que terminaron las salvas de los buques y el fuerte), Rozas, al mandar echar armas al hombro, exclamó:

—¡Al dios de la libertad! ¡A la tierra argentina, salud! ¡Gloria perdurable á los ilustres patriotas que acordaron virtuosos el juramento santo de nuestra independencia de los reyes de España y de toda otra dominación extranjera.

. . . .

Uno de los pilluellos color tierra, asumiendo por sí representación de toda la muchachería, gritó el *Gloria eterna al magnánimo Rozas*, que por aquellos tiempos se canturreaba en pulperías y andurriales. *Real y Medio,* famoso tambor mayor, de altísimo penacho cual sauce llorón caído por la lluvia, le regaló una divisa federal igual á la que adornaba al perro del regimiento.

Todo era colorado en aquellos tiempos: librea federal, color de sangre; cintajos en testeras, pretales y baticolas, del mismo rojo color á que no escapaban puertas, rejas y postes, como cuanto la vista descubría; la ciudad entera revestida del mismo rojo color; largos cintillos colorados á regueros de sangre parecidos; los soldados, sobre la frente; las señoras, en sus trenzas; los civiles, colgando sobre el pecho. Fué esto sin duda lo que inspiró la postrer estrofa al *poeta-mártir,* en la última noche de la tiranía, cuando el mismo Rozas sorprendió maldiciendo su nombre al jefe de Cirujanos. Atraído por luz que filtraba de su galera, abrió de pronto la portezuela, diciendo con inusitada tolerancia:

—Doctor, se ha ordenado no haya luz alguna en el campamento.

Un paso más, y hubiera leído la maldición de Cuenca:

«Roja tu cara está; roja tu frente,
tu pescuezo, tu pecho, ó lo que sea;
rojo está lo escondido, lo presente
y lo que menos quieres, más rojea.»

La muerte dejó inconclusa esta octava.

. . . .

El general Pinedo siguió revistando por retaguardia las tropas que daban frente al paseo de Julio, y Rozas, mandando echar armas al hombro, ordenó media vuelta, repitiendo los vivas:

«¡Viva la Confederación argentina!»

«¡Viva la honorable junta de representantes!»

«¡Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios!»

«¡Muera el inmundo desertor de la sagrada causa americana, Santa Cruz!»

«¡Muera el asqueroso desertor de la sagrada causa americana, Flores!»

«¡Muera el loco traidor, salvaje unitario, Urquiza!»

II

Al terminar el *Tedéum*, salía Manuelita Rozas ya con muy reducida comitiva, subiendo al balcón del Sr. Riglos para ver pasar las tropas, colocada entre el ministro de Hacienda Dr. Insiarte, que representaba la persona del gobernador en la catedral, y el Sr. Southern, ministro de S. M. B., rodeada de algunas señoras y otros agentes extranjeros.

Rozas, contramarchando, emprendió la retirada por el paseo de Julio. Al enfrentar la casa del general Pacheco (confluencia de las calles 25 de mayo y 9 de julio, antes de la «Batería Abascal»), mandó «¡Armas al hombro!», «¡Vista á la izquierda!» en honor de aquel guerrero de la Independencia.

Llegado á la barranca del Retiro, ordenó al coronel Hernández siguiera con la división á su acantonamiento de Palermo, y saltando en el caballo que allí le esperaba, cruzó á galope la ciudad, seguido de sus ayudantes, hasta la casa de Gobierno (hoy Correo), de cuya azotea presenció el desfile de las tropas. Marcando éstas *paso de respeto*, como se decía, habían estado esperando en la calle de Santa Rosa que el restaurador de todas las leyes subiera con su galoneada gorra de pastel á saludar sus buenos federales, quienes dejaron de serlo pocos meses después, volviéndole las espaldas en la primera ocasión.

De inusitada solemnidad se empeñó Rozas en rodear aquella su última parada, que así la presentía, desde que declaró al más poderoso de sus sos-

tenedores «loco, traidor, salvaje unitario,» á consecuencia de su pronunciamiento dos meses antes.

A ocho mil cuatrocientos ochenta hombres, ascendieron los que formaron en ese aniversario de la independencia, incluída solamente una compañía de cada uno de los cuerpos del ejército de línea y milicia, con sus cuarenta y tres piezas de artillería volante.

A la muchichanga zaparrastrosa y embarrada, indispensable avanzada de todo desfile, seguían los altos gastadores, que parecían más gigantes con sus morriones de media vara sobre el largo mandil de blanca gamuza, llevando al hombro hachas, picos y palas. Pitos y tambores, chinescos y medias lunas, el bombo y los platillos formaban la banda de música. Tras el primer batallón al mando del coronel Quevedo, de blancos *vericuis* cruzados sobre el pecho, seguían el del mayor Aguilar, del comandante Ximeno, de Romero (D. S.), el batallón «Serenos» del comandante Larrazábal, el del teniente coronel Herrera y del mayor B. Romero. En pos de la brigada, brillante artillería de Chilavert (cada cañón tirado por doce artilleros y escoltado por dos cuartas de diez y seis); cerraba la columna el «escuadrón de Abastecedores» á las órdenes del coronel D. Valerio Sánchez, todos uniformados de colorado.

Entonces no marchaban como al presente ambulancias de la Cruz Roja á retaguardia, y muchos fueron los enfermos que por tan fría y prolongada lluvia cayeron. A más de uno tocó en la parada el punto preciso donde caía á plomo grueso chorro de agua del saliente caño de azotea, permaneciendo sin moverse horas enteras bajo martirio tan inquisitorial. Otros mal abrigados y peor alimentados, todos en ayunas, extenuados desfallecían. A pesar de que Rozas pretendiera desplegar en aquella última parada todo su poder, haciendo ostentación de fuerzas, muchos de sus soldados, pálidos y macilentos, decaídos del entusiasmo federal de pasados tiempos, más semejaban espectros movidos sin voluntad, asistiendo á los funerales de la Santa Federación que el tirano personificaba.

. . . .

III

Pocos meses después el escenario se hallaba transformado por completo. Parecía que la patria vieja y los hombres de mayo resurgían con nueva vida. Era el propio autor del Himno nacional gobernador de Buenos Aires, y se vieron por vez primera los últimos restos de los militares de la Independencia congregados bajo las bóvedas de la catedral, rogando á Dios no volviera ningún tirano. Ausente el gobernador propietario, otro

glorioso general le substituía, brigadier D. Manuel Guillermo Pinto. El secretario predilecto del Protector, general Guido, mandaba la parada, y el hermano político del mismo general San Martín, coronel Escalada, todavía con garbo y gentileza llevaba la primera bandera de la guardia nacional.

Todo había cambiado, cual si la fuerte lluvia pasada hubiera lavado ó destiñera el rojo. Nueva mariposa salía de la crisálida esplendente de brillantes colores; un pueblo activo, alegre y animado, demostrando su expansión entre vivas y gritos de entusiasmo, llenaba calles, plazas y paseos. Celestes y blancas eran las banderas que adornaban balcones, puertas y ventanas, y de blanco y celeste marchaban en fila numerosas escuelas infantiles. Gallardetes, estandartes y banderas revestían los arcos, el cabildo, la pirámide, las recobas; festones y guirnaldas, cenefas, cintas y colgaduras, como el cielo azul celeste que, al cruzarle majestuosa nube blanca sobre aquella misma plaza la lluviosa mañana del 25 de mayo de 1810, diseñó los colores de la bandera al pueblo que nació aquel día.



Milicia, 1845

¡Qué de músicas y cohetes, bombas y gritería poblaban los aires, de movibles multitudes atropellándose á la plaza Victoria, reflejando todas las caras satisfacción por veinte años comprimida! El hijo de un virrey guardia de corps de Carlos IV, teniente coronel José Olaguer Feliú, como maestro de ceremonias, daba colocación respectiva por antigüedad á los jefes, restos de los gloriosos soldados de la Independencia, que concurrían á orar por la felicidad de la patria en las naves adornadas con banderas rendidas por el esfuerzo de sus hijos. Llenos de escudos, medallas y condecoraciones lucían al lado del almirante Brown los generales Alvarado, Paz, Martínez, Insiarte, Pacheco, Lamadrid, Pirán, coroneles Zapiola, Guido (R.), Rodríguez, Espejo, Olazábal, Quesada, Singler, Segui, Somellera, Pedernera, Frías y otros.

Cuando á la conclusión del *Tedéum*, formados en masa alrededor de la pirámide los batallones del coronel Echenagucía, de Rivero, Virasoro, Madariaga, la brillante artillería del correntino Solano, la guardia nacional y el ejército todo, el ilustre general Guido empezó aquella elocuente proclama: «Cuarenta y dos años ha que el pueblo de mayo se reunía sobre el mismo suelo que vuestras columnas ocupan....,» al concluir entre aplausos, los ancianos lloraban y la multitud atropellábase á besar el obelisco de mayo.

IV

¡Con qué entusiasmo celebrábanse en aquellos tiempos las fiestas patrias! Como si la patria saliera de prolongado aletargamiento, todo el mundo se echaba á las calles, y estrecha era la plaza para contenerlo. Por todas partes músicas y gritería, cohetes y bombas; la atmósfera gris, impregnada de pólvora, recordaba el acre olor de los combates dados para poder congregarse un pueblo libre.

Las fiestas populares seguían, y los niños que habían saludado cantando, alrededor de la pirámide, el primer rayo del sol, subiendo al tablado, en danzas alegóricas y giros armoniosos entretejían cintas celestes y blancas. Al concluir el baile, el mayorcito de los escueleros pronunció una loa tan conmovedora, que á su final se vió más de un anciano de la *Patria vieja* secando lágrimas. Preferidas diversiones eran: calesitas, el palo jabonado, rompecabezas, á toda hora rodeado por muchachería bullanguera, entre arcos moriscos que adornaban la plaza, festonados por guirnaldas de flores y bombas de luces celestes y blancas. Hasta un ensayo anticipado de iluminación á gas se probó en las noches del 29, 30 y 31, pues que por lluvia del 25, postergáronse las fiestas. La célebre Nerea cantaba en la Victoria el Himno nacional, en substitución de los vivas de Santa Coloma *al magnánimo Rozas*, al levantarse el telón, repetidos el 9 de julio. El elocuente canónigo Flores glorificaba el aniversario de la patria desde el mismo púlpito en que se endiosara al tirano el año anterior. Cuando se elevaba majestuosamente el gran globo desde el cuartel de Echenagucía (hoy Universidad), empezó en el mayor orden y alegría el baile de los soldados de tan distinguido batallón. En él hicieron acto de presencia emigrados como D. Juan María Gutiérrez, Gorostiaga, Ferreira, los doctores Somellera y Carrasco, entremezclados con jóvenes militares: Mitre, Hornos, Conesa, Pirán, Bustillos, Lezica y otros beneméritos jefes, que regresaban á la apertura de las puertas de la patria.


Gastador de línea, 1856

Hubo explosión de entusiasmo patrio que duró por toda una generación, la que asistiera á la caída de la tiranía. Luego, frío más glacial que el del crudo invierno fuése extendiendo é infiltrando poco á poco desánimo aletargador, desvaneciéndose como en penumbras lejanas la conmemoración de glorias argentinas.

Ya no quedaba en pie testigo alguno del 25 de mayo de 1810. Iba todo entusiasmo y manifestación de regocijo borrándose en nietos olvidadizos de hazañas de ilustres abuelos. Parecía que el 25 de mayo amaneciera en mañanas más crudas. Prudente era precaverse de influenza y fríos que en las más heladas montañas no habían achuchado á los viejos que nos dieron patria. Prudente se encontraba también no mortificar sentimientos en extranjeros, que al alzar la vista durante la celebración de fiestas patrias miraban con malos ojos en la Metropolitana banderas inglesas, españolas, portuguesas, trofeos rendidos por el esfuerzo de nuestros padres.

. . . .

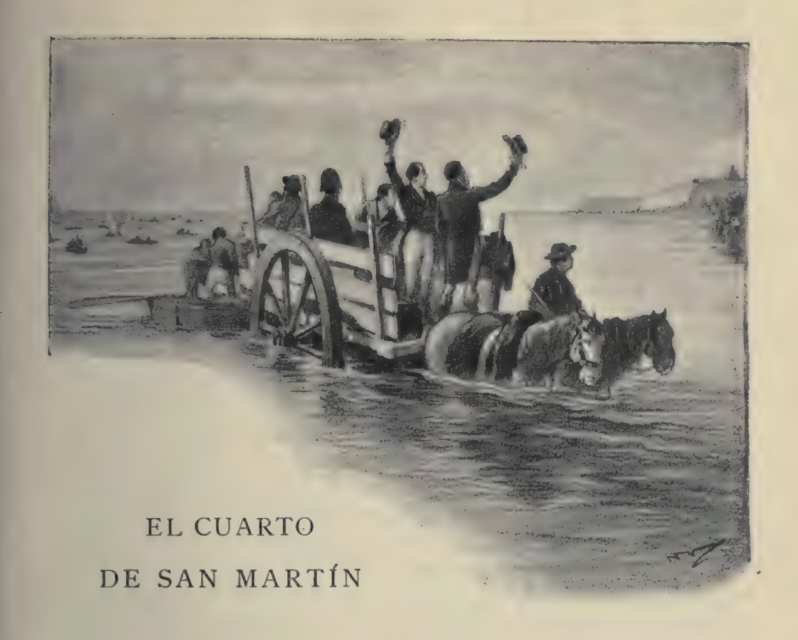
No ha pasado medio siglo del aniversario que festejábamos con nuestros compañeros de escuela el año de la caída del tirano, cuando ya se proyecta suprimir la conmemoración de la Independencia.

¿A qué tanto cohete inútil? ¡Tanto ruido por nada! Los jóvenes de la guardia nacional se cansan de estar parados. Sin duda no descienden de aquellos férreos guerreros á quienes no fatigaron sierras y montañas. Fundamento de nuestro bienestar fueron sus sacrificios. Pasaron. Sólo nos quedan muertos ilustres. ¿Para qué recordarles? ¿Estará á punto de extinguirse entre los argentinos el sentimiento de patriotismo?

Próximos á desaparecer el himno, la pirámide y la conmemoración patria, ¡hay ya quien se atreve á proponerlo!, no será difícil que el 9 de julio de 1916, en vez de encontrarnos las manos entrelazadas nacionales y extranjeros, cantando el Himno nacional al pie del obelisco de mayo, revestido de mármoles de las catorce provincias, pregunte alguno al pasar: «¿Qué hubo en el centro de esta plaza?» Tal vez el más avisado de los escueleros llegara á interrogar: «Papá, ¿qué celebraban el 9 de julio, que me han contado no había antes escuela en ese día?»

. . . .





EL CUARTO DE SAN MARTÍN

I

La *Casa del altillo, del encuentro, la Casa del abrazo,* llaman á la que, en el camino de Tucumán á Salta, sobre el río Yatasto, se encontraron por vez primera Belgrano y San Martín, que no se movió de su sitio; pero el último cuarto de éste, también célebre, es un *cuarto viajero*, y en Brunoy, Boulogne ó Buenos Aires, siendo uno solo, en tres partes distintas estuvo.

Cuentan que la Santa Casa donde moró María Santísima cierta Nochebuena sin luna, se la robaron los ángeles, conduciéndola cerca de Roma (á Loreto), donde actualmente se visita, y con sus mismas dimensiones se encuentran en Nazareth sus cimientos, que por pesados no alzarían con ellos Sin la reproducción de tal milagro, mientras que descubrimos cómo por arte de birlibirloque vino del uno al otro mundo este cuarto encantado, recordaremos un poco de historia vieja del olvidado libertador de un mundo.

. . . .

Cumplen los cincuenta años que expiró el gran capitán, quien con menos batallas obtuvo más resultados.

Recién llegado de Europa, y como para sentar la fama que le precede apenas da una carga de caballería en territorio argentino y no necesita dos, porque sus famosos *granaderos á caballo* despejan todo el campo. Pasa los Andes, y distrayendo el ejército enemigo, que se cree invadido por todos los boquetes de la Cordillera á la vez, le deshace en una sola batalla. Un año transcurren los politiqueros de uno y otro lado de la montaña entre si deben ó no auxiliar al ejército de su mando para dar el golpe de gracia en la capital de los virreyes. Mientras rencillas civiles abren más buracos que el enemigo, con refuerzos del mismo Perú, vuelven á presentar todas sus fuerzas, las mismas que, en otra batalla á orillas del Maipú, dispersa para siempre. Con figuras de contradanza, aproximaciones y círculos concéntricos, esparciendo sus guerrilleros por el interior y aproximándose paso á paso á la capital de Lima, toma ésta sin tirar un tiro.

II

Habíamos tenido ocasión de saludar su cuna en Yapeyú, recorriendo todos los campos de sus victorias; recordado en el de San Lorenzo al valeroso correntino Cabral que le salvó; en Chacabuco y Maipú las más bellas páginas de su historia militar; como en Lima, cuyos peruanos le aclamaron su Protector; en Guayaquil la sala del célebre abrazo; habíamos seguido las huellas de sus pasos sin alcanzar algo palpable, y hubiéramos seguido hasta el fin del mundo por tocar lo que de él restaba y prosternarnos ante sus cenizas venerandas.

¡Al fin llegamos! Entre un baile y una comida de amistad, ofrecida por su hija con la más exquisita galantería, se nos presentó la ocasión deseada. La noche del 25 de mayo de 1872, celebrando en la Legación Argentina de París el aniversario patrio, que en casa alguna se festejaba como allí, pareciendo flotar la sombra amada del padre de la patria dentro del hogar de sus hijos, el señor ministro dijo al despedirse:

—Se ha bailado, divirtiendo á los vivos, y brindado por los manes del mayor héroe entre nuestros compatriotas; mañana visitaremos sus restos.

Y así fué. El próximo domingo el Sr. Balcarce nos esperaba en su hermosa quinta de Brunoy con su distinguida esposa la señora Josefa San Martín y Escalada, su hija Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, el esposo de ésta y la hermana del señor ministro, María Balcarce.

Atravesando la quinta descendimos hacia el pequeño cementerio, y ante el sepulcro del general San Martín caímos de rodillas, contemplando la urna cineraria que guarda los restos del más grande americano. Hoy, dentro de más rico sarcófago, se custodian en nuestra catedral metropolitana.

Este gran hombre de bien que la historia señala el primer argentino, habitó sus últimos seis años en el cuarto que describimos, antes de su breve jira por Enghien y otros balnearios buscando restablecerse, hasta llegar á Boulogne, donde le sorprendió la muerte. Recordamos que en esa piadosa peregrinación acompañábamos á otra ilustre patricia, señora Isabel Alvarez de Viñal, hija del general Alvarez Thomas, y al joven Gregorio Lezama. Delante de las cenizas del general nos refirió la propia hija los últimos momentos del padre querido.

III

Levantado contra la voluntad del médico, en cuya casa se hospedaba, sintió de pronto un nuevo ataque, recostándose en el lecho de la hija, á cuyo aposento había pasado. En aquel su postrer día (17 de agosto de 1850) rodeábanle, á más de la hija y el Sr. Balcarce, el médico M. Jordán y su familia tan caritativa; el Sr. Rosales, ministro de Chile, y el abate Haffreingue, de la catedral de Boulogne, en cuyos brazos expiró como á las dos de la tarde. Cuando á la mañana siguiente llegaron el Sr. D. Félix Frías y D. José Prudencio Guerrico, rezaban al pie del féretro dos hermanas de la Caridad. Frías, tan patriota como piadoso, puso un crucifijo de marfil sobre ese abnegado corazón que ya no latía, como diez años antes tuvo ocasión de colocar la cruz del rosario que llevaba en toda la campaña, sobre el cuerpo tibio aún del general Lavalle, que cayera en brazos de este su devoto secretario.

La iniciativa del director de nuestro Museo Histórico, Sr. Carranza (digno sobrino del erudito historiógrafo y anticuario Dr. Angel Justiniano Carranza, que las letras argentinas llorarán por muchos años), infatigable coleccionista de todo un pasado glorioso, acaba de restaurar con los mismos muebles el último cuarto de San Martín en el parque Lezama y en el mismo aposento del malogrado joven recordado.

Aquí llegamos al *cuarto viajero,* que sin moverse se echó á andar, fenómeno (aun en el siglo de la electricidad, del movimiento continuo y de las luces) á milagro mayúsculo parecido, si no aclaráramos el sucedido.

Cuando fué albacea de su buen amigo el banquero Aguado, compró San Martín la casa de campo de *Gran Bourg,* en el parque del marqués de Brunoy, vecina á la del trágico Talma (Luis XVIII había conferido el título de este marquesado al duque de Wéllington en agradecimiento á su victoria de Waterloo), dominando el valle que cruza Yéres, á medio camino del ferrocarril de París á Fontainebleau. Tuvo este cuarto dos ó tres

transformaciones, pero el mobiliario fué siempre en igual colocación dispuesto. El de la pieza contigua al comedor en Brunoy había sufrido ligera modificación de cuando le visitaron los señores Varela (D. Florencio, 1844) y Sarmiento, cinco años después. Trasladado á Boulogne-sur-Mer, fué restablecido en Brunoy como le describimos en 1872, y reconstruído hoy en nuestro Museo con toda fidelidad, según el croquis de la Casa Grande Rue, 105, Boulogne-sur-Mer, departamento del Pas de Calais, donde murió. Entrando á la derecha, por la puerta que abría el jardín, en el cuarto de Boulogne, donde aparece la chimenea, estaba el sencillo *toilette*, y en la cabecera contigua, al lado de la baja cama de hierro, un pequeño velador. En la pared que sigue, donde señálase una puerta, había un armario y dos sillas á uno y otro lado del sofá; sobre ese mismo muro y á los costados del paisaje de Chacabuco, dos pequeñas *marinas*. En el otro testero, frente á la cama, un escritorio; sobre éste el retrato de Bolívar, grabado, y arriba el de San Martín, al óleo, envuelto en la bandera y debido al pincel de la profesora de su hija (Bruselas, 1832). Una silla frente á cada ventana ocupaba el cuarto costado, decorando el primitivo muro de entrada cuatro *marinas*, principales episodios del combate de Abukir.

Sobre la chimenea, en el centro de esta pared (entrada al jardín en Brunoy) y en el muro de enfrente, antes y después de la muerte de San Martín se veía el reloj de mármol coronado por la estatua en bronce de Napoleón, entre dos pequeños candeleros del mismo metal. Al centro de la habitación la pequeña mesa cubierta de paño verde, y en su testero el sillón. Cerca de ella, todas las mañanas se ocupaba con suma prolijidad en limpiar sus *chismes de guerra*, como llamaba á la espada, pistolas de arzón y otras viejas armas. Sobre el alto escritorio, la caja de cigarros y pajuelera.

Entre los cuadros que adornan el aposento restaurado en el Museo, falta una pequeña *aguada* de su pincel (tan aficionado el padre á las *marinas*, como la hija á retratos al óleo), representando el combate en que su regimiento de Murcia se batió contra el mismo Nelson en el Mediterráneo el 12 de febrero de 1792.

¡Reservado estaba á otro 12 de febrero hacerle célebre en Chacabuco!

IV

El cuarto del más grande de nuestros guerreros refleja la sencillez de sus costumbres en lo modesto de su mobiliario, llamando sólo la atención algunos objetos por lo que recuerdan. Así en los pasadores y cerradura de la puerta de entrada, se lee: *Luis XVI me fecit,* de propias manos del rey

cerrajero; y el estandarte ofrecido por la municipalidad de Lima, bordado por la madre de Carlos V. Contemplando estos objetos, dió margen á la espiritual observación de un republicano francés durante la última visita de Sarmiento á San Martín: «Guerrero que independizó medio mundo, bien merece que bordados de una reina adornen su dormitorio, y cerrojos de reales manos guarden testimonios de sus glorias.»

En otra ocasión, en que Sarmiento y el Sr. Guerrico referían crueldades de Rozas, que San Martín resistía creer tan tirano, medió la célebre escena entre las nietas del general, en todo grande.

Quejosa y *haciendo pucheros* se acercaba la nietecilla á refugiarse en los pliegues de la amplia capa del viejo abuelo, y lloriqueando repetía tener frío su muñeca, cuyo vestido acababa de romper. El grave protector de pueblos y muñecas, interrumpiendo la conversación de sus amigos y el mate amargo en el ostracismo, abriendo el ropero sacó unas cintas amarillentas y descoloridas, diciendo al dárselas: «Toma, hijita, abriga tu muñeca con esto.»

A poco rato, fijándose los anteojos la señora Balcarce, y alzando la cinta que la ya consolada nietecilla dejó caer, leyendo en letras casi borradas: *Bailén, 8 de Junio de 1808*, dijo:

—Padre, ¿no se ha fijado en lo que dió á la niña? ¡Es la cinta de la decoración que el gobierno de España acordó á usted como vencedor en Bailén!

—¿Y qué?.... ¿Para qué sirven todos estos cintajos y decoraciones, si no alcanzan á detener la lágrima de un niño?

. . . .

Sobre esa misma mesa central escribió San Martín la nota en que ofreciera á Rozas su espada por haber protestado contra la invasión extranjera, defendiendo el *Paso de Obligado* de la escuadra anglo-francesa:

—Yo no creo tan tirano al general Rozas—contestaba á los emigrados unitarios;—preciso es que hayan decaído mucho mis paisanos, para que se dejen dominar por quien ustedes llaman *un cualquiera*. Exageran sin duda en sus pasiones exaltadas, ó las luchas fratricidas donde se antepuso la ambición al patriotismo les habrán debilitado. ¡Cuántas veces sólo la mano de un gobierno fuerte logra reprimir contiendas civiles que son la ruina de la nación! Al fin Rozas, ha defendido siempre la independencia americana.

. . . .

Por observar estrictamente toda fidelidad al modelo que la nieta del ilustre prócer envió del cuarto histórico restaurado en nuestro Museo, su diligente director no ha creído oportuna nuestra observación de coleccionar

dentro de él todas las reliquias del gran capitán. En otras salas se conservan con igual cuidado: el uniforme de parada, que pocas veces vistió el que no fué general de parada (tan ricamente bordado en Lima, como sólo se bordó otro para Bolívar); sus veneras, medallas y condecoraciones; sus pistolas y otras armas, pero sobre todas, la reliquia de mayor importancia del protector: *su corvo sable de los Andes,* que brilló sobre las altas cumbres como la más resplandeciente aureola de gloria.



El general San Martín en su lecho de muerte



EL PRIMER GOBERNADOR DEL CHACO

I

. . . .

Ocho días después volvimos á hacerle nuestra primera visita en el cementerio.

Ya no resonaba el último cañonazo de la salva, ni la campanita cuyo lúgubre tañido doblaba tristemente.

La marcha fúnebre que parecía contagiar con lágrimas á los acompañantes no se oía ya. Pero aquel mustio ramito de violetas dejado entre el candado de la reja cerrada sobre sus restos, nos impresionaba.

Las grandes coronas, la multitud de flores de otras provincias, en todo el trayecto de esa larga vía dolorosa que los amigos de su última hora recorrieran conduciendo sus restos, todos esos recuerdos de amistad se hallaban bajo tierra. Sólo aquellas marchitas violetas, como saliendo de ella, palidecían inclinándose, postrera ofrenda de una pobre.

La mañana siguiente del entierro, á una mujer sin luto, mal vestida, hincada sobre el blanco mármol, se le había oído rezar largo tiempo en entrecortados sollozos.

—No tengo más, dijo al guarda. Vengo de muy lejos..... Me dicen que ayer le enterraron..... Creí llegar á tiempo..... Al entrar en el cementerio me ofreció la vendedora ese ramito..... Pedía veinte centavos..... La chica ha sido muy buena..... No me quedaban más que diez..... Ella lo cedió, al saber que eran para un muerto..... Con reconocimiento lo he puesto en la barra que cierra el sepulcro de la familia..... Esta es rica, sin duda, y sus amigos numerosos. ¿Dónde habrá llegado el general que no se haya hecho querer? ¡Era de tan buen corazón! Me cuentan que numerosas coronas adornaban el féretro, pero entre todas sus flores no habrán sido otras ofrecidas con más sinceridad.....

—¿Y conocía la pobre de las violetas al hombre cuyos restos han sido depositados aquí?—preguntamos al que hacía tan sencillo relato.

—Sí que le conocía, y también toda su historia, referida con emoción y corriéndole lágrimas, la oímos igual á lo que después otros repitieron.

Dijo que por el general había recuperado su madre, y que rescatada entre las cautivas, vivía hoy con los suyos. Y entonces contó esta melancólica historia.

. . . .

Poco después de la muerte del cacique Rubio, en el Chaco, se presentó á la carpa del jefe una madre afligida en busca de su hijita, sobre quien le daban noticias haber aparecido en la *chusma* enviada á Resistencia.

—Si no es india, decía, para que la repartan y la hagan esclavita; es mi hija, y rubia y blanca, y linda como mi hombre, el teniente Cabral, muerto en la misma invasión que me la llevaron.

Y cuando, consolada por el general, la recomendó á sus ayudantes para que le buscaran la chica, ya navegaba ésta aguas abajo, con otras hijas sin madre, en un lote de carne humana enviada por el capitán del Puerto á la familia de su jefe.

—Fué tan bueno el general—agregaba la pobre muchacha de las violetas,—que no paró hasta descubrir dónde fuí á dar. Entonces llamó á mi madre, dándole auxilios y pasaje desde Resistencia para que saliera en mi busca.

. . . .

Meses después la encontró de regreso en el Puerto, toda llorosa y afligida.

—¿No has dado con tu hija?—preguntó.

—Sí, señor, pero no me la quieren devolver. Dicen que es india, que es cautiva, que el Gobierno ha dispuesto, ya que no se mandan los pobres á la frontera á cuidar vacas de los ricos, se quiten las hijas de las pobres de la frontera para regalarlas á las ricas de la ciudad.

—¿Quién te ha dicho tamaña barbaridad?

—La señora del ministro, que no me quiere dar mi hija porque á su lado está mejor, que ella le va á enseñar y que se encuentra muy bien, según dijo, por más que mi hijita se agarraba de las polleras y lloraba á gritos por venirse conmigo.

Y notas van y notas vienen reclamando lo que nunca llegaba, hasta que, ante la desesperación de una madre deshecha en lágrimas por la hija cautivada por indios y robada por cristianos, se embarcó un día el mismo general, presentándose en el ministerio con mi madre, y prosiguiendo el reclamo y la de otros cristianos é indiecitas. El se enajenó la voluntad del superior inmediato, pero más de una madre recuperó su hija.

—¿Y conocía usted al general?—interrogamos al guardián.

—De memoria lo he aprendido en estos días. Un fraile misionero que vino dijo: «No oía muchas misas, pero hacía obras de caridad á su modo. De mi comunidad puedo decir que, si tenemos la iglesita más avanzada en el desierto, es por sus auxilios. No sólo en la frontera de Río IV y en Goya inició la renovación de iglesias, sino en Reconquista y Resistencia las edificó desde los cimientos.»

. . . .

—A su lado recibí un balazo—contaba un viejo inválido—en la batalla, que al caer en sus brazos el general Conesa, me tiró el comandante su poncho para que me fajara esta pierna, que desde entonces pesa una onza más, porque la llevo de plomo paraguayo.

. . . .

—Dios le tenga en la gloria, que á faltarme su protección hubiera quedado sin marido y sin viudedad, cuando mi Lucho cayó con la bandera del Cuatro—contaba una pobre mujer á otro melenudo, que refería lagrimeando:

—Si yo sé leer y he podido educar á mis hijos, es porque este buen hombre me obligó á ello, para hacerme sargento, enseñándome en la escuela del escuadrón de gendarmes, cuando no la tenía ningún otro cuartel.

—Le debo el ser cristiano á D. Manuel, pues si cuando tomó al cacique Rubio no me separa de su chusma hubiera, seguido salvaje como nací—agregó otro.

—¿Que si era guapo?—preguntó un chiquillo al viejito que acompañaba.—Muchos son los actos que de su valor se recuerdan. Le vi en una batalla, abandonado por algunos de sus soldados que dieron vuelta, tratando de detenerlos á caballazos. La bala de cañón que le mató el pingo, arqueó su espada del cimbrazo sobre el anca, y dejándola como tirabuzón imposible

de sacar de la vaina. A pie y casi desarmado en medio de los que huían, hacía frente al enemigo. Un sargento de Arrecifes que le quería mucho, dió vuelta á su caballo gritándole: *«Salte, mi capitán, que los dos nos salvaremos ó moriremos juntos.»* Al montar se le cayó la lanza, y recordando que el ministro de la Guerra, su tío el Dr. Obligado, al regalársela dijera bromeando al novel capitán: *«¡Cuidado con perderla!,»* se bajó por ella. «No se detenga, señor, que nos traen cortitos y nos van á cortar, le gritaban. —Yo no pierdo mis armas,» contestó, saltando por segunda vez en ancas. Ya un gaucho le alcanzaba con tan certero tiro de bolas que, á no poner la lanza tras las patas del caballo, hubiéranse enredado en ellas. Golpeándose la boca, siguieron burlando al enemigo.....

Tres días después se presentó con su escuadrón rehecho, y dos meses más tarde fué éste el primero que se entreveraba, sorprendiendo el campamento enemigo. El coronel Gainza conservó su espada en la Inspección de Milicias, de que fué secretario su dueño. El general Flores se llevó la lanza como recuerdo de uno de sus bravos oficiales.

II

«Muy querido debió ser este militar que yo no conocí,—agregaba el guardián,—pues desde que le enterraron no he pasado una vez por su sepulcro sin encontrar ya rezando ó llorando, hincados los que tenían con qué hincarse, ó en cabeza descubierta más de un inválido con muletas: chinos, morenos, paisanos ó antiguos soldados, en quienes no eran fingidas sus lágrimas y su pesar, como no lo fué sin duda el afecto paternal con que á todos ellos amparaba el General, según lo recordaban.»

. . . .

Sencillo y modesto, de carácter alegre y franco, alejado de toda ostentación, haciendo el bien por el placer de hacer bien, sin esperar recompensa, benéfica é interesantísima fué la carrera de este honrado militar y distinguido ciudadano. Tenía una exquisita sensibilidad para toda ajena angustia, y así cruzó como héroe de caridad, repartiendo auxilios y consuelos entre sus soldados y multitudes apestadas á la aparición del cólera y la fiebre amarilla. El canónigo Argañaraz recordaba hace poco que sin sus soldados, á quienes él daba el ejemplo personal tomando la pala el primero, no hubiera habido ni quién enterrara los muertos en Córdoba durante la gran epidemia.

Tomó parte en todas las campañas de su época, siendo de los primeros que marcharon á la del Paraguay y uno de los pocos jefes que no volvió, en sus cinco años, siguiendo veinte más en las fronteras, por lo que fué

más conocido en los campamentos que en las antesalas de los ministerios.....

Así el general D. Manuel Obligado, de antigua familia patricia, por la sencillez de sus maneras y carácter independiente, franco y expansivo, supo atraerse muchas simpatías aun en críticas circunstancias de mando superior.

Alto, moreno, su rostro afable era animado por vivísima mirada de grandes ojos negros. De maneras desenvueltas, de verba incansable, activo, acelerado, su larga pera á la francesa, acentuaba aire arrogante á tan marcial figura, sobre la que atraía las miradas, como sobre las numerosas medallas, escudos y cordones que adornaban el uniforme de general.

Más de dos tercios de su vida consagró á la carrera militar en activo servicio, tocándole siempre la vanguardia en Pavón, Cañada de Gómez, Pehuajó, Paso de la Patria, batallas del dos de mayo, Estero Bellaco, Tuyutí, Boquerón, Curupaití, Azcurra, campaña del interior y otras.

Soldado de la ley y sostén del orden constitucional, contribuyó al aniquilamiento del caudillaje. En los breves entreactos de lucha fué su descanso, como soldado del progreso, iniciar colonias que ya son pueblos florecientes. Dilató las fronteras en Córdoba y Santa Fe, fundó las de Reconquista, Avellaneda, Víctor Emmanuel, Las Garzas, Ocampo, Las Toscas, Florencia, San Antonio, Resistencia, Timbó. Creador del cuerpo de gendarmes, comandante del 4.°, jefe de Frontera, gobernador del Chaco, Inspector general de caballería, subsecretario del ministerio de la Guerra, ministro accidental, por todas partes donde pasó, huella palpable ha dejado de su espíritu progresista, emprendedor, entusiasta y sinceramente patriota.

Acciones descollantes que abrillantaron su foja militar, fueron recordadas en la oración fúnebre del jefe de Estado mayor, general Capdevila, como en los discursos del ministro Alcácer, comandante Wappers, y la prensa de Santa Fe (donde falleció), Corrientes, Rosario, Córdoba, Buenos Aires, etc., etc.

Y este honrado y valiente militar, lleno de ilustración y abnegación, supo algo más que alinear soldados que condujo á la victoria. Creó escuelas, erigió templos, fundó pueblos, descautivó cristianos, civilizó indígenas, defendió la patria, ensanchó sus campos, dilató sus fronteras, difundiendo el mayor bien á su alcance.

Tuvo buenos y numerosos amigos, pero aquel abnegado hermano de armas en su primera campaña, no sólo fué sombra benéfica extendida á lo largo de toda su vida, siguiéndole con el más generoso cariño por todas partes el leal y bondadoso Tulio Méndez, sino el amigo de última hora

que corrió á consolarle, cumpliendo la promesa de cuarenta años de amistad de acudir á cerrarle los ojos en cualquier extremo en que se encontrara.

¡Nobilísimo ejemplo de sublime amistad!

. . . .

Hombre de gran corazón, era todo un carácter en todas las circunstancias de la vida, y para que no muriera en el desamparo del campamento, preciso fué telegrafiarle orden perentoria de bajar á la población inmediata.

¡Cuántos años ha que voló su espíritu á la gloria!.... Cual el perfume de esas mustias violetas palideciendo sobre su lápida, que pronto se desvanece, así el de las buenas acciones!....

Sic transit!....





LA TRADICIÓN DE LA MERCED

I

No sólo en Lima hubo contienda intrincada, por largos años, sobre qué comunidad era más antigua y si primero llegaron hábitos blancos ó grises.

En Chile, como en Méjico y en todas las capitales de la América española, desde su primera traza señalóse solar central para cónventos de franciscanos, dominicos y mercedarios.

Si con limosnas que recolectara la orden mendicante se habían de levantar iglesias, la propaganda de predicadores adoctrinaría los primeros neófitos, y objeto era de la última redimir á quienes los salvajes cautivaran.

Detrás de éstas colábanse por su cuenta agustinos, belemitas, titianos, y sobre todo jesuítas.

. . . .

Cierto es que en 1598 cansados estaban los buenos mercedarios de asistir enfermos y redimir cautivas; pero la verdad es que el primer corona que llegó á esta tierra fué el capellán de D. Pedro de Mendoza, fraile franciscano.

Fray Pedro López Valero, primer comendador de la Merced, ascendió por sus muchos trabajos en la edificación de los monasterios de la orden,

y en especial en la fundación del de esta ciudad, nombrado por el comisario visitador fray Francisco Escudero en 1604. Primer limosnero de mercedarios fué el padre fray Francisco Martell: «autorizado para salir á recolectar cualesquier cuantías de maravedíes é peso de oro é plata, esclavos, ganados, mercaderías, é bienes muebles, é raíces, etc., é para que pueda pedir é pida limosna para este Convento de religión, así en el Reino de Angola como en la costa del Brasil y otra cualquier parte que se hallare,» se lee en su nombramiento.

II

En el plano de la traza de esta ciudad de la Santísima Trinidad designó D. Juan de Garay para dominicos la manzana ocupada hoy por la Merced. Pero antes de terminar la primera década de la fundación, la cambalacharon aquéllos por la que actualmente poseen, quedando la orden militar de mercedarios en ésta, contigua al Hospital Militar de San Martín, que atendían.

Entre el fundador López Valero, primer mercedario que llegó á ésta, y fray Jorge Aparicio, último prior, dignos de recordar son los servicios de fray Nolasco, prior en 1721, que en la fiesta de ese año consiguió colocar la piedra fundamental de la actual iglesia, cuyo padrino fué el *gobernador Mano de plata,* general Zabala (antes que con la única de persignarse fundase Montevideo), asistido por el alcalde de vara larga señor Bernardo de Saavedra, nieto de Hernandarias y abuelo del primer presidente argentino, y á su vez primer cautivo rescatado por mercedarios.

La piedra fué bendecida por el obispo Fajardo, dirigiendo la obra el jesuíta Prunelli, según los planos del arquitecto Blanqui, de la misma compañía.

Sin duda por esto (como proyectos de igual paternidad) nótase cierto aire fisonómico de familia en los frontis de la Merced, San Ignacio, Recoleta y otras iglesias de esa época. Ya cuando en 1729 las visitó el padre Cattaneo, anotaba que era la de mercedarios la más hermosa y adelantada.

Hoy el hábil artista Rossi, secundando la iniciativa del señor cura Rassore, ha transformado la estrecha iglesia en una de las mejores. Finas pinturas y estucados la han acicalado, disimulando con artificio el decorador todas las arrugas de la vieja nave. Rosetones y chapiteles, arabescos, cornisas, bóvedas y columnas doradas parecen estallar una sinfonía de luces y colores, rompiéndose en mil facetas, aristas chispeantes, que cabrillean en la ramazón floreciente sobre altas ventanas. Al través de vivísima

cristalería resplandece el interior del templo, tamizando luego cenefas y cortinados suave luz mortecina que predispone á la meditación.

. . . .

Hasta las toscas del río llegaban las dos manzanas que obtuvo la comunidad, abriendo la puerta falsa de su huerta á la calle de Cuyo, cerrada con alto muro á pique, hasta que se edificó la hermosa casa de los señores Llavallol.

A mitad de esa primera cuadra, antes Santa Lucía, y más antiguamente conocida por la *de la Virgencita,* frente al nicho de una muy pequeña, colgaba un farolito que más de un mal encuentro alumbró, no por mercedarios saltaconventos como se les calumniara, sino de Tenorios de guitarra y pandereta que por la calle de las Magdalenas camelaban á las mismas.

El cañón del Fuerte enfilaba la calle 25 de mayo, no del todo abierta, y corrían las tapias del convento, manteniendo cercadas ambas manzanas entre las calles de Cuyo, Reconquista, Cangallo y Paseo de Julio. Sobre esta última asomaban los buenos frailes á recrearse con la espléndida vista del inmenso río, tomando mate bajo hermosos parrales en las calurosas tardes de estío, y á su pie embarcadero de su propiedad tuvieron, por el que salían á buscar la propia hierba y desembarcaban maderas del Paraguay, cal de la Bajada y otros materiales para sus edificaciones.

III

No es la del Señor de la Paciencia, escultura del indio José, la única joya que guarda la hermosa nave. *Vis á vis* á su altar, vese una reducción de la Gruta de Lourdes, piadosa ofrenda de la devota señora Isabel Armstrong de Elortondo.

Otro precioso lienzo de la Virgen, presentado por la familia Llavallol, la imagen de Nuestra Señora de Mercedes, ornada de perlas y brillantes, donada por Peña, Lalama y otros vecinos, y por la señora Ocampo de Carabassa su espléndido collar de grandes perlas, ante el que en muda contemplación se postra más de un raspa implorando el milagro de atraerle hasta su bolsillo.

En la sacristía se halla la mesa más grande, de una sola pieza de mármol, tres metros por dos, recuerdo del Sr. Francisco Ignacio Ugarte, y en el camarín de la Virgen, capillas, altares, por todos los rincones, exvotos y recuerdos de antiguos y modernos feligreses de la parroquia más rica, pues cuenta todos los Bancos á su alrededor.

Suprimida la orden de mercedarios el año 1821, siendo su último pro-

vincial el reverendo padre fray Jorge Aparicio (fallecido veinte años después en esta ciudad, donde había nacido), y cuando la Sociedad de Beneficencia tomó bajo su cargo el Colegio de Huérfanas, las trasladó de San Miguel al convento de la Merced.

Poco después se subdividió la parroquia de la Catedral en del Norte y Sur (San Ignacio y la Merced), correspondiendo á esta iglesia los más viejos libros parroquiales, y al buen compaginamiento que en su archivo se conserva debemos el poder transcribir la partida del primer bautizado, que así reza:

«El 11 de marzo de 1601, á Antonia, hija de Sosa y de doña María Escobar, bautizó el padre D. Juan Martínez, cura y vicario de esta ciudad. Fueron sus padrinos el alcalde Felipe Navarro y doña Beatriz Escobar.—*El bachiller Juan.*»

Este, que sin duda es uno de los más antiguos documentos existentes en Buenos Aires, es transcrito del primer libro de bautismos y casamientos de España y Negros.

Fué primer cura de la parroquia de la Merced el Sr. Ramón Olavarrieta en 1830, sucediéndole los señores José Antonio Argerich, Palacios, Pérez, Flores, Villar, Ordóñez, Balán, Márquez, Espinosa, y desde el año 1875 hasta la fecha, el Dr. Rassore.

IV

Aunque en época de indiferentismo religioso mucho ha perdido de su esplendor la fiesta de Nuestra Señora de Mercedes, nos recuerda la última uno de sus más viejos vecinos, celebrada con toda pompa el 24 de septiembre de 1845. Su cura, el ex teniente coronel Argerich, predicaba. El obispo Medrano pontificaba, ayudado por los canónigos Palacios y Segurola. Los pardos cantores Tiburcio, Ambrosio Espinosa, Albornoz, discípulos del canónigo Piccazzarri, entonaban desde el alto coro la Salve compuesta por su sobrino D. Pedro Esnaola. El batallón Guardia Argentina, con su banda de música á la cabeza, sus altos gastadores y gigante tambor mayor, formaban la guardia de honor. Dos banderas inglesas, trofeos ofrecidos por Liniers á los pies de la Virgen, adornaban sus andas.

Aquel año hasta el mismo Rozas se había hecho representar, no en imagen sobre el altar, como en Montserrat y San Nicolás lo expusieran, sino en cuerpo y alma, ó al menos en cuerpo, pues que si solo él fué alma del gobierno omnímodo que en todas partes estaba, sin vérsele en ninguna, el cuerpo visible ó parte de su gobierno que solía representarle

en escasas fiestas estaba allí en los de sus dos ministros Arana é Insiarte, á los que seguía el edecán Erézcano á la cabeza de los sillones de respeto, el inspector general Pineda, y el general Rolón con todo su Estado Mayor de elásticos penachos y charreteras, y en la fila de enfrente los hermanos de la Cofradía del Socorro. . . . .

. . . .

En la postrera invocación á la Virgen, volviendo sus miradas á la del altar mayor, el orador que ocupaba la cátedra sagrada, militar en sus mocedades, recordamos con cuánta vehemencia exclamaba:

—¡Aún me parece que siento sobre mis hombros el peso de tus andas, Virgen de las Mercedes, cuya imagen sacamos en procesión (1812) en la ciudad de Tucumán, hasta el campo de la gloria, donde por vuestra intercesión obtuvo el triunfo el ejército de la patria!....

Alguien notó que el perfumado pañuelo de Manuelita Rozas, arrodillada frente al altar de San Ramón, fué llevado á los ojos, pues lágrimas arrancaba el acento del elocuente predicador, implorando no retirara la Virgen su protección, tantas veces visible sobre este pueblo cristiano.

Hasta las campanas repicaron más fuerte en aquella solemnidad. El último campanero del convento, alma de ángel bajo la estampa del diablo (tal era de feo el cieguecito de la Merced, Manuel, directo descendiente del Cuasimodo de Nuestra Señora de París por su monstruosa cabeza, contrahecho, perniquebrado), como trasto olvidado en un rincón, anidaba en mechinal ó tugurio, á mitad de la escalera, frente á ventanillo que transparente talco tiene aún por vidrio. De lo alto de la torre, engalanada con banderas, faroles y gallardetes, ensordecía á la concurrencia bullicioso repiqueteo incesante.

Y si alguna curiosa lectora hiciera impaciente la pregunta del día: «¿Quiénes estaban?,» el cronista, padre del que ayer anotaba los nombres de las jóvenes devotas entrando á la *retraite* del colegio de la Santa Unión, pudo contestar:

Notamos en la concurrencia que salía del templo, pisando el fragante hinojo y romero esparcido en el pretil, entre la crujiente seda de vestidos de raso negro, á las bellas devotas: Agustina Rozas de Mansilla, Carmen Zavaleta de Saavedra, Florentina Ituarte de Costa, María Antonia Beláustegui de Cazón, Manuela Machado. Y las familias no menos religiosas, en aquel barrio, de Anchorena, Llavallol, Puyrredón, Piñero, Garrigós, Frías, Ocampo, Pineda, Riglos, Peña, Obligado, Tejedor, Sáenz, Rozas, Dorrego, Acevedo, Mansilla, Quintana, Huergo, Gómez, Martínez, Benguria, Urribelarrea, Dozal, Lezica, Fernández, Elía, Molina, del Pino, Echevarría, Gallardo, Marín, Molina, Aramburu, Lamarque, Alvear, Es-

naola, Lerbet, Pestaña, Moreno, Cramwell, Díaz, Albarracín, Callejas, Uriarte, Jurado, Viale, Bosch, Drago, Llambí, Escalada, Real de Azúa, Monasterio, Azcuénaga, Olaguer, Alzaga, Pérez Millán, Lugones, Castro, Iturriaga, Carranza, Isla, Eastman, Sagasta, Pondal, Irigoyen, Rolón, Larrazábal, Dávila, Sosa, Aguirre, Pacheco, Peralta, Basualdo, del Sar, Gutiérrez, Chas, Guerrico, Castex, Terry, Ezcurra, Núñez, García Zúñiga, Oromí, Boado, Haedo, Mandeville, Alsina, Halbach, Olazábal, Coquet, Ramos, Armstrong, Villanueva, Suárez, Boneo, Lastra, Rodríguez, Soler, Sánchez, Ruiz, Senillosa, Ibáñez, Merlo, Balcarce, Elorga, Rucker, Miró, Carranza, Malbrán, Olazarri, Taibo.

V

Aquel año, el mayordomo D. Luis Frías, ayudado por el pardo Mauricio, componedor de altares, y un selecto estado mayor en que figuraban los jóvenes del barrio Jaime Llavallol, Julio Núñez, Machado, Monasterio, Gallardo, Quintana, Callejas, se habían esmerado en el mejor adorno de la iglesia.

El altar de Santa Ana, cuya compostura corría á cargo de la señora Crescencia Boado de Garrigós, como el de San José, de la señora Javiera Riglos, sobresalían en su brillante ornamentación, y hasta el pendón en cuya custodia turnábanse los señores Miguel Riglos, Calzadilla, Pineda, aparecía espléndidamente bordado de nuevo.

Fuera que la piadosa señora Estanislada Arana de Anchorena, mayordoma ese año, no ponía tasa á su munificencia cuando de limosna á su iglesia parroquial se trataba, ó porque presentíase como rumor de guerra ó desembarco inmediato (el bloqueo de la escuadra anglo-francesa se estrechaba), la celebración de aquella fiesta hizo época.

La primavera aparecía coronada de flores, vistiendo los primeros durazneros tenue viso rosado; mas algo inquietante esparcíase en la aromada atmósfera, cual vago amago presentido por invisible causa.

Habíanse divisado desde el campanario, allá en el distante horizonte hacia la Colonia, humos de los primeros vapores que remontaron el Paraná, rompiendo á cañonazos la triple cadena con que dos meses después Rozas pretendió cerrar los ríos.

Aunque la buena Virgen de las Mercedes mercedes muchas ha derramado en estos pueblos, y en su infinita gracia perdona lo olvidadizos que somos los argentinos, como otros muchos que sólo recuerdan de la lluvia cuando truena, puede no olvidar que los reconquistadores de esta ciudad poníanse bajo su protección el día del peligro, se la proclamaba Generala

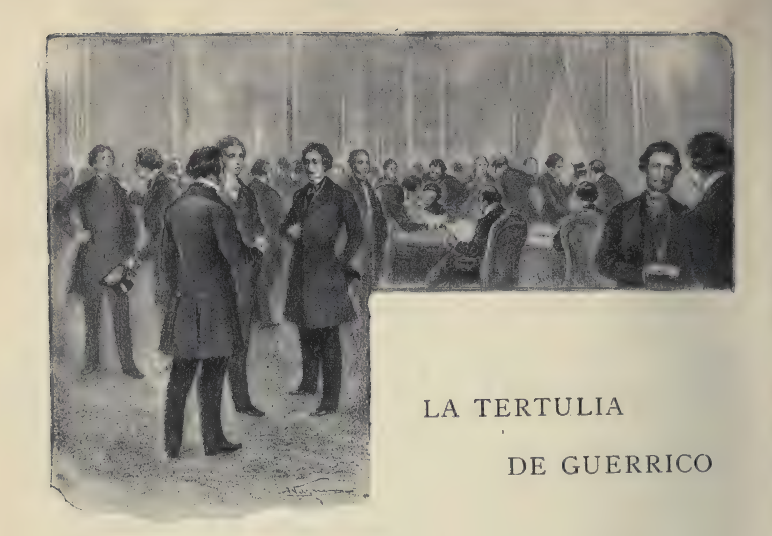
del ejército argentino en Tucumán, y Patrona de la guardia nacional de Buenos Aires, en vísperas de todos nuestros peligros.

Indulgente como madre bondadosa, intercede por cuantos llegan á invocarla. Liniers, Saavedra, Belgrano, San Martín, Balcarce, nuestros más grandes generales se arrodillaron con humilde corazón ante la imagen de la Virgen de las Mercedes, poniendo los soldados bajo su protección primero, y rindiendo luego á sus plantas los trofeos de la victoria. Ella ha escuchado siempre la oración de los que en ella confiaron, suplicándole con la plegaria que se lee en su portada: «¡Gloriosa Patrona del ejército argentino, salvad la patria!»

Uno de sus viejos devotos nos refería no ha mucho:

—En todos los peligros de mi vida me he encomendado con fe ciega á nuestra Señora de las Mercedes, así al oir el cañón de la batalla, como en medio de la tempestad, á punto de naufragar. Puede la juventud ligera sonreir indiferente al misterioso influjo de su protección, cuando la borrasca de las pasiones todo lo enceguece; pero en la hora serena de la reflexión nada consuela más que este dulce y suave sentimiento que nos pone en comunicación con algo más poderoso, que sostiene hasta más allá de la efímera existencia. Arbol es la fe que, plantado en la tierra, se desarrolla y se eleva floreciendo en el cielo. Por mi parte—agregaba—compadezco más á aquel que en nada cree, que á quien, viniendo *á menos*, quedó sin un amigo.»





LA TERTULIA DE GUERRICO

I

Hace medio siglo empezó esa larga tertulia por más de veinticinco años, reuniendo cada noche escogido número de los hombres conspicuos de nuestra sociedad, en aquella sala de los cuadros, frente á la puerta de calle (Corrientes, 537), cuadrando el primer patio, á la que, si D. Juan Carlos Gómez clasificó en *El Nacional* «Club de los pelucones,» con más verdad pudo llamarse antesala del progreso.

Desde la caída del tirano, apenas hubo iniciación significando adelanto alguno, que no fuera apoyada ó propagada por esos buenos viejos, tan patriotas, tan honrados, tan desinteresados. Todos duermen ya el sueño eterno, excepto alguno que otro de los concurrentes accidentales, segundas partes ó jóvenes de la casa. En política empezaron allí: la oposición que impidiera al vencedor de Caseros subrogara al vencido; las célebres sesiones de junio (1852) en defensa de los derechos de Buenos Aires hasta el día que Urquiza mandó echar á los diputados á la calle; la resistencia á ese caudillo hasta quebrar su influencia; la campaña concluída en Pavón para entrar las catorce hermanas del brazo por las anchas puertas de la nación, en vez del estrecho pasadizo por que se pretendía introducir á empujones la mayor de las hermanas, cuya corpulencia le imposibilitaba pasar; cam-

paña al tiranuelo de la vecindad, afilando entre sombras sus garras para acechar nuestro descuido, y otras muchas.

Sin ser un club político, reuniendo tantos politiqueros, todas las grandes manifestaciones tuvieron allí su resonancia. En cuanto á administración (reformas y decretos), como que acudía lo más conspicuo del país, toda innovación fué propuesta por alguno de sus concurrentes. Fué allí donde se habló por vez primera de una quisicosa ó constitución de que nunca se había oído y luego inició en *El Nacional* Vélez: municipalidades, prefecturas, codificaciones, propaganda educacionista, obras públicas, etcétera. Recordamos, no en una misma noche, pero sí en las de un mismo invierno, conferenciando en el rincón de los cuadros más ennegrecidos, cuyas figuras protestaban contra la densa nube de tabaco de todos los colores, al grave Dr. D. Valentín Alsina proponiendo su Código rural, en discusión con Otamendi, Miguens, D. Martín Campos, Elía, Ramos, Iraola, Olivera, Terreros, Juan Bautista Peña, Atucha, Anchorena, Pereira y los más ricos hacendados; mientras por otro se encrespaban las narices del Dr. Acevedo, argumentando con Lanús, Lezica, Lezama, Llavallol, Martínez de Hoz, Chas, Ocampo, detalles sobre al Código de comercio, y más allá el sabio doctor Vélez proponía innovaciones en su obra monumental (Código civil) ante areópago tan ilustrado como el de los doctores Carreras, Pico, Carrasco, Barros Pazos, Esteves Saguí, Domínguez, Elizalde, Tejedor, llegando en otro ángulo á discutirse el reglamento de fronteras por el general Paz, Zapiola, Escalada, y Barros, Conesa, Mitre, Ortega, Pacheco.

Ninguno de los personajes al óleo, protestando de humareda que si no les asfixiaba les ennegrecía, oyendo comentar en altas voces contradictorias la novedad del día ó de la noche, en sus altas horas, desprendiéndose de sus marcos, salieron á respirar menos cálida atmósfera de patriotismo y de habanos; como al presente en ese mismo amplio *hall* tanta belleza desnuda parece desear refugiarse en ángulo más abrigado de galería interior.

Con las últimas adquisiciones seleccionadas por el buen gusto artístico del Sr. D. José Prudencio Guerrico, es la suya hoy la primera galería de pintura en el país. Ya así lo auguraron desde tiempo atrás Pellegrini, Mauvausin, Fiorini, Manzoni, Verazzi, De Martino, Madrazo y cuantos artistas llegaron en su visita obligada. Ante su progresivo crecimiento, fué la misma opinión de aficionados tan competentes como D. Leonardo Pereyra, D. Benjamín Villegas y el Sr. D. Adrián Rossi, que tuvo la patriótica iniciativa de donar sus valiosos cuadros para fundar el Museo Nacional de Pintura.

II

Otra noche entraba el ingeniero Pellegrini llevando los planos del teatro de Colón (luego tan dignamente inaugurado por el famoso tenor Tamberlick, el primero del mundo en aquel año, 1857), que ofrecía con hierro y cinc elevarlo á las nubes, y su colaborador, el poeta gauchi-político coronel Ascasubi agregar de veleta en lo más alto un gallo, si otro *gallo le cantara*. Un día el coronel de ingenieros Camilo Duteill proponía abrir un agujerito á cada estanciero, para suprimir la seca con pozo artesiano, ó semisurgente, en cada estancia. Antes, D. Fabián Gómez proyectaba su ferrocarril hasta Valparaíso, que después de cincuenta años no llega, al que seguían el Sr. Estrada buscando apoyo para establecer el gas primitivo; D. Juan Bautista Peña, aduana barriguda avanzando amplio abdomen al río; el constructor del muelle ó el Sr. D. Felipe Llavallol, que inició los primeros tramos de ferrocarril á la Floresta. Tan desgraciados trasterazos se produjeron en éstos, que por diez noches viéronse desocupados los asientos de Gowland, Larrudé, Van Praet, Francisco Moreno, Miró, Balbín, Rams y Rubert, sin que ninguno llegara á contar el cuento, pues no tenían con qué sentarse.

En fin: puentes, caminos, aguas corrientes, telégrafos, compañías de navegación, fundición Carulla, tranvías, paseos, primera exposición en Palermo bajo la dirección del activo Sr. Posadas, innumerable sería la lista de obras buenas proyectadas, que no quedaron en proyecto de estos buenos hombres.

Y el genio lleno de iniciativa del dueño de casa, que sin ser literato, ni artista, ni sabio, ni empresario, atraía, congregaba y engarzaba con los eslabones de oro de su buena voluntad piedras preciosas del vasto círculo de sus amigos, centro y protección de muchos. Al calor de su franca amistad todo hielo se derretía, y su generosidad y los consejos de su experiencia alentaban rezagados.

Observando alguno en su antigua galería tal ó cual cuadro, nota disonante entre obras originales, contestaba con su inalterable bonhomía el señor Guerrico:

—Puede que esté mal colocado, pero él me recuerda haber acudido á tiempo de consolar en su aflicción un pobre padre sin pan.....

. . . .

En otra ocasión, era el Sr. Halbach, prusiano de origen y argentino de corazón, representante consular de Alemania y progresista á todas horas, que salía de la primera casa enlosada con mármoles blancos y negros

(que después regaló el pueblo á su primer prócer actual), entrando de paso para el molino á vapor por él introducido, á convencer la conveniencia de cerrar los campos con alambrados, como lo ensayaba en su estancia «Los Remedios.» Recién vino á saber cada estanciero que las que pisaban dentro de su propiedad eran suyas, y no haciendas vecinas. Tras éste, el benefactor de San Fernando D. Juan Madero, abuelo del Puerto de su nombre, para cuyo alumbramiento propiciaba padrinos, laboriosísimo parto cuya gestación duró veinticinco años, después de otros veinticinco del abortado puerto Rivadavia. Otros tantos duró la discusión todas las noches de cuanto nuevo progreso se realizaba dentro y fuera de esta ciudad, en diálogos tan interesantes y llenos de sinceridad, en que se controvertían opiniones con el único deseo del mejor acierto.



El general Santacruz

A ello contribuía la buena voluntad y el grano de arena que aportaban ilustres extranjeros como el general Páez, Sárraga, Santacruz, Pacheco Obes, y sabios ú hombres de letras como Burmeister, Bravat, Martín de Moussy, D. Florentino González, Juan Bautista Cúneo, Frers, Drable, Mr. Lelong, Eastman, Diego Thompson, recordando, á más de los nombrados, á los señores Quesada, Acosta, los doctores Pastor y Antonio Obligado, Eguía, Agote, Frías, Mármol, César Díaz, coronel Lezica, Cantilo, Varela, Martín Piñero, Barros, D. Gregorio Guerrico, Güiraldez, D. Lorenzo y D. José Gómez, Aguirre, Lynch, Ocampo, Castellanos, Saavedra, Castro, D. Basilio Salas, Llambí, Riglos, Porcel de Peralta, Lalama, Calzadilla, Lozano, Molino Torres, Pondal, Alzaga, Haedo, Ibáñez, Anchorena, Olivera, Marín, Ortiz Basualdo, Portela, D. Juan Fernández, Ventura Bosch, Teodoro Alvarez, Muñiz, Montes de Oca, Trelles, Pereira, Iraola, Albarracín, Rossi y doscientos otros de lo más importante y distinguido de nuestra sociedad.

. . . .

Hoy que nuestra sociabilidad algo reacia, un tantico egoísta, se limita casi en sus manifestaciones á un saludo en Palermo, otro de retorno en el corso, calle Florida, cuando más cinco minutos de homeopática visita durante el entreacto, y allá, por muerte de un obispo algún recibo, todo estiramiento en que todo es grande: salones, ostentación, lujo, *toilette,* alhajas, orquesta, buffet, ornamentación y también tiesura, vanidad, descortesía, todo grande, menos la sinceridad; se echan de menos esas sencillas tertulias de amigos, de amigos de verdad, en que la afección parecía de mejor quilate, y mayor benevolencia y tolerancia.

III

Extraño parecerá cómo en tan encontradas opiniones de contertulianos duró por tantos años la tertulia de Guerrico. Pero es que este buen señor, sin ser un genio, tenía un buen genio que á su alrededor atrajo y conservó con tacto sin igual, en un ambiente de franca hospitalidad, hombres de diversos matices políticos, extranjeros de nacionalidades y pretensiones distintas, que lejos de entrechocarse, él sabía armonizar por su exquisita benevolencia.

Asociado de Rozas, en negocios de campo del tirano, antes de ser tirano, su adhesión, desde el momento que empezó á galopar por el camino del despotismo, se enfrió.

El 5 de octubre de 1820, en que D. Juan Manuel retirábase á casa de su madre, pretextando un dolor de muelas y envió su regimiento al general Rodríguez, Guerrico, ayudante de éste, caía bajo su caballo muerto en la esquina de Plomer.

Años después de su alejamiento en Europa, donde llegó á tiempo de acompañar al general San Martín en sus últimos años, al solicitar licencia del ministerio de Hacienda para sacar de Aduana cien cuadros, esculturas, monetario que Trelles catalogó como el mejor y obras de arte que adornaron las salas de sus contertulianos, contestó malhumorado el déspota de Palermo:

—¡Eh! ¿Ya viene éste con modas de gringos? ¿Para qué sirven todos esos paisajes y retratos? Yo sólo conservo el de mi Encarnación, hecho por el sordo García, y pincel más fino no ha de tener Guerrico en todo lo que trae.

Poco después de la caída del tirano, pudo exhibir su magnífica galería, que á haber éste descubierto tanto verde, azul y ninguna divisa colorada en retratos de Napoleón, Carlos V ó Felipe II, hubiera condenado sin remisión al fuego.

Como jefe de policía, vióse obligado en cierta ocasión á citar á su despacho á un antiguo juez federal, á quien se devolvía un escrito por desacato: como el cartulario observara que si bien transmitía el apercibimiento, el decreto ordenaba romperlo en su presencia, el cultísimo Sr. Guerrico, rasgó un pequeño extremo, contestando con ironía: «Puede dar fe, señor escribano.»

Contemporánea á la tertulia de Guerrico, la del Sr. D. Leonardo Pereyra, en la calle de Victoria, y después de las recordadas antiguamente en lo de Riglos, Escalada y Mandeville, ninguna otra ha durado tanto, ni al extinguirse, otra alguna semejante ha sucedido. El cosmopolitismo que invade nuestra sociedad, ricos improvisados, sin otros antecedentes que habilidad para enriquecerse de cualquier modo, *parvenus,* ilustres desconocidos por todas partes, intelectualidades negativas por un lado, y el periódico que á todas partes lleva la novedad del día, que servíase de sobremesa por el más hábil improvisador de novedades; la política que todo lo invade, lo divide y lo absorbe; el club que todo lo atrae alrededor de la mesa de juego; el café, el billar, son otros tantos elementos disolventes que alejan la sociabilidad de otros tiempos, haciendo extrañar la inolvidable tertulia en la de Guerrico.


Manuel J. de Guerrico

Dos semejantes á las que acabamos de citar únicamente hemos encontrado á nuestro paso: el salón de madama Buchental en Madrid, que se abría al terminar el teatro, y el de la nunca bastante ponderada señora Emilia Herrera de Toro, protectora de argentinos en Chile, á la que rodeada de amigos y descendientes de todos los matices políticos, se le oía con frecuencia:

—Mañana regresa el sabio Moreno; es preciso vayan á recibirle todos los que me quieren. La fracción balmacedista ha triunfado ayer en el Congreso; ya que tu marido es balmacedista—decía á otra de sus hijas, —que se empeñe hacer triunfar la candidatura de Fulano para ministro en la Argentina, y tendrá ocasión de comprobar no ser cierto el dicho de mi ex yerno: «En cada argentino debe Chile ver un enemigo.» Los errazuristas han vencido en las elecciones; tú que lo sós, hijo mío, haz nombrar agregado de la legación en Berlín á Fulanito, para que pueda al mismo tiempo perfeccionar sus estudios médicos.

Si el Sr. Guerrico no ejercía la vara mágica de la amistad en sus ex-

tensísimas relaciones para nombramientos semejantes, sí dió apoyo en su tertulia á toda buena obra que en veinticinco años se iniciara en esta ciudad.

Sus hijos continúan llevando bien en alto el espíritu de la más culta y elegante sociabilidad.





¡SE LOS ROBÓ Á LA MUERTE!

I

Años ha, uno de nuestros periodistas, viajero y diplomático posteriormente, al dejar el Pabellón de los Argentinos en Chile, confortable *cottage* revestido de enredaderas en medio del bosque secular, despedíase de la noble castellana de ese fundo patriarcal «El Aguila,» con estas palabras:

—Señora: como argentino no debo ocultar á usted que me dirijo al campo enemigo de los chilenos. Deberes de antigua amistad me lo imponen, y ya que llevo tantos motivos de agradecimiento de la hospitalidad chilena, y sobre todo de este fundo tan querido de mis paisanos, quiero deber á usted algo más. Sé que viene á usted de antiguo abolengo ser una de las más entusiastas patriotas; pero antes de ser chilena es cristiana, y buena cristiana, como lo acreditan sus devociones en aquella capillita al confín del corredor; y sobre todo de generoso corazón, como abonan sus nobles sentimientos de buena madre cristiana. A más de su larga parentela, cuenta usted numerosos amigos en el ejército. Ruego á usted recomiende á todos los suyos que si llega á caer herido ó prisionero mi amigo R. S., lo atiendan en cuanto puedan, consecuentes con aquello que nunca debe olvidar el soldado chileno, descendiente de los que aleccionara San Martín en severos principios: «Todo herido ó prisionero es sagrado.»

La nobilísima señora Emilia Herrera de Toro contestó conmovida por las tocantes palabras del joven diplomático en ciernes, que practicaba sus primeros ensayos:

—Vaya con Dios, hijo, y pierda cuidado, que si esa buena pécora de su amigo no ha encontrado mejor remedio á sus achaques de corazón que venir á matar gentes que no le han hecho ningún daño, cristianas compasivas sabrán satisfacer el encargo confiado á la amistad.

—Cuando más, le condenaremos á suegra chilena—agregó una espiritual santiagueñita al ponerse á escribir la carta que para el general en jefe dictaba la distinguida señora, en justicia llamada «la amiga de los argentinos.»

Hasta en este detalle se cumplió el sino del prisionero de San Bernardo, pues aunque excelente abuela, la de sus hijos chilena ó semi-chilena resultó, no media sangre como denominan por ultracordillera, sino á semejanza de los argentinos nacidos dentro la Nueva Troya.

. . . .

Y fué, estuvo y vino, desde el Rimac al Plata, el amigo de su amigo. Días nublados corrieron y las batallas con tan mal cariz para los desventurados peruanos, que á pesar de los pesares no ganaron una, y en la del Morro, herido y prisionero el jefe argentino, hallábase en línea de las diezmadas filas, después de muchos días de combate al caer Arica, en cuya toma cayeron desde el comandante en jefe de la plaza hasta su trompa de órdenes.

Próximo á ser fusilado, acertó á pasar el comandante Toro, de regreso al cuartel general, preguntando por mera curiosidad el nombre del que sobresalía encabezando la fila de prisioneros:

—¿Cómo se llama usted?

—R..... S.....—contestó nuestro compatriota, cuyo brazo en cabestrillo sangraba por su herida.

Y dando vuelta, al oficial que mandaba avanzar los cuatro tiradores más próximos:

—Capitán, espere un momento—dijo á tiempo que se dirigía al coronel Lagos (que llegaba con su caballo cubierto de sangre), diciéndole:

—Coronel, aquel prisionero es el argentino que tanto recomienda el general Saavedra.

—Bien, pues como argentino es el primero que debemos fusilar, pues que ha venido á matar chilenos de puro gusto, distracción que no repetirá.

—Por eso no, que también hay más de un oficial argentino combatiendo en nuestras filas. Recuerde lo que tanto recalcó el señor ministro,

que impidiera á toda costa que *rotos* embriagados por la victoria ejercieran crueldades sobre indefensos.

—Yo no entiendo de eso. Los que no han sido quintados ó diezmados deben ser repasados. A la guerra se viene á matar. No comprendo de esas pulcritudes que no las hubieran tenido con nosotros, si damos tiempo de prender las cien minas sobre que marchamos. ¡Mejor es que vaya con el parte de que hemos despachado al cuyano!....

Pero como la urgencia del servicio hiciera continuar al galope de su caballo chorreando sangre, al guazo del Sur, aprovechando la confusión, el comandante Herrera hizo saltar en ancas al prisionero llevándole á escape al cuartel general, dando cuenta al honrado Sr. Baquedano con estas palabras:

—General: he conducido herido al jefe que tanto le tiene recomendado mi madre y que el coronel Lagos está empeñado en fusilar por ser argentino.

—Bueno, aquí corre peligro; en la efervescencia del trinnfo, su permanencia no es segura en el campamento; con los primeros heridos que se embarquen para Valparaíso, despáchelo, y repita lo mandado en la orden del día á todos los jefes, que son responsables de la vida de cada uno de los prisioneros.

Y fué ésta, si no la única, la primera alma que salvó la filantrópica Samaritana del Mapocho, quien verdaderamente se lo robó á la muerte en ese campo de horrores donde cerníase encarnizadamente.

II

Aunque se le volvió el alma al cuerpo al prisionero, que ya la sentía medio desprendida, como por milagro salvado, todavía quedaba el rabo por desollar, que si jinete, como buen criollo, no le desollaran los matungos en el campamento, sí el viaje á pie y sin agua al través del ardiente arenal.

. . . .

De las antesalas del infierno le había arrebatado caritativa alma chilena, y la esperanza, hija del cielo, se le apareció en la tercer noche de confinado, en ese buen retiro «San Bernardo,» de tantas familias patricias, á romper el negro pan de su mísera cena.

Una noche, por el entreabierto ventanillo, cayó billetico en que patitas de mosca dejaban leer:

«Confíe en Dios y en los chilenos, que son buenos, aunque no siempre lo parezcan. Hay quien se preocupa de su libertad. Trate no descu-

brirme, pues me comprometería. Cumpla cuanto en las siguientes le comunicaré.»

Y hete aquí vuelto á la vida el prisionero de San Bernardo, y en pleno idilio su exaltada imaginación, por el tenue rayo de luz que penetró al través de la rendija que su obscura prisión venía á teñir todo del color de rosa, como que al fin de éste, y no otro nombre, fué la bella Rosa quien á la postre llegó á consolar sus penas. Imaginábase á la autora del papelito de la última esperanza cierta morochita de aire sentimental, que al entrar con sus compañeros de desgracia por la calle de la amargura, divisara á la puerta de modesta morada, dándose vuelta con el pañuelo en los ojos al ver pasar tantos candidatos para el banquillo; ora suponía alguna buena madre chilena, cuyo hijo prisionero en Lima le recordara su presencia, acaso intervención de algún erudito historiador que, vecino muy inmediato, escribía por aquellos días cómo trataban O'Higgins y San Martín á los prisioneros, llegando á quemar sin abrirla la correspondencia tomada al enemigo, para no verse obligado á castigar traidores. Un patriota conmemoró con modesto monumento, en el sitio de la chamusquina, á corta distancia, tan hidalgo ejemplo.

Tras largos y melancólicos días de prisión, llegó una noche la orden de ser conducido en medio de un piquete bien armado.

—Esta es mi última—se dijo el argentino con ánimo entero, y al diablo vecinita llorona, madre enternecida ó erudito historiador.

Resignado, dió el último adiós á su prisión, despidiéndose de sus muchas arañas, con quienes en tanto tiempo ya había estrechado relaciones.

Repetidos empeños de los excelentes padres del joven prisionero, secundados por los caritativos esfuerzos de la castellana de «El Aguila,» que no era otra la autora de las cartitas subversivamente introducidas, la intermediación de un noble soldado chileno de media sangre, general Saavedra, nieto del primer presidente de las Provincias Unidas, y las disposiciones del honrado general Baquedano, contrarrestaron el furor de *rotos,* la saña de Lagos y la propaganda de cierto diario, escrito con tinta colorada.

Así, en obscura noche le transportaron al puerto de Valparaíso, de donde se transbordó al vapor de la Compañía Inglesa del Pacífico, y navegaba ya rumbo á Montevideo, cuando el diarito rojo seguía pidiendo la cabeza del cuyano soberbio.

. . . .

Siempre una buena acción genera otras, y corolario ó consecuencia de ésta fueron las dos que siguen.

Andando el tiempo, un coronel revolucionario en la Argentina inten-

tó apoderarse de la escuadra, dirigiéndose sobre ella á todo vapor en una torpedera. La barrabasada resultó tan mayúscula, que si no se le colgó de una entena, fué porque ya no hay entenas en las naves modernas; pero antes de las veinticuatro horas, juzgado en consejo de guerra, fué puesto en capilla.

Todo estaba pronto para que emprendiera el viaje de que no se vuelve. Agotados los empeños por conmutación, hasta las esposas de los mismos ministros que habían firmado el *cúmplase* en la sentencia del consejo de guerra, seguidas de multitud de peticionantes, descendían atribuladas las escaleras de la Casa de Gobierno, desahuciadas en la gracia impetrada á favor de quien, si un Consejo lo declaraba traidor, gentes había que lo reputaban heroico.

No sólo de los extremos de la República, sino de la Oriental y Chile llovían telegramas que era un diluvio, con cuyos recibos encendía el oriental jefe argentino las cuatro velas de la capilla, por no servir ya para otra cosa, cuando alguna alma caritativa recordó que había en Chile otra buena madre cristiana, que con mayor influencia que todo un ministerio había salvado allí á un coronel argentino de las garras de la muerte.

La casualidad, que en todo se mete, hacía que dragoneara de presidente el padre del primer robado á la muerte, cuando llegó el telegrama de su colega de ultra-cordillera, á empeños de la heroína de caridad transmitido: ante esa última nota que tocara el corazón paternal, ya no le fué dable dejar de usar prerrogativa, que al Todopoderoso asemeja el jefe de Estado en cuanto es el único que puede perdonar.

III

Todavía en un tercer caso, que sin duda no será el último, ocasión tuvo de ejercitar los sentimientos de su generoso corazón esta noble alma, cuya larga vida, corta ha sido para tan numerosos actos de abnegación. Y así, cuando acaso, por imitación de mal gusto, cierto sargento chileno se levantó con el santo y la limosna pretendiendo resucitar el partido de Balmaceda (á quien, antes de fenecer la generación que lo obligó á suicidarse, le habrán levantado estatua) en motín que fracasó entre dos luces, pero en el que un subalterno mató á su oficial.

Sentenciado en menos tiempo que al coronel argentino, el pobre chileno liaba sus petates para el otro mundo, ya con el práctico á bordo (sacramentado), toda esperanza perdida.

Damas y caballeros, balmacedistas, errazuristas y hasta frailes de la Buena Muerte habían agotado sus esfuerzos por salvarle.

Siempre un alma de mujer, *la rabona* de este bravo soldado, encaminando sus pasos adonde la Samaritana, volvió á tocar su corazón, nunca en vano tocado.

De nuevo en campaña con su actividad de costumbre, por cierta combinación de teléfonos y telegramas consiguió hacer llegar á tiempo despacho del presidente de la Argentina á su colega vecino, implorando la conmutación de la pena de muerte de un soldado chileno. Tal vez á no haber fracasado el movimiento en que se hallaba envuelto, muchos de los que le denominaban traidor le hubieran aclamado héroe.

No sin poco trabajo consiguió la conductora del telegrama persuadir á su presidente, que si el de la Argentina había concedido la vida de un coronel, á su pedido, escasa retribución era en tan humanitaria solicitud conmutar á un simple soldado.

Como era de noche, y *sin embargo llovía,* entre chubascos y heladas, mientras que la de Toro entraba á su hermosa casa (calle de Huérfanos), á escape se dirigía con la buena nueva, la querida de su querido, al cuartel donde se hallaba en capilla.

Cuál no sería su sorpresa al saber que con las primeras luces del alba disponían sacar el reo caminito al cadalso, ya custodiado por cuatro tiradores.

No obstante que la esperanza es lo último que se pierde, el candidato al banquillo no pudo dejar de inmutarse, exclamando:

—¡La Geroma me ha engañado! Dios se lo perdone por su buena intención de endulzar mis últimos momentos, pero el desengaño es más amargo.

En tan breve distancia del suplicio, sólo un milagro podía salvarle, y éste se efectuó por la electricidad, que hace verdaderos milagros en nuestros días.

Lágrima de mujer conmueve el bronce, y al bronce de su puerta llamaban con lágrimas del corazón, cuando fué despertada en sobresalto la que, feliz y contenta por haber hecho una obra buena, entraba la noche antes en su tranquilo hogar llena de satisfacción.

Teléfonos van y telegramas vienen, y como palabra de rey es sagrada, la del jefe de Estado no lo es menos, y al fin llegó la orden telefónica para que se suspendiera la ejecución, cuando ya los cuatro tiradores, á las voces de mando del mismo ejecutado, iban á suprimirlo.

Todo se explicó luego, por haber quedado olvidado sobre la mesa del despacho el oficio de conmutación.

. . . .

De cómo un alma piadosa robó á la muerte uno, dos y hasta tres más

ó menos malos cristianos, podría ser la moraleja de esta tradición, si la perspicacia del lector no deduce otras que también entraña.

Tan noble dama, que hace cincuenta años dispensa la más generosa hospitalidad á todos los argentinos que llegan á Chile, ha cerrado muchas heridas, teniendo siempre un consuelo para todo dolorido.

Entre héroes de su patria, adornando su salón, vimos los retratos de San Martín, Las Heras, Blanco Encalada, Balcarce, Necochea, Rodríguez Peña, Mitre, Sarmiento, López, Tejedor, Ocampo, Gutiérrez y otros ilustres argentinos.

Ella es quien, aplacando con su valerosa y abnegada acción multitud de rotos inconscientes en hostil manifestación contra el Perito argentino, cruzó tranquila y serena la estación, yendo á recibir en su carruaje al doctor Moreno, á quien luego en su enfermedad transportó á su propia casa, atendiéndole con cuidados maternales.

Los argentinos que visitaron á Chile tienen escrito con letras de oro, en su libro de memorias, *Emilia Herrera de Toro,* cuyo nombre legamos á la gratitud nacional. Ella es la primera que junta en estos momentos sus dos manos, para aplaudir llena de entusiasmo la paz y concordia entre los hermanos de uno y otro lado de la Cordillera.





EL
PRIMER FERROCARRIL

I

No hay temor de que engolfemos al lector en la enmarañada y eterna controversia de si fueron rubios hijos de Albión, ó los más *coloradotes* del extremo opuesto, que se clasifican modestamente ingleses refinados, los inventores del primer ferrocarril, del primer vapor, del primer telégrafo y de otros muchos adelantos de que se jactan estos primerizos del Nuevo Mundo.

Menos dilucidaremos si griegos ó romanos usaban en sus caminos algo á rieles parecido, ó si dos siglos antes del tren, que cambió en 1825 su carga de carbón por carga humana, transportábase ya la hulla de las minas al embarcadero sobre carriles de madera.

Desde que el célebre Newton ensayara en 1680 la primera máquina á vapor, precursora de la locomotora, hasta que el americano Oliver Evans, declarado bienhechor de la patria, presentó el primer año de este siglo carro anfibio que tanto servía de locomotora como de buque á vapor, exhibiéronse muchas locomotoras; pero ninguna más perfecta que la primera argentina, construída hace doce años en los talleres de Tolosa, por aquello de que siempre lo último resume todos los perfeccionamientos anteriores.

Recordamos simplemente la inauguración del ferrocarril entre nos-

otros, como si dijéramos dentro de casa, para nuestro uso doméstico, aquí, en la plaza más central.. ..

Referir lo que antes de transcurrido medio siglo parece ya olvidado hasta en su fecha y promotores, cae del modo más natural bajo nuestra pluma.. . . . .

. . . .

—¿Qué significa ese pequeño lingote de hierro en que descansa la pluma?—preguntaba el niño terrible, encargado de hacer más ruido alrededor de nuestra mesa de trabajo.

—Doble significado tiene, que debes no olvidar, pues es fragmento del hierro que mayor riqueza ha producido en nuestra campaña, llevando bienestar á todo el país. Pero como larga es su historia, pues se extendió en camino algo más largo que el de la casa á la escuela, si vuelves de ella con buenas notas la oirás al lado de la estufa

. . . .

Y pues es el de hoy día de San Justo, recordaremos haciendo obra de justicia, á olvidados promotores de nuestro progreso.

. . . .

No habían transcurrido tres meses del gobierno del Dr. Obligado, cuando llamaba éste á preferente despacho la solicitud del Sr. D. Fabián Gómez, el primero en proponer una vía férrea. Objetó el recto Dr. Ferrera (el fiscal catoniano) que debía ésta sacarse á licitación, como dictaminó ya en las propuestas de aduana, muelles, puentes y caminos, gas, telégrafos y otros benéficos proyectos, que no quedaron en proyecto durante aquella laboriosa administración; pero el 9 de enero de 1854 ya aprobaban las Cámaras otra concesión.

Tuvo origen ésta en la tradicionada tertulia de Guerrico, por la que ha desfilado, en dos generaciones, todo lo más notable que por el país ha pasado.

Allí se discutía, en asamblea de amigos, cada idea útil, y apoyada con la influencia de tan respetable grupo de honrados y laboriosos ciudadanos de iniciativa, rara vez quedaba sin realizarse.

II

Tan escabroso fué el calvario de esta obra, que un año después de ofrecerse en *dos años* la terminación de las veinticuatro mil varas de vía, hasta Morón, vióse obligada la empresa á solicitar la substitución del vapor por caballos en las estrechas calles: tal era el cúmulo de obstáculos que vecinos y propietarios oponían.

Firme en su propósito, y venciendo todas las dificultades, un buen día el Sr. D. Felipe Llavallol, presidente de la comisión, con su hermosa faz rósea, sonriente y bonachona, entró al pasar en casa de su vecino (barrio de la Merced), saludándole lleno de satisfacción con estas palabras:

—Al fin hoy empezamos la magna obra. Si el señor gobernador quiere clavar el primer riel, en su vida tendrá ocasión de remachar clavo de más provecho. . . . .

Desde antes de su primer paso, ya tropezó con inconvenientes, y no fué el menos grave hacer llegar la enorme locomotora hasta donde debía llegar. Nunca había cruzado mole de tanto peso por las calles de Buenos Aires, y no encontrándose medio de camionaje, hasta se proyectó, ya que no podía transportarse por tierra desde la entrada al *Once,* conducirla por agua, aprovechando alguna creciente, como la de *Santa Rosa,* que acostumbraba empujar más de un buque dentro de las calles, profundizando el Tercero que con gran caudal corría por el parque.

Pero el ingenioso Sr. Cardoso, cuyo retrato se muestra en la fotografía de la primera locomotora, se acordó del que subió el diablo al cielo, y así el Sr. Sebastián Casares, que acababa de remontar por ingenioso procedimiento el pesado grupo en mármol del Arcángel vencido, sobre el frontis de la iglesia de San Miguel, con todos los marineros de sus numerosas lanchas transportó desde la Boca del Parque la primera locomotora hasta el lugar de su bautismo.

La obra del ferrocarril duró uno, dos, tres y cuatro años, y empezada á tramitar en el primer trimestre de la administración Obligado, no pudo inaugurarse hasta tres meses después de terminado su período.

Vencidos los mil obstáculos y oposiciones, sucedió que, una vez construído, no hubo quien se animara al viaje de ensayo, ni entre los mismos señores de la comisión. Así dejaremos sobre los rieles los coches vacíos por falta de pasajeros, mientras van almacenando coraje los más guapos, al ver pasar días y días sin accidente el tren de carga.

III

Si entre la primera y última locomotora, fuera del *miriñaque, el ojo de cíclope,* las ocho ruedas, tornillo de menos ó resorte de más, para simplificación del mecanismo, poca es la variación, mucha sí es la de la plaza de donde salió la primera máquina.

Metamorfoseada la del Parque, hoy Lavalle, en parque inglés por obra y gracia del hábil horticultor M. Fabier, mucho antes de 1857 ya

había desaparecido de su centro la laguna en la cual el general Nazar, cuando sólo era el hueco de Zamudio, recordaba haber cazado patos en sus *rabonas*.....

De aquella inolvidable época en que la plaza del Parque con su mala banda de música y árboles sin sombra hacía competencia á la del Retiro, lugar de cita de las más elegantes domingueras, apenas se conserva la fachada del cuartel, pero sin el coronel Martínez en su balconcito, como en los días en que Monasterio y el poeta Luca fundía los primeros cañones y balas que anunciaron al mundo nuestra independencia.

Donde se alza el palacio Miró, amplio y selvático jardín de mal servido *restaurant* competía con el vecino café del Parque, contiguo á la botica del mismo nombre, en cuyas glorietas no cabían tres personas.. ..

Por la soledad y tinieblas de esta plaza plagada de visnaga, antes de la llegada del tren, pocos eran los que se atrevían á cruzarla á media noche, temiendo encontrarse con la viuda del Parque. Desde entonces quedó el refrán callejero:

«Por la plaza del Parque
no se puede pasar
porque todos le dicen
arrincónensela.»

Del propio solar (antiguo basurero) donde se levanta hoy el monumental Teatro Colón, salió la primera locomotora, que vino á modificar costumbres y paisajes.

En lo relativo á éstos, recordaremos solamente que, donde se yergue la estatua del general Lavalle, se instaló *el banco de las camelias*, y en él, al caer la tarde, viejos patriotas se congregaban en la melancólica tarde de su vida á suspirar por las cosas pasadas, recordando que siempre el tiempo pasado fué el mejor.

IV

Y al fin, pues todas las cosas tienen fin, el día del último reconocimiento, se decidió la comisión directiva á subir en cuerpo y alma, afrontando con gran valor el viaje de ensayo.

Sólo el inglés D. Daniel Gowland y Larrondé, del Directorio, había tenido ocasión de viajar en Europa en ferrocarril, pues no menos de diez mil kilómetros hubieron de recorrer para juzgarlo, llegando al más cercano del Callao á Lima, los que del Nuevo Mundo no habían salido. Dos leguas sólo media ese primer ferrocarril en esta América en 1848. La conclusión del de Valparaíso á Santiago celebrábase por aquel mismo mes

(agosto, 1857), trayéndonos esto el recuerdo de un oportuno brindis del ingeniero chileno D. Santiago Arcos.

—Brindo—dijo—haciendo votos porque los rieles que empiezan en esta plaza se extiendan y continúen hasta ir á enlazar su último tramo con los que ya han salido de Valparaíso, viniendo á formar vínculo tan inquebrantable entre los dos pueblos hermanos, como el que estrecharon las armas desde este mismo Parque, conducidas por mi padre á nuestro Chile, á cuya emancipación coadyuvaron.



Alfonso Covassi, primer maquinista de ferrocarril que dirigió una máquina en Buenos Aires.

Y como á la ida, en el viaje de última inspección, fuera todo bien, regresaba la máquina con más velocidad, á razón de veinticinco millas por hora, cuando cerca del puente del Once de Septiembre, sin decir agua va, agua fué, por demás caliente en su descarrilamiento, cayendo desde el alto terraplén á la zanja.

Tumbado el vagón de encomiendas, las cabezas del secretario Vam Prat y del vicepresidente Gowland chocaron fuertemente, al mismo tiempo que la del tesorero D. Francisco Moreno golpeaba al robusto Sr. Llavallol hasta dejarle un momento sin respiración.

El Sr. Mariano Miró, que fumaba, fué fumado, saliéndole por la espalda y no por las narices el humo, pues asustado el *habano,* huyó de su boca, dando media vuelta á esconderse entre ropa y carne bajo las asentaderas.

El Sr. Larrondé saltó sobre el primer caballo que halló á mano, haca rabicorta por más señas, cruzando á escape los tunales del hoy extinto Bajo de los Hornos á guardar el susto en casa, donde á poco entró de galope hasta la cocina.

Los otros señores de la comisión directiva, D. Manuel José de Guerrico, D. Esteban Rams y Rubert (catalán) y D. Francisco Balbín, salieron mejor parados, y en asamblea improvisada á campo raso, resolvieron..... no resolver nada, es decir, no decir cosa alguna á persona viviente, de aventura locomotriz tan poco edificante, y taparse oídos y boca y alguna otra cosa machucada, para que no se trasluciera algo del sucedido.

Cuando, llenas de ansiedad, sus inquietas esposas salían preguntándoles cómo les había ido, los maltrechos y graves señores, con semblante

compungido que se esforzaban en presentar risueño, contestaban que *muy bien,* disimulando chichones y cardenales.

Primeros mártires del progreso, al sentarse inadvertidamente alguno de ellos, más que de pronto se levantaba, y seguían refiriendo entre suspiros mal disimulados las delicias de un viaje de placer, no fuera á ahogarse la fiesta de un ferrocarril que inauguraba su descarrilamiento antes de su inauguración.

Con todo, terminado quedó este último, gozando sus constructores de muchos días de asueto, pues no asomaban los guapos que se decidieran á viajar.

V

Aquel año no hubo *Santa Rosa.*

La hermosa peruana, caprichosa como las tapadas de Lima, no se daba á los vientos de otros años.

Reservaba sus ímpetus, sin duda, para el siguiente, en el cual, como en 1780, no dejó títere con cabeza, viejo con peluca, mástil con vela, ni chimenea con veleta.

Desde entonces viene la comparación popular de «Como el temporal de Santa Rosa.»

La mañana del 29 de agosto de 1857, á la hora que generalmente se andan trancando puertas y ventanas en previsión de tormentas y ventarrones, apareció tibia, perfumada, transparente, llena de dorada luz y de tan suave brisa, que parecía primicia de anticipada primavera.

Leve viso argentado, con que la aurora cubría sus encantos, veló las primeras horas matinales, y cuando el sol desde el cenit derramaba claridad más esplendente, todos los habitantes se echaron á lâs calles en traje de día de fiesta.

Para fijar la fecha de esta tradición hemos tenido que consultar no menor número de sabios, memoristas, anticuarios, historiadores, numismáticos y astrónomos, que para fijar la llegada del primer vapor al Plata.

Bajo el frontis de la antigua estación del Parque leíase en grandes letras: «Inaugurado el 30 de agosto de 1857.» Pero nuestro recuerdo de testigo ocular queda comprobado, no sólo con los documentos que se publicaron con anterioridad, señalando el día *29* para la inauguración, sino también con la descripción de ésta, insertada en los diarios de la mañana del día *treinta.*

. . . .

Banderas y gallardetes de todos colores flameaban al viento, y músicas militares poblaban los aires con alegres armonías.

Hombres, mujeres, ancianos y niños se dirigían al Parque, y aun cuando ya la estatua enana del dios Marte coronaba el ancho portal del viejo establecimiento, era fiesta de paz lo que allí celebrábase.

La concurrencia desbordábase por puertas y ventanas, balcones y azoteas, y racimos de muchachos colgando de árboles y faroles aumentaban con bullicio ensordecedor el de las bandas, cohetes y petardos.

No menos de treinta mil espectadores—se calculó la tercera parte de la población de la ciudad,—cuyo número se duplicaba á lo largo de la vía hasta la Floresta, por uno y otro costado. A pie, á caballo, en carruaje, en carreta, carro, carretilla, *castillo* y en toda clase de vehículos, el pacífico ejército formado en línea de dos leguas, saludaba con aclamaciones, pañuelos y sombreros, á la primera locomotora que, adornada de flores y banderas, corría á triunfar del desierto, flameando al viento su estandarte de humo y de llamas.

En el centro de la plaza se alzaba el improvisado altar entre altos mástiles revestidos de los colores patrios. Cargado de guirnaldas, escudos y gallardetes de todas las naciones, anunciaba la fiesta del progreso y de la fraternidad.

Concluído el *Tedéum*, con majestuoso paso adelantóse el ilustrísimo Sr. Escalada, á tiempo que, coronadas de flores, se acercaban lentamente al altar *La Porteña* y *La Argentina* (primeras locomotoras), para esparcir sobre ellas el agua bautismal, bendiciendo tan venerable Prelado la vía, la locomotora y el tren..... En ese momento, que era la primera hora de la tarde, asestábanse sobre aquel punto los lentes de cuatro daguerrotipos, y el clisé conservado por el hábil fotógrafo Pozzo fijó con fidelidad la viva escena de aquel instante solemne y conmovedor que reproducimos.

VI

Al pasar el tren rápidamente sobre el elevado puente del Once de Septiembre, un *compadrito* de clavel en la oreja cruzó al galope por debajo de aquél, golpeándose la boca y dando vivas.

En aquella plaza de frutos del país, doscientas carretas vacías abrían sus negras bocas al cielo, con sus pértigos en descanso, como á la funerala, vencido el buey por el vapor; y cuando, algo más adelante, una paisana, después de encender dos velas á la Virgen de Luján, salió de su rancho, agitando la bandera de la patria y vivando, la banda de música del 2.° de línea, mandado por el entonces teniente coronel Emilio Mitre,

contestó á la espontánea manifestación tocando la marcha de Lavalle.

Siguió á ésta otra escena menos estruendosa, pero más característica. Un gaucho viejo venía entrando con su tropa de ganado á los corrales, desmontóse é hincado sobre el pasto se persignó al pasar la locomotora.

El padrino de *La Porteña,* que viajaba en el tren de honor al lado del Gobernador, apercibió silenciosa lágrima que se deslizaba por la rugosa faz del sencillo paisano de blancas barbas.



Doctor Obligado, gobernador que decretó el primer ferrocarril de Buenos Aires

Durante el *lunch* servido dentro del quiosco de la Floresta se derramaron en abundancia *champagne,* flores, elocuencia y malos versos de Fajardo.

¡Qué inmenso horizonte abría á la esperanza aquel pequeño ferrocarril, cuyo silbato estrindente anunciaba al coloso que llevaría por todas partes la fecundidad, el movimiento y la vida! El se repetía y dilataba, escuchándose con placer como eco armonioso del himno de victoria de la civilización sobre el desierto.

—Apresura el día—agregó el gobernador Alsina—en que sea posible borrar del derecho público la desgraciada palabra *extranjero.*

. . . .

«Y se vió, recuerda el cronista de la fiesta, después de treinta años, por primera vez, al lado de las personas del gobierno que recién llegaban á él (Alsina, Barros Pazos, el general Zapiola), al ex gobernador doctor Obligado y sus ministros Mitre, Vélez y Riestra, que decretaron el primer ferrocarril, haciendo resaltar su presencia el hecho hasta entonces desconocido de una administración que desciende pacíficamente del poder y que es dignamente honrada por la que le sucede.»

«¡Honor y gloria á la administración del progresista gobierno del doctor Obligado!,» exclamaban los diarios del 30 de agosto, al describir la fiesta de la inauguración del día anterior.

VII

Al regresar en treinta minutos, cinco menos que en el viaje de ida, para recorrer los diez kilómetros, no faltaron episodios curiosos como el del muchacho que por apuesta se tendió sobre la vía, pasando el tren so-

bre él, y el cacique Yanquetrús, que al subir buscaba dónde escondían el caballo comecarbón y respirallamas.....

Diez pesos papel, moneda de entonces, costaba el pasaje de ida y vuelta, y cinco en carruaje descubierto, en toda la extensión de la línea, cuyo primer viajero fué el Dr. Vélez, siendo su primera víctima el filántropo señor Miró. . . . .

. . . .

Aquellas dos primeras leguas de rieles han valido más á la vida y al adelanto de Buenos Aires, no obstante las guerras posteriores, que cuanto se proyectó y realizó cuarenta años atrás.

Si los millones gastados en guerras desde 1857 se hubieran invertido en la prolongación de líneas férreas, apenas distaría hoy dos ó tres leguas una estación de alguna estancia.

El ferrocarril fué también la mejor arma contra la guerra. Su rapidez ha reducido las últimas á su menor expresión, y sin duda no se habría prolongado cinco años la del Paraguay, á haber llegado entonces los rieles hasta Formosa.

El confirmó nuestra carta de ciudadanía ante el congreso de las naciones. Desde entonces se nos invita á todas las reuniones internacionales de vías y comunicaciones postales, telegráficas, ferrocarrileras, etc., etc.....

Gastar mucho pareció el empleo de doscientos mil nacionales en una legua de vía; pero los últimos diez kilómetros se han pagado tres veces más caro de lo que costaron los diez primeros, del Parque á la Floresta.

. . . .

Tras ellos se han extendido luego catorce mil kilómetros, sobre los que fueron transportados, el último año, catorce millones de viajeros (cuatro veces la población de la República) y siete millones de toneladas de carga, ascendiendo el capital de los treinta ferrocarriles á cuatrocientos cuarenta millones de pesos oro.

Objetóse en aquel tiempo que no recorrería sino de un centro á otro por campos poblados; pero el primer gobernador constitucional presentía que alrededor de cada estación había de surgir un pueblo, por lo que planteó, á la par de las primeras escuelas, las primeras vías de comunicación.

Tan profunda era su fe en que el ferrocarril venía á transformar por completo la campaña, en la que no sólo el gaucho dormía largas siestas, sino otros muchos gérmenes de progreso é industrias, que despertaron al silbato de la locomotora!....

Hoy llega un viajero desde Jujuy hasta el Nabuquen en cuatro días, viaje en que se empleaba más de cuatro meses. ¿Podría imaginarse el pilón inmenso de azúcar de Tucumán, la montaña de trigo de Santa Fe, la

torre de lana de los millones de ovejas en Buenos Aires, transportados por la antigua carreta tucumana?

. . . .

VIII

He ahí la historia de este clavo que no fué un clavo, cuando su administración estuvo confiada á comisiones de ciudadanos tan honorables, como las que presidieron los señores Llavallol, Mariano F. Hacedo, Castro, Madero, Huergo, Cambacèrés, Elizalde, asistidos por ingenieros de la competencia de D Guillermo Bragge, Otto Arnim, Tomás Allam, Augusto Ringuelet, Brian, etc.

Posteriormente, más sabios economistas, considerando sin duda á este ferrocarril como verdadero clavo, y cuando otras muchas líneas ya recorrían gran extensión de la campaña, se deshicieron de él como de pesada carga. A los sesenta días de su enajenación la provincia de Buenos Aires se había quedado sin un kilómetro de vía férrea, y también sin un peso de su venta..... ¿Sospecha alguien dónde fueron á parar los cuarenta millones consabidos? Si algún alma bien intencionada quisiera adoctrinarnos, cumpliendo el precepto cristiano de enseñar al que no sabe, mucho lo agradeceríamos, en punto tan interesante, sobre todo para los contribuyentes.

. . . .

Quédannos en el tintero otras interesantes tradiciones del primer día del vapor como los que le sucedieron, y no es el menos curioso cómo vino á nuestro conocimiento el que por la locomotora que sólo había costado once mil dólars en fábrica, se cobró al Gobierno *veinte mil* por la casa de Londres que la envió.

Cierto día que nos mostraba en Nueva York sus libros de fábrica, contestó el gerente de los talleres de Braldwing Locomotive á nuestra pregunta de curioso viajero: «Hoy podríamos dar por algo menos una locomotora con todos los perfeccionamentos de últimos adelantos, pues por la primera que exportamos á Buenos Aires nos pagaron *once mil dólars* » El mismo precio que el almirante Brown calculaba en el año 1825 al primer barco á vapor en el Río de la Plata.

Pero esto sería ya extendernos en zona tan vasta como la que abarca la actual red de ferrocarriles, bifurcada por toda la República.

Y he aquí, en resumen, la historia y el significado de este lingote de hierro que nos sirve de asentador, fragmento del primer riel extendido en tierra argentina.....

¡Benditos los tiempos en que, con la sencillez de costumbres de la

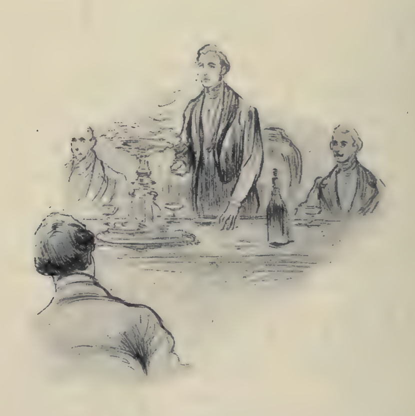
época, un vecino de la Merced entraba, al pasar, en casa de su convecino el Gobernador, y le invitaba sin ceremonia ni etiqueta á acto tan trascendental con estas palabras: «Si el señor Gobernador quiere clavar hoy un pedazo de hierro, empezará la obra más benéfica para el país.»

. . . .

Hombre práctico, poco dado á frases, no pronunció largo discurso al asestar el primer martillazo en la vía férrea que hoy llega á los confines de la República, siendo en esta América la que más extensión mide, ni derramó *champagne* sobre los rieles, á guisa de agua bautismal, imprescindible hoy en ceremonias semejantes.

Tenía un granito de esa fe que, sembrada desde la cuna, germina en el transcurso de la vida, y sombra y consuelo esparce hasta en los últimos días. Por esto, al retirarse del despacho de gobierno, entró aquella tarde en la capilla de San Roque, arrodillándose sobre la tumba en que reposan los restos de su abuelo, cristiano viejo, benefactor de la iglesia, y dió gracias por haberle permitido vincular su nombre á una obra de la importancia de aquella, cuyos trabajos inauguraba.

Y encontró su primera satisfacción en esa muda lágrima del sencillo paisano que, como al paso de una cosa santa, se arrodillaba en medio de los campos para reverenciar al ferrocarril que vino á dilatar la tierra y abreviar la distancia.





UN MILAGRO EN LA PAMPA

I

Una de esas nubladas mañanas grises del frío otoño, en que todo aparece triste al través de melancólica neblina, cierto atribulado sacerdote francés hallábase en la Pampa al Sur de Buenos Aires, en apurado trance del que creía no salir con vida. Sobre árida lomada, bajo nubes encapotadas, divisaba cómo venía amaneciendo perezosamente el día, día sin noche para él, según se le había anunciado. Ebrias chusmas salvajes le rodeaban, cuyas desgreñadas brujas, más feas que un susto, azuzaban la indiada para que lancearan cuanto antes al perro cristiano, que había introducido la peste.

La noche entera había pasado el cautivo en continua oración, encomendándose á todos los Santos, y al aclarar las luces de su último día, recordando la Virgen de los campos, de que nuestros paisanos son tan devotos, hizo un voto solemne á Nuestra Señora del Luján de consagrarse exclusivamente por toda la vida á su servicio inmediato, constituyéndose en propagador incansable de su culto y de su iglesia, si salvaba por un milagro, que no de otro modo podía salvar.

Denunciado por las adivinas ante el cacique principal de la tribu ser el introductor de la viruela, peste que á la sazón diezmaba la toldería, sin otro trámite se le condenó á ser lanceado á la salida del sol, y quemado inmediatamente, para extinguir en él germen de epidemia devoradora. De más está advertir que el pobre sacerdote atribulado, tan limpio de culpas

como de viruelas, no había llevado otro contagio que el de la propaganda evangélica. Pero había sido sorprendido echando agua sobre los recién nacidos, y exorcismos acompañados de palabras que ni el más ladino lenguaraz entendía; más, se llamaba Padre de hijos que no le veían; llevaba corona (tierra adentro, en que todos son iguales y todo es de todos) á usanza india; indudablemente tenía *gaulicho* (el diablo); andaba en secretitos con las indias, principalmente con aquellas que en el día del alumbramiento iban á romper el hielo de la laguna, donde madre y recién nacido se metían temblando por el frío de su primera ablución, según decían, por hacerles algo, ó bautizarlas, según él; sobre todo, era perro cristiano, causa más que suficiente para cargarle ó responsabilizarlo, como única de cuantos males sufría la indiada. No había remedio; todo estaba ya preparado para la ejecución. El cuadro no era cuadro, pero era círculo ó semicírculo, y en rápidas evoluciones concéntricas de la caballería pampa, iba ésta estrechándose en sus correrías en el valle de la misma.

Sorteados los cuatro *lanceros* que, con larguísimas lanzas adornadas de plumeros de avestruz, variaban sus caballos lanzados á la carrera para ensartarle, un mocetón se desprendió del grupo, le volteó el sombrero, y aunque no le distinguía corona, crecido el cabello, se detuvo á contemplarlo, y tirándole el poncho, dijo al partir á escape: «Tapando, hermano, no muriendo de susto.» Pero la actitud de todos los indios que lo rodeaban no era para desvanecer el de su ánimo quebrantado por largos y continuos sufrimientos. Su agonía se prolongaba, y entonces repitió la última y ferviente oración: «Socorredme, Madre mía y Señora del Luján, en el angustioso trance que me encuentro. ¡Venir á morir tan lejos de los míos! Ya no veré más mi iglesia, mi aldeíta, ni á mis padres. ¡Qué desgracia! Desde los Pirineos llegué á predicar el Evangelio, y al comenzamiento de mi propaganda en estos desiertos me sacrifican los mismos que esperaba convertir. ¡Dios mío! Os pido la salvación de mi alma. Si es posible escape de muerte tan horrible, hago la promesa de consagrar mi vida entera al inmediato servicio de tu Santuario y á extender la propagación de tu culto. ¡Oh Virgen Santa del Luján, que nunca desamparaste á los que á tu favor se acogieron! Publicaré tus milagros y caminaré toda la tierra pidiendo limosna para engrandecer tu iglesia.»

II

Tendido y acurrucado sobre el campo, como vislumbre de última esperanza, por la abertura del poncho *pampa* entreveía á lo lejos al indio que se le aproximó agitándose en acalorada discusión cerca del grupo que

rodeaba al cacique, y manoteando hablaba á gritos muy ligero sin interrumpirse, señalando con su lanza hacia el lugar donde se hallaba la víctima. Como si descendiera un consuelo en su última plegaria, le pareció observar que, entre alaridos y protestas, el tumulto de la indiada se apaciguaba un poco. Cual si se detuvieran en su avance, los círculos parecían dilatarse, y después de mucha algazara imponiéndose el cacique, la orden de mando hizo bajar á su voz lanzas que se blandían en el aire.

Entonces, arrodillándose, en la suprema oración de una agonía que se prolongaba, vió desprenderse al indio amigo, volviendo á todo galope, sofrenar su potro y gritarle con expresión de contento:

—¡Salvado hermano! ¡Levantando!

Ni un Demóstenes *pampa* más convincente en su peroración que el verboso orador de la tribu, abogando por salvar al cristiano que le había salvado.

. . . .

El reverendo padre Jorge María Salvaire, de la Congregación de Misiones que reconoce como Patrono á San Vicente de Paúl, en sus primeras excursiones á los toldos, fué encargado por el ministro de la Guerra Dr. Alsina de parlamento de paz, y en vísperas de caer cautivo, diversos socorros había llevado. Poco antes, al salir del Azul, consiguió del Jefe de la Frontera perdonara á un joven cuatrero que estaba en capilla para ser fusilado. Casualidad ó milagro fué que llegara éste al toldo del cacique su padre, el día señalado para lancear á su salvador.

. . . .

El padre Salvaire, desde entonces popularmente conocido por el «Padre Salvado,» no retardó mucho tiempo en empezar el cumplimiento de su promesa, y en vez de un monumento, levantó dos á la Virgen de su devoción. Concluído que hubo la voluminosa *Historia de la Virgen de Luján*, que es otro esfuerzo monumental, paciente obra de benedictino, propagando su culto se fué hasta el otro mundo, recolectando limosnas por todas partes. De Roma regresó con la espléndida corona exornada de perlas y brillantes, que el mismo Santo Padre (León XIII) bendijo por sus propias manos; la que robada luego del camarín de la Virgen, no fué chico milagro su recuperación. A este ilustrado y meritísimo sacerdote ejemplar, cuya actividad ha elevado la más hermosa basílica nacional, no escasearon émulos, envidias, rivalidades, y cuando la prensa denunció el robo de los brillantes de la Virgen, tampoco faltó gacetillero local anunciando no tener que caminar muy lejos de la Basílica *que nunca se acaba*, para encontrarse las *arracadas* de la imagen en apetitosa china, ama de la Casa rectoral, cuyas orejitas color pasa las lucían en el último bautismal del rancho tras la iglesia. ¡Calumnia, calumnia!, que de la calumnia algo queda. Pero

también suele en este pícaro mundo resplandecer la verdad cual rayo de sol sobre la faz de límpida agua cristalina.

Así, sin atreverse á pedir nuevo milagro, como el que le salvó en medio de lanzas de salvajes, imploraba el capellán de la Basílica la reaparición de halajas robadas. Y como la Virgen paga con creces la piedad de sus devotos, no quiso ser menos. Ofrecido un monumento á su culto, dos había levantado Salvaire: la basílica nacional, y la historia que preconiza los milagros de la del Luján. Al de su salvación agregó Nuestra Señora de ese nombre el de la forma cómo se recuperaron sus alhajas, milagro en que intervino el comisario Otamendi, otro milagro de actividad pesquisadora. Cuando á la curia llovían anónimos de que el propio párroco era el ocultador, dicho comisario ponía la mano sobre ladrón conocido, en otro pueblo de campaña, y en momentos que derretía á fuego intenso el arco de oro de la corona, cuyos brillantes se hallaron en los bolsillos de hábil caco de sacristía.

Incrédulos hay que juzgan verdadero milagro y el más grande, no el haber salvado Salvaire de ejecución á lo pampa en la misma, ni la reaparición de caravanas que chismoso calumniador maliciaba en una de esas amas de llaves que San Agustín recomendaba cincuentona (obra preferida por curitas de campaña en dos tomos), sino el haber levantado en época de indiferentismo religioso la basílica nacional que se yergue proclamando la perseverancia y actividad infinita, la constancia y piedad de sus feligreses y del buen cura Salvaire, que en gloria esté.





LA ÚLTIMA CARGA

I

En la batalla que el historiador de Rozas denomina *Cuti-Zaingó*, los portugueses del paso del Rosario, sobre el río Santa María, y que con más propiedad podría llamarse *La batalla de las desobediencias,* entre descollantes episodios de nuestros primeros militares, resalta el siguiente que alcanzamos á recoger de propios labios del ilustre general Paz.

Denominamos «la batalla de las desobediencias,» pues que empezan lo por el general Lavalleja, que al ir á ocupar el puesto designado en el plan (reserva á la derecha), le pareció mejor formar á la vanguardia del ala izquierda argentina, y allí quedó; luego el coronel Blanes, oriental, no quiso obedecer al coronel Paz, como á su vez éste cargó contra orden expresa, y Lavalle sin ninguna.

Ya había muerto el coronel Brandzen y regresaba Paz de su primera carga sin haber conseguido conmover el cuadro de alemanes, cuando al pasar el general en jefe, alcanzó á oirle cierta ironía que picó su amor propio. En el deseo de sacarse la espina, rehizo de pronto su regimiento, iniciando una segunda carga á fondo, cuyo ímpetu se llevó cuanto tenía por delante, logró conmover la infantería al frente, y empezando á vacilar el ejército contrario, inclinó el triunfo á los argentinos.

Divisando con su anteojo el general en jefe que el coronel Paz cargaba sin orden, despachó su ayudante de campo, coronel Martínez Fontes, para que le ordenara detenerse. Tarde llegó éste, cuando los escuadrones regresaban. Entonces, volviendo el general á gran galope, le increpó irritado:

—¿Sabe usted á cuántas fuerzas enemigas ha cargado?

—¡A cuantos tenía á mi frente, general!

—A dos batallones de infantería alemana y un regimiento de caballería. Coronel, queda usted en suspenso.

II

La infantería no tuvo la mejor parte en la batalla, ni los cañones del coronel Iriarte, si bien retardados en formar baterías, diestros oficiales como Pirán, Chilaver, Moreno, Nazar y Arenas, abrieran brecha sus certeros tiros en las líneas portuguesas que dominaban las alturas. Pero la caballería desplegó en todas partes la brillantez del 16.° de Lanceros, de cuyo bravo jefe Olavarría refiere el parte: «Maniobró como en un día de parada.» Medina y los coraceros habían cargado la división Abreu, y Caxias á la derecha, como los coroneles Garzón y Thompson á la izquierda.

Ya había caído tras Brandzen, Besares, el mismo Paz rechazado por la división Barretto (infantería y artillería alemanas). La división Callao, cuyo jefe no observó su nombre, y Leixao y Braun, que cayó cerca del marqués de Barbacena, siguieron al fin la suerte de las caballerías de Bentos González, Bentos Manuel y todos los *ventos* del Brasil, dispersándose hacia los cuatro puntos cardinales.

Alvear termina su parte con estas palabras: «El coronel Paz, á la cabeza de su división, después de haber prestado servicios distinguidos desde el principio de la batalla, dió la última carga á la caballería del enemigo que se presentaba sobre el campo, obligando al ejército imperial á precipitar su retirada.»

La lucha se inclinó contra los portugueses, arrollados por jefes de tan merecido renombre como Mansilla, Soler, Olazábal, Paz, Lavalle, Olavarría, Iriarte, Pacheco, Brandzen, Oribe, Chivaler, Vilela y Medina. Terminada la batalla de Ituzaingó á las dos de la tarde del 20 de febrero de 1827, todos los jefes y oficiales superiores fueron llamados ante el general en jefe. Cuando cruzaba Paz el campamento, de cada batallón salían sus jefes á saludarle, persuadidos de que su última carga había sido el principio de la derrota. Los de más confianza le repetían: «De esta hecha se cambia el color de las palas.» A lo que el coronel Paz contestaba con reserva: «Por el contrario, he sido suspendido.»

El general en jefe, ya más desahogado, le dijo:

—Pero, al fin, coronel, usted no me ha dicho por qué cargó sin mi orden.

—Una caballería enemiga amenazaba mi frente, y la última orden del día autoriza á los jefes de división á obrar, á falta de orden, según las circunstancias.

En seguida llegó Lavalle, que regresando con gran retardo, le recibió el general con dos piedras en la mano.

—¿Por qué ha desobedecido usted las órdenes, estando dispuesto que no se alejara de la vista del campo de batalla?

—Porque los riograndenses son volvedores, señor general, y mientras quedaba un grupito alrededor de Bentos Manuel, volvían á rehacerse.

—¿No sabe usted que ha podido comprometer el éxito de toda ella, y quedar cortado del centro?

Después de estas y otras exclamaciones sobre el estricto cumplimiento del deber y las prescripciones de ordenanza, despidió con cajas destempladas al brillante adalid, que se creía llamado para agradecérsele sus remarcables servicios.

Alvear, repitiendo que las cargas sin orden dada comprometían la victoria, seguía manifestando su disgusto por la conducta de Paz, y como el coronel Dehesa defendiera á su comprovinciano: «Ha dado una carga sin precedente, por la que merecía un castigo,» replicó: «Perdone, señor general: el coronel Paz la ha llevado para salvar el honor de su regimiento.

—El regimiento no es de él, sino de la nación. El coronel Paz es un bravo á quien estimo, pero la primera cualidad de un soldado es la subordinación.

III

Pasada la hora de lista, y cuán triste es la primera lista sobre el campo de batalla donde tantos no pueden contestar, otro ayudante de Estado mayor volvió al galope á llamar á los coroneles Paz y Lavalle, y cuando éstos llegaron al paso de sus sudorosos caballos de batalla, compañeros en las fatigas de aquel día, ya encontraron al general en jefe más humanizado.

—¡Señores generales!—dijo; y no encontrando al dar vuelta á Mansilla, Soler, Lavalleja, únicos de ese grado en el ejército, se miraron los dos compañeros.—Queda levantada la suspensión—agregó, dirigiéndose á Paz; —y como son ustedes los coroneles más antiguos del ejército, con autorización de proponer ascensos sobre el campo de batalla, les saludo en el grado inmediato, como á los que más han coadyuvado á la victoria de este día. Pero no hay que olvidar, señores, que la subordinación es el princi-

pio de la disciplina; que sin ésta no hay unidad ni ejército posibles; y los oficiales maniobreros de San Martín tienen la costumbre de iniciaciones, que bien pueden comprometer la victoria.

. . . .

Nuestro ilustrado amigo el historiógrafo general Garmendia, en su interesantísimo estudio sobre las campañas de Aníbal, traduce la siguiente anécdota histórica, cuya similitud justifica cargas como la del general Paz.

«Esperando el momento oportuno, y teniendo la conciencia de un gran deber nacional, desobedeció Seidlitz en la batalla de Zorndorf una orden de Federico II, y esa desobediencia fué causa de la victoria. Cuando la infantería prusiana estaba en plena derrota, recibe reiteradamente la orden de ponerse á la cabeza de sus escuadrones y cargar al enemigo. Seidlitz, no creyendo el instante favorable, no cumple la orden en el primer momento.

»Irritado Federico, le hace decir que la desobediencia le costará su cabeza, á lo que contesta el egregio general de caballería (que fué el primero de su tiempo), teniendo siempre la vista fija en el enemigo: «Id á decir á S. M. que después de la batalla dispondrá de mi cabeza. Ahora la necesito mucho para su servicio.» En seguida carga con su treinta y un escuadrón, sablea á la caballería rusa, cae sobre el gran cuadro y destruye una tercera parte del ejército.

»Este rasgo demuestra el verdadero genio de un general de caballería. ¿Cuánto tiempo de trabajo y de observación le habría costado para adquirir tanta penetración?.... Si Seidlitz hubiese cargado fuera de tiempo, como inoportunamente lo ordenaba Federico II, se hubiese perdido la batalla.»

. . . .

Recogida esta tradición de los propios labios del ilustre general Paz, nos fué confirmada con la descripción de la batalla, que á nuestro pedido escribió el señor general Pacheco en 1865, según lo recuerda en su última publicación el doctor Quesada, narración idéntica en todo á la que anteriormente oímos al Sr. Olazábal, quien repetía: *«La última carga* del general Paz vino á coronar la victoria de Ituzaingó!»

Compendiaba así su cuento el autor de tan notables *Memorias*, tan parco de elogios para sus contemporáneos (que en sus tres gruesos tomos no se encuentra esta referencia): «Indudablemente la obediencia pasiva es la base de la subordinación, sin la que no hay disciplina. Ni ofrecerse, ni excusarse, corresponde al militar, limitándose al cumplimiento de sus deberes.

»Pero ésta, como todas las reglas, tiene su excepción. Si bien es cierto que una carga á tiempo, dada sin orden, pudiera llegar á comprometer el plan general de la batalla, cuando se viene el enemigo encima no hay soldado que se cruce de brazos y espere orden para rechazarlo.»





EL PRIMER ALMIRANTE

(SU TRADICIÓN)

A mi Alejandro, en su infancia.

I

Puesto que á las tormentas inevitables de la vida pretendes desde tan temprana edad agregar las tempestades del mar, el día que subes á la nave de guerra cuyo puente llegar puede á ser cuna de gloria, oye algunas aventuras del que dió nombre á este buque-escuela, antes de conmemorar en el que hoy lleva la primer batalla dada más allá de las fronteras de la patria.

Grande cuanto es la América, cuanto lo es el mar que la circunda, fué el vasto campo donde flameó bien alto la bandera azul y blanca, enarbolada con gloria desde su primer día, al pie de cuyo mástil, antes de los quince años, haces hoy la primera guardia.

Porque bueno es sepas que el pabellón argentino tuvo por patria todo el mar, y desde su nacimiento, hacia los cuatro vientos del Océano su sombra protegió al oprimido, y del Plata á las Antillas, de las costas de Europa hasta el Mar Indico, hizo conocer con honor bajo todas latitudes los colores y las armas de «esta nueva y gloriosa nación.»

Oíd algunos rasgos del capitán que puedes tomar de ejemplo, noble tipo de valor é hidalguía, de abnegación y constancia, quien desde grumete llegó al más alto grado.

. . . .

Menos años que tú contaba Williams cuando le entusiasmaban los cuentos de la abuela en largas veladas de un crudo invierno alrededor del

hogar, allá en la verde Erin, con las proezas del célebre niño que, á tu edad, preguntaba con toda ingenuidad: «¿Qué cosa es miedo?» El eco de los triunfos del marino mimado de la victoria le exaltó, y el ver bajar un día casi en pedazos, como su buque, pero cargado de laureles, á Horacio Nelson en brazos del pueblo inglés que le aclamaba, acabó por decidir su inclinación á la mar.

Al día siguiente de enseñarme el inolvidable Dr. Rawson la ribera del Hudson, donde se recibió entre mofas y silbidos á Fulton al embarcarse en el primer buque impulsado por el vapor, que pronto impulsó el progreso del mundo, aguardábamos el vaporcito que remontando el *Delaware* nos conduciría á la mansión del padre de la patria (en Mont-Vert). El sabio médico, con su pausada voz de plata, iba recordando lo siguiente:

«Por esta misma playa vagaba, poco menos de un siglo há, un pobre niño llevando por todo equipaje al hombro, atado á la punta del bastón, un par de pantalones remendados, cuando la casualidad le hizo tropezar con el patrón del inmediato buque anclado. Atrayéndole la vivacidad y aire resuelto del niño que acababa de perder su padre á poco de arribar á América en busca de fortuna, le preguntó que si era trabajo lo que buscaba, lo había á bordo, recibiéndole inmediatamente de mozo de cámara. Cuando se tiene un corazón honrado y ánimo dispuesto se va muy lejos, y ese niño, vagando en su orfandad por esta ribera, trepando á las jarcias desde ese momento, subió, y subió de la cofa á la verga, de la cruceta al tope del alto mástil, llegando en nuestra tierra al más alto grado.»

. . . .

Bien pronto se transbordó á una nave de guerra, en la hora de las verdes esperanzas de la vida, presintiendo que él también podría llegar un día á ser bajado en brazos del pueblo, aclamado vencedor. Nacido en aquella isla en que todos nacen gente de mar, pronto pasó su primer cuarto de hora, como en todas las carreras, el más difícil, entre las asperezas de la maniobra y los tumbos de las olas. No habiendo dejado enemigos que combatir sobre las costas de Europa, Nelson, el Napoleón del Océano, retardada allí su hora, impaciente, viró de bordo con rumbo al Nuevo Mundo, escudriñando otro teatro para sus hazañas.

Así arribaba el año XI en el *Gran Napoleón,* buque mercante, á la ensenada de Barragán. Llegó á tiempo, y esta fué su primer fortuna; que no hay como llegar á tiempo para seguir tan veleidosa beldad; ciega y saltando en un pie, huye fugaz, sin dejarse alcanzar las más veces.

Los momentos eran propicios: necesitábanse buques y quienes los mandaran. Ocupado el industrioso capitán en su pacífico tráfico de cueros y frutos del país de una á otra ribera de este río, al bajar un día en

Montevideo, le sorprendió que la autoridad del puerto hubiera convertido en empedradores de calles á sus leales marineros. Arrebatándolos, transformó su pequeño buque en nave de guerra y la tripulación en soldados expertos.

Rápidamente armó dos ó tres barcos más, echando así los cimientos de la primera escuadra nacional que en Montevideo y Martín García afianzó el nuevo pabellón con doble victoria.

II

Un día arribó á un puerto lejano, muy distante de esta su patria adoptiva, pero no tanto que no llegaran más tarde en pos de su nave victoriosa soldados argentinos, bajo el pabellón que él hiciera conocer.

Anunció su presencia sobre el *Guayaquil*, resonando sus cañones como la primera voz de esperanza para aquellos pueblos todavía bajo el yugo colonial. Derribó fuertes, arrastró baterías, destruyó cuanto á su paso se opuso, y á punto estuvo de enarbolar la bandera de la Independencia, muchos años antes que Bolívar, cuando rápida bajante de la estrecha ría dejó encallado su pequeño bergantín *Trinidad* (9 de febrero de 1816), sus diez y seis cañones inutilizados y la mitad de sus hombres muertos ó heridos.

Abordado por veteranos españoles, de pronto la victoria vuela de sus mástiles, convirtiéndose su triunfo en derrota. El jefe enemigo, vencedor en la mayor parte, del puente grita: . . . .

—¡Rendíos, bravos marinos!

El capitán Williams se cubre con la bandera que encuentra á mano, precipitándose á la santabárbara, y responde mecha en mano:

—¡Si no desalojáis al momento, volamos todos!

Los abordantes, atemorizados por tal audacia, desembarcan, concediendo á sus prisioneros los honores de la guerra.

Así envuelto en la bandera azul y blanca por único ropaje, cruzó las calles de Guayaquil, haciendo conocer á los ecuatorianos aquellos brillantes colores que aparecían cual iris de esperanza, y que pocos años después flamearían victoriosos al pie del Pichincha. Como Belgrano, aun de su glorioso contraste en Tacuarí supo sacar provecho para dejar allí semilla fecundante de independencia, así el capitán Williams, aun prisionero, reanimando con su ejemplo y su palabra á los hijos del Ecuador, alentó su emancipación.

Las autoridades españolas, temiendo el contagio por el entusiasmo con que fué recibido el glorioso prisionero entre los patriotas, apresuráronse á

devolverlo al día siguiente, cuando se presentó á rescatarle el comandante Buchardo, cuyo buque, por falta de agua, la víspera había retardado la victoria.

. . . .

En otra obscura noche penetró en el puerto donde la escuadra imperial se hallaba fondeada, creyendo muy distante los buques argentinos. Sus marineros dormían, como en esas prolongadas siestas americanas frente á costas abrasadoras. Pasa Williams con sigilo la vanguardia, penetra sin ser sentido hasta el centro, saluda al enemigo con la doble andanada de sus cañones de babor á estribor, y sigue sereno su ruta, virando luego para observar desde lejos, á las primeras luces de la mañana, los buques portugueses bastante destruídos. En las sombras de obscura noche, creyéndose sorprendidos por el enemigo, habían combatido entre sí largas horas sin poder reconocerse, hasta que las brisas matinales disiparon el humo y el error.

. . . .

De aquella honrada familia de Martínez que, como la de Balcarce, dió cuatro generales á la patria, D. Juan Apóstol encontrábase en el muelle divisando las evoluciones de la escuadra que bloqueaba el puerto, cuando llegaba Williams á embarcarse ya Comodoro (9 de julio de 1826).

Martínez fué uno de los más valientes oficiales del ejército de los Andes. «Con decir que cabalgó un toro con espuelas, de qué audacia no será capaz,» decía su camarada Juan Lavalle, refiriéndose á la célebre corrida de toros que en despedida del ejército se dió en Mendoza.

Al pasar, como el marino le invitara á acompañarle:

—Vamos á tener fiesta, y de las buenas—agregó Martínez, que jamás diera espalda al peligro.

Aunque nunca se había embarcado, aceptó, y subiendo á bordo de la capitana, pronto empezó el baile.

—Ahí viene un barco por retaguardia—advertía el soldado de tierra al lobo de mar.

—Deje se acerque no más, que por vanguardia llegan dos—le contestaba.

Y dirigiendo impávido el combate, anteojo en mano, no dos, ni cuatro, ni ocho, diez y seis y hasta treinta y dos buques portugueses rodearon los del comodoro Williams, interceptando espesa humareda la vista del pueblo que, coronando las barrancas y azoteas, divisaba el combate allá por los Pozos.

Después de largas horas de lucha, en que dejó á la escuadra bloqueadora de tal modo deshecha que vióse obligada á levantar el bloqueo, en-

traba con su buque desmantelado, el *25 de mayo,* entre otros dos para evitar zozobrara antes de anclar dentro del puerto.

El audaz jefe conoció muchos valientes, pero ninguno como aquel intrépido, que cuando todos palidecían en la confusión del peligro, él sonreía apacible é inmutable.

—No subiré más á bordo. Se necesitaba doble ración de valor para aguantar los corcovos del barco sobre el potro de las olas—repetía Martínez al referir aquella danza en el Plata, tan de improviso invitado.

. . . .

Hay meses en la historia patria que parecen consagrados por la gloria. Sus fúlgidos rayos iluminaron los hermosos días de febrero, que no por ser el más corto conmemora menos fastos. Los de San Lorenzo, Salta-Putaendo, Chacabuco, Bacacay, Ituzaingó, Patagones, Colonia, Juncal y otros muchos combates ven reverdecer sus laureles en las conmemoraciones de febrero.

Difícil es compendiar en breves páginas las múltiples hazañas del capitán Williams.

Limítome á recordar las que en las fechas de tu ingreso en la Escuela Naval, el día 9 de tan glorioso mes, en tres años diversos, obtuvo el capitán, el comodoro y el almirante.

La sangre fría que demostró en el primero, el arrojo sublime del segundo, la astucia del tercero, hacen descollar éstos entre cien otros episodios gloriosos de su vida.

III

Volviendo de los mares del Sur, donde hiciera numerosas presas al enemigo, se le telegrafió de tierra:

—La escuadra imperial ha entrado en el Uruguay.

Rápidamente contestó:

—El comodoro garante no saldrá.

Hombre de pocas palabras y de grandes acciones, siempre mantuvo la mirada serena más allá del horizonte, fija en su único objetivo, cual si tuviera firmado pacto con la victoria. Púsose en marcha con su ligera escuadrilla, dejó á barlovento aquella preciosa isla, llave de nuestros ríos, que recuerda en su nombre el del primer piloto (Martín García) y que el año 14 fué cuna de su gloria; penetró en el Uruguay, y escalonando sus buques frente á la isla del Juncal, dejó bajo llave, según su expresión, á la escuadra enemiga, que no tenía otra salida.

No tardó ésta en retroceder cuando supo cortada la estrecha desembo-

cadura por la nave de Williams, cuyo nombre significaba la importancia de una escuadra y cadena más fuerte que la de veinte barcos con que el tirano pretendió un día atajar la civilización en las barrancas donde tu tatarabuelo dejó su nombre (combate de Obligado).

Conocedor del río, situó estratégicamente sus buques, atrayendo los del enemigo sobre bancos para ellos desconocidos. Encallaron unos, destrozó y desmanteló otros, y á los pocos días reapareció sobre el Plata con la escuadra y su almirante prisionero. Cumpliéndose entonces el presentimiento de su visión de niño, fué conducido en alas del entusiasmo y en brazos del pueblo por calles embanderadas, en que las damas le arrojaban flores, hasta el célebre Café de Marcos, donde saltando sobre una mesa el célebre poeta Juan Cruz Varela, declamó aquella *oda* sublime, cuyo verso leíste transcrito por mí en la primera página del álbum de nuestro primer acorazado que lleva su nombre:


El almirante Brown

«Alzóse Brown en la barquilla débil,
pero no débil desde que él se alzara.»

Por poco que recuerdes de nuestra gloriosa historia nacional, habrás adivinado ya el nombre del heroico capitán.

Noble ejemplo á imitar es este primer almirante del Río de la Plata, cuyas hazañas hasta hoy no han sido superadas por otro alguno.

Aunque combatió con jefes de tanto renombre como Romarate, Lobo, Pinto, Greenfield, segundo de lord Cochrane, Norton, Sena Pereyra, nunca fué vencido; y una cohorte de brillantes oficiales tuvo por coadjutores en los primeros triunfos navales de la República Argentina. El coronel Erézcano, Seguí, Somellera, Buchardo, Mazón, Castellí, Silva, Larrosa, Cerretto, Azopardo (el mismo Romarate), primer jefe contra quien combatió y que Brown atrajo posteriormente á su servicio por simpatías personales, Thurne, Jorge, Toll, Cocke, sobre quien se extendió negra sombra cuando se alejó de los severos principios de su jefe, Bynon, Cordero, su propio hermano Miguel Brown, Parck, La Rosa, Norther, Drumont y otros.

De aquella pléyade de bravos sobreviven únicamente Cordero y Sin-

gler, ya testigos únicos de las hazañas de su jefe, á quienes has oído la admiración con que le recuerdan.

. . . .

Pero, entre todos los discípulos de Brown, descuellan como dos verdaderos lobos marinos los coroneles Espora y Rosales.

En cierta ocasión tuvieron, acaso por simple cuestión de amor propio, un resentimiento que, como las rencillas de á bordo, más se enconan por el reducido espacio en que se concentran, y cual la mancha de aceite, va creciendo, extendiéndose. Tras altercado de palabras fuertes se retaron á duelo. Brown, valiente y cristiano, á pesar de haber pasado la mayor parte de su vida combatiendo en defensa de la patria de su adoración, jamás se batió por cuestiones personales. Nacido en una gran nación, donde no se conoce el duelo, siempre lo prohibió en la escuadra de su mando. Creía que la patria no cuelga la espada al cinto de cada uno de sus defensores sino para defenderla; que el hombre no debe hacerse justicia por sí mismo, y que, excepto el caso de propia defensa, no es dable andar á sablazos, menos entre compañeros.

Tal vez lo contrario se piensa hoy en ciertas esferas, sin ser extraño entre los más jóvenes y principio corriente que, al primer pisotón, bien sea casual, deba contestar un sablazo. Al respecto limítome á aconsejarte aprendas todas las armas, te adiestres en toda esgrima, no para alardear ó desafiar á nadie, sino para saberte defender en todas circunstancias. Observa el lema que leíste en la espada de tu abuelo:

«No me saques sin razón
ni me envaines sin honor.»

El caso fué que, con razón ó sin ella, concertado un duelo entre dos de los más valientes oficiales, por el cariño que tenían á su jefe, creyeron deber no llevarlo á efecto sin despedirse de él. El comodoro, ya al corriente de lo proyectado, al solicitársele venia para bajar conjuntamente á tierra, les dijo no se le ocultaba el objeto de la licencia, y extrañaba que, distinguiendo á ellos entre compañeros de gloria, no le hubieran designado para dirimir su contienda. Que si ambos querían corresponder á su aprecio, no dudando tendrían razón para el duelo, excepcionaría lo reglamentado, si le confiaban dirigir el encuentro.

Gustosos ambos, se sometieron anticipadamente á todas las condiciones que quisiera imponerles su jefe, tan competente en cuestiones de honor.

—Pues bien: por de pronto—dijo,—preciso es aplazar un momento el lance; hay algo más importante que á todos nos interesa. El enemigo no

está á la vista, pero mañana salimos en su busca. Estén prontos; yo les prometo que se batirán, y en regla.

Pocos días después, al moverse la escuadra, se hicieron señales de la capitana para que vinieran á bordo los comandantes Rosales y Espora. A su arribo, el jefe les dijo:

—Mis amigos, antes de entrar en combate les recuerdo el duelo pendiente. ¿Vuelven ustedes á prometerme cumplir todo lo que yo disponga?

Y contestando ambos ponerse completamente á sus órdenes, añadió:

—Bueno; un doble duelo á muerte se efectuará hoy. Yo he retado á la escuadra portuguesa, y ustedes van á cumplir mis prescripciones. Al frente está el enemigo; ya han tocado *zafarrancho*. ¿Divisan ustedes la insignia de la nave principal? Los dos van á atacarla. El que primero le haga arriar bandera será el vencedor. Sangre de bravos como ustedes no debe derramarse sino en sacrificio de la patria.

El ataque empezó con diversas peripecias. Larga fué la lucha y cruenta por ambas partes. Ordenado el abordaje, el buque principal fué á un tiempo asaltado por babor y estribor; Espora y Rosales, rivalizando en arrojo sobre cubierta, corrieron al palo mayor, y cuando el pabellón descendía, se abrazaron ambos entre los vítores del triunfo.

Sincero y espontáneo abrazo, en medio de las llamas, más fuerte que la muerte, se prolongó más allá de los días de ambos, estrechados sus descendientes en una noble amistad de muchos años.

IV

Tan abnegado en el peligro como generoso después de la lucha, compendiando rápidamente sus principales hazañas, pondré punto final con la referente al general Garibaldi. El célebre marino, cuya vocación decidió el ejemplo de Nelson al presenciar sus aplausos desde niño, el último cañonazo que disparó fué dirigido contra ese otro héroe de ambos mundos, que todavía, después de treinta años, me preguntaba en sus postrimerías por su bravo contendedor.

Completamente deshechos sus buques por los que mandaba el comodoro en el reñido combate de Costa Brava, sobre este mismo río Paraná en que se mece la nave de tu primera guardia, después de haber quemado hasta el último cartucho, Garibaldi prendió fuego á sus pequeños barcos, procurando salvarse en un bote.

El capitán de bandera, hoy vicealmirante Cordero, le indica, pasándole el anteojo:

—Señor, en aquel bote huye el jefe enemigo: ¿se ordena su persecución?

—No, no. De ninguna manera—contestó el noble marino,—los bravos no se persiguen. Déjenlo, que Dios le ayude. Llevado á presencia de Rozas lo sacrificaría, y tal vez el valiente Garibaldi esté destinado á grandes cosas.

Entonces baja al bote Cordero, á quien en tan encarnizado combate honró Brown regalándole su propia espada (hoy en el Museo), procurando adelantar al que de vanguardia se había desprendido, emprendiéndose entonces la memorable carrera que la tradición recuerda con el nombre de «La regata de los dos hermanos.» Ambos á un tiempo, Mariano y Bartolo, abordando el buque enemigo sobre cuyo puente humeaba la guía dispuesta para hacerle volar, córtanla con sus hachas de abordaje, salvándolo, mientras que, honrando al valor desgraciado, ven alejarse en pequeño bote á Garibaldi y su fortuna, y con él al héroe de una noble causa.

. . . .

El número de presas que hizo Brown fué tal, que el almirante Cockrane, ni el mismo Nélson, ni otro alguno, con tan escasos elementos alcanzó más ventajas del enemigo.

Cansada de tanto combatir, más de una vez la marinería extranjera, atraída únicamente por el enganche, desertó de los buques, y por mucho tiempo tuvo que echar mano de gauchos, y aun de indios destinados á bordo. Bajo tan ruda corteza descubrió buena madera para diestros marineros. Valientes y sufridos, sumisos y constantes, obedientes y decididos, en su ignorancia no sabían ni contar, menos leer, y sin embargo aprendieron á escribir por señales.

Es de admirar cómo se ingeniaba Brown para hacer conocer los nombres de velas y maniobras á sus buenos muchachos. Habiendo llegado á comprender que sólo conocían el libro *de cuarenta hojas*, puso á todas las vergas y velamen nombres de barajas. Así oíanse en su singular lenguaje, durante las maniobras, órdenes y voces de mando que provocaban risa en medio de la refriega: «¡Larga el as!, ¡Ata el caballo!, ¡Recoge la sota!, ¡Amarra al rey!,» por largar *la mayor,* recoger *rizos*, atar el *bauprés* ó asegurar *el foque*.

. . . .

Y ahora, hijo mío, no te andes por las gavias, ni cuelgues de las vergas, ni quedes en la cofa. Estudia y aprende hasta llegar al tope del mástil.

V

Recuerdo al bravo jefe que dió nombre á la nave de guerra en que hoy haces tu primera guardia de cadete. Alto, corpulento, tan blanco su noble rostro como el cabello que le coronaba, cejijunto, cojo, ya algo encorva-

do por el peso de sus años, de pocas palabras, reservado, algo maniático, bondadoso, raro y silencioso, el solitario de Barracas, que si nunca llegó á hablar bien el castellano, hizo retumbar las más sonoras voces sobre el Plata con los cañones de la independencia, conservo grabado el recuerdo de sus últimos años entre los primeros de mi juventud.

Ya en sus postrimerías allá por 1856, mi padre, á la sazón primer gobernador constitucional de la provincia de Buenos Aires, me mandó á saludarlo é informarme de su salud, bastante quebrantada, á su casa, especie de castillo donde por cuarenta años vivió fortificado en medio de los potreros de la Boca, á la entrada de cuyo portón, sobre la calle hoy de su nombre, aún permanecen enterrados dos de los cañones que tomó á los portugueses. Enviaba el gobernador á preguntar si podía fijar día para inspeccionar el buque mercante fondeado en la Boca, ofrecido al Gobierno. El viejo almirante en cuyo escondrijo costó penetrar, cuando supo quién me enviaba, tuvo reminiscencias gratas para tu bisabuelo, recordando que el Dr. D. Manuel Alejandro Obligado, ministro de Estado permanente en el largo directorio del general Puyrredón, fué quien le había sostenido con mayor confianza durante el primer corso, cuando se le pretendía equiparar á un pirata ante el Tribunal de Londres, para declarar mala presa las que hiciera en las Antillas, bajo bandera de una nación no reconocida.


El coronel Sinclair, último marino superviviente de la primera escuadra argentina.

Al fijar el día en que se hallaría sobre el bergantín *Río Bamba*, insinuaba al gobernador cambiar el nombre por *General San Martín*.

—Es uno de los hombres de la Independencia que siento no haber encontrado en mi camino—agregaba el glorioso veterano,—en tan larga carrera que ambos combatimos por una misma causa, si bien llegué á saber que en un mismo día habíamos recibido nuestro bautismo de fuego sobre el Mediterráneo, tripulando yo uno de los buques de la división naval al comando de Nelson, y él en la infantería de marina de otro buque español. Tan asendereada ha sido mi vida y tan de continuo movimiento la suya, que en sus breves estadías aquí, y en mi vida de tanto ó más movimiento que la de él, no tuve ocasión de verle. Pero recuerdo que á uno de los primeros buques que armé puse su nombre. Ya no existe ni el

casco en ruinas, por lo que el último en cuyo armamento tendré participación, deseara inscribir en su popa su nombre glorioso.

Coincidencia fué esta que se ha repetido en más de uno de los prohombres de la revolución. San Martín siempre al galope, apenas se entrevistó dos horas con Belgrano; el almirante Brown no le encontró una. Estos dos astros de la naciente gloria argentina habían seguido su curva majestuosa hasta más allá de los confines del patrio horizonte. Cuando en 1828 llegó San Martín á divisar la ribera natal, venía ávido de abrazar al héroe que había llevado triunfante el pabellón que él alzó á la mayor altura de la tierra por todos los mares que la circundan.

Recrudecida la lucha civil, al terminar los combates en que la figura de nuestro primer almirante se agiganta (como el genio del Plata que con tanto brío defendiera), sin dejar la nave que le conducía, dió melancólicamente desde lejos sus últimos adioses á la patria, sin que los argentinos, divididos, pudieran contemplar en estrecho abrazo el más grande de los criollos con el más querido extranjero vinculado á ella por sus victorias. ¡Fraternidad de gloria que no nos fué dable aplaudir por nuestras continuas discordias!

Sólo en otra ocasión llegué al encastillamiento del misántropo de Barracas, tan buen cristiano como arrojado marino. En la mañana del 3 de marzo de 1857, el capitán de la escuadra Alejandro Muratore (aquel joven de tan brillantes prendas que á no haber truncado prematuramente su destino balas fratricidas, destinado estaba á ser nuestro primer almirante) vino todo agitado y conmovido con la nueva al gobernador de que Brown arribaba en su último viaje á la eternidad. Entre las disposiciones tomadas se me encargó atravesara frente á nuestro hogar (Reconquista, 33) para conducir en el carruaje á escape al más piadoso de los capellanes irlandeses, el inolvidable padre Fahy, que siempre llegó á tiempo de consolar á cuantos sufrían.

VI

El honor del joven oficial, como el pudor de la doncella, semejante es á un limpio cristal purísimo que el más leve soplo empaña. Recuerda en todas las solemnes circunstancias de tu vida la breve y elocuente proclama de Nelson, que resumía todas sus aspiraciones: «La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.» Más que para otra alguna, en la carrera que emprendes tan llena de peligros, contrariedades y privaciones, se necesita doble cantidad de valor, de abnegación, de desinterés y patriotismo. Sed respetuoso con tus superiores, afable con tus compañeros, to-

lerante con todos. Saber obedecer primero, para saber mandar después.

«Honor y patria» es la divisa del buque á que hoy subes, y subordinación y disciplina, estudio, constancia y aplicación la de toda carrera. Se necesita mayor energía en el peligro, mayor sangre fría en la catástrofe. Vigilancia á todas horas, reserva y serenidad en todos los momentos.

¡Cuántas veces los intereses y el honor de una nación penden del éxito de un buque en un momento dado! Ejemplo bien cercano presenta la última guerra del Pacífico. Murió Grau y el Perú sucumbió, naufragando con el Huáscar, en una hora, todas las esperanzas de triunfo.

¡Adiós, hijo mío!, y si un día la ambición extranjera, explotando nuestras eternas disensiones, amenazara la independencia de la patria, recuerda que la escuadra es la vanguardia de la nación.

. . . .

Cuando alejándote del Plata para dar velas al mar, vuelvas tus miradas, perdiendo ya de vista, como esfumado entre las brumas del horizonte, el torreón en que escribo, donde levanté un hogar para mis hijos, recuerda que á su pie está el oratorio donde te enseñaron la primera plegaria; que antes que resuene el cañón de tu nave, las primeras manos que entrelazaron las tuyas se cruzarán en el ruego, habrá rodillas que se doblen, corazones que palpiten y se eleven en la oración, labios que pidan al Dios de la victoria el triunfo para la patria y la salvación para su hermano.

Recuerda entonces el ejemplo de nuestro primer almirante, cuyos rasgos principales, que te dedico con mis adioses, he pasado escribiendo en la noche de tu primera guardia. Recuerda que siempre él invocaba la protección de la Divina Providencia al entrar en combate, y cumple con tu deber.

¡Que el Dios de tus abuelos bendiga tus armas!

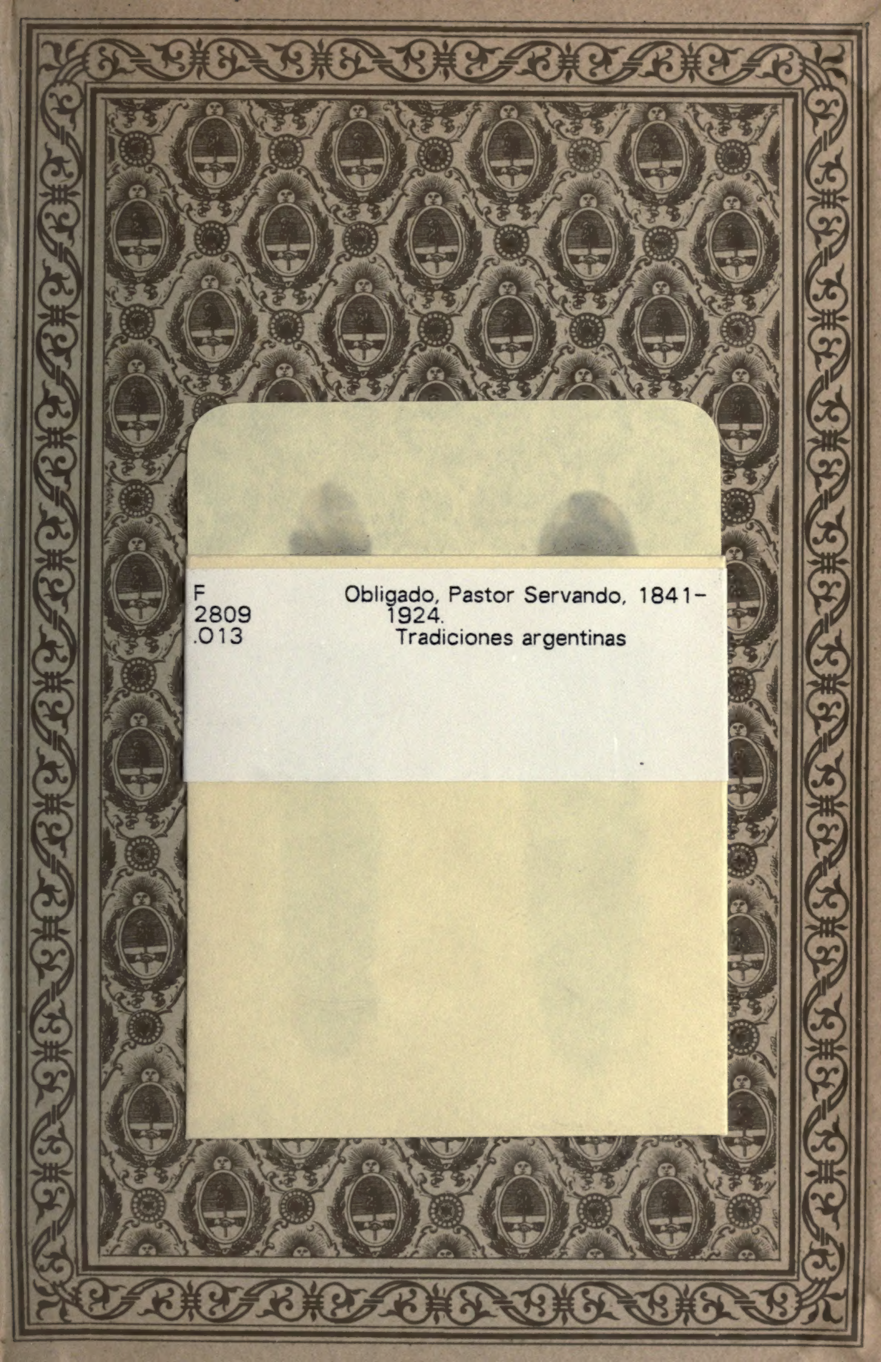


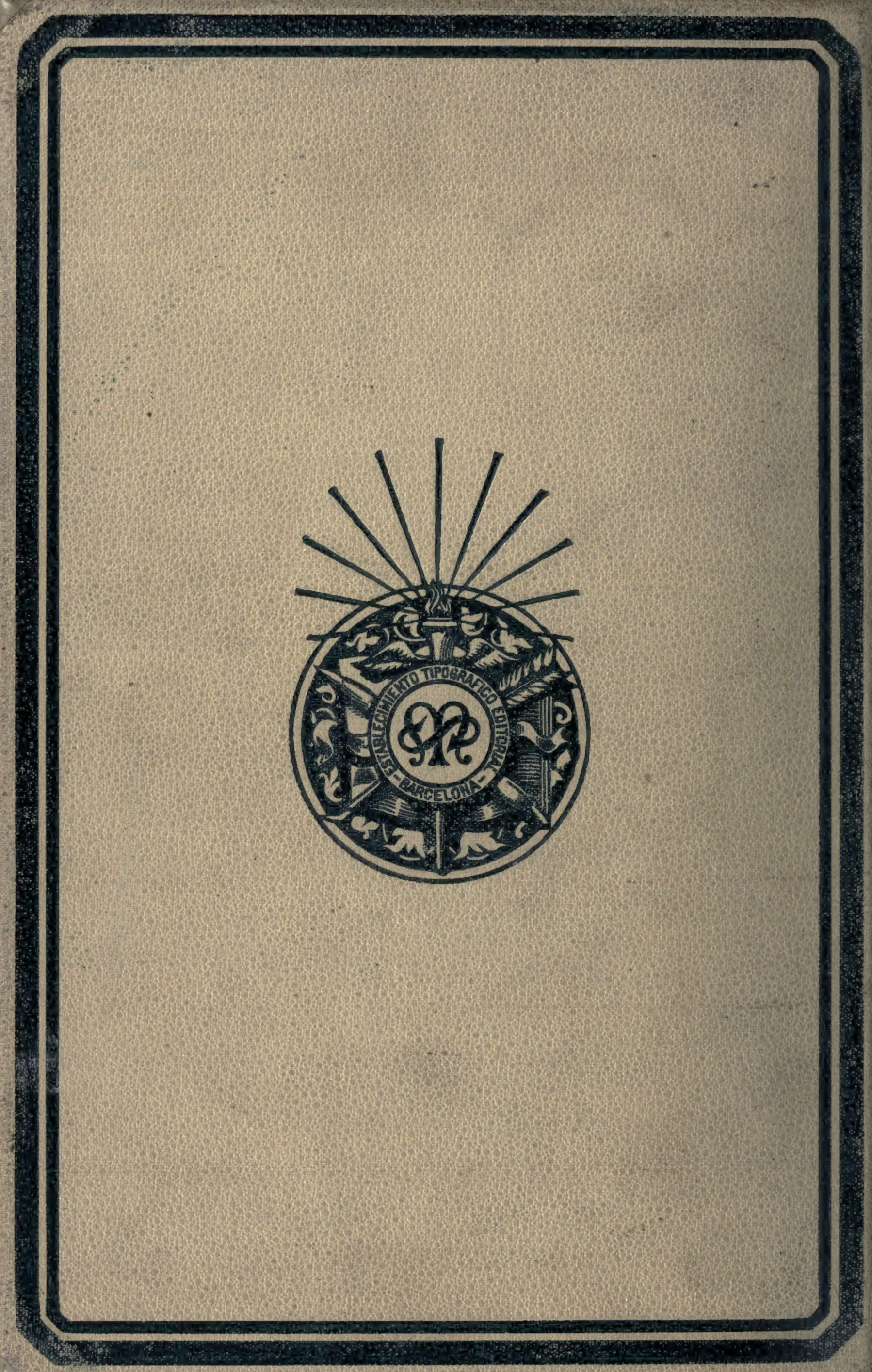
INDICE

Páginas

TRADICIONES






ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
BARCELONA